

PILAR CABERO

UN REFUGIO  
PERFECTO



VERGARA

UN REFUGIO  
PERFECTO

Pilar Cabero



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleernovelahistorica



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A ti, que empiezas a leer esta novela*

## Prólogo

*Vitoria, 21 de noviembre de 1730*

El olor metálico de la sangre inundaba la habitación. A don Pablo López de Álava, alcalde de la ciudad, le recordó al ambiente que se respiraba en los días de matanza. Quizá fuera por el enorme cuchillo que sobresalía del vientre del muerto, por cómo lo habían degollado o por los gritos que emitía la viuda desde el salón. Para consternación suya, allí, de pie, observando como el galeno, don Federico García, inspeccionaba el cadáver, no podía dejar de pensar en cerdos.

Colocó una mano a la altura de las lumbares al tiempo que con la otra se peinaba las canosas cejas, en un intento de apartar esa imagen tan poco apropiada para aquel instante. Tomó su libreta y, con el extremo afilado de un grafito, comenzó a apuntar los detalles del escabroso crimen.

Lo habían avisado una hora antes. Justo después de la misa mayor. No hacía mucho que había regresado a casa con Cecilia, su esposa, y se disponían a comer, cuando apareció un chiquillo para avisarle de que requerían su presencia en la antigua casa de don Juan Martínez de Eulate. Poco podía imaginarse que al llegar iba a encontrarse con semejante escena: el señor Cristóbal, actual esposo de la viuda de don Juan, yacía en medio de un charco de sangre.

—Supongo que no habrá duda sobre el modo en que ha fallecido, ¿no creéis, don Federico? — indagó, más por encontrar un modo de abstraerse de los gritos de la señora Gertrudis, que por la pregunta en sí.

—Cinco cuchilladas en el vientre y una en el cuello. Sin duda, ha muerto desangrado —aseguró el galeno, acomodándose las gafas con montura de oro sobre su nariz—. También tiene un bulto en la nuca, no sé si es *ante o post mortem*. En cualquier caso, es evidente que lo han asesinado.

—¿No os huele a coñac? —preguntó don Pablo tras olisquear el aire.

—Sí. Yo diría que el señor Cristóbal había bebido con fruición antes de que lo mataran.

El alcalde tomó notas en su libreta antes de mirar alrededor. Había signos de lucha. Trozos de loza en el suelo —probablemente de un orinal— y las ropas de cama revueltas. Pese a lo austero del dormitorio y de que parecía desprovisto de los enseres femeninos habituales, era un cuarto de mujer. ¿Podía ser un crimen pasional? Aún era pronto para hacer conjeturas, pero nada era descartable.

—¿Sabéis a quién pertenece esta alcoba? —preguntó, grafito en mano.

—A la señorita Elisa.

La imagen de la querida hija de su amigo don Juan Martínez de Eulate se coló en su mente. ¿Acaso ella había asesinado a su padrastro?

Sin darse tiempo a pensar en nada más, se dirigió al salón para hablar con la señora Gertrudis, la prima de su esposa. Los gritos de aquella histriónica mujer se iban haciendo cada vez más enloquecedores conforme se acercaba a la estancia. Allí estaba la mujerona, vestida de negro, tumbada en un sofá, mientras la criada le acercaba las sales para evitar que se desmayase.

«Algo que hubieran agradecido mis pobres oídos», pensó don Pablo con un suspiro de resignación.

Ninguna de las dos hizo caso de la llegada del alcalde. Estaba seguro de que la dueña se había percatado de su presencia, pero que prefería seguir montando aquella escena de corral de comedias. No se lo iba a tolerar.

—¡Silencio! —Su grito resonó en las paredes como un disparo. Las dos mujeres lo miraron de hito en hito. Sus bocas abiertas, por suerte, mudas. Dio dos pasos al interior del salón y cabeceó a modo de seco saludo—. La acompaño en el sentimiento, señora Gertrudis. —Como la viuda siguió sin decir nada, continuó—: ¿Puedo saber dónde está vuestra hijastra, la señorita Elisa?

—¡Ha huido! Esa mala pécora ha huido tras asesinar a mi marido —ululó la mujer, volviendo a llorar como una loca—. Lo ha matado. Lo ha matado...

—¡Silencio! —volvió a tronar, empezando a perder la paciencia. No soportaba aquella pena que, de tan exagerada, sonaba a mentira—. No quiero más llantos de plañidera. ¿Desde cuándo falta vuestra hijastra?

—No lo sé. Me engañó fingiéndose enferma... —Iba a empezar a sollozar con fuerza cuando captó la mirada fría del alcalde y se conformó con limpiarse los ojos con el pañuelo—. Supongo que mientras yo estaba en misa mayor ella aprovechó para asesinar... asesinar a mi esposo y huir.

Don Pablo llamó a uno de sus hombres, que montaba guardia en la puerta de la vivienda para que no entrase ningún vecino curioso.

—Lezama, dad aviso a los verederos de que hay que buscar a la señorita Elisa Martínez de Eulate. Es urgente —manifestó con disgusto. Debería haberse asegurado de que todos los que vivían en esa casa estaban allí.

Cuando por San Miguel juró el cargo, no se imaginaba vérselas con un crimen tan brutal.

Llevaban un tiempo sin tener problemas en la provincia, ni en el Reino de España. La guerra contra Inglaterra había terminado el año anterior y, aunque el rey Felipe V seguía molesto por no haber recuperado Gibraltar de manos inglesas, vivían tiempos de relativa calma. Salvo por el fallecimiento ese verano del papa Benedicto XIII y el nombramiento de su sucesor, Clemente VII, no había ocurrido nada reseñable. Sin embargo, ahora tenía entre manos un asesinato y una desaparición por resolver. ¡Por las sandalias de san Prudencio bendito!

Iba a morir. El dolor la atravesaba por la mitad a intervalos cada vez más cortos. No podía continuar el viaje en ese estado. Aunque ya estuviera cerca, llegar a San Sebastián antes de que cerrasen sus puertas iba a ser imposible. Por un instante, Elisa cerró los ojos con fuerza y apretó los labios; no sabía qué hacer. Aprovechando esos preciosos instantes de tregua entre una contracción y otra, desmontó con torpeza y, si no se hubiera aferrado a las blancas crines de Perla, habría caído al suelo. Las piernas no la sostenían. Llevaba más de cuatro años sin cabalgar y ese día había recorrido muchas leguas huyendo. Demasiado para su falta de costumbre y su avanzado embarazo.

Otra oleada de dolor hizo que Elisa se doblara en dos y terminase de rodillas sobre las hojas secas que salpicaban el camino. Pese al frío reinante, notaba el sudor resbalándole por la espalda. No podía sucumbir al miedo. Debía ser fuerte por su hijo. Él necesitaba de toda su valentía. Pero ¿qué sabía ella de bebés y de cómo llegaban al mundo? Solo que era pronto para dar a luz. Faltaban dos meses o algo así. No podía estar naciendo, ¿verdad? Tomó conciencia, entonces, de que no había notado sus movimientos desde que... desde esa misma mañana, cuando escapó de casa.

Se frotó la abultada barriga, esperando sentir una de aquellas pataditas que tanta ternura le habían inspirado una vez que descubrió que aquellos aleteos en el vientre eran un bebé, pero no sintió nada. Su hijo seguía quieto. ¿Le pasaba algo malo? Se estremeció al saberse sola en aquel lugar desconocido.

Dispuesta a no dejarse vencer por el miedo, se puso en pie para entrar en el bosquecillo a la derecha del camino. Hacía mucho rato que el sol se había ocultado y todo a su alrededor estaba en penumbra. Apenas tuvo tiempo de sujetar a Perla a la rama de un árbol antes de que un nuevo padecimiento terminara por asustarla: un líquido caliente escapaba de entre sus piernas y resbalaba por ellas. ¿Qué pasaba? ¿Sería sangre? ¡Ahora sí que iba a morir! Sollozó al pensarlo.

Metió la mano bajo la falda y las enaguas. En la profunda oscuridad era difícil saber de qué se trataba aquella sustancia que manchaba sus dedos. Tenía un olor extraño. Ni a sangre ni a orina. Tampoco tuvo tiempo de pensar más, pues el dolor más grande sufrido hasta ese momento la atravesó por entero e hizo que, entre gemidos agónicos, se apoyara en un árbol y se dejara caer, tronco abajo, hasta sentarse sobre la fría y húmeda hojarasca.

—No voy a morir. No puedo morir —siseó. Su aliento formaba nubes blancas frente a su cara

— ¡Señor, ayúdame!



La luz plateada de la luna llena iluminaba el camino con un fulgor azulado que presagiaba hielo. Después de las lluvias de los días anteriores era agradable volver a ver el cielo despejado, aunque eso significase que el frío cubriera el suelo de brillo blanquecino.

Joseph Arana instó a su caballo a acelerar el paso; deseaba recorrer las dos leguas que lo separaban del caserío en el menor tiempo posible. La temperatura era demasiado desagradable para seguir a la intemperie, una vez pasadas las nueve de la noche; demasiado tarde para andar por ahí. Si no hubiera estado tan desesperado en su búsqueda, habría regresado antes. Pero volvía con las manos vacías. Su viaje, al igual que los anteriores, no había servido para nada. Y se estaba quedando sin tiempo. Iba a necesitar un milagro.

Miró al cielo, cuajado de estrellas, antes de apretar la mandíbula con rabia. Las constelaciones ya no le daban sosiego.

Azkar, el galgo negro que lo acompañaba a todas partes, echó a correr; parecía tan deseoso de llegar al calor del caserío como él. Un instante después, lo vio entrar en el bosquecillo de robles que delimitaba el lado derecho.

«Creerá que los conejos van a estar correteando por ahí con este frío», pensó con sorna.

Al llegar al lugar por donde había entrado el galgo, tiró de las riendas para detener la marcha.

—¿Dónde te has metido, muchacho? —Sus palabras brotaron en medio de una nube de vapor—. No hay nada que cazar a estas horas, como no sea un resfriado.

A unos pasos en el interior del bosquecillo, Joseph vislumbró un corcel blanco que, inquieto, pateaba el suelo. Bajo la luz de la luna semejaba una aparición fantasmal. Su caballo irguió las orejas y pifó nervioso. Azkar volvió para mirarlo una vez antes de regresar junto al rocín blanco. Era evidente que algo había visto allí. Desmontó y ató a su propio caballo en una rama baja. Casi al momento escuchó un gemido débil. Allí había alguien herido, olía a sangre y a algo más que en ese momento no supo definir. Entró con cautela, dejando que sus ojos se acostumbraran a la negrura que la luna no llegaba a traspasar. Las hojas secas crujían con cada paso; su aroma húmedo y acre inundaba el lugar, pero sin conseguir tapar los otros olores.

En el suelo, una mujer enlutada gemía amparándose el vientre henchido. Estaba en pleno parto y si no la asistía, ella y su bebé podrían morir. Cerró un instante los ojos ante esa imagen que le recordaba a otra demasiado cercana.

«Parece que, después de todo, Azkar sí ha encontrado algo.»

Olvidando su prisa por llegar al caserío, corrió hacia su caballo para tomar las alforjas y el farol, que procedió a encender a toda prisa antes de regresar junto a la mujer. Nunca había asistido a un parto humano, pero no creía que difiriera mucho del animal. Al menos, eso esperaba. Sin dejarse vencer por las dudas, se acercó más a la muchacha. ¡No estaba! ¿Acaso la había imaginado? No. El caballo seguía allí, pateando el suelo y lanzando nubes de vapor por los ollares. Miró alrededor, iluminando el lugar con el farol. La encontró recogida en el suelo, tras el tronco donde había estado apoyada. Le alivió saber que, si tenía fuerza para tratar de esconderse, también la tendría para el parto.

—Tranquilizaos. Os voy a ayudar —dijo, colocando el farol de modo que ella pudiera verle bien y no se asustara.

Vista de cerca, se dio cuenta de que era muy joven; le calculó diecinueve o veinte años. El pelo negro se le había pegado a la frente y los ojos verdes, abiertos de miedo y dolor, lo miraban con espanto. Era muy hermosa y por un momento se quedó mirándola, prendado. Ella empezó a gritar, mientras trataba de huir, arrastrándose hacia atrás con manos y pies. Sus gritos lo devolvieron a la realidad, justo para ver como la fuga se detenía al topar con otro árbol. Las lágrimas corrían por las mejillas sucias y sudorosas de la muchacha. Debía de estar muy asustada.

«Más vale que trates de tranquilizarla en lugar de quedarte mirando embobado», se dijo en silencio. «Necesita ayuda.»

—Soy albéitar. Atiendo a los animales. No voy a haceros daño —comenzó suavemente de nuevo. Como le hablaría a una yegua aterrada. Esperaba que con el mismo éxito—. Puedo ayudaros si me lo permitís. —Se arrodilló con lentitud cerca, pero dejando una distancia prudencial para tranquilizarla—. ¿Me dejáis... mirar...? —preguntó, señalando el vientre.

Ella se mantuvo en silencio, buscando una salida con los ojos desorbitados. De pronto se tensó antes de lanzar un largo gemido. Los caballos piafaron nerviosos y el galgo aulló sobresaltado. Luego, mirando a Joseph, se dio por vencida.

El leve asentimiento de la muchacha fue suficiente. Con un suspiro satisfecho, dejó el farol con las alforjas en el suelo, para acercarse, aún de rodillas, y levantarle delicadamente la falda y las enaguas, manchadas de sangre y fluidos corporales. La coronilla, cubierta de pelusa negra, pugnaba por abrirse camino entre las piernas temblorosas de la joven.

«¡Por todos los demonios! ¡Ya está aquí!»

Una nueva contracción la hizo arquear y emitir el mismo gemido largo y agónico que había oído un instante antes. Le sostuvo la mano a la espera de que el dolor pasase, luego sacó una manta de las alforjas para tapar al bebé cuando naciera. No tenía nada más que unas vendas; ni un triste lienzo con el que limpiarlo.

«Tendrá que servir», pensó mientras le acomodaba la capa de ella bajo el cuerpo para aislarla del suelo. «No tenemos otra cosa.»

Satisfecho con las disposiciones, pudo relajar los músculos de los hombros y volver a respirar más tranquilo; por el momento parecía controlar el alumbramiento. Aunque sabía, demasiado bien, que todo podía torcerse y terminar en una desgracia.

El parto ya estaba muy avanzado, no faltaba mucho para que el bebé llegara al mundo. Apartó al perro, cuando este se acercó a olisquear.

—Siéntate, muchacho —le ordenó. El animal obedeció sin perder de vista ni a su dueño ni a la joven, que volvía a estremecerse de dolor.

A falta de agua para lavarse las manos, Joseph utilizó parte del aguardiente que le habían regalado esa mañana en Tolosa. El aroma se expandió por el bosquecillo.

—Voy a tocaros ahí. No os haré daño —dijo con suavidad una vez que pasó la contracción.

La luz del farol no abarcaba más allá de las piernas y el regazo de la chica, el resto permanecía en la oscuridad. Al no oír ninguna protesta, con mucho cuidado y delicadeza, procedió a tocar la boca de la vagina para agrandar el canal y facilitar el parto.

Al principio la muchacha se tensó al sentir sus dedos, pero el dolor la tenía exangüe y no dijo nada. Estaba completamente dilatada; se podía ver todo el contorno superior del pequeño cráneo. El alumbramiento era inminente, si Azkar no la hubiera oído, habría dado a luz ella sola. Se estremeció al pensarlo.

Esperó a la siguiente contracción para instar a la joven a empujar. Ella obedeció casi sin nervio; la cabeza del bebé asomó hasta la frente.

—¡Haced fuerza una vez más! —ordenó al ver el extraño color cerúleo que presentaba la piel del pequeño.

Temía que el cordón umbilical lo estuviera estrangulando. La mera posibilidad lo sacudió por dentro.

«Señor, que esté bien», rogó para sí, pese a que tuvo el presentimiento de que sus ruegos llegaban demasiado tarde.

Con el nuevo empujón la cabecita ya estaba fuera; en su cuello no había nada que lo estorbase. Un par de esfuerzos más y pudo tener al bebé entre las manos. Lo acercó a la luz del farol para verlo mejor. Era un niño muy pequeñito. Pese a estar completamente formado, no parecía haber llegado a término; con sus diez dedos en las manos y en los pies; unas orejitas, delicadas y casi transparentes, y una boca pequeña que nunca sonreiría.

Semejaba hecho de cera y nácar; solo el pelo, negro por la humedad y los fluidos, destacaba de aquella blancura fantasmagórica. No se movía. Su piel, tibia en el momento de salir del cuerpo de su madre, ya estaba adquiriendo la frialdad de la muerte. En vano le buscó el pulso. Sin duda llevaba horas sin vida. La tristeza humedeció los ojos de Joseph mientras hacía la señal de la cruz en la pequeña frente.

Sin poderse contener, soltó una colorida blasfemia por lo bajo.

Durante un instante pensó en cómo decírselo a la joven madre. Buscó las palabras más adecuadas para anunciarle la desgracia. No se le ocurría ninguna. Sin embargo, no le hizo falta decir nada. El llanto silencioso de la muchacha ocupó el que debería haber estallado con fuerza en su hijo. Sin saber cómo proceder, Joseph lo arrojó en la manta antes de entregárselo para que lo viera. Ella lo tomó para limpiarlo amorosamente con el borde de su falda.

—Lo siento mucho —susurró él; no quería romper la quietud del momento. Sostuvo en alto el farol para que ella pudiera distinguirlo mejor.

Dejó que desahogara su llanto durante un rato. Los caballos le hicieron ver con sus resoplidos en medio de jirones de vapor, lo tarde que era. El frío pronto sería peligroso. Se frotó con brío las manos, enrojecidas por la baja temperatura, para calentárselas. Sin haber conseguido que perdieran la frialdad, pero acuciado por las circunstancias, las colocó sobre el vientre, ahora blando, de la joven, dejando la tela de las enaguas por medio, en un intento de protegerla del frío.

—Aún no habéis terminado de echar todo —comentó, masajeándoselo. Ella se dejó hacer, como si ya no tuviera fuerza. Las lágrimas seguían brotando silenciosas, mientras observaba a su hijo—. Empujad un poco más. Ya queda poco —aseguró al oírla protestar. Supuso que estaría dolorida por el parto.

La ayudó a expulsar la placenta. Luego, le colocó una de las vendas enrollada a modo de compresa para restañar la sangre roja y humeante que manchaba las hojas caídas. Una vez acabado ese proceso, miró con abatimiento a la joven. Ninguna mujer debería pasar por ese trance. Por primera vez, desde que la había encontrado, se preguntó quién era y dónde estaba su familia. Sus ropas, un tanto desgastadas, parecían de buen paño y el caballo había resultado ser una yegua árabe de excelente planta. Un ejemplar muy valioso.

«¿Qué hace una mujer en vuestro estado en este lugar?»

—Lo siento mucho, señora —se disculpó muy suave, dejando de lado su curiosidad—. Es tarde y debemos marcharnos. Hace demasiado frío para permanecer quietos —aseguró, triste por las circunstancias—. ¿Queréis... queréis que lo entierre aquí o...?

«¡Qué pregunta más estúpida!, ¿qué otra cosa podría hacer con él? Enterrarlo en campo santo o en la iglesia es imposible. No está bautizado.»

Ella asintió sin dejar de llorar en silencio, mientras besaba al bebé repetidamente en la frente, tan fría como la luz de la luna.

La tierra, empapada por tantos días de lluvia, cedió enseguida y permitió que Joseph, con la ayuda de un trozo plano de madera, la hollara hasta formar un hueco lo bastante profundo para albergar el cuerpecito sin vida del recién nacido. Hizo un lecho con hojas secas, reacio a depositar a aquel bebé sobre la fría y húmeda tierra.

—¿Hacia dónde os dirigíais? —preguntó, mirándola, una vez terminado el trabajo. Trató de

aclararse el nudo que tenía en la garganta. La joven arropaba a su hijo entre los brazos, como si no quisiera que la helada lo tocara. Si no lo supiera muerto, habría pensado que el niño dormía.

—A San Sebastián —musitó ella. Las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas.

Joseph se dio cuenta de que eran las primeras palabras que le oía. Era una voz suave, algo ronca por el llanto, y con buena dicción.

—A estas horas no podréis entrar. Las puertas ya están cerradas. —Dejó el trozo de madera y se puso en pie—. ¿Tenéis familia extramuros?

—No —susurró, sin soltar al bebé.

—En ese caso, no os queda más remedio que veniros conmigo. Mañana os acompañaré a la ciudad. —Se limpió las manos en el pantalón antes de continuar—: Si... si me dais al pequeño...

—Yo... quisiera... —Se le quebró la voz por el llanto desgarrado—. En... mi bolsa tengo... tengo su... ropa... Quisiera... vestirlo.

Joseph se acercó a coger la bolsa de lona que colgaba de la silla de montar. Le pareció algo incongruente: viajaba en una yegua tan valiosa, pero sus pertenencias iban en un simple saco. ¿Habría robado el animal?

Le pasó el petate para que cogiera lo que necesitaba.

Azkar, dispuesto a ponerse en marcha, se levantó. Gemía tembloroso. Indudablemente, ya se imaginaba dormitando junto al fuego del hogar.

Él también tenía ganas de llegar al caserío. Quería saber si había novedades. Si su hermano había tenido más suerte en la búsqueda que él. Luego tuvo una revelación: el milagro por el que tanto había suplicado se había cumplido.

«¡Eres un bruto!», se avergonzó de pensar en ello, cuando la joven luchaba para vestir a su hijito antes de sepultarlo para siempre.

Con los labios apretados por su egoísmo, esperó a que ella terminara de acomodar al niño. Una vez vestido, lo cubrió con una mantita blanca y lo volvió a abrazar.

—Necesito que... me lo deis. —Joseph se acercó para tomar al bebé. La joven negó suavemente con la cabeza antes de apretarlo contra su pecho—. Por favor... Ya ha llegado el momento.

«Por favor, no lo hagáis más difícil», suplicó en silencio. «Por favor...»

Por un instante creyó que ella volvería a negarse, pero despacio, casi con reticencia, fue separándolo de su cuerpo para entregárselo.

Con la ropita puesta, parecía estar durmiendo en la misma posición que había tenido en el vientre materno. Quizá por eso le resultó aún más espinoso tomarlo en las manos para introducirlo en aquel hueco oscuro, húmedo y frío. Sin poderlo evitar, se le saltaron las lágrimas al notar el leve peso de aquel cuerpecito sin vida. Tras una plegaria por el alma del pequeño, lo tapó bien con su mantita y procedió a enterrarlo con manos temblorosas.

El llanto desgarrado de la joven rompió la quietud de la noche.

Elisa se había propuesto no dormirse en los brazos de aquel desconocido, que la había ayudado a traer a su hijo al mundo. Sin embargo, se descubrió dormitando a ratos, apoyada contra el torso del hombre. El agotamiento pudo contra su voluntad y temor. Pese a haberla tratado con amabilidad y ternura, no era conveniente olvidar que era un desconocido.

Quizá debería haber sentido más miedo; en cambio, ni siquiera su tamaño la había asustado, y eso que era muy alto. Tal vez, su hablar pausado y su mirada amable habían conseguido tranquilizarla. Además, lo había visto llorar cuando enterraba a su pequeño.

Pensar en su niño la desgarró un poquito más por dentro. Ahora yacía solo, bajo la fría tierra, vestido con uno de los trajecitos cosido a escondidas para él. No habría soportado la idea de que descansara desnudo. Se estremeció al imaginarlo y volvió a llorar. ¿Dejaría de hacerlo alguna vez? ¿Algún día podría llenar el vacío que había en su alma? ¿O siempre se sentiría culpable por no haber querido a ese niño hasta casi dos meses atrás, cuando sus movimientos fueron evidentes?

—Ya queda poco, muchacha. —Le oyó decir a aquel hombre con suavidad—. Podréis descansar en cuanto llegemos. Mi madre ya os tiene preparado un cuarto.

Elisa creyó haber entendido mal, pero no dijo nada. Quería confiar. Un hombre que la había tratado con tanto cuidado y que lloraba ante la tumba de un bebé no podía ser malo, ¿no?

«Y si lo es, nunca podrá ser peor que...»

—Allí está.

El anuncio apartó todo pensamiento funesto de su mente.

El caserío se recortaba sobre una pequeña loma como una mole con tejado a dos aguas. Había luz en varias ventanas, tanto del piso de abajo como en el superior. El perro salió corriendo y lanzó un ladrido al llegar a la puerta. El llanto de un bebé rompió el silencio. Elisa notó cómo se tensaba el hombre a su espalda. El lloro hizo que se revolviere nervioso. De no haberla llevado sobre su regazo, estaba segura, habría espoleado a su caballo para llegar lo antes posible.

—Tengo que pedirlos un gran favor —empezó él a su espalda—. Hace casi cuatro días que mi... —calló un momento, como si le doliera seguir hablando.

La puerta del caserío se abrió derramando un haz dorado sobre el suelo empedrado de la entrada. En el umbral la silueta de un joven se recortó un instante antes de echar a correr al encuentro de ellos. En medio de la penumbra, Elisa pudo ver el parecido con su acompañante; sería un hermano menor.

—Joseph... señora... —saludó al llegar hasta ellos. Sus ojos azules miraban entre esperanzados y ansiosos—. ¿La has encontrado? ¿Es ella?

—La acabo de encontrar en el bosquecillo. —La ansiedad era evidente en la voz del mayor—. Estaba intentando explicarle...

Antes de que Elisa fuera consciente de lo que ocurría, había pasado de los brazos de un hombre a los del otro. Notó el frío repentino en la espalda, ahora que no estaba resguardada por el torso de su salvador.

—Éntrala en casa. Voy a ocuparme de los animales. Hace demasiado frío para que sigan aquí fuera y la yegua está exhausta —indicó el mayor antes de espolear al caballo. Perla, confiada, trotó tras ellos—. La señora necesita lavarse y descansar.

—¿Pero...? —la pregunta del hermano menor quedó en suspenso; el otro ya había entrado en la cuadra.

Al tomar conciencia de que llevaba en brazos a una joven, nervioso, procedió a ponerla en el suelo, pero tuvo que sujetarla, pues Elisa no tenía fuerzas para sostenerse en pie.

—¿Qué demonios...? —Se miró la mano manchada—. ¿Estáis herida? —Elisa se limitó a negar con la cabeza, completamente abochornada. La sangre había empapado sus enaguas y traspasado la falda. Probablemente también habría manchado el pantalón del señor Joseph—. Venid, entremos en la casa. Mi madre os atenderá en un momento.

Sin esperar respuesta por parte de ella, volvió a tomarla en brazos y la llevó al interior del caserío. Al entrar el calor la envolvió como un abrazo reconfortante; olía a madera ardiendo y al guiso que se hacía a la lumbre. Una mujer, de oronda figura, descendía por las escaleras con un bebé berreando a pleno pulmón en los brazos. Ella lloraba en silencio, pero se limpió las lágrimas con el dorso de la mano en cuanto los vio entrar. Luego le dio un beso en la frente al recién nacido, que se crispó con el contacto y aumentó el sonido de su llanto. Elisa no quería mirarlo. Era demasiado doloroso.

—¿Qué sucede, Mateo? Al fin Joseph la ha encontrado. —Esbozó una temblorosa sonrisa—. Os agradezco mucho lo que vais a hacer. La pequeña no puede aguantar mucho tiempo más solo con leche de cabra aguada.

Elisa no entendía nada. El cansancio impedía a su mente deducir lo que estaba ocurriendo.

—Madre, está sangrando —anunció el joven, con ella en brazos.

—¿Estáis herida? —preguntó, acercándose, preocupada. Compartía el mismo tono azul de los ojos que sus hijos, pero el pelo de ella, recogido en un moño bajo, era castaño, mientras que el de ellos era más rojo que marrón. Sus mejillas redondas y brillantes como manzanas tampoco se parecían a las de sus hijos, enjutas y claramente masculinas.

—Acabo de... mi bebé... ha nacido muerto... —balbuceó Elisa antes de romper a llorar.

—¡El Señor me ampare! Mateo, súbela a la habitación. Ya está preparada. Pobre chiquilla.

Acomodaré a la niña y os atenderé enseguida. Pequeña, tendrás que aguantar un poco más. Enseguida te daremos de comer.

El joven la subió por las escaleras, que un momento antes había descendido su madre. Luego continuó hasta la habitación del fondo del pasillo y la depositó en el suelo. Era una estancia pequeña de paredes encaladas, con una cama, una mesilla de noche, un mueble aguamanil y un arcón de novia. La luz del candil del pasillo rompía la oscuridad del lugar. La cama la atraía poderosamente. Solo deseaba meterse entre las sábanas y dormir; dormir hasta que el dolor se hubiera pasado. Hasta que aquella tristeza, que empapaba cada uno de sus huesos, hubiera desaparecido. Quizá dormir para siempre. Se estremeció de agotamiento.

—Tranquila, mi madre os atenderá —murmuró Mateo sin soltarla, malinterpretando su gesto—. Os cuidará bien. Es muy buena con las hierbas. ¿Os podéis sujetar sola?

Elisa se separó un poco de él y comprobó que podría mantenerse en pie si no era por mucho rato. Asintió con la cabeza para tranquilizarlo; luego se apoyó en la mesilla para más seguridad. No quería cerrar los ojos por si se dormía de pie. Ahora con el frío confinado en el exterior, sentía que la temperatura mucho más agradable de la habitación la adormecía. Su llanto había cesado por el momento. O se había quedado sin lágrimas o el cansancio la impedía seguir llorando. No así el del bebé, que continuaba con fuerza en el piso inferior.

Un instante después la señora entraba en el dormitorio con una palangana llena de agua humeante, unas toallas limpias y un candelabro de tres brazos con las velas apagadas.

—Ya puedes ocuparte de tu sobrina, hijo —mencionó, dejando la palangana sobre la mesita de noche—. Yo me hago cargo de la muchacha. ¿Podrías prender las velas del candelabro antes de marcharte? Vamos, querida, dejadme ayudaros con la ropa.

Sin perder más tiempo, desató la capa de Elisa y dejó que cayera al suelo con un golpe seco. Cuando Mateo encendió los pabilos el olor de la cera impregnó el aire. Luego el joven se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Una vez solas, la dueña de la casa comenzó a desabrochar los botones que cerraban el vestido de viaje con dedos diestros y algo gordezuelos.

—Soy Nicolasa García. ¿Cómo os llamáis? —indagó, una vez que hubo desabrochado todos los botones, soltado la falda y empezaba a quitarle las enaguas.

—Elisa —respondió antes de pensar si debía dar su verdadero nombre o sería peligroso—. Elisa López —mintió al fin, diciendo el apellido de su madre.

—Es triste lo que os ha pasado. —La voz pausada de la señora la impidió continuar pensando en su mentira—. No sois de por aquí. No os había visto nunca. ¿Era vuestro primer hijo?

—Soy de Vitoria. Sí, lo... era —confesó Elisa, dejándose hacer. Desde que murió su madre, nadie más la había atendido de ese modo. No sabía si sentirse agradecida o abochornada por las libertades que se tomaba aquella mujer. Solo quería tumbarse en aquella cama y dormir.

—No tardaré nada en lavaros para que podáis descansar. ¿Y vuestro marido?



Sabía que tarde o temprano alguien le haría esa pregunta, pero ya había inventado una respuesta.

—Ha fallecido recientemente. —Se sonrojó al decirlo. Esperaba que la dueña del caserío no se hubiera dado cuenta—. Quiero viajar al Nuevo Mundo.

—Pues llegáis demasiado tarde, muchacha. El quince del mes pasado partió la última nave, la *Santa Rosa*. Ya no volverán hasta la primavera.

«¡Oh, no!»

La noticia fue demasiado para su frágil estado de ánimo y rompió a llorar otra vez. ¿Adónde iría ahora? No podía quedarse allí. Podrían estar buscándola. Había esperado embarcar para poner más distancia entre Vitoria y ella. Si la encontraban...

«¡No puedo volver!»

—¿Qué os ha pasado? —preguntó la señora Nicolasa, mirándole el vientre—. ¿Qué os han hecho, muchacha?

Las preguntas la devolvieron a la realidad. Estaba desnuda, de pie ante la mujer, que la miraba con ojos entrecerrados. Se fijó en su vientre, flácido, vacío y... Quiso taparse con algo, pero sus manos eran insuficientes para ocultar las manchas oscuras que lo cubrían. ¿Cómo explicaría eso?

—No me extraña que haya nacido muerto. Habría sido un milagro si hubiera sobrevivido a esta paliza —masculló la mujer, rodeándola para contabilizar cada uno de los hematomas que manchaban su cuerpo—. ¿Vuestro marido os ha hecho esto?

—No. —Se alegró de poder decir la verdad. Le dolía mentir a aquella mujer—. Él no ha...

La llamada en la puerta la hizo saltar asustada. La dueña de la casa le entregó la colcha de la cama para que se cubriera un poco. Le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué pasa? —preguntó al abrir un poco la puerta.

—Este saco es de la... joven. He pensado que quizá lo necesitaríais. —Era Mateo. Su voz se coló al interior de la habitación—. Me ocuparé de la niña mientras tanto.

—Gracias, hijo. —Una vez cerrada la puerta, colocó el saco sobre la cama—. Os ayudaré a asearos; necesitáis descansar, muchacha. Estáis agotada.

Joseph sentía cada uno de sus músculos tensos y fríos. Pero la presencia de la joven en el caserío empezaba a soltarlos. Ella era el deseado milagro. Solo esperaba que no se negase y accediera a ser la nodriza de su hija. La pobre bebé llevaba varios días sin comer en condiciones. Debía de tener la garganta en carne viva tras todo ese tiempo sin dejar de llorar.

Acodado en la puerta baja de la casilla de Mutil, pensó en Luisa, su esposa. Recordó la mañana, cuatro días atrás, que la había dejado en la cama, mientras él partía a Tolosa para entregar un par de yeguas de tiro para la calesa de un pudiente ciudadano. La había besado en los labios antes de salir del dormitorio y ella le regaló una sonrisa somnolienta.

«¡Ay, mi vida!»

Se conocían desde niños. Habían jugado juntos entre los pastos que unían los dos caseríos. Todo el mundo daba por hecho que, llegado el momento, se casarían y él nunca había sentido ninguna duda al respecto. ¿Cómo iba a vivir sin ella? No recordaba un momento que no hubieran compartido.

—Padre... —El susurro a su espalda lo devolvió a la realidad.

Era Yñigo con el rojo pelo revuelto de haber estado en la cama, mientras lo miraba con ojos enormes y asustados.

Casi se le rompió el corazón ante la imagen de su hijo de seis años vestido con el camisón de dormir, tan pequeño e indefenso.

—¿Qué haces aquí a estas horas? Hace mucho frío. —Se quitó su casaca y lo envolvió con ella antes de cogerlo y abrazarlo con fuerza; su cuerpecito tibio por el sueño se recostó en él, confiado. No quería llorar frente a su hijo. Debía ser fuerte por los dos... por los tres, también tenía una hija. Una niña que nunca conocería a su madre, que no podría gozar de aquella sonrisa sincera y tierna que parecía formar parte del semblante de Luisa.

«¡Suficiente!», se recriminó.

—Padre, ¿por qué mi hermana no deja de llorar? —preguntó Yñigo, separándose de él.

—Tiene hambre, hijo.

—¿Y la abuela no puede darle de comer igual que a nosotros? —indagó, sorprendido. La inocente pregunta del niño estuvo a punto de arrancarle una sonrisa.

—Los bebés necesitan mamar. Igual que los potrillos se agarran a sus madres —trató de explicarle.

—Pero, madre ya no está... —Le temblaba el labio inferior.

—No. —Se le atascó la voz; sin embargo, se obligó a seguir hablando—. Ella no está, pero he encontrado a una mujer que... Ella ha perdido a su bebé y podrá darle de comer a tu hermana.

—¿Como la yegua Lista alimentó a Lur cuando su madre murió?

—Exacto, hijo.

Yñigo guardó silencio durante un rato. La cabeza recostada sobre el hombro de su padre.

—Y esa mujer... ¿querrá hacerlo?

—Aún no lo sé. No he tenido tiempo de preguntárselo.

—Deberá hacerlo, padre —aseguró el niño con terquedad, irguiéndose para mirarlo.

Joseph hubiera sonreído si la situación fuera otra. Su pequeño tenía la tozudez de los Arana y ya daba muestras de compartir con la familia algo más que el color rojo del cabello.

—No quiero que mi hermana muera.

—No lo permitiremos, hijo.

Yñigo asintió con la cabeza. Sus ojos, verdes como los prados que rodeaban el caserío, estaban cuajados de lágrimas y sus labios temblaban de dolor, pero no lloraba; su chiquillo intentaba aguantar igual que él.

—Hijo... —gimió, acongojado.

El niño ya estaba bastante asustado, no necesitaba angustiarse más. Le hubiera gustado alejar al pequeño de aquel dolor. Llevarlo muy lejos, donde la muerte no alcanzase a sus seres queridos, pero era imposible; todo lo que podía hacer era conducirlo a la quietud de su dormitorio para que descansara. Quizá pudiera soñar con los abrazos y los besos de su madre. Quizá en sus sueños todo volvía a ser como antes.

Con él en brazos, salió de la cuadra. No tardó en acostarlo, bien arropado, en su cama.

—Ahora debes dormir. Mañana seguiremos hablando. —Lo besó en la frente y, despacio, abandonó la habitación.

—Joseph, ¿qué ha pasado con esa joven? ¿Dónde la has encontrado? —Las preguntas de su madre lo recibieron en la cocina.

—En el bosquecillo del Camino de Hernani. Se había puesto de parto y la ayudé. El bebé era prematuro y nació muerto.

—Pobre criatura. Me ha dicho que esperaba zarpar en uno de los barcos de la Guipuzcoana[1] —comentó su madre al tiempo que acunaba al bebé para que cesara el llanto—. Sería estupendo si aceptara quedarse y fuera la nodriza de la niña. —Dejó que la pequeña le mordisquease un dedo —. Está agotada. No he querido pedírselo directamente.

—Dormitaba cuando la traía. Estaba a punto de contarle lo sucedido cuando hemos llegado y ha salido Mateo —se disculpó Joseph.

—No te preocupes, en cuanto se despierte, se lo propondré. No podemos hacernos ilusiones.

Tal vez se niegue. No es fácil amamantar a un bebé que no es tuyo cuando el propio ha fallecido. Por desgracia no somos tan altruistas como los animales.

—Ella es... —Joseph se mesó el cabello, tratando de no imaginar lo que sería de su pequeña sin una nodriza—. Es necesario convencerla.

Don Pablo, sentado a la mesa de su despacho, miraba las notas que había tomado el día anterior junto al cadáver. La conversación con la señora Gertrudis, la viuda, no le había aclarado gran cosa. Ni había visto nada sospechoso ni a la señorita Elisa desde antes de ir a la iglesia.

El paradero de la muchacha era todo un misterio. Sus hombres no la habían encontrado. Algo de lo más extraño; habida cuenta de que la joven no se había alejado nunca de Vitoria y, por lo que decían los vecinos, apenas salía de casa.

—No entiendo adónde ha podido ir —murmuró don Federico, desde el otro lado del escritorio—. Es una muchacha enfermiza.

—¿Qué le aqueja? —indagó don Pablo, dispuesto a tomar apuntes.

—En realidad no creo que tenga nada de vital importancia. Más bien parece ser presa de melancolía —aseguró el galeno, atusándose los rizos de su blanca peluca.

—Tiene motivos para estar triste, ¿no creéis? —Entornó los ojos.

—Desde luego, don Pablo. Sin embargo, siempre me ha parecido que...

—Proseguid, don Federico, no me dejéis en ascuas —lo animó el alcalde, interesado.

—Nunca me ha parecido que su enfermedad fuera cierta, don Pablo. Más bien, como algo fingido.

—¿Qué os hace pensar tal cosa? —Entrecerró los ojos.

—No lo sé. Tal vez solo sean ideas mías.

—No os guardéis nada, por favor. Nunca se sabe dónde puede estar la clave que aclare un embrollo.

—Le aconsejé a la señora Gertrudis que se llevara a su hijastra al campo. Creo que los padres de ella aún viven en un pueblecito de los alrededores —aclaró el galeno—. Pero la mujer no quiso saber nada de eso. Dijo que no iba a llevar a la señorita Elisa a ningún lado. Al menos, por el momento.

—¿Al menos por el momento? ¿Qué quiso decir con eso? —preguntó el alcalde, intrigado.

—No lo sé, don Pablo. La verdad es que esa mujer me resulta un tanto avasalladora. ¿Os habéis fijado?, es tan alta y seria... Debo confesar que me intimida un poco y por eso me limitaba a recetarle unos tónicos para que la joven los tomase.

«O dicho de otro modo: ignoró el problema», pensó mientras tomaba notas.

—Don Federico, ¿tenéis idea de adónde ha podido ir? ¿Sabéis si conoce a alguien que haya

podido ayudarla a escapar? ¿O la tenga escondida?

—Lo desconozco, don Pablo. —Había pesadumbre en su voz—. Creo que ni siquiera tiene amigas.

—¿Y no es extraño eso en una joven de su edad?

—Pues sí, pero con una madrastra tan exigente como la señora Gertrudis, no lo es tanto.

Don Pablo reflexionó un rato sobre el tema. Se sentía un tanto culpable por haberse desentendido de la hija de su buen amigo. ¿Y si le había sucedido algo?

—Tengo entendido que en la casa solo hay una criada para todo y un hombre que se ocupa de las cuadras —comentó en voz alta para alejar esos funestos pensamientos.

—Sí. Herminia se encarga de la cocina y de la limpieza. La visteis ayer con la señora Gertrudis. Lucas cuida de los animales. Está muy mayor, aunque sigue trabajando, cuando no está borracho, que es la mayoría de las veces.

—Aún no he hablado con él. No lo vi ayer en la casa.

—Lo encontraréis amorrado a una damajuana de aguardiente en cualquier taberna de la zona o durmiendo la mona en el pajar. A veces desaparece unos días. —Apesadumbrado, sacudió la cabeza.

—¿Y los señores consienten esas condiciones? —Le parecía increíble que la prima de su esposa aguantase esa situación.

—Creo que lo han dejado por imposible y tampoco le pagarán mucho, me atrevo a decir.

—Gracias por la información, don Federico. —Se levantó para dar por terminada la entrevista y acompañarlo a la puerta—. Si se os ocurre algo que os parezca importante, no dudéis en decírmelo.

—Por supuesto, don Pablo.

El galeno se marchó con paso mesurado, mientras el alcalde, con las manos a la espalda, se acercaba al ventanal, a la espera de que alguno de los hombres que había enviado a buscar a la joven viniera con noticias.

Al abrir los ojos, la luz mortecina del día iluminaba la tela encerada de la ventana. Elisa volvió a cerrarlos con la esperanza de que, al abrirlos de nuevo, fuera aún estuviera oscuro. No había tenido esa suerte, los cerró de nuevo. La noche anterior se había quedado dormida casi al tocar la cama. Hacía mucho tiempo que no dormía tan profundamente y durante tanto tiempo.

A través de la puerta se oía el llanto de un bebé. ¿Estaría enfermo? Se giró en la cama para dar la espalda a la ventana y a su luz hiriente. Emitió un gemido de protesta cuando su cuerpo se tensó dolorido. Volver a abrir los ojos fue todo un esfuerzo.

Un niño pelirrojo, sentado en una silla frente a la cama, la miraba con interés. Aún llevaba la camisa de dormir y los cordones desatados de sus albarcas parecían serpientes dormidas en el suelo de madera.

—Buen día —saludó, saltando de la silla para acercarse hasta la cama—. Soy Yñigo Arana Echaniz, para servirlos a vos y al Señor. —Hizo una desgarrada reverencia y su cabello brilló al captar la luz de la ventana—. Mi abuela me ha pedido que la avise cuando os despertéis. Ya lo estáis, ¿verdad?

Sin esperar respuesta salió de la habitación en busca de la señora. Sus albarcas chasqueando con cada paso. Elisa no estaba segura de querer ver a nadie en ese instante. No había ningún lugar en su cuerpo que no le doliera. El día anterior, cuando escapó de Vitoria el miedo la ayudó a no sentir cada uno de los golpes que su madrastra le había propinado como castigo. Se habría alegrado de saber que al fin el bebé había fallecido, tal y como ella esperaba. Como había pretendido desde que supo de su embarazo.

Antes de poder remediarlo, las lágrimas ya resbalaban por sus mejillas. Añoraba a su bebé. Añoraba sentirlo dentro de ella; sus movimientos, a veces tranquilos y otras enérgicos. Ella había logrado escapar, pero él no consiguió resistir la última paliza.

«Ay, Virgen Blanca. Mi pobre hijito», pensó entristecida.

—Buen día, muchacha. —La señora Nicolasa entró en la habitación. Como la noche anterior, vestía completamente de negro. Se la veía macilenta y con los ojos enrojecidos. Traía una bandeja con un tazón humeante, un plato tapado con una servilleta y una jarra—. Os he subido un poco de leche y pan. Os sentará bien. También traigo agua caliente. Desearéis lavaros un poco. —Con economía de movimientos dejó la bandeja sobre la mesita antes de acercarse a Elisa para

ayudarla a incorporarse. Le pasó la bandeja y se la colocó en el regazo. Luego retiró la jarra con el agua caliente para dejarla sobre la mesita.

—Muchas gracias. —Dispuesta a no seguir llorando, se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y dejó que la mujer la ayudase. Hacía tiempo que nadie se preocupaba por su bienestar; tanto, que ya no recordaba cuándo fue la última vez. Probablemente trece años antes, cuando aún vivía su madre.

—¿Habéis dormido bien?

—Sí. No sabía que estaba tan cansada —admitió Elisa.

Mientras se llevaba la humeante y aromática leche a los labios pensó en qué haría ahora para seguir huyendo si no había barcos para viajar al Nuevo Mundo. No creía que fueran detrás, cuando por fin se habían librado de ella; no obstante, no lo sabía con certeza. Después de lo que había hecho, quizá pusieran más empeño en encontrarla. Ese miedo la obligaba a buscar un lugar donde refugiarse hasta que los buques volvieran a zarpar. ¿Adónde podría ir?

—Veréis. Debo pedir algo —empezó la señora, sentándose a los pies de la cama. Los cordajes que sujetaban el colchón de paja gimieron por el peso—. Hace cinco días mi nuera falleció durante el parto. Desde entonces, estamos alimentando a mi nieta como podemos, aunque, como podéis comprobar por sus llantos, no es suficiente y temo que... temo lo peor.

Elisa, aún pensando en su situación, la miró sin comprender por qué le estaba contando eso. Se había tomado la leche y el calor aliviaba su maltrecho cuerpo.

—Necesitamos una nodriza. Mis hijos han buscado por todos los lados, sin suerte. Hasta anoche que, milagrosamente, Joseph os encontró en el camino. ¿Estaríais dispuesta a ser la nodriza de mi nieta?

—¿Yo?

—Muchacha, no tardará en subiros la leche, si no lo ha hecho ya —declaró la señora con suavidad, mirándole los pechos—. El bebé necesita comer lo antes posible, de lo contrario...

Elisa tomó conciencia de que los sentía plenos y doloridos. De no ser por las palabras de la dueña del caserío lo hubiera achacado a los golpes.

—¿Queréis decir que le dé... de mamar?

—¿Estaríais dispuesta? —indagó, esperanzada, levantándose.

Antes de que pudiera decir nada, el llanto del bebé cortó el aire. Ya no sonaba tan estridente como la noche anterior; era como si estuviera perdiendo fuerza. Sintió los pezones rezumar ante el sonido desgarrador.

—Por supuesto. ¡Claro que sí! —exclamó. No permitiría que falleciese esa niña si estaba en su mano. Haría lo imposible por evitarlo.

—¡Virgen Santa! Ahora mismo os la subo. —La señora Nicolasa salió de la habitación con rapidez—. Mateo, sube a la niña. ¡Corre! —oyó que decía desde lo alto de las escaleras.



Al momento estaba de vuelta en el cuarto con un bulto que se agitaba entre los brazos.

—No sé qué debo hacer —confesó Elisa. Retiró la bandeja que aún tenía sobre las piernas y la dejó a un lado del lecho.

—Desabrochaos el escote del camisón. —Colocó al bebé sobre el regazo de Elisa. La niña, al notar el olor de la leche, comenzó a buscar con la boca abierta—. Dejad que os coja el pezón y esperemos que aún le queden fuerzas para...

Al separar la tela húmeda, la niña se aferró al pecho con la boquita y el llanto se convirtió en un ruido de ansiosa succión.

La sacudida extraña y placentera dejó a Elisa estupefacta. No podía creer lo que estaba sintiendo. El dolor en ese pecho remitía poco a poco.

La sonrisa de la señora se ensanchó entre sus redondas mejillas.

—Muchas gracias, señora Elisa. Acabáis de salvar la vida de mi nieta. Os estaré eternamente agradecida, muchacha.

Como no supo qué responder, se limitó a disfrutar de tener aquel cuerpecito tibio pegado a su piel. Jamás podría estar así con su hijo y una punzada de pena la recorrió por dentro. Sin embargo, podría hacer algo por esa pequeña, que se aferraba con fuerza, poco dispuesta a ser apartada de su sustento.

—Será mejor que la cambiéis de pecho —explicó la señora Nicolasa al cabo de un rato. Las lágrimas anegaban sus ojos—. Os estoy tan agradecida...

—También lo estoy yo. Anoche me acogisteis en vuestra casa sin conocerme de nada.

—No podía hacer otra cosa, muchacha. No iba a dejaros en la calle.

Continuaron mirando a la niña, hasta que se quedó dormida aferrada al pecho.

—Yo... no sé... —empezó Elisa sin saber cómo continuar.

—¿Qué os ocurre?

—He utilizado todos los paños para... la sangre y... —Se notaba ruborizada hasta las orejas—. Solo me queda uno limpio, pero...

—¡El Señor me ampare! ¿Dónde tengo la cabeza? —masculló la señora, apesadumbrada—. Ahora mismo os subo más. No os preocupéis por ellos. Luisa y yo habíamos preparado para... — Se le quebró la voz y no pudo continuar—. Pobrecilla Luisa.

—Lo siento mucho —musitó Elisa, acomodándose el camisón, sin soltar a la pequeña durmiente.

—Gracias. ¡Ay, perdonad!, vos también habéis perdido a vuestro hijo. Me pregunto en qué estaría pensando el Señor —farfulló, molesta. Luego, se persignó avergonzada por sus palabras—. Supongo que Él sabrá lo que hace.

A veces, Elisa se preguntaba: ¿de verdad sabía lo que hacía? ¿No estaba jugando con ellos,

como las niñas juegan con sus muñecas? ¿Los castigaba? En ese caso, ¿qué había hecho ella para merecer perder a sus padres y ahora a su hijito? ¿Qué había hecho para tener una madrastra y...?

No tenía respuesta para eso, así que se santiguó tal y como había hecho la señora Nicolasa. La vio coger la bolsa de lona donde Elisa tenía todas sus cosas. Después de rebuscar en el contenido, sacó un vestido de lana negra y lo sacudió enérgicamente para quitarle las arrugas.

—Por el momento no puedo hacer nada más para adecentarlo.

A Elisa le daba igual el estado del vestido. No podía apartar la vista del pequeño bulto que sostenía entre los brazos. La niña estaba arrugando la cara, al tiempo que su piel se tornaba de un rojo encendido; luego se relajó sin abrir los ojos. Mientras, un hedor se extendía por la habitación.

—Creo que esta pequeña ha manchado su pañal. Voy a cambiarla. ¿Podréis arreglaros sola? —preguntó la señora Nicolasa. Metió un dedo en el agua de la jarra para comprobar si aún estaba caliente—. Se ha entibiado. Ahora os subo otra.

—Muchas gracias, pero no hace falta. Me apañaré con esa. Marchaos tranquila a vuestros quehaceres, señora.

La mujer tomó a la niña antes de salir con prisa; pese a su orondo contorno, se movía con agilidad. Elisa se dedicó a lavarse sin apenas mirar su cuerpo. Prefería no ver las marcas oscuras de los golpes de la última paliza y las amarillentas de las anteriores. Su vientre vacío y blando le recordó lo que había perdido. ¿Volvería a albergar a otro bebé? Imaginar por lo que debería pasar para que eso ocurriera bastó para quitarle las ganas de golpe. Se estremeció de miedo y repulsa. No dejaría que nadie la utilizase de ese modo.

«¡Nunca más!»

Al terminar de vestirse se hizo una trenza y se cubrió el pelo con un pañuelo negro. Luego comprobó que todas sus cosas estuvieran en la bolsa de lona, que había cogido con celeridad para escapar de la casa. Al fondo seguía la bolsita de terciopelo con las pocas joyas de su madre encontradas en el joyero de su madrastra. Faltaba el collar de perlas y la sortija con la esmeralda. Hacía tiempo que, antes de casarse de nuevo con otro hombre rico que mantuviera su estilo de vida, la malvada mujer los había empeñado para seguir costeándose sus caprichos. Volvió a meter la bolsita dentro del saco. Después cogió los paños utilizados durante la noche y los sumergió en la palangana antes de salir del dormitorio.

En el piso de arriba ya no quedaba nadie. Los hombres se habrían ido al campo. Se preguntó cuántos vivían en aquel caserío. Esperaba que no fueran muchos.

Con la palangana apoyada en la cadera y aferrada al pasamanos descendió la escalera con cuidado; se sentía débil y algo mareada. Al llegar al piso de abajo se encontró con el niño —Yñigo, había dicho que se llamaba—, sentado en el primer escalón. A juzgar por el movimiento convulso de sus pequeños hombros, estaba llorando. Elisa se compadeció por aquel muchachito.

Ella no era mucho mayor cuando se encontró en la misma situación. Imaginaba muy bien qué estaría sintiendo.

—Hola —dijo, sentándose junto a él. La dureza de la madera la hizo gemir al tomar contacto con su cuerpo dolorido—. ¿Puedo sentarme contigo?

El niño se tensó antes de limpiarse a toda prisa las lágrimas con la manga de su camisa.

—No estaba llorando —aseguró muy digno; sin embargo, el hipido posterior desmintió sus palabras.

—Por supuesto. Pero si lo estuvieras haciendo, tampoco pasaría nada —comentó Elisa, sin mirarlo para no ponerlo en evidencia. Con cuidado dejó la palangana llena de agua con los paños sucios en el escalón anterior, lejos de la mirada del pequeño. No deseaba asustarlo más—. ¿Cuántos años tienes?

—Seis —murmuró más relajado.

—Yo tenía uno más que tú cuando mi madre murió. Y lloré mucho.

—Pero vos sois una chica y las chicas lloran mucho —declaró, molesto—. Mi prima Juana llora por cualquier cosa. Hasta mi hermana es una llorona. —Meneó la cabeza con desprecio.

—Es muy pequeña y seguro que también echa de menos a su madre.

—¿Seguro? ¡Si no ha estado nada con ella! —Parecía confundido. Elisa le pasó el brazo por encima de los hombros para reconfortarle. Él se recostó contra ella—. Entonces... ¿no tenéis madre? —preguntó un instante después.

—No. Ni tampoco padre —susurró, mirando el remolino rojizo que el niño tenía en la coronilla. Le pasó el dedo por encima, resiguiendo el giro—. Ahora, cuando me acuerdo de ellos, me río al recordar las cosas que nos pasaron.

—Yo... yo no puedo... reírme... —musitó Yñigo, acongojado.

—Lo sé, cielo. En ese caso, puedes llorar. —El niño se separó de ella, ofendido porque le propusiera algo de niña. Elisa inspiró antes de hablarle con ternura—. Los hombres también lloran. Oí muchas veces a mi padre.

La miró, no muy convencido. Le temblaba el mentón y sus ojos, cuajados de lágrimas contenidas, brillaban como lagos al sol.

—Si lloro... ¿se lo contaréis a mi padre? —preguntó al fin—. No quiero que me crea una niña pequeña.

—Claro que no. Pero seguro que él no lo cree porque también llora.

Joseph lloraba. Lágrimas internas que nadie veía. Un llanto silencioso y demoledor. Con los puños apoyados en el yunque de la fragua, se permitió recordar las palabras que el párroco, a pie de tumba, había utilizado para ensalzar las virtudes de Luisa. Y se obligó, como entonces, a pensar en la vida que había perdido.

Intentaba cerrar los ojos y verla sonriendo, pero la imagen de su cara amortajada sobre la cama que habían compartido durante siete años se interponía en su mente. No era eso lo que deseaba ver. Era su sonrisa, su alegría ante las pequeñas cosas; su manera de provocarle para que riera con ella. ¿Cómo iba a vivir sin eso? ¿Cómo iba a vivir sin ella?

La rabia le llevó a estrujarse las manos hasta que oyó crujir sus nudillos y el dolor físico pudo más que el emocional y consiguió encontrar alivio durante un lapso, demasiado breve para ser tomado en cuenta.

Pensó en su hijita. A la que aún no había mirado y, menos aún, tomado en brazos. No podía. Su esposa había dado la vida por aquella niña. No estaba preparado para eso.

«Aún no.»

Nunca debió quedarse embarazada. El parto de Yñigo había sido complicado y, ya entonces, Luisa estuvo a punto de morir. El galeno les había dicho que otro embarazo sería peligroso y durante unos años habían tenido mucho cuidado, pero Luisa quería tener otro hijo. Por más que Joseph se negó y trató de hacerla entender el peligro que correría, ella siguió insistiendo con terquedad. Podía llegar a tener la cabeza tan dura como el yunque sobre el que, en ese momento, estaba apoyado.

Soltó un bufido mitad risa mitad llanto.

Con los ojos cerrados intentó que el vacío y la desolación al entender que nunca más la vería, que nunca más podría acariciarle las mejillas ni escuchar su risa argentina, no lo socavase aún más por dentro.

«Por todos los demonios. ¿Cómo viviré sin ella?»

—Hola, hijo. —La voz de su padre le hizo abrir los ojos. El galgo se levantó del suelo, donde había estado tumbado, y comenzó a mover la cola, esperando la atención del recién llegado—. He supuesto que te encontraría aquí.

Joseph, sin moverse, lo vio acariciar la cabeza y las aterciopeladas orejas del perro; luego volvió a mirar el hueco oscuro donde deberían arder las brasas.

—Ni siquiera he prendido la fragua —murmuró, cabizbajo—. No estoy...

—No te preocupes. Es normal. —Su padre se acercó para ponerle su nudosa mano sobre el hombro a modo de consuelo—. Con todo el trajín de buscar una nodriza, no has tenido tiempo de hacer duelo.

—Es que aún no me creo su ausencia. —Su voz sonó áspera y dolorida—. Sueño con regresar al caserío y encontrarla allí, esperando.

—Lo imagino. A mí tampoco me resulta fácil hacerme a la idea. Esa muchacha ha pasado tanto tiempo en nuestro hogar como en el suyo. —Le palmeó la espalda con cariño—. Date un tiempo para aprender a vivir sin ella.

—Será imposible. Nunca podré conseguirlo.

—Nunca... es mucho tiempo, hijo. Y aún es pronto para saberlo.

Joseph no hizo caso de las palabras de consuelo. Solo eran eso: palabras. El dolor estaba ahí. El vacío que lo acompañaba, también.

—Anda. Volvamos al caserío. Tu madre nos estará esperando para comer.

Se retiró de la fragua, fría y oscura, para seguir a su padre. El galgo, atento a sus movimientos, los acompañó sin dejar de menear la cola.

\* \* \*

El fuego caldeaba la cocina e iluminaba la estancia con su fulgor ambarino. La señora Nicolasa trajinaba por allí, preparando verduras para la comida. La había reñido por abandonar la cama tan pronto, pero Elisa no quería que la mujer subiera las escaleras cada vez que la pequeña necesitase mamar. Si ella estaba en la cocina, todo sería más sencillo para ambas.

Yñigo, arrodillado, hacía rodar una pelota de cuero por el suelo de piedra. No había vuelto a decir nada desde que, en las escaleras, lo abrazara para consolar su llanto. De vez en cuando miraba a su hermana con curiosidad y tristeza, pero sin acercarse a ella.

Elisa, apoyada contra la repisa de la chimenea, seguía los movimientos del niño, sabedora de la confusión y del dolor que sentiría. No le costaba nada recordar lo perdida que estuvo a la muerte de su madre. No entendía por qué se había ido, dejándolos sin su calor y su cariño. Tampoco entendió la razón por la que su padre empezó a ignorarla la mayor parte del tiempo. Por qué ya no quería jugar con ella, ni contarle historias antes de dormir. Después, cuando llegó la señora Gertrudis para cuidarla, su alejamiento de ella fue a más y no quiso oír sus quejas sobre esa mujer, que no la trataba bien y la reñía por cualquier cosa.

No comprendía qué le ocurría a su padre. Ya no era cariñoso con ella. Vivía ensimismado en sus libros y en su trabajo como procurador, repentinamente ajeno a las necesidades de su desdichada hija.

El llanto estridente de la niña puso fin a sus recuerdos.

Al sacarla de la cesta, Elisa se maravilló de lo preciosa que era, pese a berrear como un pequeño diablo.

Con cuidado se sentó en una silla baja y procedió a desatarse los cordones que cerraban el corpiño por delante, mientras la pequeña seguía llorando con intensidad y desespero.

—Ya va, pequeña —susurró con ternura. Puso a la niña al pecho, pero no supo hacerlo bien a la primera y la señora Nicolasa se acercó para ayudarla.

—Parece que no hayáis visto nunca amamantar a un bebé, ¿dónde os habéis criado? ¿No tenéis hermanos menores? —indagó la mujer, al tiempo que le enseñaba dónde colocar la mano para ayudar a la niña a mamar mejor.

—Soy hija única —explicó, sin dejar de mirar extasiada a la criatura entre los brazos.

—Y, por lo que veo, tampoco habéis tenido animales cerca.

Había acertado. En su casa solo había una cuadra para Perla y los dos tordos que su madrastra utilizaba para tirar de la calesa. En una ocasión descubrió que una gata había parido a su camada en un rincón de la cuadra. Durante unos días le llevó leche y trozos de carne que robó de la despensa. La gata, complacida, se dejaba acariciar y hasta la dejó acercarse a sus pequeños. Un día el marido de su madrastra la descubrió jugando con ellos. De nada sirvieron sus súplicas y sus lloros, él los ahogó, uno a uno, en el pilón donde abrevaban los caballos; luego, echó a la gata de allí sin contemplaciones. Desde aquel aciago día, se concentró en no dar muestras de simpatía hacia ningún animal para no despertar las ansias destructivas de aquel hombre. Dejó de montar en Perla; con todo el dolor de su corazón se mantuvo alejada de ella y fingió no importarle que él se paseara sobre la yegua como si fuera de su propiedad. Podría soportar el daño que la infligía a ella, pero no quería volver a pasar por la angustia de ver sufrir a ningún ser inocente.

—Deberíais pasarla al otro pecho —sugirió la señora—. Esta señorita es una glotona.

—No sabía que esto era así —confesó Elisa, maravillada, al tiempo que acariciaba la suave pelusilla dorada que adornaba la cabeza del bebé.

—¿Vuestra madre no os contó nada? —Los ojos, azules como el cielo de verano, la escudriñaron sin perder detalle.

—Mi madre murió cuando yo tenía siete años —musitó, más pendiente de los gestos de la pequeña que de la mirada de la mujer.

—¿Y vuestra suegra...?

—No la conocí —dijo, sin dar más explicaciones.

—Pues vaya, criatura. —La niña ya se había cansado de mamar y dormía con el puñito apoyado en el pecho de Elisa—. Lo siento mucho, muchacha. Veo que también habéis tenido vuestra cuota de sufrimiento —murmuró, luego volvió a fijar la vista en el guiso que estaba revolviendo. Oía delicioso. Después de un rato volvió a hablar—: Como ya os he dicho, hemos estado buscando

una nodriza para la pequeña. Sé que vos no veníais a eso, pero si no os importa, podríais amamantarla hasta que regresen los barcos y podáis zarpar. ¿Qué os parece? Después de todo, si queréis partir hacia el Nuevo Mundo, en algún sitio deberéis alojaros a la espera.

Elisa lo pensó un instante. Si se quedaba allí corría el riesgo de ser encontrada —si es que la estaban buscando, claro—. Por otro lado, aquel era un caserío aislado de la ciudad. Si no se alejaba de él, sería difícil que la descubrieran.

Tampoco tenía muchas salidas. ¿Adónde podría ir? ¿Francia? Era una opción; sin embargo, no estaba suficientemente lejos de Vitoria. Tampoco sus recursos económicos eran tan boyantes. En poco tiempo acabaría con el dinero que le dieran por las joyas y luego... No. Lo mejor era aceptar la propuesta y guardar las joyas para cuando estuviera al otro lado del mar.

—Me quedaré gustosa, señora Nicolasa.

La mujer relajó los hombros antes de volverse a mirarla con una enorme sonrisa.

—No sabéis cómo os lo agradezco, señora Elisa. Es un enorme favor.

—Nada de eso. Sin duda, el favor es mutuo. Como bien habéis dicho: necesito un lugar donde esperar hasta que regresen los barcos.

Elisa estaba cambiando el pañal de la niña. Había mamado otra vez y, con el estómago lleno, se dejaba hacer sin protestar.

Por extraño que pareciera, atender a aquel bebé le hacía más llevadera la pérdida del suyo. No deseaba imaginar que cuando se fuera...

«No, no pienses en eso ahora.» Terminó de vestir a la pequeña.

Al oír pisadas en el empedrado del exterior, se puso tensa. Quiso correr hacia la habitación. Escondarse en algún lado. Abrazó a la niña sin saber qué hacer.

—Parece que ya llegan los hombres a comer —anunció la señora Nicolasa, mientras se secaba las manos en un trapo—. Será mejor ir poniendo la mesa. ¿Os ocurre algo? Parecéis asustada.

—No... es... —No sabía qué responder, pero tampoco deseaba que viera su miedo—. Es que... ¿necesitáis ayuda? —improvisó con voz temblorosa.

—Por supuesto que no, muchacha. Ya es suficiente con que hayáis bajado las escaleras —aseguró la señora, mirándola con suspicacia—. Aún estáis muy tierna por dentro. No os conviene hacer ningún esfuerzo. Quizá fuera mejor si os vais a vuestro dormitorio y descansáis un poco.

—¡Oh! Sí. Será lo mejor. —Miró al bebé. La niña dormía plácidamente en sus brazos.

—Dejad a la chiquitina en su cesta y marchaos a descansar.

Elisa estaba acomodando a la pequeña cuando se abrió la puerta de entrada. Un hombre de pelo cano, atado en una coleta a la nuca, entró seguido del señor Joseph. Los dos se quitaron los sombreros y las casacas con movimientos parecidos. Lo colgaron en el perchero de la entrada antes de pasar a la cocina. Olían a frío.

—Venid. Os presentaré a mi marido —ordenó la señora con una sonrisa. Ella hubiera preferido salir corriendo de allí—. Pedro, querido, es la señora Elisa. Ha accedido a ser la nodriza de nuestra chiquitina.

—Es un placer conoceros, señora Elisa. —La voz del hombre era grave, pero en sus ojos verdes había sinceridad—. Os estoy muy agradecido por lo que vais a hacer por mi nieta.

—Yo... Es... lo menos que puedo hacer —murmuró ella, sin mirar a ninguno de los recién llegados. Ocupada en buscar con la vista un lugar por donde abandonar aquella cocina. La abochornaba permanecer al lado del hombre que la había visto tan íntimamente.

Debería haberse quedado arriba, en la habitación. La presencia de los dos hombres la ponía nerviosa.



—Muchacha, será mejor si os sentáis. Parecéis a punto de desmayaros. Estáis muy pálida — dijo la señora, a la vez que colocaba los platos de madera en la mesa.

Ya no podía marcharse. Sería una grosería hacerlo. Resignada, tomó asiento.

Los dos hombres se sentaron una vez que ella lo hizo. Yñigo corrió a imitarlos. Al momento oyeron la puerta otra vez y Mateo entró como una exhalación. Una bocanada de aire frío hizo oscilar las llamas del hogar. Varios leños crepitaron. Una multitud de chispas ascendieron chimenea arriba.

—Pensaba que llegaba tarde —masculló, quitándose la casaca y la gorra para dejarlas colgadas en el perchero—. Huele de maravilla.

—Espero que ya hayas pasado por el abrevadero para lavarte. —La señora Nicolasa lo miraba con suspicacia—. No sería la primera vez que el hambre gana a los buenos modales.

—Madre, no me avergoncéis delante de la señora Elisa. —Mateo tenía las orejas tan coloradas como su pelo—. Por supuesto que he pasado por el abrevadero —susurró.

Elisa, sin levantar la mirada de su plato, esperó a que el señor Pedro se enfadase por la forma de responder de su hijo menor. Para su completa sorpresa, no sucedió nada. La señora Nicolasa sirvió una buena ración de humeante estofado en cada plato y luego se sentó con los demás.

Las siguientes palabras del dueño del caserío fueron para bendecir la mesa en tono solemne y, seguidamente, se pusieron a comer. Durante un rato solo se oyeron las cucharas al golpear los platos; madera con madera. Por lo visto, nadie tenía ganas de hablar hasta haber llenado el estómago.

Elisa se dio cuenta de que el señor Joseph y ella eran los únicos que apenas comían. Él, sentado frente a ella, jugaba con la comida sin llegar a llevársela a la boca.

—Hijo, deberías comer algo —entonó la señora—. No quiero que caigas enfermo.

—No tengo hambre, madre —murmuró él.

—Lo mismo os digo a vos, muchacha. —Elisa se puso tensa al saberse reprendida—. Será mejor que comáis algo más, de lo contrario no os recuperaréis bien.

Quiso hacerse pequeña. Tan pequeña que pudiera desaparecer entre las grietas del empedrado del suelo.

—No la atosigues, mujer —dijo el señor Pedro—. Aún está convaleciente.

Elisa, sorprendida por las palabras del dueño del caserío, levantó la vista y lo miró un instante antes de bajar la mirada al plato sin saber qué hacer.

—Joseph, si no te vas a comer eso, me lo como yo —aseguró Mateo. El aludido, sin decir nada, empujó su plato hasta el extremo de la mesa donde se sentaba su hermano—. Gracias.

El llanto de la pequeña impidió a Elisa seguir sentada a la mesa como un reo esperando el cadalso. Murmuró una disculpa y se levantó con tanta celeridad que a punto estuvo de caer al suelo.

—Tened cuidado, muchacha —le recordó el señor del caserío mientras la sujetaba por los brazos—. Tenéis menos fuerza que un potrillo recién nacido.

Como si quisiera confirmar sus palabras, Elisa comenzó a temblar. Estaba asustada por la cercanía de ese hombre y la debilidad que sentía en todos sus huesos no contribuía a mejorar su situación.

—Os ayudaré a subir a vuestro cuarto.

—No... no... hace falta, señor —suplicó Elisa al borde del desmayo. Temía encontrarse a solas con ese hombre—. Subiré... sola. No...

—¡Por todos los Santos, chiquilla! Dejad de poner pegas —profirió, al tiempo que la levantaba en los brazos—. No seréis capaz de subir las escaleras sin ayuda.

Antes de que pudiera seguir protestando, ya la llevaba en volandas camino del dormitorio. Que la señora Nicolasa los siguiera con la niña en brazos apaciguó en gran medida el miedo que la atenazaba por dentro.

—Os dejaré solas —masculló el señor Pedro al bajarla junto a la cama—. Aún no he terminado mi estofado.

Pese a haber empleado un tono un tanto seco, no había enfado en sus palabras.

—Anda, muchacha, meteos en la cama antes de que os caigáis al suelo —ordenó la señora, sacudiendo la cabeza con desaprobación. Sus redondas mejillas se agitaron con el movimiento—. No deberíais haberos levantado tan pronto, chiquilla. Yo me encargaré de subir a la pequeña cuando lo necesite.

—No quería daros más faena —se excusó con debilidad.

—Me la daréis si enfermáis. Así que hasta mañana no quiero veros por el piso de abajo. — Pese a las palabras, el tono era cariñoso.

\* \* \*

—¿Qué le pasaba a la señora Elisa? —indagó Mateo, una vez que hubo terminado con las dos raciones. Yñigo había salido a jugar a la puerta del caserío—. Parecía querer esfumarse.

—Estaba muy asustada —convino su padre, llenando la cazoleta de su pipa con aromático tabaco—. No parece acostumbrada a convivir con hombres. Si no hubiera subido vuestra madre detrás, esa joven habría saltado de mis brazos como una centella. —Se acercó a la lumbre para coger un palito encendido.

—Pues estaba casada... Digo yo, que tuvo ocasión de acostumbrarse, ¿no?

—No sabemos cuánto tiempo lo estuvo... —Llevó la llama hasta la pipa y dio un par de caladas hasta prender el tabaco—. Ni cómo la trató su esposo —terminó en medio de una nube de humo.

—Cierto, padre —asintió Mateo con la cabeza—. Es muy joven y bien parecida. Tiene unos

ojos muy hermosos, lástima que levante tan poco la mirada.

—Parecéis dos viejas chismosas —soltó Joseph, cansado de la cháchara que se traían su padre y su hermano. Se levantó de golpe—. ¿Qué os importa cuánto estuviera casada? —Si se dieron cuenta de que ni mencionaba al esposo o su aspecto, ninguno de los dos dijo nada.

—No te pongas así, hermano. Solo estábamos comentando su nerviosismo. No podrás negar que temblaba como una hoja.

—Me voy a la fragua —informó antes de tomar su casaca y el sombrero; luego salió del caserío con prisas.

Mateo no andaba errado. La muchacha estaba muerta de miedo. Como lo estuvo la noche anterior cuando lo vio aparecer en el bosque. No quería pensar en la razón de tanto temor. Hacerlo le permitiría dejar de rumiar, aunque fuera por un breve instante, la ausencia de Luisa y ni quería ni estaba preparado para hacerlo.

Caminó a paso vivo hacia la fragua. El galgo lo seguía sumiso, como si adivinara su oscuro estado de ánimo.

—¡Juana, hija, no entres corriendo! —La reprimenda femenina llegó desde el exterior a la vez que una niña pequeña, vestida de oscuro, entraba en la cocina como una exhalación, balanceando sus trenzas rubias—. No creo que quieras probar la alpargata en tus posaderas. —La niña se detuvo en seco; un dedo en la boca. Elisa no supo si por la amenaza de la madre o al ver a su abuela y a ella; luego se volvió a la puerta y salió tan deprisa como había entrado—. Pero bueno, hija, ¿no te he dicho que no corretees así? —La mujer volvió a reñirla mientras entraba en el caserío con la pequeña pegada a su lado.

—No riñas a la niña, hija. Es demasiado pequeña para saber... —dijo la señora Nicolasa, acercándose a las recién llegadas. Sin duda la mujer que acababa de entrar era hija de la dueña de la casa; las facciones de la mayor se repetían más suaves en la joven; solo el color de los ojos era diferente, en lugar de azules, la hija los tenía verdes, y durante un momento la escrutaron con fijeza. Algo de lo que vio debió de agradarla pues una tierna sonrisa distendió sus labios.

—Soy Blanca; supongo que vos sois la señora Elisa —comenzó con calidez, ofreciéndole las manos. Elisa se las tomó sin pensar, demasiado sorprendida por el trato amable—. Esta mañana, Mateo me ha contado las tristes circunstancias en las que os encontró nuestro hermano Joseph. Siento mucho vuestra pérdida. —Le dio un apretón cariñoso en las palmas—. Si hay algo que pueda hacer por vos, no dudéis en pedírmelo.

—Muchas gracias, señora. Yo también os acompaño en el sentimiento por la muerte de vuestra cuñada —murmuró Elisa, enternecida.

Blanca sonrió con tristeza mientras le daba unas palmaditas en las manos antes de soltárselas.

—¿Qué tal estáis hoy? Según mi hermano Mateo ayer estabais muy cansada.

—Mejor. Aún me agoto enseguida, pero poco a poco estoy recuperando fuerza —respondió un poco turbada porque hubieran estado hablando de ella.

—Me alegro. Estos días son los únicos que las mujeres podemos haraganear sin pudor. —Sonrió conspirativa—. Aprovechad la situación, señora Elisa. ¡Ah! Madre, están a punto de llegar los Echaniz. He visto el carro mientras cruzaba el prado.

—Vendrán a ver a la niña y a conocer a Elisa —pronosticó la dueña del caserío, meciendo a la pequeña. Luego se la devolvió a Elisa, que la recibió como si siempre hubiera estado en sus brazos—. ¿Nos haríais el favor de haceros cargo de ella? Voy a preparar algo de colación.

—Por supuesto que sí, señora. Si os puedo ayudar en algo más... —Se ofreció, acunando al

bebé.

—De momento, en nada, querida. Descansad un poco. No conviene que hagáis muchos esfuerzos —aseguró Blanca, guiñando un ojo—. Entre mi madre y yo, nos apañaremos. —Fuera se oyeron cascos de caballo y el ruido de un carro, avanzando por el camino—. Creo que ya han llegado los Echaniz. Venid, os presentaré a la suegra de mi hermano Joseph y a sus cuñados.

Salieron a la puerta a tiempo de verlos descender del vehículo. La anciana tenía el rostro abotargado del llanto y se apoyaba en el hijo, como si no le quedasen fuerzas para nada. Una muchacha de unos diecisiete o dieciocho años, vestida de negro como el resto de los concurrentes, permanecía junto a ellos, buscando a alguien con la mirada. Al toparse con Mateo, que estaba entretenido enseñando a Yñigo a jugar con el aro, sus mejillas se pusieron como la grana.

—Pasad, señora Luisa —invitó Blanca con premura—. Ricardo, dejad que mi hermano Mateo se encargue de los caballos. Claudia, acompáñanos. ¡Mateo!, atiende a los animales. —Tomó a la mujer del codo para ayudarla a entrar—. Os presento a la señora Elisa. Es nuestra invitada —anunció una vez que cruzaron la puerta y entraron en la caldeada cocina.

La anciana la miró de arriba abajo con desagrado antes de soltar:

—Eres la joven que la otra noche dio a luz en el bosque. —Al darse cuenta de que llevaba a su nieta en brazos, trató de arrebatársela de malos modos—. ¡Dámela, mujerzuela! Una mujer de bien no andaría sola por los caminos a esas horas de la noche, y menos, a punto de dar a luz. ¿Qué clase de mujer viaja sin una dama de compañía? ¡Qué me la des, te digo!

Elisa, asustada, se quedó quieta, incapaz de decir o hacer nada. La palabra «mujerzuela» reverberaba en su mente.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Nicolasa. Llevaba un cucharón de madera en la mano—. ¿Qué son esas voces?

—Esta extraviada lleva a mi nieta en brazos —siseó la mujer con enfado.

—Lo sé. Yo misma se la acabo de entregar.

—¡No quiero que la tenga! ¡No quiero! No me parece adecuado que una mujer de la que nada sabemos y que podría ser una cualquiera la tenga en brazos. ¿Cuándo se ha visto a una mujer viajar sola a horas tan intempestivas?

—¡Señora Luisa! —La voz seca de la señora Nicolasa resonó en la cocina—. Tranquilizaos. Esta buena muchacha ha tenido la bondad de alimentar a la niña. ¿Acaso queréis que nuestra nieta se muera de hambre?

El silencio fue tan denso y aplastante que Elisa tuvo miedo de moverse siquiera. Temblaba por dentro, aunque se esforzó para que nadie lo notara. Miró a la niña; dormía plácidamente, ajena al malestar que imperaba en la cocina. Era tan pequeña y preciosa...

La señora Luisa también miró a la niña y su cara se crispó de dolor. Con un grito desgarrado se dejó caer contra el cuerpo de su hijo, que había continuado sujetándola, para llorar a lágrima viva.

Elisa sintió pena; aquella mujer no hacía mucho había sepultado a su hija. Ella, desgraciadamente, comprendía lo que era eso. Pese a que la presencia de aquella niña había conseguido paliar de algún modo su pena, no podía olvidarse del niño enterrado en la fría y húmeda tierra del bosque. Habría tratado de consolarla, olvidado ya el modo en que le había hablado, pero tal vez su intención no fuera bien acogida.

Su mirada se cruzó con la del señor Ricardo, el hijo de la señora Luisa.

Los oscuros ojos del hombre, fríos y desapasionados, estaban enrojecidos por el llanto y no le dedicaron más que un vistazo somero. Aun así, no le gustó ese hombre.

Dio un respingo cuando alguien le puso una mano sobre el hombro. Era Blanca, que le mostraba de ese modo su apoyo. Elisa intentó sonreír a modo de agradecimiento; sin embargo, el temblor de sus labios le impidió esbozar algo parecido a una sonrisa.

Volvió a estar asustada. Quizá en cualquier momento le hicieran daño. Miró a ambos lados, buscando un lugar por donde huir. Sentía el corazón desbocado. Quería salir de allí lo más rápido posible.

Blanca le dio un apretón en el hombro y se acercó aún más a ella para tranquilizarla antes de hablar.

—Elisa ha sido tan amable de amamantar a la niña, pese a que su propio hijito nació muerto. No podemos reprocharle nada. —Miró a todos con aplomo—. Es una desgracia que la pobre Luisa haya fallecido. La quería como a una hermana y la... añoro terriblemente —se le cortó la voz por la angustia—. Ahora... —Tomó aire para seguir—: Ahora tenemos a su hija y es nuestro deber hacer todo lo posible para que no le falte alimento y salga adelante. Es lo que Luisa hubiera querido. —Clavó la mirada en la anciana y en su hijo, como si les retara a desmentir sus palabras.

—Lo sé... pero es tan... duro... —gimoteó la señora Luisa, sonándose, compungida—. Era muy joven, mi pequeña. Lo siento, muchacha. He sido injusta con vos —se disculpó, mirando a Elisa.

Ella, con la mirada baja, se limitó a cabecear sin decir nada. Nunca se habían disculpado con ella y no sabía cómo comportarse. Debió de hacer lo debido, pues nadie pareció molestarse por su silencio. Cuando se atrevió a levantar la vista se topó con los ojos fríos del señor Ricardo clavados en ella; al punto volvió a bajarla, intranquila.

Era evidente que no le agradaba la presencia de ella y por su modo de observarla, con una mezcla de desdén y rechazo, que estuviera cerca de su sobrina era toda una afrenta para él. Para no seguir sintiendo aquel desprecio, se dirigió al fondo de la cocina, al lado de la chimenea. La pequeña no tardaría mucho en pedir su ración de leche.

Como si la hubieran convocado, el bebé rompió a llorar con estridencia.

—¡Sin duda, mi sobrina tiene buenos pulmones! —exclamó Blanca. Sus palabras parecieron disipar un tanto la tensión reinante.

Consternados, los hombres miraban a don Pablo. No habían encontrado ningún indicio de que la señorita Elisa hubiera abandonado Vitoria. Nadie la había visto salir por ninguna de las puertas de la ciudad. Ni en carretas ni en la diligencia.

—Puede que ella viera al asesino y él se la llevara —aventuró Salazar, uno de ellos.

—¿Con qué intención? —inquirió don Pablo desde su escritorio. Intentó no rascarse la cabeza bajo la blanca peluca. No veía la hora de quedarse solo en el despacho y desprenderse de aquel incordio durante un rato—. Si no deseaba ser señalado por ella, con matarla también lo habría solucionado.

—Quizá no quería matarla...

—¿Un secuestro? Podría ser, pero la señora Gertrudis no ha dicho nada de un rescate. ¿Para qué raptarla, si no? A estas alturas ya deberíamos saber qué piden por ella. —Se frotó entre las cejas—. No, no lo veo factible.

—Si se la ha llevado, lo ha hecho muy bien. Nadie ha visto nada sospechoso —aseguró otro, frunciendo el ceño—. A menos que ella sea la asesina.

—No debemos descartar ninguna posibilidad. Pero no es la única que vivía en esa casa. —Chasqueó la lengua y unió las manos bajo el vientre—. Mientras logramos dar con la joven, habrá que investigar el motivo del crimen. Nadie mata porque sí. Debe haber una razón. Salazar —dijo, mirando a uno de ellos—, vos quedaos en Vitoria a indagar sobre las costumbres del señor Cristóbal. Quiero saber si le gustaba el juego, si tenía deudas, si andaba con mujeres... Quiero saberlo todo sobre él —ordenó don Pablo, poniendo las palmas sobre el escritorio—. El resto, continuad buscando. Alejaos un poco más de Vitoria. No puede haber ido muy lejos.

—Como gustéis, señor alcalde —murmuraron antes de salir del despacho.

Don Pablo se levantó para mirar el plano de la ciudad y de los pueblos circundantes. No, no podía haberse alejado tanto. Tal vez, ni siquiera había salido de Vitoria y permanecía escondida, asustada y sola.

Si había visto cómo mataban a su padrastro tendría mucho miedo de que la encontrasen. Y si ella era la asesina, mucho más miedo aún.

¿Podría haber hecho algo así? ¿Por qué?

Don Federico y él habían llegado a la conclusión de que el asesinato tenía un punto de pasional. Nadie asesta cinco cuchilladas en el abdomen de alguien si no hay mucha rabia que soltar. Con la

certera cuchillada en el cuello, tal y como había corroborado don Federico, habría sido suficiente. Habría muerto desangrado en un momento. En cambio, el asesino o la asesina había dejado el cuchillo clavado en el vientre como una firma de su actuación.

Luego estaba el golpe en la nuca. ¿Había sido antes o después?

Él se inclinaba a pensar que había sido antes. Que, posiblemente, el señor Cristóbal estaba algo aturdido cuando lo asesinaron. Se defendió, sí, pero sin toda la fuerza de que habría sido capaz. Los cortes en los antebrazos no eran muy profundos, como si no hubiera hecho presión contra el filo.

El arma, un cuchillo sencillo con mango de madera, no pertenecía a la casa. La señora Gertrudis lo había asegurado y él estaba convencido de que aquella mujer tenía inventariado hasta el último alfiler de sus posesiones.

¿Quién lo había llevado allí? Lo más probable, el propio asesino.

¿Tenía la señorita Elisa un cómplice?

Habían encontrado esa mañana a Lucas, el criado encargado de los animales, en un pajar a las afueras de la ciudad. Pero seguía borracho como una cuba y no habían conseguido interrogarle.

Con una delicadeza que contradecía su tensión interior, se quitó la peluca y la dejó sobre la pulida superficie del escritorio. Le apaciguó un tanto escuchar el alboroto de los chiquillos en la calle, que se oía a través del ventanal. La inocencia de sus juegos era un bálsamo para sus funestos pensamientos.



—Está muy asustada. Madre me ha dicho que tenía el cuerpo lleno de moratones, unos más antiguos que otros —explicó Blanca mientras se metía en la cama, en el hueco que le había estado calentando Fermín, y comenzaba a trenzarse el pelo a la luz de la vela sobre la mesita de noche.

—¿Le han dado una paliza? —preguntó su marido, mirándola con interés.

—No una paliza solo, querido. Madre dice que, por el tono de los cardenales, han sido muchas y no muy distantes entre sí. Lo sorprendente es que no hubiera perdido al bebé antes. ¡Pobre muchacha!

—A ti te ha caído bien —afirmó Fermín. Comenzó a pasarle la mano por la espalda en una tierna caricia—. Sonríes cuando hablas de ella.

—Sí. Es agradable y educada. Además, trata muy bien a los pequeños. Juana estaba encantada con ella y no es muy dada a confiar en extraños.

Él asintió en silencio. Blanca sonrió al ver su mirada enternecida, como siempre que mencionaban a la niña de sus ojos.

Su marido no era tan alto como los hermanos de Blanca, a decir verdad, era unos dedos más bajo que ella, pero tenía algo que la había seducido desde muchos años atrás, cuando, con una sonrisa capaz de parar a una manada de bueyes, la sacó a bailar en una romería. Aún recordaba lo nerviosa que había estado en aquel momento. Solo tenía dieciséis años y él era uno de los primeros chicos con los que bailaba. Pero después de aquel ya no quiso bailar con ninguno más. Había encontrado al hombre de su vida.

Sin duda, Fermín, era una buena persona, un buen padre y un amantísimo marido. Su vida sería perfecta si no existiera la señora Dorotea, su suegra.

«Un dolor de mujer», pensó con hastío.

Era todo lo contrario que su hijo. Donde él era paciente y tierno, ella era impaciente y exigente. En los seis años que llevaban casados, nunca había hecho nada a su gusto. A veces era desesperante y le daban ganas de tirar la toalla; sin embargo, como madre de su marido, le estaría siempre agradecida. Por descontado, le agradecería aún más que se fuera a pasar una buena temporada a la casa de cualquiera de sus tres hijas y tratara de gobernarlas tanto como hacía con ella.

—¿Le has dicho a tu familia que esperamos otro bebé? —La pregunta de Fermín la devolvió al

presente. Con ternura, él le posó una mano sobre el vientre aún plano—. Tengo muchas ganas de verte engordar.

—¡Yo ningunas! —Negó con vehemencia—. Me sentiré pesada y torpe. Y pareceré una ballena.

—No es cierto. Te pondrás lozana y sonrosada como una rosa en primavera. —Con delicadeza, sus dedos comenzaron a circundar el ombligo por encima de la tela del camisón—. Te pones aún más guapa cuando estás esperando un hijo.

—¿Estás tratando de seducirme, esposo?

—¿Lo estoy consiguiendo, esposa?

Por supuesto que sí, pero no se lo iba a decir tan rápido, pensó Blanca, sonriendo de antemano antes de apagar de un soplo la vela.

\* \* \*

Desde la cama, Nicolasa escuchó pasos en el pasillo y aguzó el oído por si alguien necesitaba ayuda. Un rato antes había oído a Elisa amamantar a la pequeña. Le preocupaba esa joven. Presentía que ocultaba algo y que huía de alguien. Por si las marcas de su cuerpo no hablaran por sí solas, la actitud un tanto precavida y asustada de la muchacha, lo ponía de manifiesto. Por extraño que pudiera parecer, confiaba en ella. Le resultaba una joven educada y cariñosa. Al menos con los niños lo era, pese a su evidente falta de experiencia con ellos. Yñigo y Juana no habían tenido ningún problema para acercarse a escuchar el cuento que les había relatado, mientras amamantaba al bebé.

Recordar a su nueva nieta la hizo suspirar con pesadumbre.

—¿Qué te ocurre, Nicolasa? —indagó Pedro, su marido. Se volvió en la cama para colocarse de cara a ella. La luz de la luna, que se colaba por la ventana, hacía brillar sus ojos—. ¿Qué te tiene tan preocupada y no te deja dormir?

—Es la niña.

—¿La niña?, ¿te refieres a nuestra pequeñita?

—Sí. No tiene nombre y Joseph no parece muy interesado en ella. —Volvió a suspirar—. No quiero imaginarme el dolor que debe de estar pasando.

La mano de su marido tanteó en el aire hasta que tocó la cara de Nicolasa y la acarició con ternura. Él también lanzó un suspiro entrecortado.

—Sé cómo me sentiría si tú me faltaras y... —La abrazó con fuerza, como si temiera que eso fuera a suceder en cualquier momento—. No se te ocurra morirte, mujer.

—Tú tampoco —susurró, conmovida por las palabras de su marido—. ¿Crees que...?

La pregunta quedó inconclusa cuando la puerta se abrió un poco y la cabeza rojiza de Yñigo asomó con timidez.

—Abuela —susurró el niño—. Abuela...

—¿Qué te sucede, mi cielo? Ven, ven aquí con nosotros —lo invitó—. Aquí se está calentito.

El niño no se hizo de rogar y corrió a meterse en la cama entre el matrimonio. Su menudo cuerpecito estaba helado. Nicolasa se preguntó cuánto tiempo llevaba deambulando por el pasillo sin decidirse a entrar. Lo abrazó para darle calor y consolar la pena que lo estremecía.

—He tenido una pesadilla, abuela —confesó, compungido—. Y ahora no está... mi... y...

—Tranquilo, puedes venir a nuestra cama siempre que quieras —lo atajó el abuelo—. Nosotros seguimos aquí. No estás solo, *pequeño alazán*.

—Lo sé, pero... —Sorbió el llanto que estaba a punto de desbordarle—. Echo de menos a mi madre.

—Te acordarás de ella muchas veces; sin embargo, poco a poco, cada vez te hará menos daño —aseguró el abuelo.

—¿Eso quiere decir que la olvidaré? —preguntó, espantado—. ¡No quiero olvidarla!

—No, *potrillo*. Nunca la olvidarás. Su recuerdo te acompañará toda la vida y, a veces, te hará reír.

—¿Estáis seguro, abuelo?

—Ya lo verás. Ahora duerme. Es muy tarde y el amanecer no perdonará tu desvelo.

El aroma del chocolate humeante que tenía sobre la mesa, frente a él, no conseguía despertar su apetito. Por una vez, su legendaria pasión por esa bebida permanecía dormida.

Había bajado a la cocina con la intención de empezar la jornada. Los caballos no entendían de duelos ni pesares y necesitaban sus cuidados. Pero ahora, allí sentado con los codos en la mesa y la cabeza sujeta entre las manos, era incapaz de desayunar o de moverse. Su mente seguía en el mismo punto donde había estado toda la noche: Luisa y su terrible y desoladora ausencia.

Una vez que su hijo se hubo ido a la cama, él volvió a su dormitorio y, como las últimas noches desde que Luisa no estaba, se sentó en la mecedora para mirar el lecho vacío. No se decidía a acostarse en él. Temía despertar buscándola en sueños. Le aterrorizaba sentirse solo sobre el colchón de lana, que les habían regalado los padres de ella el día de la boda. Un lugar que había sido testigo de su amor, donde habían concebido a Yñigo y a...

—Joseph, ya es momento de poner nombre a la niña. —Las palabras de su madre lo sorprendieron y por un instante creyó haber hablado en voz alta. Se giró en el taburete para mirarla, pero ella, en una esquina de la mesa, seguía limpiando verduras sin apartar la vista de la tarea—. Hace siete días que nació y no sabemos cómo llamarla.

—Inés —murmuró Joseph, volviendo su atención al tazón de chocolate—. Luisa quería que se llamara así.

—Hablaré con el párroco. A ver si el domingo puede celebrar el bautizo. ¿Qué te parece?

—Lo que digáis —aceptó sin pensar demasiado en ello.

—¿No vas a tomar el chocolate? Está tan espeso como a ti te gusta —quiso tentarle su madre—. Aún está caliente y fuera...

—Hace mucho frío. —Mateo, que entraba en ese momento, terminó la frase por ella—. He sacado a los caballos al cercado. Da gusto verlos correr sobre la hierba escarchada. Madre, ¿sabéis cuánto tiempo se quedará la señora Elisa?

—Hasta que regresen los barcos. ¿Por qué lo preguntas?

—Su yegua es una preciosidad. Joseph, ¿crees que nos dejaría cruzarla con Mutil? No quiero imaginar los potrillos que saldrían de esa unión.

No quería pensar en cruces ni en caballos y menos en la yegua de la joven. Hacerlo le recordaba el error que había cometido al llevar a las yeguas hasta Tolosa. Debería haber esperado

unos días más. Luisa ya había corrido peligro con el nacimiento de Yñigo. ¿Cómo no se le ocurrió imaginar que podría adelantarse el parto?

Como aún le faltaban un par de semanas, creyó mejor llevar a los animales cuando todavía tenía tiempo. Así podría estar con ella en el momento del alumbramiento.

«¡Qué necio!»

—¿No te parece que serían magníficos, Joseph? —insistió Mateo.

—Supongo que se marchará en primavera, cuando los barcos vuelvan a navegar por el océano. No habrá tiempo para cruces de ningún tipo, así que no te hagas ilusiones —murmuró, sin dejar de pensar en su mujer. Lanzó a su madre una rápida mirada y volvió a acomodar la cabeza en las manos—. Madre, no me habéis contado cómo fue...

La mujer dejó un momento lo que estaba haciendo antes de responder:

—Se desangró, hijo —comentó con pesar—. Después de que te fueras, se quedó dormida y cuando despertó, estaba sangrando. —Miró las verduras como si no supiera qué hacer con ellas.

—¿Había... había tenido dolor? —se atrevió a preguntar.

—No hasta que empezó con las contracciones.

—Fui a buscar a doña Camila, la curandera —dijo Mateo, cabizbajo—. Si alguien podía ayudarla, era ella.

—Hizo todo lo que pudo, Joseph —continuó su madre—. Pero fue imposible parar la sangre. Nos dijo que la placenta estaba muy cerca del canal del parto y que eso provocaba la hemorragia.

Él ya sabía de qué se trataba. Apretó los dedos contra las sienes. Nadie tenía la culpa; sin embargo, Joseph seguía pensando que, si no hubiera ido a Tolosa, si se hubiera quedado en el caserío...

El llanto de un bebé puso fin a la sarta de reproches que empezaba a desgranar en su mente. Su hijita se había despertado y reclamaba alimento. Un alimento que jamás podría recibir de su madre y debía conformarse con la buena predisposición de una desconocida.

—Doña Camila nos pidió que avisáramos a don Yago Izaguirre, el galeno, y fui a buscarlo —comentó Mateo, acercándose a su hermano—. Ese hombre cabalgó como un demonio para llegar lo antes posible. Y cuando llegó, solo pudo confirmar lo dicho por la curandera. —Puso una mano sobre el hombro de Joseph—. Me pidió que te dijera que pasaras por su casa si necesitas saber algo más. Tanto él como doña Camila estaban bastante desolados por... —Mateo guardó silencio.

Joseph meneó la cabeza, incapaz de decir nada. No iba a llorar. Se lo propuso, pese a que las lágrimas se le atascaban en la garganta y le impedían tragar. Temía que, si se dejaba llevar por el dolor, sería incapaz de parar. Debía ser fuerte por el bien de sus hijos y por el suyo propio, pero ¡por Dios, qué difícil era!

—He preparado la fragua. Hay que herrar a la yegua negra —explicó Mateo. Sabía que su hermano pretendía sacarle de su ensimismamiento—. Ha perdido una herradura y anda coja. —Le

dio un apretón en el hombro antes de apartar la mano y dirigirse a la puerta—. Te espero en la fragua con Beltza; no tardes. —Se volvió para mirar a su madre—. Ha dicho padre que no os molestéis en llevarle la comida al monte. Ha cogido algo para matar el hambre y vos tenéis mucho que hacer aquí. Hasta luego.

—Hasta luego, hijo —se despidió la mujer, mientras echaba el último trozo de puerro en el caldero, suspendido sobre el fuego—. Joseph, por favor. Debes comer. Sé que es muy duro para ti, pero debes hacerlo por tu bien. Si te pones enfermo...

—No tengo hambre, madre. Será... será mejor que me ponga en marcha. —Se levantó y caminó como un sonámbulo hacia la salida.

—Hijo, no te olvides la casaca.

En ese momento se dio cuenta de que iba a salir en mangas de camisa. Tomó la casaca del perchero, al lado de la puerta, y rezó para que el frío exterior le congelara la mente y el corazón.

«No caerá esa breva», masculló por dentro.

\* \* \*

La pequeña tragona se estaba quedando dormida. Había tomado de los dos pechos y parecía ahíta. Elisa le acarició con suavidad la mejilla, sonrosada por el esfuerzo y por el calor, y sus labios se estiraron como reflejo de la sonrisa que esbozó la niña. Casi al instante se sintió culpable por sentir cariño por un bebé que estaba tomando el alimento destinado a su hijito. Por acariciarla y atenderla con ternura, cuando jamás podría hacer eso por su pequeño.

Al principio no lo había querido. Era fruto de la vergüenza y del dolor. Luego, conforme fueron pasando las semanas y comenzó a sentir sus movimientos, primero delicados como el aleteo de una mariposa y más tarde, enérgicos y llenos de vitalidad, empezó a interesarse por él y a tomarle cariño. Era su hijo y no iba a darle la espalda. Había intentado protegerlo con toda su alma de las intenciones asesinas de su madrastra y de su marido; para quienes ese niño era algo que debía desaparecer lo antes posible.

«Pues ya lo habéis logrado.»

Los movimientos inquietos de la pequeña glotona la devolvieron al presente. Se encontraba muy lejos de aquellas personas y, posiblemente, a salvo de su maldad. Más tranquila, colocó a la niña sobre el hombro para que eructara antes de cambiarle los pañales.

—Tú no tienes la culpa, chiquitina, pero no puedo evitar sentir que estoy traicionando a mi propio hijo —susurró contra la diminuta sien—. Y a la vez, haces que el dolor por su ausencia sea más llevadero. ¿Es normal o soy una mala persona?

Un estruendoso eructo junto a su oído fue la única respuesta. La carcajada fue tan espontánea como sincera. Abrazó aún más a la niña; aspiró su dulce fragancia. Una mezcla de leche y pan

recién horneado. Un aroma tentador. Era imposible no encariñarse con un ser tan pequeño, indefenso y delicado. Con toda sutileza la tumbó en la cama para coger unos pañales limpios y la palangana para asearla. Sin perderla de vista, tomó lo necesario antes de regresar al lecho. La niña bizqueaba, mordisqueándose la mano. Su cabecita se movía buscando los sonidos, como si no quisiera perderse nada de lo que estaba sucediendo en la casa. Después de un rato, su cara comenzó a crisparse y a ponerse colorada como un tomate a punto de reventar. Apretó los puñitos, haciendo fuerza, hasta que poco a poco volvió a relajarse y un desagradable olor se extendió por todo el dormitorio.

—Vaya, así que la señorita ha puesto un huevo. Habrá que...

—¿Mi hermana pone *güevos*? —preguntó Yñigo desde la puerta. Aún llevaba puesta la camisa de dormir. Su pelo rojizo salía disparado en todas las direcciones.

—Buen día, Yñigo —lo saludó, una vez repuesta del susto que se había dado, y lo invitó a pasar con un gesto de la mano.

El niño entró arrastrando los cordones de sus albarcas de cuero y se sentó al borde de la cama. Luego se frotó los ojos para despejar el sueño.

—¡Puaj! ¿Qué *güele* tan mal? —Se tapó la nariz y arrugó la cara con asco.

—Esta señorita ha hecho caca —anunció Elisa, mientras comenzaba a retirarle la ropa—. Ahora hay que limpiarla y volver a ponerle otros pañales limpios.

—Pues qué marrana. Yo no me mancho —aseguró el niño muy orgulloso.

—Seguro que no. Pero ella todavía es pequeña y aún debe aprender. ¿Le enseñarás tú?

—¿Yo? No sé si sabré. No parece que haga mucho caso —criticó, serio. Adormilados todavía los ojos—. Y no sabe hacer nada más que llorar y ahora... —señaló el pañal sucio antes de seguir—: y ahora eso. —Negó con la cabeza.

—Aprenderá, no te preocupes. A mí me hubiera gustado tener una hermana. Tienes suerte de tener una. —Lo miró con cariño—. Más adelante jugarás con ella y le enseñarás todo lo que sabes.

Yñigo observó a la niña que pataleaba sin dejar de mordisquearse el puño. Se le notaban las dudas en los gestos de su cara, pero aceptó el vaticinio de Elisa sin decir nada.

—¿Teníais miedo cuando murió vuestra madre? —preguntó pasado un rato—. Yo tengo pesadillas.

—Sí. Temía que a mi padre le ocurriera algo y me dejara sola con... —calló un instante sin saber si contárselo o no—. La señora Gertrudis vivía en nuestra casa y se encargaba de cuidarme. A mí no me gustaba nada. Solo me trataba bien cuando mi padre estaba presente, pero luego...

—Vaya —susurró el niño con los ojos abiertos como platos—. Yo también tengo miedo de que mi padre... eso —terminó, cabizbajo.

—A tu padre no le pasará nada. Y tienes a tus abuelos y a tus tíos para cuidar de ti. No te

quedarías solo —le aseguró, terminando de atar los pañales—. Todos te quieren, pequeño.

—Eso es verdad —apostilló el niño, con media sonrisa—. Aunque mi abuela finja enfadarse cuando le robo un pellizco de masa de pan, sé que me quiere mucho. Bueno, creo que cuando bañé a las gallinas en el abrevadero y por mi culpa pasaron unos días sin poner huevos, no me quiso mucho —confesó, cabizbajo.

—Quizá a las gallinas no les hiciera gracia que las metieras allí —murmuró, aguantando la risa.

—No. Las muy bichas me picotearon los dedos y casi me sacan un ojo.

—¡Qué desagradecidas! —exclamó, aparentando enfado. Luego más seria, continuó—: Cuando vuelvas a tener esos sueños, recuerda a todas las personas que te quieren y se preocupan por ti. —Le revolvió el pelo y luego le tocó tiernamente la punta de la nariz—. Ahora, caballero, será mejor que te laves y te vistas. Tu abuela ya te ha preparado el desayuno.

—¡Sí! Chocolate caliente, lo que más me gusta —estalló Yñigo, saltando al suelo. Corrió a la puerta. Al llegar se detuvo en seco antes de volverse a mirar a Elisa. Sus verdes ojos expresaban seriedad—. Señora Elisa, si tenéis pesadillas, recordad que ya no estáis sola. Yo me preocupo por vos. —Salió corriendo sin esperar respuesta.

Elisa se quedó mirando el hueco de la puerta sin saber si reír o llorar. En cualquier caso, sintió un calorillo extenderse por dentro de su pecho.

«El Señor me ha arrebatado a mi hijito, pero me ha dado la oportunidad de disfrutar por un tiempo de la atención de estos pequeños», pensó, emocionada.



—No ha comido nada en todo el día. —La señora Nicolasa abandonó la labor en el regazo, para mirar sin ver las llamas de la chimenea—. Es una desgracia terrible lo que ha sucedido. ¡Pobre Luisa! Pero no puede estar sin comer. ¡Caerá enfermo!

—Pese a conocer el riesgo, nunca creímos que pudiera hacerse realidad —murmuró Blanca, sin dejar de zurcir una de las medias de Juana—. No quiero pensar en cómo me sentiría si a Fermín le sucediera algo. Imagino por lo que estará pasando mi hermano y... ¡Ay! Me he pinchado. —Se llevó un dedo a la boca para restañar la sangre—. Esta hija mía es incapaz de ponerse una media sin destrozarla.

—¿Qué quieres? Se pasa el día correteando con Yñigo —le recordó su madre, retomando su labor.

Elisa se acomodó a la pequeña para facilitarle la toma. La torpeza de las primeras veces había desaparecido; ahora se arreglaba muy bien. Inés era una niña muy buena y ella corría el riesgo de encariñarse demasiado. Ya temía el momento en que debería dejarla para continuar su viaje al Nuevo Mundo.

Escuchaba a la señora Nicolasa y a la señora Blanca con una mezcla de sorpresa y envidia. Pocas veces había tenido la oportunidad de ver interactuar a una madre con su hija. La señora Gertrudis estaba muy lejos de ser su madre y jamás había actuado como tal; más bien como su madrastra con todas las connotaciones más peyorativas. Pese a que, en presencia de su padre, su trato había sido más amable, nunca la hizo sentirse apreciada. Luego, cuando él falleció, la situación se hizo insostenible.

Nunca entendió por qué su padre se había casado con ella. Cuando murió su esposa, la había contratado para atender a una Elisa tímida y apocada, y no tardó más que un año en casarse con ella. ¿Por qué, si nunca lo vio sonreír como hacía con su madre? Dudaba de que hubiera sido feliz alguna vez con su nueva esposa.

—Voy a ver si esos dos chiquillos entran de una vez, fuera empieza a refrescar demasiado —anunció la señora Nicolasa antes de levantarse. Dejó la labor sobre la silla y se dirigió a la puerta con paso enérgico. La corriente de aire hizo que los ramilletes de plantas aromáticas, que colgaban de las vigas del techo, oscilaran emitiendo un frufú. Su agradable olor perfumó la cocina.

—Es un angelito, ¿no creéis, señora Elisa? —comentó la señora Blanca, acercándose para

sentarse al lado de Elisa en el banco corrido.

—Sí, lo es. —Sonrió mientras acariciaba la suave pelusilla dorada de Inés. Luego levantó la vista—. Por favor, señora Blanca, no me tratéis con tanta formalidad. Llamadme solo Elisa. No estoy acostumbrada a ser tratada de otro modo.

—Me parece muy bien, pero solo si tú me llamas Blanca. No veo razón por la que no podamos tutearnos —aclaró Blanca—. Según mi madre, te quedarás aquí hasta que partan los barcos para América.

—Sí. Vuestra... digo, tu madre ha sido tan amable de ofrecerme su casa y...

—Nosotras debemos darte las gracias a ti. —Miró a la niña, que descansaba plácidamente en los brazos de Elisa—. Ha sido una suerte que... ¡Ay! ¡Lo siento! No me he dado cuenta de que... ¡Ay, Señor! —La vergüenza era patente en la cara de Blanca.

—Tranquila. —Le tocó la mano con timidez y la retiró al instante. No sabía mucho sobre cómo eran las convenciones sociales. En esos días estaba aprendiendo más que en toda su vida. Pero aún temía hacer algo inconveniente.

—Eres un cielo, muchacha —aseguró Blanca, levantándose otra vez, y para sorpresa de Elisa, le dio un beso rápido en la mejilla—. Voy a ayudar a mi madre a meter a esos diablillos antes de que hagan alguna trastada.

Con los dedos puestos en la mejilla, Elisa se descubrió los ojos anegados de lágrimas. La última vez que alguien la había besado había sido cinco años atrás, cuando aún vivía su padre y le daba un beso todas las noches antes de dormir.

Ahora se daba cuenta de que en esos años había perdido mucho más que su virginidad. Comprendía sus carencias afectivas y sociales. Eran muchas las cosas que debía aprender y lo mucho que desconocía.

Se levantó para cambiar los pañales de Inés. Era tan buena que ni siquiera protestaría por dormirse con ellos sucios.

La puerta de la calle se abrió de pronto y sobresaltó a Elisa en el momento que la ponía sobre la mesa para asearla. Por instinto abrazó a la niña, para protegerla de cualquier peligro. Se sintió tonta al ver que quien había entrado era el señor Joseph. Él miraba a su hija con una mezcla de anhelo y dolor. Sus ojos, azules y enrojecidos, destacaban en un rostro manchado por la fragua. Cuando levantó la mirada y la dirigió a ella, la vergüenza y el pudor la abochornaron por completo; hubo de bajar la cabeza. ¡Había visto partes de su cuerpo que...! Nunca podría mirarle sin acordarse de ello.

El silencio se prolongó tanto que Elisa levantó la vista con bochorno. No había nadie, el hombre había desaparecido sin decir nada. No supo si lo hizo por no abrumarla aún más o por otro motivo.

La llegada de los niños, manchados de barro, y de las dos mujeres impidió que siguiera

pensando en él. Volvió a colocar a Inés en la mesa para retirarle el pañal sucio.

—Deberíamos meterlos en la tina con ropa y todo —anunció Blanca, molesta—. No quiero pensar en qué dirá mi suegra cuando vea a Juana. Acabo de darle otro motivo para criticarme. —Suspiró—. Indudablemente, sus hijas nunca se mancharon de barro.

—No le hagas caso, Blanca. Ella no es un dechado de virtudes y sus hijas también se manchaban. Te lo digo yo. —La señora Nicolasa colgó el chal de lana en el perchero de la puerta y se dirigió al fuego, donde un caldero de hierro enorme mantenía el agua caliente durante todo el día—. Si quieres, báñala primero.

—No. No servirá de nada. El vestido está demasiado embadurnado. Hoy tendré sermón sobre lo mal que lo hago todo. —Meneó la cabeza—. Ay, Señor.

—Si ponemos el vestido al calor del fuego para secar el barro y luego lo cepillamos, quizá... —dijo Elisa de corrido, luego calló al darse cuenta de que las dos mujeres la miraban con interés—. Yo... No quisiera que tu suegra...

—Te lo agradezco mucho, Elisa. —Blanca sonreía con ternura—. Aunque no hay ningún problema.

—¿No se enfadará? Es mejor si no provocas su enfado —musitó, cabizbaja. Temía que la suegra de Blanca la emprendiera con ella. Menos ahora, con un bebé en camino. Si esa mujer la golpeaba... ¡podría perderlo!

—Mi suegra solo gruñe y protesta, pero nada más —explicó Blanca. Se acercó a la mesa para ayudarla a sujetar el pañal de Inés—. Es muy exagerada para sus virtudes y para lo que considera defectos en los demás. Cuando le diga que estoy esperando otro hijo, me recordará que ella atendió la huerta hasta el parto. —Bajó la voz para impedir que los niños escucharan—: Si ella no supiera que es demasiado exagerado, me diría que, tras dar a luz, volvió a la huerta y siguió plantando guisantes. —Soltó una risita—. No le hago mucho caso, la verdad.

—Entonces, ¿no... te pegará ni...? —indagó, preocupada.

—No, de ninguna manera. Fermín no se lo consentiría y ella no quiere enemistarse con su hijo. —Tomó a su sobrina en brazos y la acunó sin dejar de mirar a Elisa a los ojos—. Muchacha, no sé qué habrás pasado antes de llegar aquí, quizá algún día deseas contármelo, pero debes saber que en este lugar ni los hombres ni las mujeres tienen por costumbre agredirse. No tengas miedo.

—Lo siento, no quería dar a entender que... —se disculpó turbada.

«He hablado más de la cuenta», se reprendió.

—Tranquila. —Le tocó el brazo en una caricia—. Lo sé. No era esa tu intención. Sin embargo, es importante que recuerdes mis palabras.

Elisa se limitó a asentir con la cabeza, incapaz de decir nada. Le parecía estar viviendo una situación irreal. Temía verlos aparecer de repente para reclamarla y llevarla otra vez a Vitoria.

No podría volver. Por si su trato vejatorio y tiránico no fuera suficiente, haber visto cómo

vivían otras familias la había hecho ver las condiciones tan horribles de su vida hasta ese momento.

Solo esperaba que no estuvieran buscándola. No tras lo hecho al marido de la señora Gertrudis. Si la encontraban...

—¿Queda mucho para la cena? —indagó Mateo al entrar en la cocina. Su rojo pelo estaba disparado en todas direcciones—. Mis tripas hace rato que protestan como condenadas.

—Tus tripas protestan a todas horas. No sé dónde metes tanta comida —gruñó Blanca, acariciando la carita de su sobrina—. Si yo comiera todo eso, podría ir rodando ladera abajo.

—Tranquila, hermanita, en unos meses será posible —se burló Mateo, alejándose para librarse del manotazo de su hermana. No calculó la distancia y recibió uno de su madre—. ¡Ay! Eso ha sido a traición, madre. Además, tenemos una invitada... ¿Qué pensará de nosotros?

—Deja de burlarte de tu hermana, gañán, y ve a lavarte. —Se volvió a Elisa con una afectuosa sonrisa en su rubicunda cara—. Elisa es de la casa.

—En ese caso, ¿podremos prescindir de formalidades, madre? —preguntó Mateo—. Me cuesta dirigirme a la señora Elisa de ese modo. ¡Es más joven que yo!

Elisa no sabía qué contestar. Aún estaba conmocionada por las palabras de la señora Nicolasa. No se lo había esperado y no sabía cómo proceder. Por un momento temió echarse a llorar por la impresión. En realidad, hubo de hacer un enorme esfuerzo para no hacerlo.

—¿Puedo dejar de llamaros «señora Elisa»? Yo prefiero que me llaméis «Mateo», aunque «señor Mateo» no está nada mal. —Estiró los labios en una sonrisa enorme.

—Calla, mequetrefe, y no la atosigues —lo riñó su madre.

—Yo... no me importa que me llaméis Elisa —musitó, emocionada.

—Pues no se hable más. Elisa para todos —terció Blanca, enlazando su brazo en la cintura de ella—. Y ahora que ya eres una más, podré abusar de tu confianza y pedirte ayuda para meter en la cuadra la ropa que hemos teñido esta mañana. Temo que esta noche llueva y nos estropee todo el trabajo.

—Estaré encantada —murmuró, dejándose conducir al exterior.

*Elisa es de la casa.* Las palabras bailotearon en su cabeza como una preciosa letanía. *Elisa es de la casa.*

«Gracias, gracias, Virgen mía.»

El golpeteo del martillo sobre el hierro caliente siempre le había resultado tranquilizador, pero esa tarde era todo lo contrario. No conseguía centrarse en lo que estaba haciendo. Por quinta vez rectificaba la anchura de la herradura y seguía sin darle la forma adecuada.

La sujetó con las tenazas y se acercó a la yegua que, pacientemente, esperaba en el potro a que se la colocaran.

—¡Por todos los demonios del infierno! —siseó Joseph; otra vez había abierto demasiado los extremos de la herradura y le venía grande al casco.

—Será mejor que te centres, hermanito —le aconsejó Mateo, sentado en el murete bajo que circundaba la herrería—. Por el camino veo llegar a Ricardo con la pareja de bueyes.

—Había olvidado que les toca el cambio —masculló Joseph no muy contento. En ese momento no le apetecía lidiar ni con su cuñado ni con sus bestias—. Mateo, ¿no tienes nada que hacer?

—Estoy esperando a que termines con la yegua para llevarla al prado —respondió, sin dejar de mordisquear una brizna de hierba—. Depende de ti perderme de vista —aseguró con desparpajo.

Con gusto lo hubiera tirado del murete, pero la yegua esperaba y su cuñado estaba a punto de llegar.

Volvió a colocar la herradura entre las brasas y esperó a que se pusiera al rojo para estrecharle la forma y terminar el trabajo de una vez por todas. Parecía un aprendiz en lugar de un herrador reconocido. Si le viera su maestro ya le habría dado un par de collejas por despistado. Pensar en el viejo que le enseñara el oficio aligeró su tristeza.

Desde muy pequeño, cuando acompañaba a su padre a herrar a los bueyes o a los caballos, se había fijado en el trabajo del herrero. El sonido repetitivo del martillo en el yunque era como una melodía obsesiva y relajante a la vez. El calor que desprendía la fragua y que teñía el lugar con sus tonos ambarinos; el color de hierro al calentarse, su olor picante al enfriarlo en la artesa con agua. Se le daban bien los animales, sabía tratarlos y se preocupaba por su bienestar. En el caserío era el primero en darse cuenta de cuándo alguno estaba enfermo o tenía algún dolor. Por eso, a nadie le resultó extraño que a los siete años dijera que deseaba ser herrero y albéitar.

El señor Felipe Ormazábal, el albéitar y herrador de Hernani, lo acogió como aprendiz. Había preparado a otros jóvenes y sabía cómo enseñar el oficio. Con él estuvo seis años absorbiendo todos sus conocimientos. Lo ayudaba en la fragua; al principio entregándole las herramientas

apropiadas o moviendo el fuelle para mantener las brasas al rojo; luego, cuando empezó a tener fuerza, pudo ayudarle en los pequeños trabajos.

Los domingos lo acompañaba a visitar a los animales enfermos que no podían desplazarse. A los diez años, Joseph era capaz de atender sin dificultades el parto de una vaca. Lo que le faltaba de fuerza, le sobraba de maña y con el tiempo se fue haciendo una reputación como albéitar. Como su pasión se centraba en el arte curativo, se decantó más por la albeitería que por la herrería, así sus trabajos como herrador se limitaban a las bestias de carga y no a trabajos de herrero propiamente dicho, para tener más tiempo para atender a los animales y cuidar de la yeguada que poco a poco iba ampliando.

—Buen día. —El seco saludo de Ricardo, cuando llegó hasta la fragua, lo apartó de sus recuerdos—. Ya han pasado los ocho meses y han desgastado las herraduras que les pusiste.

—Si esperas a que termine con esta yegua, me pondré con tus animales —entonó sin dejar de martillar sobre el metal. Un golpe al hierro, otro al yunque, un golpe al hierro, otro al yunque...

Azkar, que hasta entonces había estado dormitando al sol, se levantó para ir a sentarse cerca de la fragua, buscando el calor.

—No tengo prisa. Puedo esperar. —Se acodó en el murete por la parte de fuera—. Quizá puedas hablarme de esa joven que tenéis en casa.

—No hay mucho que contar. La encontré en el camino y la llevé al caserío —explicó Joseph sin ganas.

—¿Has llevado a una desconocida a tu hogar y has dejado que amamante a la hija de mi querida y difunta hermana? —La pregunta fue tan gélida como su mirada—. ¿Acaso te has vuelto loco?

Joseph apretó los dientes, decidiendo si respondía a su cuñado o lo dejaba con las ganas. Se decantó por lo primero.

—No. No estoy loco. También es mi hija, Ricardo, y bien sabes que necesita una nodriza.

Dejó el martillo y regresó junto a la yegua para probarle la pieza. Por una vez encajaba perfectamente. La llevó al pilón para enfriarla. El siseo del agua al contacto con el hierro al rojo ahogó todo sonido. Una vez satisfecho, regresó junto a la yegua. Mateo, presuroso, se acercó para pasarle el martillo y los clavos con los que sujetar la herradura en el casco.

—Las nodrizas no salen de debajo de las piedras —le recordó a su cuñado a la vez que ponía el primer clavo—. Ella acaba de perder a su bebé. Estaba disponible y dispuesta. Creo que es un buen arreglo —remarcó las palabras con golpes de martillo. Una vez acabado el trabajo se enderezó con parsimonia.

—No digo que no lo sea, pero no la conocemos de nada y... Puede ser una pérdida —soltó Ricardo con desagrado.

Joseph no pensaba así, pero prefirió callar.

—No creo que Elisa haya hecho nada para merecer tu desprecio —defendió Mateo, mientras

sacaba a la yegua del potro—. Parece una buena mujer.

—Lleva... ¿cuántos?, ¿siete días en vuestro caserío y ya la llamáis por su nombre de pila? —La irritación era patente en cada una de las palabras de Ricardo. Entrecerró los ojos con suspicacia—. ¿No es esa mucha confianza?

—No sé qué estás insinuando y no me parece bien que hables de ese modo de una invitada —objetó Mateo; los puños, apretados. Tenía la cara y el cuello rojo; señal inequívoca de su enfado. Miró a su hermano con el ceño fruncido, como si lo conminase a posicionarse. Después de todo estaban hablando de la nodriza de Inés—. Se está encargando de criar a mi sobrina y solo por eso merece un respeto.

Con un suspiro, Joseph salió del recinto para coger de la cuerda a uno de los bueyes y conducirlo hasta el potro para sujetarlo. No quería tomar partido. No le gustaba ni le parecía bien que hablasen así de aquella joven, pero tampoco tenía ganas de enfrascarse en una discusión con su cuñado. Tal vez era una postura fácil y cobarde, no lo dudaba; en cambio, era la que estaba dispuesto a tomar en ese momento. Solo quería terminar ese trabajo y... En realidad, no sabía qué quería. El vacío inmenso en su pecho paralizaba sus pensamientos. Si por él hubiera sido, se habría quedado en la cama o en cualquier lugar solitario, donde pudiera estar sin hacer ni pensar en nada. Lástima que las tareas no esperasen y los animales tampoco. Palmeó la grupa del buey para instarlo a entrar en el potro. Era una angosta estructura abierta de vigas de madera que mantenía al animal sujeto para realizar el trabajo sin problemas. Cuando terminó de colocarlo, su hermano y su cuñado seguían discutiendo sin intención de acabar.

—Repito que no me parece prudente.

—Y yo te digo que ella no es nada de lo que estás insinuando. ¡Es nuestra invitada y le debes un respeto!

—Mi hermano está en lo cierto, Ricardo —profirió Joseph, cansado de tanta cháchara. Esperaba que su cuñado entrara en razón y dejara aquella disputa de una buena vez—. La muchacha es nuestra invitada y no está bien que hables de ella en esos términos.

Ricardo no parecía inclinado a claudicar tan fácilmente. Nunca lo estaba, a decir verdad. Siempre parecía dispuesto a discutir y desde que Luisa no estaba, con más ahínco. A veces, tenía la sensación de que su cuñado jamás había aceptado su boda con Luisa. Como si él no hubiera sido lo bastante bueno para ella. Y su muerte parecía haber agriado aún más su intransigente carácter.

—Por lo visto apareció en el bosque y parió allí...

«Y vuelta la mula al maíz», pensó Joseph, hastiado.

—Sí, yo mismo la atendí. Desgraciadamente su hijo nació muerto. —Recordó el miedo que la joven le había tenido cuando lo vio aparecer y su llanto desgarrado al tomar a su hijito en brazos. O su angustia al vestirlo para no enterrarlo desnudo. También recordó el momento de verla por

primera vez y lo impactado que se había quedado por su hermosura. Aquello no había estado bien. Se sentía culpable por haber admirado a otra mujer, cuando su esposa llevaba cuatro días bajo tierra.

—Solo digo que deberíamos saber quién es. ¿Y si es una delincuente? —Por lo visto, Ricardo había llegado con ganas de buscar líos.

—No parece una delincuente —aseguró Joseph, cansado de las tonterías de su cuñado.

Era verdad, no parecía capaz de nada malo. Más bien semejaba a un cachorrito asustado, mirándolo todo como si fuera a saltar un lobo de cualquier rincón. En esos días apenas la había visto. Presentía que ella trataba de evitarlo y él tampoco quería acercarse demasiado, principalmente, porque Inés siempre estaba con ella y él aún no se sentía preparado para estar con su hija.

Por supuesto que deseaba hacerlo. Sufría por no atreverse a tocarla o a cogerla en brazos. Soñaba con ver su carita, pero el temor a ver el reflejo de la de Luisa en ella podía con su deseo y ni siquiera lo intentaba.

Después de diez días, seguía sin saber cómo era. La culpa, mezclada con vergüenza, lo abrumó.

—Es una completa insensatez. Sigo opinando que puede ser cualquier cosa.

—¡Como si es la ramera de Babilonia personificada! —bramó, harto de tanta maledicencia—. Ahora es la nodriza de mi hija y espero que se la trate con el debido respeto.

—Espero que no tengamos que arrepentirnos por haber aceptado su presencia —volvió a la carga Ricardo, espantado por la actitud de su cuñado.

—No será así. Estoy seguro. —El tono cortante de Mateo puso punto y final a la conversación. Luego, se marchó con la yegua recién herrada.



Don Pablo trataba, sin éxito, de conjugar en su mente la imagen de la tímida niña que había visto años atrás, con la de la joven veleidosa y frívola que le describía, con todo lujo de detalles, la señora Gertrudis, prima de su esposa. Para su analítica mente, no lograrlo resultaba desconcertante.

Conocía a la señorita Elisa desde niña, pues su padre, el procurador don Juan Martínez de Eulate, y su esposa eran amigos de la familia. Luego, a la muerte de doña María, su hija había acompañado a don Juan en varias ocasiones. Era una niña tímida y respetuosa, que se limitaba a observar sin decir nada y sin molestar a los mayores. Más tarde, cuando contrató a la señora Gertrudis, dejó de pasear con él, y solo la veía a la salida de la catedral de Santa María, tras el oficio de los domingos. Una vez que don Juan falleció, ya solo la vio en contadas ocasiones. Siempre vestida de negro; al parecer, en perpetuo luto por la muerte de sus padres.

Hizo memoria para recordar cuándo había sido la última vez que la viera, pero no logró acordarse. Después le preguntaría a su esposa; seguramente Cecilia la había visto en algunas de esas ocasiones en las que su prima la visitaba para tomar un refrigerio y charlar de lo que quiera que hablaran las mujeres en esos momentos.

—Han pasado casi ocho días y aún no han encontrado a la desagradecida de mi hijastra — clamaba la mujer, humedecidos los ojos, mientras se retorció las manos. Resultaba un tanto incongruente ver a una mujer alta y enjuta como aquella comportarse con tanto melindre—. No comprendo que no la hayáis localizado. —El reproche estaba implícito en cada una de sus palabras.

—Estamos haciendo todo lo posible, señora Gertrudis. Varios hombres han salido a los caminos para buscarla —respondió don Pablo, molesto porque la mujer pusiera en tela de juicio el buen hacer de esos hombres y el suyo propio—. No creemos que tarden mucho más en encontrarla. Una jovencita que apenas ha salido de casa no sabrá ir muy lejos.

—No olvidéis, don Pablo, esa jovencita, como vos la llamáis, no es lo que vos creéis y que bien puede ser, ¡Dios quiera que no!, una ladrona y una asesina. —Se secó las lágrimas con la punta de un pañuelo de encaje, tan negro como el resto de su regio atuendo. Luego se pasó la mano por el apretado moño para asegurarse de que ningún pelo hubiera osado escapar de su confinamiento—. Os he traído una lista con todo lo que falta de mi joyero. Por suerte, no se lo llevó todo.

Puso sobre el escritorio un papel doblado por la mitad.

—Aún no sabemos si ha sido ella —objetó, poco dispuesto a darle la razón a la prima de su esposa—. Y de haberlo hecho, pudo ser en defensa propia.

—¿En defensa propia? ¡Mi marido nunca hizo nada para merecer una muerte así! —sollozó con estridencia—. No os consiento que manchéis el buen nombre de mi difunto esposo.

—No olvidemos que se encontraba en el dormitorio de su hijastra... —Alzó una ceja conminándola a negarlo.

—Ya os he dicho que ella... ¡Ay, Señor! —Miró al techo con teatralidad—. Me cuesta reconocer que esa muchacha, a la que he querido como si fuera mi propia hija, no fuera más que una cualquiera. ¡Una seductora! —Bajó la vista al pañuelo y redobló el llanto—. Mi esposo me lo contó. Ella había tratado de... ¡seducirlo! ¿Podéis creerlo, señoría? ¡Qué engañados nos tenía!

—Si vos lo decís, señora... —murmuró, con ganas de que esa mujer y sus teatrales llantos salieran de su despacho. No tenía paciencia ni para esas cosas ni para estridencias de ningún tipo.

—¿Acaso pensáis que no es cierto? ¿Que me lo estoy inventando? —Lo miró con sorpresa y una pizca de desagrado.

—No pienso ni creo nada, señora. —Trató de no levantar la voz, pese a que empezaba a sentirse demasiado irritado para andarse con tonterías—. Puede haber otros motivos por los cuales su esposo se encontrase en el cuarto de la señorita Elisa. ¿No habéis dicho que esa mañana no se encontraba bien y que por eso no os acompañó a misa mayor? Bien pudo ir a pedirle ayuda... —Recordó que el difunto olía a coñac. ¿Habría sido una copita medicinal?

—No lo creo. Seguro que la encontró robando mis joyas y lo mató para poder escapar. Si la cena no le hubiera sentado mal... ahora estaría vivo —suspiró con teatralidad.

—Cuando logremos dar con vuestra hijastra, lo averiguaremos. Hasta ese momento, la señorita Elisa es tan culpable como puede serlo cualquiera. —La miró con intención.

—¿Lo decís por mí? ¡Cómo os atrevéis a insinuar que yo haya podido tener algo que ver con la muerte de mi querido esposo! —clamó. Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

«¡Por el amor de Dios!», gimió don Pablo por dentro. «¿No pretende parar?»

—No insinúo nada. Os agradecería que dejarais de llorar de ese modo. No vais a lograr nada y empieza a dolerme la cabeza. —Se tocó la frente para dar más énfasis a sus palabras—. Confío en que mis hombres estén a punto de dar con ella.

—Eso espero, don Pablo. A estas alturas ya estará en Castilla, en Madrid o en Francia. —El llanto había cesado tan presuroso como se inició. Su voz era fría como el acero. Su mirada, intimidatoria.

—No ha podido ir tan rápido. —Sin apartar la vista de ella, apoyó los codos sobre el escritorio, luego juntó las yemas de los dedos, formando un campanario. No se iba a dejar

amilanar—. Hemos preguntado y no ha tomado ningún coche de postas. Nadie ha visto a ninguna joven sola caminando por ahí.

—Pero es que no iba caminando —señaló la mujer, abriendo los ojos con pretendida inocencia—. Se ha llevado mi yegua árabe. Me la regaló mi difunto primer esposo, pero yo nunca aprendí a montar. —Con recato bajó la mirada al pañuelo, que alisaba sobre el regazo.

—¡Por los huesos de san Prudencio, señora! ¿Por qué no lo habéis dicho antes? —bramó el alcalde, levantándose de golpe. Aguantó las ganas de estrangularla con aquel maldito pañuelo y se conformó con apretar los puños contra la superficie de la mesa—. ¡Hemos estado perdiendo el tiempo! ¿A qué estabais esperando para decirnos algo de tan vital importancia?

—Debéis perdonar mi descuido, don Pablo. La impresión de encontrar a mi querido esposo sobre un charco de sangre... —Iba a volver a llorar, pero una mirada de advertencia por parte del hombre, que no estaba para más tonterías, mantuvo sus ojos secos. Sin duda esa mujer aprendía rápido—. Lo olvidé por completo.

—Comprendo. Con todo, si no nos dais todos los datos, difícilmente podremos dar con ella —masculló, mordiéndose el interior del carrillo con rabia. Volvió a sentarse sin dejar de mirarla con seriedad—. Vuestro «despiste» ha dado una ventaja enorme a la señorita Elisa. O a quienquiera que se la haya llevado.

—Lo decís como si yo tuviera la culpa —protestó, molesta. Luego, muy digna, se levantó de la silla antes de apostillar—: Recordad que ella es la única culpable. Y pensad que uno no huye si es inocente. —Con esas palabras dio media vuelta y salió del despacho sin despedirse.

Don Pablo se permitió suspirar con alivio al perderla de vista. No sabía qué había encontrado don Juan en ella, un hombre que idolatraba a su esposa, para casarse con aquella mujerona tan desagradable. A juzgar por el aspecto de su amigo en los últimos años de su vida, no lo hizo feliz.

El alcalde no soportaba a la prima de su esposa. Nunca le había gustado. Pero al margen de sus sentimientos por la señora Gertrudis, debía investigar lo sucedido al señor Cristóbal. Era primordial encontrar a quien lo hubiera perpetrado. Un crimen tan atroz no debía quedar impune. Solo esperaba que la señorita Elisa no fuera tan culpable como su desaparición hacía pensar.

«Uno no huye si es inocente», recordó. Por muy mal que le cayera esa mujer, debía aceptar que, al menos en eso, tenía razón.

Tomó una hoja de papel y la pluma para escribir a toda prisa los nuevos datos sobre la joven. Ansiaba dar con ella y no solo para esclarecer todo aquel misterio. Le preocupaba no saber qué le había pasado.

—¡Lezama! —llamó, impetuoso. El hombre llegó con rapidez y se cuadró ante él—. Mandad copia de esta nota a los hombres que están buscando a la señorita Elisa Martínez de Eulate. ¡Es urgente! Luego me traéis a Lucas.

—¡Enseguida, su señoría!

Don Pablo se levantó del escritorio y fue a repasar el mapa enmarcado en la pared. Acababa de averiguar que podría haber recorrido una distancia mucho más grande. Hasta ese momento y según sus cálculos, en esos siete días, habría podido andar unas treinta leguas, con un caballo, la distancia cuando menos se triplicaba.

—¿Adónde habéis ido, muchacha? —se preguntó, sin apartar la vista de los nombres escritos en el mapa—. ¿Por qué huisteis? ¿Sois una asesina como asegura vuestra madrastra?

De momento las respuestas a esas preguntas deberían esperar hasta localizar a la joven.

Lezama hizo pasar a Lucas, el criado encargado de los animales.

Era un hombre casi anciano. Tal vez no fuese tan mayor y sus arrugas fueran fruto de los excesos con la bebida. Estaba desastrado y olía como recién salido de un albañal y una destilería a la vez.

—Hace una semana que asesinaron al señor Cristóbal. ¿Sabéis algo de eso? —indagó en cuanto el hombre estuvo frente a él.

—Sí. *M'enterao* —balbuceó el criado. Le faltaban varios dientes y le temblaba la voz. Su mirada algo vidriosa no se centraba en nada—. No *s'hablaba* de otra cosa en la taberna.

—¿En qué taberna? —preguntó. Mandaría a alguien a preguntar desde cuándo andaba por allí.

—El lobo blanco.

—¿Qué os parecía el señor Cristóbal? —indagó tras apuntar el nombre de la taberna en su libreta.

—Yo no sé *ná*.

—¿De qué no sabéis nada? —trató de sonsacarle don Pablo.

—De *ná*, señor alcalde —aseguró, sin mirarlo—. Solo me *piocupo* de que los animales tengan la panza llena. —Se limpió la nariz con la raída manga de la casaca.

—¿Se portaba bien con vos?

—A veces me daba una moneda y yo me perdía por ahí. La señora no suelta *ná*. *Tié* los cordones de la bolsa bien sujetos. —Hizo un gesto de desagrado.

—Dice la señora Gertrudis que falta una yegua blanca de la cuadra.

—Sí. Perla. No sé *andi* está.

—¿Cuándo visteis al señor Cristóbal por última vez? —Dudaba que lo recordase.

—El martes —aseguró para su sorpresa.

—¿El día de su asesinato? —No podía creer que se acordase.

—Sí. Vino a la cuadra y me dio una moneda.

—¿Seguro que fue ese día? Estaba indispuesto...

—*Quiá*. Lo que tenía era una buena mandanga, señor. —Mostró su mellada dentadura en una sonrisa.

—¿Estaba borracho? ¿Seguro que era ese día? —volvió a preguntar.

—Claro. Vinieron a contarlo a la taberna. Aún no había terminado la botella y lo oí *mu* bien. —

Volvió a limpiarse la nariz.

—¿Por qué no os acercasteis a la casa?

—*¿'tais loco?* Me quedaba media botella y algún dinero. Ese día había sido más generoso. — Meneó la cabeza, pero perdió el equilibrio y hubo de agarrarse al borde del escritorio para no terminar en el suelo—. *Nanai*. Los animales tenían comida de sobra y mi panza aún no estaba llena.

Don Pablo dejó pasar el insulto. Su cabeza bullía de nuevas preguntas. Hasta ese momento habían creído que, de verdad, el señor Cristóbal estaba indispuesto, pero a la luz de lo que contaba Lucas, tal vez fuera una treta para librarse de su esposa y...

«¿Y qué?», se preguntó en silencio. «Eso es lo que debo averiguar.»

El prado frente al caserío Arana estaba sembrado de prendas blanqueándose al sol. Era día de colada y el buen tiempo había permitido extender sobre la hierba, sábanas, camisas, camisones, enaguas, pañales, paños higiénicos..., para que se secaran.

La señora Nicolasa había vuelto al interior para preparar la comida, mientras Elisa, encargada de vigilar que el aire no arrastrara las prendas y de darles la vuelta para que se oreasen por ambos lados, atendía a Yñigo y a Inés.

Se había sentado en una silla baja de enea con la pequeña en brazos para aprovechar el buen tiempo de la mañana. No recordaba cuándo había sido la última vez que estuvo tan ociosa o disfrutando de los rayos de sol sin peligro de que la señora Gertrudis o su marido vinieran con sus exigencias.

Se oía el rítmico sonido de la fragua, como el latido de un corazón metálico. La señora Nicolasa le había contado que su hijo mayor se dedicaba a herrar caballos y bestias de carga; además de visitar a los animales de los caseríos cercanos para atender sus dolencias. Eso le trajo a la mente que nunca le había dado las gracias por atenderla en el bosque y ya era hora de hacerlo. Si iba a pasar los próximos meses en ese caserío, donde se verían todos los días, era primordial dejar a un lado su vergüenza y no esconderse cada vez que él llegaba. No parecía mala persona. Un tanto taciturno y silencioso, sí, pero no irritable o violento.

Inés se revolvió en su regazo, volvía a tener hambre. Elisa le acarició las suaves mejillas y la punta de la nariz, como un botoncito de rosa. La niña agitó los brazos y las piernas, buscando con la boca.

—Eres una pequeña tragona —susurró con ternura, desanudando los cordones del corpiño para liberar un pecho antes de que la pequeña comenzara a llorar—. Toma, toma. No llores, mi niña.

Al instante ya mamaba como si el mundo fuera a acabarse. La sensación tan placentera, junto con el calorcillo del sol, la adormilaron contra el respaldo de la silla. No supo cuánto tiempo estuvo con los ojos cerrados, pero los abrió al escuchar unas rápidas pisadas. Algo negro pasó como una exhalación junto a ellas y se lanzó contra Yñigo, que andaba agachado, buscando bichos entre las hierbas.

Antes de pensarlo, Elisa ya se había levantado y cogido una piedra. ¡Debía defender al niño de aquel ataque! Con Inés fuertemente sujeta contra sí, corrió como una posesa. Justo cuando estaba a

punto de asestar un golpe contra aquel animal enorme y negro, se dio cuenta de que Yñigo reía, retorciéndose bajo... ¡El perro del señor Joseph!

Avergonzada por su exagerada reacción, dejó caer la piedra. El miedo le había jugado una mala pasada. Había imaginado lo que no era. Si no hubiera estado medio adormilada, habría visto que se trataba de Azkar y no de una bestia salida del infierno para comerse al pequeño.

«Solo es el galgo», se recordó para tranquilizarse y aquietar a su enloquecido corazón. «Santa María. Solo es el galgo.»

Una vez que hubo comprendido que no había ningún peligro, se volvió para regresar con piernas temblorosas a la silla. Solo se alegraba de que no hubiera nadie para presenciar su error.

Se felicitó demasiado pronto: parado junto a la esquina del caserío vio al señor Joseph. Su pelo lanzaba destellos rojizos con el sol de la mañana. Llevaba la negra casaca colgada de un dedo sobre un hombro y las mangas de la camisa remangadas por encima de los codos.

Él la miraba con una mezcla de diversión y sorpresa. La mortificó saber que había sido testigo de su arranque de locura.

«No puedo culparlo si piensa que soy tonta», se reprochó en silencio.

De pronto, los ojos del hombre se dilataron al clavarse en... el pecho de Elisa.

Muerta de vergüenza se tapó como pudo con dedos trémulos. Había olvidado que estaba dando de mamar a Inés cuando se asustó al ver pasar al perro. Abrazó a la niña, que empezaba a protestar al verse privada de sustento, y se volvió para entrar en el caserío a toda velocidad. Jamás podría volver a mirar a ese hombre a la cara. Ya no quedaba apenas piel que él no hubiera visto.

«¡¿Qué pensará de mí?!»

—¡Mateo, espera! —Lo oyó decir antes de cruzar el umbral. Al menos había tenido la deferencia de evitar que su hermano también la viera.

«Bastante malo es que uno me encuentre, como para que sean los dos.»

Subió las escaleras como si la persiguieran. Agitada y llena de vergüenza entró en su dormitorio.

\* \* \*

—¿Qué le ha pasado? —preguntó su madre en cuanto Joseph cruzó la puerta—. ¿No le habrás dicho algo? —inquirió, severa—. Es una muchacha muy tímida y apocada. No se te ocurra asustarla.

«¿Tímida?, ¿apocada? Sin duda mi madre no la ha visto un instante antes», pensó con una mueca burlona. «Puede parecer tímida, pero por dentro no lo es.»

No quería contar la verdad. No deseaba que ella se sintiera aún más violenta de lo que ya se

sentiría. Pero debía decir algo antes de que su madre intentara sonsacarle a ella. Lo pasaría todavía peor.

—Se ha asustado al ver a Azkar correr hacia Yñigo —improvisó—, y cuando se ha dado cuenta de que el niño no corría peligro...

—Pero si ese perro es un trozo de pan. ¿Cómo ha podido considerarlo peligroso?

—Supongo que estaba distraída con Inés —terminó. Llenó la palangana con un poco de agua—. Ya sabéis lo rápido que puede ser un galgo —dijo antes de regresar al exterior para lavarse antes de comer.

—Pobre muchacha. No parece tener mucha experiencia con la vida en un caserío —oyó que le decía su madre a su hermano—. No quiero ninguna mofa sobre eso delante de ella. ¿Me has oído, Mateo?

—Os he oído, madre —aseguró con desgana. Seguramente su hermano ya habría pensado en un modo de burla.

Joseph la había visto sentada con la niña en brazos y se había detenido un momento para observar su imagen de completa tranquilidad. La expresión placentera de su rostro, sonrosado por el sol. Por una vez, plácido y sin esa mirada temerosa que solía tener.

No había pensado que Azkar pudiera asustarla de ese modo. Sin embargo, había sido testigo del momento en que ella lo creyó presto a atacar a Yñigo. La vio coger la piedra y salir corriendo como una hermosa valquiria dispuesta a salvar a su...

Al tomar conciencia de sus pensamientos dejó de lavarse y vertió el agua en el suelo de malos modos. Debería haber sido Luisa quien corriera a salvar al niño. Debería haber sido Luisa quien amamantara a Inés. Debería haber sido su pecho el que había visto un momento antes. Tantos debería que nunca se cumplirían... Tantas vivencias que jamás tendría la oportunidad de disfrutar.

—¡Por todos los demonios del infierno! —bramó.

Rabioso con el mundo, con su vida, con Dios..., dejó caer la palangana al suelo y salió a grandes pasos al cercado de los caballos.

Habían pasado casi once días desde que Luisa no estaba. Dos días antes se había perdido el bautizo de su hija. No estuvo presente cuando el párroco vertió el agua bendita sobre la cabeza de Inés y le ungió la coronilla con los santos óleos. No había sido ella quien la recibiera en brazos una vez terminada la ceremonia.

Golpeó la cerca, asustando, sin querer, a las pobres yeguas que se habían arrimado. Y ahora lo miraban sin saber qué esperar de él.

Molesto con su reacción, chasqueó los labios para atraerlas. No tardó en tener a una al lado, buscando sus caricias. Las otras siguieron su ejemplo. Solo la de Elisa se mantuvo intranquila, un tanto apartada. Tan miedosa como su dueña.

Los animales le soplaron en el pelo y le rozaron la cara con sus húmedos belfos. Al parecer ya



habían olvidado su comportamiento tan poco agradable. Les devolvió las atenciones, rascándoles detrás de las orejas y acariciando sus esbeltas y hermosas cabezas. Aquellos seres tan nobles no tenían la culpa de que hubiera sufrido el mayor revés de su vida. De que hubiera perdido a su amada mujer; que no hubiera podido hacer nada para salvarla.

Abrazado a los cuellos de dos de ellas, rompió a llorar en silencio.

—Padre, ¿estáis llorando?

Joseph soltó a las yeguas, molesto al ser encontrado en ese estado por su hijo; sorbió por la nariz y se secó las lágrimas con los dedos antes de volverse a mirarlo.

—Sí —confesó. No iba a mentir.

—Ella tenía razón.

—¿Quién tenía razón?

—Elisa. Me dijo que llorar no era malo. Me contó que su padre y ella lloraron mucho cuando su madre murió —aclaró el pequeño, no muy seguro—. Y que no pensaríais que soy una niña pequeña porque vos... también lloráis.

«¡Ay, Dios!»

Sin poderse contener se agachó para abrazarlo. ¡Qué egoísta había sido al no darse cuenta! ¡Su hijo también había perdido a alguien importantísimo para él! Se había centrado solo en su dolor, sin preocuparse por el sufrimiento de su pequeño.

—Por supuesto que no lo pensaré. Ya lo has visto: yo también lloro. —Trató de sonreír.

—¿También te acuerdas de ella?

—Claro. Cada vez que respiro.

Yñigo lo miró como si no entendiera muy bien a qué se refería. Luego se rascó la cabeza antes de volver a hablar.

—Dice Elisa que, más adelante, sonreiré al acordarme de madre. ¿Es verdad?

—No lo sé. Debemos esperar para saberlo, ¿no crees?

Sí, tendrían que esperar; y él debería hablar con esa muchacha. No sabía apenas nada de ella y pasaba muchas horas con sus hijos. ¿Qué clase de padre era para desentenderse así de su bienestar y su educación? No creía en los pensamientos catastrofistas de su cuñado, pero debía reconocerlo: sabía muy poco de ella.

—Creo que la abuela nos estará esperando para comer.

Como si eso fuera una señal, el estómago de ambos rugió como una fiera enjaulada.

Yñigo soltó una carcajada tan espontánea y sincera que casi arrancó otra a Joseph, pero en el último momento la silenció. ¿Cómo podía reírse después de lo ocurrido? ¿Estaría condenado a sentirse culpable por cada muestra de alegría sin la presencia de Luisa? ¿Por cada instante de felicidad no compartido con ella?

No iba a pensar ahora en eso. Había otras cosas que requerían su atención. Sentó a su hijo

sobre los hombros y de esa guisa entraron en la caldeada cocina.

—No debéis torturaros, señor Joseph. No habríais podido hacer nada por ella —aseguró don Yago Izaguirre, el galeno. Estaban sentados en la trastienda del herbolario de la esposa del médico, mientras ella, en la tienda, atendía los pedidos de hierbas—. Doña Camila estuvo de acuerdo conmigo y ya sabéis que...

Dejó la frase sin terminar, pero no hacía falta más. Joseph sabía que doña Camila, al tocar a los enfermos, percibía dónde estaba su mal y les aliviaba el dolor. Era un don que había pasado de generación en generación entre los Gamboa.

—Me alegro de que ella estuviera —musitó, agitando el coñac en la copa que le había entregado don Yago. Encontraba un raro alivio en ver girar el líquido ambarino—. Imagino que evitó gran parte del sufrimiento de Luisa.

—Por supuesto, señor Joseph. Si algo puedo aseguraros es que apenas se enteró de lo que estaba pasando. —Colocó un albarello en una de las baldas y permaneció pensativo un rato—. Aún no sé por qué ocurren esas cosas, pero no es extraño que una parturienta se vaya en sangre.

—Lo sé. Atiendo todo tipo de animales y... sé que estas cosas ocurren; con todo... —Apartó la mirada del coñac y la centró en el gato negro, que dormitaba en un estante, junto a la estufa, ajeno a las tribulaciones de los humanos, pero pendiente de los movimientos del galgo, tumbado al calor de la misma estufa—. Me cuesta aceptar su ausencia.

«Es como querer respirar bajo el agua.»

—Os comprendo. Yo también perdí a mi primera esposa y a mi hijita recién nacida. Ahora no quiero imaginar que a Micaela le suceda nada —confesó el galeno, mirando hacia la cortina que separaba la tienda de la trastienda, como si pudiera traspasar el tejido con la mirada y observar a su mujer. Joseph sabía que no llevaban ni un año casados. Lo vio suspirar como si quisiera apartar aquellos pensamientos de su mente—. ¿Qué tal está la pequeña? Inés, entendí que le habéis puesto. ¿Está engordando bien?

—Sí —contestó escueto, no deseaba entrar en detalles y descubrirle que se mantenía alejado de su hija. Volvió a fijarse en el coñac. Recordó que el galeno había ahogado sus penas en ese licor y que al final había conseguido recuperarse. Se preguntó si la bebida le aportaría algún alivio. Antes de pensarlo más se tomó todo el coñac de un trago. El líquido le bajó quemando la tráquea y le calentó el estómago. Era agradable.

—No os recomiendo buscar amparo ahí —murmuró don Yago como si hubiera adivinado sus

pensamientos—. A la larga os sentiréis peor. Sé de lo que hablo. —Hizo una mueca bastante gráfica.

—Lo imagino —musitó, avergonzado por esa muestra de debilidad, y dejó la copa vacía en la mesa. La luz de las velas arrancó destellos del vidrio. Inspiró más seguro antes de hablar—. Supongo que estáis enterado; una joven perdió a su bebé cuatro días después de que... —se le quebró la voz—, mi esposa falleciera.

—En efecto, lo sé. Fue una suerte que vos la ayudarais en el parto. Sin vuestra intervención también hubiera perecido. Esa noche cayó una buena helada.

—Ahora es la nodriza de mi hija. Durante unos meses se quedará con nosotros. Luego quiere partir a América. —Sonrió sin ganas. No sabía por qué le había hablado de la muchacha.

—Es una suerte para vuestra pequeña.

Él no veía ninguna suerte en haber perdido a su madre; sin embargo, no dijo nada. Nadie tenía la culpa de que Luisa no estuviera. Debía dejar de culpabilizarse y centrarse en atender a sus hijos. El día anterior ya había empezado con Yñigo. Por primera vez lo llevó con él a la fragua para familiarizarlo con el fuego y los utensilios. Algunos herradores habían comenzado de aprendiz a los siete años; él no quería que empezara tan pronto, tan solo que lo acompañara y si aprendía algo, mejor que mejor.

El niño, entusiasmado, no había dejado de preguntar por todo. Sus ansias de saber eran tales que, por un momento, habían hecho que Joseph se olvidara de que no podría contárselo a su esposa al regresar al caserío.

«Otra cosa que Luisa se ha perdido.»

—Mi padre está encantado con la yegua que le recomendasteis para mi hermana —aseguró don Yago—. Clara es feliz cabalgando con ella. Espero que no se rompa la crisma en una de sus locas salidas. —Meneó la cabeza con desaprobación.

—No lo creo. Es una yegua noble y tranquila —aclaró, apartando todo pensamiento funesto—. Vuestra hermana es una excelente amazona. Me alegra saber que acertamos en la elección.

—Decidle a... ¿cómo se llama la nodriza de vuestra hija? —indagó el galeno.

—Elisa... —calló un momento—. Perdonad, pero no recuerdo su apellido. —Se acarició la frente, sin mirar a su interlocutor. Debía poner remedio a esa negligencia.

—Decidle a la señora Elisa que pase a visitarme. Me gustaría comprobar si está recuperándose bien del parto. Que traiga también a la niña. Quiero ver cómo va.

—Se lo diré, don Yago.

Tras despedirse del galeno y de su esposa, el galgo y él salieron de la tienda. Antes de desatar las riendas de su caballo, se puso el sombrero; luego, caminando, se dirigió a la calle Mayor. Quería pasar por la confitería para recoger el pedido que le había hecho su madre y comprar unos confites para Yñigo y Juana. A los pequeños les volvían locos los dulces.

La mula de su cuñado Fermín estaba atada a la puerta del establecimiento. Imaginó que habría bajado con panales para vender. Al llegar ató al caballo antes de entrar en la tienda. El perro se quedó tumbado a la espera.

Dentro olía a la mezcla entre dulce y amarga del chocolate. Aspiró con deleite, los niños no eran los únicos que se perdían por el dulce. Quizá comiera algún confite antes de llegar al caserío.

—Buen día —saludó al entrar.

En el mostrador, maese Sebastián, el maestro confitero y cerero, hablaba con Fermín sobre el precio de los panales.

—Buen día, señor Joseph. Me ha contado vuestro cuñado que vuestra pequeña se está criando muy bien.

Detuvo sus pasos; por un momento pensó en dar media vuelta y marcharse. En salir de allí; huir. Escapar de todos y de todo. Se sentía enfadado con Luisa por haberle abandonado; por haberse ido cuando más la necesitaba. Pero, sobre todo, estaba enfadado consigo mismo por no saber afrontar esa situación. Por no aceptar de una vez que debía encargarse de atender a sus hijos. De cuidar a su hijita que, sin tener culpa de nada, estaba cargando con todo el peso de su dolor.

—Sí —contestó de manera automática—. Es cierto.

Si maese Sebastián o su cuñado se habían dado cuenta de su vacilación, no dijeron nada, simplemente volvieron a los negocios que tenían entre manos antes de su llegada. Quizá deseaban darle tiempo para que se recobrase y dejara de sentirse acorralado.

Un rato más tarde, ya habían resuelto el trato.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó solícito maese Sebastián.

—Mi madre me ha encargado un par de bolas de chocolate y un rollo de cerilla —dijo Joseph más tranquilo—. También quería llevarme unos pocos confites. Quiero darles una sorpresa a los pequeños —aclaró, mirando a su cuñado—. Sé que a Juana le gustan tanto como a Yñigo.

—Iba a llevar yo, pero no quiero que piense que todos los días son fiesta. —Su sonrisa desmentía el aire severo de sus palabras—. Ya está suficientemente consentida por sus tíos y tías.

—Si tuviera una hija me costaría mucho no consentirla —murmuró el maestro confitero, vertiendo los confites en un cucurucho de papel de periódico. Luego le entregó las dos bolas de chocolate.

Una vez pagada la cuenta, Joseph y su cuñado se despidieron de maese Sebastián y salieron a la calle. Azkar se levantó de inmediato para olisquear el paquete que llevaba en la mano.

—Quieto, muchacho; no es para ti —le dijo. El galgo, obediente, se apartó un poco con el andar elegante que caracteriza a esa raza.

—¿Vas para el caserío? —indagó Fermín, colocándose mejor el tricornio—. Puedo acompañarte. Hace un día precioso para conversar.

Joseph no tenía muchas ganas de conversar. A decir verdad, prefería estar solo. Le costaba

mantener una actitud normal ante los demás. Fingir que todo estaba bien. Como si nada hubiera cambiado. Si bien con su cuñado tenía confianza suficiente para no tener que controlar su tristeza, aun así, prefería estar solo.

—Comprendo por lo que estás pasando. Ahora que Blanca vuelve a estar embarazada no dejo de pensar en que pueda ocurrirle algo —declaró Fermín, desatando a su mula—. Para mí, ella es algo preciado y maravilloso. Perderla sería como perder parte de mi ser.

—Pues ya sabes cómo me siento —barbotó, rabioso, tirando de las riendas para poner en marcha al caballo una vez que hubo montado.

—Según Blanca apenas ves a Inés —continuó Fermín, ajeno o ignorando a propósito el mal humor de su cuñado—. Tu madre cree que no la has cogido aún. La evitas como si estuviera apestada. —Llegaron a la Puerta de Tierra y rebasaron el Hornabeque. El colmenero guardó silencio hasta llegar a los arenales y al Camino de Hernani para volver a hablar—: ¿Crees que Luisa hubiera querido eso?

—No me digas lo que mi esposa hubiera querido o dejado de querer —siseó Joseph—. No es asunto tuyo.

Fermín chasqueó la lengua.

—Lo es, cuñado. Inés es mi sobrina y deseo lo mejor para ella —espetó sin amilanarse.

—Fermín, si querías acompañarme para darme la lata, puedes seguir tu camino.

—No quiero darte la lata, Joseph. Solo me gustaría que te dieras cuenta del daño que te haces, a ti y a tu hija. Ya es bastante triste que la chiquitina haya perdido a su madre, como para también perder a su padre.

«¡Por todos los demonios del infierno!» Pese a que su cuñado tenía razón no sabía cómo hacer para salvar ese obstáculo. Le dolía en el alma no poder acercarse a la niña. Su hijita.

Elisa terminaba de acostar a Inés en la cunita y pretendía relajarse un instante en la mecedora, que alguien había dejado en su cuarto, cuando escuchó que llamaban a la puerta. Al abrir se encontró cara a cara con el señor Joseph. Su primera reacción, después de ruborizarse, fue mirar si llevaba el corpiño abrochado y todo el atuendo en su lugar. Por vez primera estaban solos desde que la ayudó en el bosque. Recordarlo exacerbó su rubor hasta el punto de imaginar su cara estallando como un tomate maduro al sol.

—¿Que-queréis ver a vuestra hija? Acabo de acostarla, pero seguro que aún no se ha dormido. Puedo traéros-la, si lo deseáis. —Estaba parlotando como una tonta, sujetando el picaporte de la puerta como si le fuera la vida en ello. Los ojos quedaban a la altura de uno de los botones de madera del chaleco negro del hombre y los fijó ahí para no mirarle directamente.

—¡No! —soltó él. Luego, como si se hubiera dado cuenta de lo brusco que había sonado, añadió más suave—: Quizá en otro momento. He venido a hablar con vos —anunció bajo el dintel, sin moverse. La vista clavada en un punto de la pared por detrás de ella.

Probablemente, imaginó Elisa, era porque temía encontrarla en otra situación comprometida. Le molestó que él pudiera tener un concepto tan bajo de ella.

—Pues vos diréis —entonó, tratando de imprimir seguridad en sus palabras. Aflojó la mano que aprisionaba el picaporte y, alzando el mentón, se atrevió a subir la vista hasta su cara.

Él la miró por fin, sorprendido por el tono. Sus azules ojos denotaban desconcierto cuando se encontraron con los verdes de ella. Los dos apartaron la vista al punto. A Elisa se le había acelerado el corazón, pero esa vez no tenía nada que ver con la vergüenza. Para no mirarlo, volvió a clavar los ojos en los botones del señor Joseph, buscando apaciguar el latir errático.

—Hoy he ido a San Sebastián —comenzó él—. Quería ver a don Yago, el galeno de la ciudad, para saber... Bueno, eso no importa. —Agitó la mano, como restando valor a sus anteriores palabras—. El médico desea veros en su consulta.

—¿Por qué quiere verme? —indagó, sorprendida, alzando la mirada.

—Necesita comprobar vuestra recuperación del... parto —explicó.

Al volver a levantar la mirada vio su pelo alborotado por la cabalgada y le dieron ganas de peinárselo como hacía con los mechones rebeldes de Yñigo. Claro que eso era...

«Debería darte vergüenza pensarlo siquiera», se reprendió en silencio.

—No, no puedo ir —negó Elisa, abochornada, tanto por lo que había pensado como por el

pedido del galeno. No podía dejar que otro hombre la mirase ahí—. Es... es imposible. Estoy bien. No hace falta. —Hubiera preferido tener a Inés en brazos para saber dónde poner las manos y evitar así su temblor. Se conformó con apretarlas una contra la otra, hasta que pudo controlar sus movimientos.

—Elisa, perdón, señora Elisa —rectificó, mirándola esquivo—. Yo soy albéitar, no galeno. Hice todo lo que pude, pero un médico puede verificar si hay o no problemas. Si todo va según lo normal. No quisiera que tuvierais un contratiempo por mi ineptitud.

—Yo... yo... —«No quiero visitarlo», pensó, pero eso no lo podía decir.

—Eso es lo que hacen las mujeres cuando tienen un hijo. No hay nada malo en ello. —Lo vio pasarse la mano por la nuca, mientras la miraba de soslayo antes de apartar la vista y fijarla en el marco de la puerta—. ¿Acaso no os visitó ningún galeno o comadrona durante el embarazo? —preguntó, extrañado, pasando un dedo por la madera; el ceño, fruncido. Ella se fijó en su barba que despuntaba; era muy clara y con reflejos rojizos.

«¿Es suave o, por el contrario, raspa como la de mi padre cuando iba a darme el beso de buenas noches?», se preguntó.

—No... —dijo al fin. No podía decirle que la habían obligado a mantener su embarazo en secreto y que la primera persona, además de su madrastra y su marido, en descubrir su situación, había sido él—. No hizo falta —improvisó, rezando para que lo dejara estar y no siguiera insistiendo.

Él parpadeó no muy convencido. Se tocó la sien antes de insistir:

—Bueno, pues ahora don Yago quiere veros y os aconsejo que vayáis. Además, también desea comprobar el estado de Inés; si está cogiendo peso y esas cosas.

—No pasa hambre, por si lo insinuáis —barbotó, repentinamente airada. No podía consentir que pusieran en duda su capacidad para atender a la niña. Se estaba desviviendo por cuidarla todo lo mejor posible. No se habría esmerado más de haber sido su propio hijo. Se envalentonó—. Y si os atrevierais a mirarla, podríais comprobarlo vos mismo. —Le dolía aún más ver cómo trataba de ignorar a la pequeña.

«¿En qué está pensando este hombre para rehuir de ese modo a su hija?»

—No... Francamente, lo estáis haciendo muy bien. No quería insinuar... —se excusó, ruborizado, antes de volverse al pasillo para marcharse.

«¡No lo consentiré!»

—Señor Joseph. —Esperó a que él volviera a mirarla—. Iré... iré a ver a ese galeno si vos tomáis a vuestra hija en brazos y la dormís en ellos —propuso, mentón en alto, sin saber de dónde había salido ese arranque de valentía.

Era cierto que él no la asustaba; pese a su altura y complexión no le daba miedo. Tal vez porque había sido muy delicado y tierno cuando la atendió en el bosque. Y de camino al caserío, se había



sentido muy segura entre sus brazos. No temía una mala reacción por su parte. Solo esperaba no estar equivocada.

Él la miró con respeto y la comisura derecha de su boca se curvó como si fuera a sonreír. Ese gesto cambió su cara por completo. ¡Era muy guapo!, pensó Elisa, azorada; bajó la vista antes de que él se diera cuenta de su bochorno. Pasó un rato. No se había ido. Seguía allí, parado ante la puerta; lo sabía porque veía sus pies, calzados con botas hasta la rodilla. Ella creyó que no iba a responder.

—Trato hecho —dijo al fin el señor Joseph y le tendió la mano. Una mano grande, de dedos fuertes.

Al levantar la vista, a Elisa le pareció ver un gesto de astucia en la mirada del hombre. Y lo supo: en aquel trato ella llevaba la peor parte. Pese a todo, hizo lo propio. Fue un apretón firme y seguro. Sintió que podría aferrarse a esa mano callosa y confiar en que nada malo le pasara. De pronto se soltaron como si el mero contacto quemara. Sin darse cuenta, los dos se llevaron la mano a la espalda con sorpresa.

Luego, el señor Joseph hizo amago de dar un paso adelante para entrar en la habitación, pero lo contuvo, indeciso.

Con una seguridad hasta ese momento desconocida en ella, se retiró de la puerta para dejarlo pasar. Él cabeceó en agradecimiento antes de entrar con paso inseguro en el dormitorio camino de la cuna. Al llegar junto a ella, volvió a detenerse, sin mirar al bebé, que manoteaba como si esperase a ser alzada.

—Es una niña hermosa y muy buena —lo alentó desde la puerta, abrazándose a sí misma para no correr y ponerle a su hija en brazos—. Apenas llora.

—Bastante lloró antes de que vos aparecierais. —Creyó oírle decir.

Él seguía sin mirar a la cuna. La camisa de lino marcaba los músculos tensos de sus hombros. Los puños apretados en los costados. Las piernas abiertas, afianzadas en el suelo de madera, como esperando capear el peor temporal.

—Tiene el pelo dorado, pero es posible que se vuelva rojizo como el de Yñigo. —Comenzó a describirla a ver si de ese modo despertaba su curiosidad. Lo vio aflojar sus puños y observó el temblor de sus dedos. Apretaba los labios sin decidirse a dar el siguiente paso. ¿Por qué no la tomaba en brazos si lo estaba deseando?—. Sus ojos se ven muy azules. Vuestra hermana me ha dicho que probablemente ha heredado los ojos de vuestra madre. Es tan hermosa como los querubines de los retablos —se le quebró la voz al ver que él no se decidía a cogerla, ni siquiera a mirarla. «¿A qué estáis esperando?»—. Vuestra esposa se hubiera sentido muy orgullosa de esta hija —susurró.

«¿Es que no vais a dar el último paso?», pensó Elisa, resistiendo el impulso de obligarlo, de sacudirlo para hacerlo entrar en razón.

Cuando pensaba que no se rendiría y que iba a marcharse sin tocarla, el señor Joseph al fin bajó la mirada para fijarla en la pequeña. Despacio se dejó caer, rodilla al suelo, junto a la cuna. Desde la puerta era difícil verlo, pero hubiera jurado que Inés lo miraba con la misma intensidad.

«No seas tonta. Los bebés no ven.»

Por fin se había fijado en la niña.

Esperó con impaciencia a que la tomara en brazos. No fue necesario aguardar mucho. Lo vio retirar la mantita con mucho cuidado y, del mismo modo, sujetar a su hija para llevarla hasta su pecho con delicadeza. Se la veía diminuta junto a su padre. La niña no lloró, simplemente lo miró bizqueando, muy seria, como si dijera: ¡Ya era hora de que vinieras a verme! Pero seguramente, todo eran imaginaciones suyas.

Elisa, con el corazón desbocado por la emoción, se sentía una intrusa en aquel momento tan emotivo y trascendental para un padre y su pequeña. Tomó el manto con el que se cubría en el exterior; luego abandonó la habitación sin hacer ruido. Al cerrar la puerta, creyó oír sollozar al señor Joseph. Por un momento, pensó en volver adentro, pero se apresuró a alejarse de allí para no perturbarlo y para aplacar esa extraña sensación que se había adueñado de ella.

Desde su escritorio, don Pablo miró a la señora, que se retorció las manos, sentada frente a él. Debía de rondar los cincuenta años, pero parecía aún mayor; se la veía cansada y muy nerviosa. Servir en casa de la señora Gertrudis no debía de ser nada fácil. Bajo el pañuelo negro con el que se cubría la cabeza asomaban varios pelos canosos.

—No debéis tener miedo, Herminia —dijo para tranquilizar a la criada—. No os he vuelto a llamar para asustaros. Solo quiero aclarar algunos puntos.

—Yo... no he hecho nada, señor alcalde —balbuceó la mujer sin atreverse a mirarlo. Se revolvió en la silla y echó un vistazo al escribano que, sentado en un rincón, tomaba notas de todo lo que se hablaba.

—No os estoy acusando de nada, Herminia —aseguró, molesto por tanta muestra de temor. A veces que recelaran podía ser bueno; sin embargo, en otras ocasiones era contraproducente—. Solo deseo haceros unas preguntas sobre la señorita Elisa y alguna cosa sobre el día de su desaparición.

Para no agobiarla más, abrió el cuaderno del caso para cotejar lo que dijera la criada con lo que contó el día del asesinato.

—Yo no vi nada. Estaba en la cocina —empezó, un poco más sosegada—. La señora es muy exigente con las comidas. Así que no me ausento de la lumbre por si se me quema el guiso.

Don Pablo la dejó hablar, esperando que de ese modo se tranquilizara lo suficiente para relatar lo sucedido. Necesitaba un resquicio de donde tirar para descubrir qué ocurrió aquella mañana, nueve días atrás.

—¿Cuántos años lleváis sirviendo en esa casa?

—Entré con catorce años, señor alcalde —asintió con la cabeza. Sus manos parecían más relajadas y su mirada oscura había dejado de ser tan huidiza—. Al principio solo ayudaba a la cocinera. Unos años más tarde, cuando ella murió, yo ocupé su lugar. Don Juan y doña María confiaron en mi buen hacer. Era todo un caballero y su esposa, una dama, que el Señor los tenga en su Gloria.

No podía estar más de acuerdo.

—¿Qué ocurrió aquella mañana? —preguntó suavemente.

—Estaba en la cocina... —Calló un momento—. Estaba en la cocina... —Don Pablo trató de no poner los ojos en blanco al oír de nuevo la misma frase e hizo un gesto con la mano, instándola a

seguir—. La señora se había ido a misa. Luego regresó y la oí gritar como una loca. ¡Ay!, señor alcalde, no le digáis que la he llamado loca —suplicó, con los ojos abiertos de par en par. Al verlo asentir, continuó—: Estaba manchada de sangre. Nunca la había visto tan descompuesta.

—¿Cuánto tiempo pasó desde su regreso hasta que la oísteis gritar?

—No lo sé. En realidad, no oí cuándo llegó. La cocina, como sabéis, está alejada de la puerta.

Don Pablo se frotó la frente, molesto por esa falta de datos. Hubiera sido de gran ayuda saber cuánto tiempo estuvo la señora Gertrudis con su marido antes de salir gritando.

—¿Visteis a la señorita Elisa en algún momento? —indagó, tamborileando con los dedos en la mesa.

—No. —La silla crujió cuando la mujer cambió de posición—. Rara vez salía de su cuarto. Según la señora, su hijastra estaba enferma y no debía ser molestada para nada. Yo obedecí como siempre he hecho. Una vez a la semana la señora Gertrudis me llevaba para que retirase la ropa sucia de cama.

—Nunca entrasteis por vuestra cuenta a llevarle... ¿qué sé yo?, ¿una infusión?, ¿agua? —preguntó, sorprendido, sin dejar de escribir en su cuaderno.

—No, señor alcalde. Soy muy obediente y no quería hacer enfadar a la señora de la casa. Soy viuda, mis hijos dependen de los dineros que me paga. Mi familia es lo único que tengo. No puedo dejar que nada malo les pase.

—Os comprendo, Herminia —convino—. ¿No os extrañó que la joven estuviera siempre enferma?

—La señora hablaba de melancolía, señor alcalde. No sé qué quiere decir eso. —Frunció el ceño mientras pensaba—. Lo cierto es que en los últimos meses apenas salía de su habitación. Antes me ayudaba en las tareas.

—¿Os ayudaba? —Le sorprendió ese comentario. Normalmente las jóvenes de buena familia no hacían trabajos de criada.

—La señora deseaba que aprendiera todo lo referente a llevar una casa.

«Y así ahorrarse otra criada», pensó con sarcasmo don Pablo.

—¿Hablabais con ella cuando mudabais la cama?

—No. Con la señora mirando cómo hacía mis tareas nunca me atreví a decir nada. Ella tampoco hablaba. Permanecía sentada en una silla, tapada con una manta, mirando al suelo.

Don Pablo suspiró exasperado con las respuestas. No aclaraban nada. En todo caso era al revés: lo embrollaban más.

—¿Qué pensabais sobre ella? —Tomó la pluma, esperando tener algo importante que añadir a sus notas.

—¿Sobre ella? Nada, señor alcalde. —Sus nudosos y enrojecidos dedos reseguían el borde del delantal negro que llevaba sobre el vestido del mismo color.

—Algo pensaríais, Herminia. Podéis hablar con total libertad, señora. No os va a pasar nada.

—Fingió escribir unos garabatos para darle tiempo a que hablara sin presión.

—Me daba pena —dijo al fin.

—¿Pena? —Dejó de escribir, interesado.

—Sí. Bueno, era una joven enferma; había perdido a sus padres. Siempre encerrada en su cuarto...

—¿La oísteis discutir alguna vez con su madrastra o con el señor Cristóbal?

El miedo regresó al cuerpo de la mujer. Volvió a rebullirse en la silla y a retorcerse las manos mientras miraba a todos los lados menos al alcalde. Era evidente que sabía algo.

—La... cocina está lejos de las habitaciones principales, señor alcalde. No se oye nada desde allí.

—Mirad, Herminia. —Empezaba a impacientarse—. Estoy muy preocupado por lo que le haya podido suceder a la señorita Elisa. Si sabéis cualquier cosa sobre el tema, convendría que me la dijerais.

—No sé nada, señor alcalde —añadió en el último momento, sin mirarle.

Don Pablo no lo tenía tan claro. Entendía su miedo por lo que pudiera pasar con su trabajo si lo contaba, máxime cuando su familia dependía de ella. Pero conocer la situación de la pobre mujer no mejoraba su frustración. Con un suspiro, la dejó marchar.

¿Qué había averiguado con esa entrevista? Poca cosa, a decir verdad. Con la vista clavada en el friso de su despacho, pensó en el caso, pero la madera de roble no le ayudó a aclarar nada. Luego, con cierta impaciencia, volvió a repasar sus notas, buscando un punto del que tirar.

Seguía lloviendo. Había empezado tres días atrás, cuando se suponía que iban a visitar al galeno. Pero los caminos estaban muy embarrados y debían esperar unos días para ir. La alegría sentida al saber que no iban a la consulta se tornó incertidumbre al ver que los hombres permanecerían en el caserío con ellas.

En los días transcurridos allí, Elisa se había acostumbrado a la presencia de los tres solo durante las comidas y, en muchas ocasiones, ella había buscado la excusa de dar de mamar a Inés para no compartir el espacio al mismo tiempo. Eran hombres demasiado grandes y se notaba intranquila.

El señor Pedro parecía muy serio. Aunque nunca lo había visto enfadado, ella temía hacer algo que pudiera molestarlo.

Sus sentimientos por el hijo mayor ya no eran de temor; tampoco habría sabido definir muy bien qué eran. Después de la conversación de unos días atrás, ya no la humillaba tanto que él hubiera visto ciertas zonas de su cuerpo destinadas a que solo el marido, y en muchos casos ni siquiera él, viera. Notarlo tan emocionado con su hija en brazos y haber sido testigo de su dolor le había dado otra perspectiva de él. Por primera vez, desde la muerte de su padre, se había sentido tentada de consolarlo, pese a ser un hombre. Por supuesto, no había hecho nada de eso; no se atrevió. Ella no era familiar suyo para tomarse esas atribuciones.

«¿Qué habría pensado de ella?»

Mateo, al ser más joven, le resultaba el menos amenazante de los tres. O quizá su carácter bromista lo hacía más cercano. Si hubiera estado solo él, no se habría sentido tan nerviosa, pero con los tres en la misma estancia donde la señora Nicolasa y ella planchaban la ropa blanca o se dedicaban a zurcir bajo la titilante luz de unos candiles colgados del techo, se sentía acobardada y torpe.

El parecido entre los tres era innegable. Se notaba que habían heredado del padre la complexión, la altura y la cara angulosa. Los hijos tenían el cabello rojizo, Mateo más pelirrojo que el señor Joseph, y el pelo del padre era de color ceniza, pero aún conservaba algunos mechones cobrizos que atestiguaban de dónde habían sacado aquella tonalidad los más jóvenes.

Todos permanecían sentados en la cocina. Mateo se había dedicado a limpiar y reparar los arneses, las cinchas y los aperos. El señor Joseph tallaba unas figuritas de madera mientras su

padre preparaba flejes de madera de castaño para hacer cestas. A sus pies, el suelo estaba cubierto de serrín y virutas de aromática madera.

El niño había perdido un diente esa mañana y andaba jugando con él y toqueteándose con la lengua el hueco que tenía en la dentadura.

—Como mañana no deje de llover, me volveré loco. Ya he engrasado y pulido tantas veces estas cinchas que puedo verme reflejado en ellas —protestó Mateo, dejando a un lado las piezas de cuero—. ¡Ya no aguanto más!

Elisa dejó de zurcir y contuvo la respiración; esperaba una reprimenda por parte del padre. Con todos los músculos del cuerpo crispados, se preparó para ello.

—Alégrate, muchacho, cuando el domingo bajas a la iglesia, por el resplandor de los arneses creerán que el mismísimo rey viene de visita —vaticinó el hombre, llenando la cazoleta de su pipa con fragante tabaco. Elisa siguió con la cabeza baja, intentando no pincharse con la aguja, además de pasar totalmente desapercibida—. Y si te quitas el sombrero y enseñas esa mata de pelo creerán que llevas corona.

Mateo se puso tan colorado como la mata en cuestión. Se levantó de la silla para encararse. Los brazos en jarras; las cinchas, aún sujetas en su mano, se balancearon al costado.

—Lo he heredado de vos, padre. Así que...

—Hace años el mío pasó a ser ceniza, muchacho —lo interrumpió, dando una calada a la pipa, como si el tema no fuera con él—. Ya no tengo ese problema.

Elisa no sabía qué pensar de aquella conversación.

—Calla, marido, tu pelo era aún más rojo —le recordó la señora Nicolasa sin levantar la vista del calcetín que estaba zurciendo—. Mi padre no dejaba de recordarme lo bueno que era casarme con alguien con el cabello tan llamativo...

—Porque debía guardarse de hacer nada malo, pues lo descubrirían enseguida —terminó Mateo por ella—. Eso mismo se puede aplicar a mí y no es un consuelo, madre —protestó, enfurruñado—. No es ningún consuelo.

—Al parecer, a la pequeña de los Uribe no le importa mucho el color de tu pelo, hijo —terció la madre con picardía—. El domingo al salir de la iglesia no te quitaba el ojo de encima.

—Ni Claudia, la hija de los Echaniz —murmuró el padre con la pipa entre los dientes.

El rubor de Mateo alcanzó cotas insospechadas. No sabía dónde mirar y turbado se pasaba la mano por el pelo en cuestión. Soltó las cinchas y las dejó sobre el respaldo de la silla.

—Voy a ver cómo están las vacas. No me ha parecido que tuvieran heno suficiente —masculló antes de salir como si le ardiera el trasero.

Su salida permitió la entrada del olor a tierra mojada y a humedad, que se mezcló con el aromático humo del tabaco y el de las virutas de madera.

—¿La pequeña de los Uribe tiene edad para mirar a los mozos? —El señor Pedro chasqueó la

lengua, antes de dar otra calada a la pipa—. No es mala chica.

—Ya tiene dieciocho años. Y Mateo es un buen mozo —declaró su mujer, orgullosa.

—Buen mozo y fácil de ver —remató el padre con un bufido mitad risa.

La señora Nicolasa movió la cabeza con desaprobación. Sus mofletes se agitaron como flanes rosados.

—A veces, marido, me da la sensación de que le haces las mismas bromas que te hicieron tus hermanas a ti.

—Fue muy duro convivir con dos hermanas de pelo tan negro como el carbón, querida.

El señor Joseph, sin prestar atención al diálogo, rascó distintitas zonas para seguir dando la forma deseada a la figura que estaba tallando. Trabajaba con delicadeza, sin prisas. Sus dedos, largos y fuertes, manejaban la navaja con precisión. El caballo rampante emergía de la madera con lentitud, como si despertara de un largo sueño. Sopló en la figura para retirar el serrín. El polvillo de la madera se pegó en sus densas pestañas, alargándolas más si cabe. Elisa trató de reprimir el suspiro nacido desde lo más hondo. Tomó conciencia, entonces, del agradable calorcillo que se asentaba en su vientre.

—¿Tienes hermanos o hermanas, Elisa? —La pregunta de la señora Nicolasa la sacó de su embeleso. La mujer había tomado una camisa del montón para zurcir.

Elisa volvió a bajar la vista a la labor, rezando para que la dueña de la casa no la hubiera pillado mirando cautivada a su hijo mayor.

—Soy... soy hija única. Mi madre murió cuando yo tenía siete años —susurró, incapaz de levantar los ojos de la camisa que estaba repasando.

—Es cierto. Lo dijiste, querida. Esta cabeza mía ya no es lo que era. ¿Y tu padre no volvió a casarse?

—Sí. Se casó un año después con la señora Gertrudis, la señora que me cuidaba. —Apretó la aguja entre los dedos. Le dolía recordar todo lo pasado por culpa de aquella mujer—. No tuvieron más hijos. —Añadió, adelantándose a la que creyó sería su siguiente pregunta.

Ahora sentía curiosidad por saber si había sido natural o la nueva esposa de su padre hizo alguna cosa para evitar quedarse encinta. Siempre se había preocupado por su figura y su aspecto físico. Elisa sospechaba de su complejo por la elevada estatura. Por otro lado, tampoco le agradaban los niños. Ella era un ejemplo de su poca paciencia y su escaso cariño.

—Eso lo explica todo, muchacha. Se nota tu falta de costumbre a las bromas familiares —aseguró la dueña del caserío.

—No sabía que pudieran hacerse. Yo... Me siento un poco tonta —confesó, cabizbaja.

—Pues ya puedes ir acostumbRANDOTE, mi niña. Aquí todos somos posibles blancos —afirmó la señora Nicolasa—. En cuanto Mateo te tenga un poco de confianza, no podrás librarte de sus chanzas.



Se preguntó cómo se sentiría al ser parte de esa forma de comportamiento. Y si ella sería capaz de hacer alguna.

«¡No, definitivamente, no! ¡Nunca me atrevería!»

Inés, dormida hasta ese momento en un canasto cerca del fuego bajo, decidió que ya tenía hambre. Elisa dejó la costura a un lado y casi corrió a levantar a la pequeña.

—Esa niña tiene suerte de tener una nodriza tan dispuesta —comentó el señor Pedro, en medio de una nube de humo.

El chirrido de las patas de una silla sonó como un estallido. Al mirar, Elisa vio al señor Joseph salir como una exhalación de la cocina; su perro lo seguía cual sombra. Atrás había dejado el caballo a medio tallar. El pequeño Yñigo miraba el suelo cubierto con virutas de madera; tembloroso el labio inferior.

La señora Nicolasa movió la cabeza con tristeza.

—Lo siento. He hablado sin pensar —aseguró el hombre desolado, mirando la puerta por donde había salido su hijo—. Por un momento me había olvidado de Luisa.

A media tarde dejó de llover. Las nubes plomizas empezaron a dispersarse y fueron dejando ver retazos de un cielo azul esperanzador.

Del mismo modo, el enfado de Joseph fue dando paso a la tristeza y a la melancolía. Acodado en la cerca de los caballos, los veía pastar entre la hierba salpicada de brillantes gotas. El olor a tierra mojada lo impregnaba todo y le hacía tomar conciencia del presente.

No debería haberse marchado de la cocina de ese modo. Quizá la señora Elisa se había sentido molesta con su actitud. Sin embargo, no había podido evitar el dolor que lo atravesó por dentro al verla levantarse como si fuera a atender a su propio hijo. Al darse cuenta de que no era Luisa y de que su difunta esposa jamás podría hacerlo por su hija, se sintió fuera de sí.

Agradecía a la muchacha su esmero con Inés, pero al mismo tiempo, le desesperaba que su pequeña necesitase una nodriza. Nunca llegaría a conocer el sabor de la leche de su madre, el calor de su pecho, el olor de su cuerpo o la caricia de sus dedos.

—Creo que será una niña —le había dicho Luisa meses atrás, una tarde que había ido a buscarlo a la fragua.

El aire había aplastado la falda contra sus piernas, haciendo visible la redondez de su vientre. Él no pudo evitar palparlo con reverencia a través de las capas de tela. Era perfectamente redondeado, hermoso y lleno de vida. Notó un golpecito en sus dedos y casi se le saltaron las lágrimas al sentir el primer movimiento del bebé.

—¿Por qué crees que será una niña?

—Se mueve menos que Yñigo. —Cerró los ojos, soñadora, mientras jugueteaba con un mechón dorado escapado del pañuelo—. Y yo quiero una niña —soltó, caprichosa—. La llamaré Inés. Me gusta ese nombre.

—¿El padre tendrá algo que decir? —había preguntado Joseph, fingiendo seriedad.

—Claro. Dirá: Inés es un nombre perfecto, querida esposa.

Los dos habían reído, ajenos a la tragedia que les sobrevendría menos de tres meses más tarde. Sin saber que ella, antes de morir, apenas tendría tiempo de ver la carita de su preciosa hija.

«¡La vida es injusta!», pensó con rabia.

—Padre. —La voz de Yñigo sonó a su espalda. Aspiró con fuerza antes de darse la vuelta, recordándose que debía ser fuerte por el bien de su hijo. El niño traía la figura a medio tallar

abrazada contra el pecho. El galgo serpenteaba a su alrededor, buscando caricias. Pero el pequeño solo tenía ojos para su padre.

—¿Qué quieres, hijo? —trató de que su voz sonara suave y tranquila.

—Me dijisteis que ibais a tallarme un caballo...

—Y lo haré. Solo he salido para sacar a las yeguas a pastar un rato. Estaban agobiadas de estar tanto tiempo en la cuadra.

—Yo también estaba ago... ago... ¡Eso! —exclamó con frustración—. De estar tanto tiempo en la cocina. ¡Mirad, padre! —Emocionado, señaló la ladera donde se había formado un pequeño arcoíris en la hierba. Detrás, las plumizas nubes se dirigían a tierras francesas—. Según madre, de esa manera el Señor nos anuncia que detrás de la lluvia siempre sale el sol.

—Lo recuerdo —murmuró Joseph, acariciando el pelo del niño, tan parecido al suyo.

—¿Vos también creéis que madre me estará viendo desde el Cielo? Elisa dice eso, y que se alegra cuando me ve sonreír.

Agradecía las intenciones de la nodriza. Si su hijo hallaba consuelo en esa fantasía, pues que siguiera soñando. Para él no había sueños, ni ilusiones.

«Deja de ser tan derrotista. Tú no eres así», se reprendió. «Además, Yñigo te necesita.»

El pequeño sacó algo del bolsillo del pantalón y lo sopló con cuidado para limpiarlo antes de levantarlo hacia el firmamento.

—¡Madre, ya soy mayor! Se me ha caído un diente. —Su grito espantó a las yeguas que pastaban más cerca y se alejaron trotando—. ¿Creéis que madre me habrá oído? —Había esperanza en su mirada y no tuvo valor para desilusionarlo. Al fin y al cabo, ¿qué sabía él?

—Probablemente, hijo —musitó al tiempo que notaba la rabia bullir en su interior.

Satisfecho, pero ajeno al sentir de su padre, el pequeño cabeceó, devolviendo el diente al bolsillo. Las pecas brillaban en su cara como estrellas en la noche.

—Voy adentro. —El anuncio del niño fue un alivio para Joseph. No quería mostrar su enfado delante de él—. Elisa me ha prometido contarme un cuento cuando cambiara los pañales a Inés. Puj... Madre no me dijo que mi hermana iba a oler tan mal.

—Tú también olías así de mal, pequeño —le recordó Mateo, acercándose desde la cuadra.

«¡El que faltaba!» Joseph cerró los ojos con fuerza.

—No sé cómo tu madre soportaba el olor —continuó su tío, poniendo cara de desagrado.

—¡Yo no me ensucio así! —aseguró Yñigo muy serio—. Ni siquiera Juana se lo hace encima.

—Ahora no, pero cuando erais más pequeños, sí.

—Padre, ¿es verdad? —buscó ayuda. Esperaba que lo negara.

—Todos nos hemos manchado los pañales cuando éramos como Inés. Tu tío Mateo olía como una piara de cerdos —recalcó, mirando molesto a su hermano. Deseaba que se fuera de allí y lo dejara solo.

—No creo que tú olieras mejor —retrucó Mateo, arrancando un puñado de hierba—. Una piara de cerdos sarnosos y llenos de pústulas olerían mejor que tú. —Le lanzó la mata sin darse cuenta del terrón de tierra húmeda adherido. El barro se estrelló contra la negra casaca de Joseph y resbaló, lentamente, por toda ella hasta caer al suelo.

El hermano mayor miró en silencio la mancha en el paño negro. No tenía ganas de bromas. La rabia y el dolor bullían en su interior. Con total parsimonia, se agachó y volvió a tomar ese mismo manojito de hierbas con el terrón incluido. Si su hermano quería guerra, esta vez no se iba a librar.

—¡No te atreverás! —gritó Mateo. Movía la cabeza como si negase—. Madre nos escaldará si llevamos la ropa sucia. ¡La acaba de teñir! —aseguró, caminando hacia atrás, buscando un lugar donde refugiarse—. ¡No lo hagas!

—Haberlo pensado antes, idiota. Has empezado tú —masculló con sequedad. Notaba el peso del manojito en su mano.

—Lo siento. No sabía que iba con barro. —En los ojos de Mateo se podía leer la diablura—. Al menos... no tanto. ¡Podrías haberte apartado! ¡Sueles ser muy rápido! —lo acusó, sin dejar de retroceder hacia la cuadra—. Te has manchado porque has querido.

El pequeño miraba a uno y al otro con los ojos abiertos de estupor y sorpresa.

—Hijo, ve adentro —ordenó Joseph, sin apartar la vista de su hermano.

—Padre...

—No me hagas repetirlo, Yñigo. —No era una buena lección lo que estaba a punto de suceder. El niño no debía presenciarlo—. Entra en casa —repitió sin alzar la voz.

Por el rabillo del ojo lo vio dirigirse arrastrando los pies al interior del caserío y volvió a concentrarse en Mateo.

Su hermano miraba a la puerta de la cuadra. Joseph supuso que buscaba una manera de escapar. Aprovechando el descuido de Mateo, Joseph le lanzó el terrón de tierra y lo hizo tambalearse. El barro impactó a un lado del pecho y se quedó allí como una condecoración militar.

—¡Vas a pagar por esto! —gritó Mateo a la vez que cargaba contra él cual toro enfurecido—. ¡Lo has hecho a traición! ¡Mira cómo has dejado mi casaca!

Joseph no tuvo tiempo de apartarse; su hermano lo tiró a un suelo aún mojado por la lluvia. La rabia que se le había ido gestando dentro lo ayudó a levantarse y enfrentarse a Mateo del mismo modo. Esta vez los dos terminaron rebozados por el suelo, como dos niños. Se lanzaron barro, piedrecillas y hasta una bosta de caballo que Joseph encontró al lado de la cerca. No peleaban así desde chiquillos.

Para cuando quisieron darse cuenta, los dos estaban sentados, cubiertos de lodo de la cabeza a los pies y olían peor que cualquier piara de cerdos o estercolero que hubieran conocido.

—¡Por todos los demonios del infierno! Creo que voy a vomitar —protestó Mateo, escupiendo

barro. Se dejó caer y se sentó sobre un charco, sin darse cuenta. La colorida blasfemia que graznó hubiera hecho enrojecer al marinero más curtido.

Tenía la cara tan embadurnada como el resto del cuerpo. Su pelo ya no se veía rojo, sino más bien de un color más parecido a la bosta de caballo. Posiblemente de eso estaba impregnado. El azul de sus ojos, tan vivo como furioso, destacaba en medio de aquella suciedad.

Joseph no pudo evitar la carcajada que ascendió desde su interior y salió como un torrente. Su rabia había desaparecido, aunque no su tristeza, pero ahora era más llevadera. Menos opresiva. Como si hubiera abierto una puerta en una habitación mucho tiempo cerrada.

—No sé de qué te ríes. Tú no tienes mejor pinta, gañán —protestó Mateo antes de echarse a reír con él—. Pareces un diablo de barro.

A juzgar por el aspecto de Mateo, era muy posible que lo pareciera. Las risas le hicieron perder el equilibrio y cayó para atrás, hasta terminar tumbado, estremeciéndose con las carcajadas.

Sobre él, el cielo tenía trozos cada vez más amplios de azul. Las nubes se dispersaban con rapidez camino de tierras galas. Pensó en Luisa y en qué diría de estar viéndolo. Posiblemente, sonreiría antes de llevarle de la oreja al abrevadero para restregarlo hasta dejarlo reluciente.

«¡Ay, Luisa, cuánto te voy a echar de menos!», pensó. Y por primera vez, no se sintió tan culpable por reír.

—Ha merecido la pena provocarte. Hacía tiempo que no te oía reír, hermano —aseguró Mateo junto a él—. ¿Crees que nuestra madre lo comprenderá?

—¡Ay, Dios! —Se pasó la mano por la cara—. Lo dudo.

Todos sus temores al llegar a la consulta del galeno se habían ido disipando poco a poco gracias al trato de don Yago y su esposa. Entre los dos la habían hecho sentirse menos cohibida y avergonzada de mostrar ciertas partes de su cuerpo.

—Señora Elisa, ¿podrías explicarme a qué se deben todas esas marcas de viejos cardenales? —La pregunta del médico la pilló por sorpresa. Ya no recordaba que dos semanas antes su cuerpo había estado sembrado de golpes—. Algunos apenas se aprecian, otros, en cambio, aún tienen una tonalidad intensa. —Le miraba el vientre y los muslos expuestos, donde las marcas deladoras parecían burlarse de ella.

Elisa no podía hablar. Se incorporó e intentó bajarse la falda para cubrir su cuerpo; el galeno se lo impidió. Le sujetaba la mano con firmeza, pero sin apretar. Sentada en aquella camilla se sentía insegura y expuesta. Miró para todos los lados menos a la cara de la pareja.

—No es nada. Me caí —mintió, avergonzada. No podía explicarles lo sucedido en realidad.

—¿Varias veces? —inquirió don Yago, alzando una ceja. Sus ojos grises la miraban sin pestañear. Le soltó la mano y ella aprovechó para cubrirse con la falda y bajar de la camilla con rapidez—. Señora Elisa, ni mi esposa ni yo os vamos a juzgar. En todo caso lo haríamos con la persona que os ha hecho esto. Preferiría saber la verdad.

—¿Ha sido vuestro esposo? —preguntó la mujer del galeno; le puso la mano sobre el hombro en un gesto de consuelo. Con el otro brazo, sujetaba a Inés. La niña miraba hacia la llama del candil, que pendía del entramado del techo.

Elisa se limitó a negar con la cabeza, colocándose las prendas con premura. ¿Cómo podía contarles lo que había pasado en los últimos meses, en los últimos años? Era imposible. Menos ahora, después de ver cómo se trataban en las familias. Había conseguido escapar de aquel infierno, prefería olvidarlo de una vez por todas. En unas semanas más, aquellas marcas habrían desaparecido. Y esperaba que, con ellas, el recuerdo de aquella época. No, no diría nada.

—Según me ha comentado el señor Joseph, él os ayudó durante el parto y vuestro hijo nació muerto —continuó el médico—. ¿Notasteis algo? ¿Cuándo lo sentisteis mover por última vez?

—Aquella mañana —musitó, más relajada por el cambio de tema. Terminó de anudarse el corpiño. Le hubiera gustado llevar su mejor vestido, pero le quedaba muy estrecho en el busto y, como no lo habría podido atar, hubo de conformarse con un atuendo menos elegante.

—¿Antes o después de... caer? —Por lo visto don Yago no era de los que se conformaban.

—Antes.

—Lo imaginaba. —Se golpeó la barbilla con el dedo índice repetidas veces. Clavó en ella aquellos acerados ojos antes de hablar—: Os sugiero que, si volvéis a quedaros embarazada, tengáis mucho cuidado con... las caídas.

Elisa movió la cabeza como si asintiera. Nunca más volvería a estar embarazada. Antes de pasar por...

—Quiero volver a veros después de las Pascuas. —La orden del galeno la hizo regresar al presente—. En año nuevo venid por aquí.

—¿Es necesario?

—Solo quiero cerciorarme de que todo ha vuelto a su ser. Por lo visto estáis recuperándoos muy bien. No sangráis y tenéis leche en abundancia; a juzgar por lo sana que se ve la niña.

El sonrojo de Elisa alcanzó cotas insospechadas. Jamás había hablado de esos temas con un hombre, por muy galeno que fuera, y se sentía abochornada. No veía el momento de salir de allí y volver a la seguridad del caserío Arana.

Para su sorpresa, en aquel lugar y entre aquella familia se sentía a salvo. Nadie la trataba mal. La respetaban y hasta la señora Nicolasa había dicho que era «de la casa». Desde que su padre volvió a casarse, y sobre todo una vez fallecido, no había vuelto a sentirse de ningún lado. Era más bien una extraña en su propia casa.

No le gustaba seguir mintiendo a los Arana, ocultando la verdad sobre ella o su identidad. Sin embargo, temía que al contársela, perdiera su respeto. Prefería seguir manteniendo la farsa de viuda y no dar lugar a ser tildada de mujerzuela. ¿Y si la echaban del caserío? Tenía guardadas las joyas de su madre, pero debía reservarlas para cuando estuviera en el Nuevo Mundo.

—Si tenéis algún problema o queréis hablar... —comenzó la mujer del médico, pero el llanto de Inés le impidió seguir hablando.

—Perdonad, creo que la niña tiene hambre —murmuró Elisa, tomando a la niña de los brazos de la mujer—. Lo mejor será marcharme para darle...

—Acompañadme. Podéis quedaros en la trastienda. —Tomó la bolsa de hule donde Elisa llevaba paños limpios—. Yo voy a atender, creo que he oído la campanilla de la entrada.

Elisa la siguió hasta la trastienda. El olor a hierbas y flores secas impregnaba el lugar. Un gato negro dormitaba en un estante sobre la estufa. La miró con unos impresionantes ojos verdes; luego, cambió de postura para enroscarse sobre sí mismo y seguir durmiendo. A través de un ventanuco se colaba la luz de la mañana.

—Sentaos aquí —le ofreció una silla y dejó al lado la bolsa—. Nadie os molestará.

—Por favor, decidle al señor Joseph que saldré enseguida —solicitó.

—Tranquila, seguro que entrará a charlar un poco con mi marido. —La vio cruzar la cortina para salir al herbolario.

Volvió a desabrocharse el corpiño y puso a la ansiosa Inés al pecho. Era cierto, la niña estaba criándose muy bien. Se la veía sonrosada y en sus quince días de vida, había crecido y engordado un poco.

Pensó en su pequeño y por un momento temió echarse a llorar; sin embargo, la tristeza no fue tan grande como al principio. Tener a Inés en brazos y sentir su boca mamar voraz del pecho obraban el milagro.

«No te encariñes demasiado con ella. No es tu hija», se recordó. Luego cerró los ojos, concentrada en disfrutar de ese momento tan tierno. «Cuando llegue el momento, lo afrontaré como sea. Hasta entonces, seguiré disfrutando de ella.»

Fuera volvió a oírse la campanilla. Abrió los ojos y se encontró con la mirada, oscura y desapasionada, del señor Ricardo Echaniz. El tío de la niña la observaba a través de un hueco entre la cortina y el marco. Elisa tomó conciencia de que, desde donde él estaba, podía verle toda la parte superior del pecho y corrió a taparse con el pico del chal. Su despectivo rictus se agudizó un instante antes de volverse y darle la espalda. Completamente ruborizada, se concentró en reseguir las juntas de las piedras del suelo con la vista. Aquel hombre la hacía sentir sucia, como si supiera su secreto. Como si conociera todo sobre ella.

Permaneció quieta, a la espera de que él se marchara. Se recogió en la silla, tratando de hacerse invisible, como cuando la señora Gertrudis tenía una de sus jaquecas o su nuevo marido andaba por la casa. No tardó mucho en oír la campanilla y al momento la dueña del herbolario regresó a la trastienda.

—¿Os ayudo a cambiar a la niña? —solicitó la mujer—. Debo ir acostumbrándome. —Se señaló el vientre aún plano—. Aún faltan meses, pero ya estoy impaciente por tenerlo en los brazos.

La alegría que desprendía la ayudó a olvidar en parte el mal momento pasado y entre las dos cambiaron los pañales de una adormilada Inés. Para cuando terminaron, el señor Joseph entró en la trastienda. Pese a que lo veía todos los días, seguía impresionándola su altura y complexión. Era tan alto como el galeno, pero mucho más ancho de hombros. El trabajo en la herrería le había dotado de un físico fuerte y robusto.

«No lo mires embobada. Terminará por darse cuenta», se recriminó Elisa.

—Si estáis lista, podremos marcharnos —dijo, tras saludarlas.

En poco tiempo se encontró camino de la salida de la ciudad, subida en el carro con la niña en brazos y el señor Joseph al lado. Allí, sentada en el pescante se sentía muy expuesta. Hubiera preferido ir andando junto al carro para pasar más desapercibida, pero el señor Joseph se habría extrañado y, seguramente, se habría negado. Para evitar que alguien pudiera reconocerla, se cubrió la cabeza con el chal, como si tuviera mucho frío.

Se acercaba la hora de comer; con todo, por las calles aún había mucho movimiento y la Puerta



de Tierra estaba muy concurrida. Tras esperar en la cola de los que salían, no tardaron en llegar a los arenales.

Se veía a los mariscadores, agachados, hurgando entre la arena de la playa, y a los niños correteando entre troncos blanqueados por el agua salada. Nunca antes había visto el mar. Esa madrugada, en el camino a San Sebastián desde el caserío Arana, aún estaba oscuro, y ella, demasiado nerviosa por la visita al galeno, no se fijó en él. Ni siquiera escuchó su rugido. Ahora la sobrecogió aquella inmensidad que se acercaba cubierta de espuma a lamer la orilla con el sonido de una bestia hambrienta. El olor a salitre flotaba alrededor y las gaviotas graznaban, sobrevolando a los mariscadores. Sobre la arena, los carpinteros de ribera daban vida a lo que sería un enorme barco y que, en ese momento, solo era un esqueleto de madera con las costillas apuntando al cielo.

Oyó cascos a su espalda y por un terrorífico momento creyó que iban a por ella. El miedo redobló los latidos de su corazón. Sin atreverse a mirar a quien se acercaba a esa velocidad, cerró los ojos a la espera de escuchar la orden para que se detuvieran. Esperó, intranquila. Un instante después, les adelantó un jinete. El sonido de los cascos se alejó y no había ocurrido nada.

Elisa se atrevió a abrir los ojos. El señor Joseph se estaba limpiando de la manga de la casaca una mota de barro que le había salpicado el caballo. El tremendo alivio de saberse fuera de peligro, junto con ver a su acompañante tan obsesionado en esa tarea cuando, el día anterior, había entrado en el caserío cubierto de barro de la cabeza a los pies, fue demasiado para ella; no pudo contener el bufido de risa un tanto nerviosa que le subió por la garganta y estalló como una carcajada al llegar a la boca. Se la tapó, presurosa, pero fue en vano.

—¿Puedo preguntar qué os hace tanta gracia? —indagó el albéitar al ver que lo miraba, mientras él seguía rascando los restos hasta dejar el paño impoluto—. Es mi mejor casaca y no me gusta verla sucia.

Sus palabras redoblaron las carcajadas de Elisa. Era incapaz de detenerse. Quería hacerlo, pero recordar el aspecto del señor Joseph lleno de barro se lo hacía más difícil. Apretó los labios en un esfuerzo infructuoso de frenar la risotada. No deseaba que el hombre se enfadara con ella. Trató de no mirarlo; sin embargo, al hacerlo vio que no parecía enfadado, solo sorprendido. La miraba con extrañeza y una leve sonrisa tiraba de una de las comisuras de su boca, como si fuera a reír en cualquier momento, pero se contuviera. La brisa jugueteaba con un mechón de pelo, brillante como el cobre a la luz del sol, y se lo llevaba hacia los ojos, del color del cielo.

—Lo siento, señor Joseph —se disculpó una vez que pudo ser capaz de hablar con coherencia. Lo vio sujetar las riendas entre las rodillas, quitarse el tricornio para peinarse el cabello con la mano antes de volver a colocarse el sombrero. Sus movimientos eran precisos y elegantes. Elisa trató de concentrarse en lo que estaba diciendo para no quedarse mirando, embelesada. La risa

había desaparecido—. Yo no puedo evitar acordarme de... Jamás había visto a dos personas tan manchadas...

—Lo confieso: yo tampoco. —Hizo una mueca. Sus ojos brillaban, divertidos, transformando su cara—. Esta mañana aún salía barro de mis orejas.

Elisa hubiera reído tras esas palabras; no obstante, se había quedado sin aire ante lo atractivo que resultaba cuando dejaba a un lado el ceño o la tristeza.

Tomaron el camino que llevaba directamente a los caseríos de la zona sureste de San Sebastián. El sol calentaba la tierra y hacía brillar los colores del invierno. Era agradable sentir sus rayos después de tantos días de lluvia ininterrumpida.

Elisa debió de pensar lo mismo pues se bajó el chal para descubrirse la cabeza. Con los ojos cerrados, llevaba la cara orientada al sol. Joseph estuvo a punto de advertirla de que se le iba a llenar la piel de pecas, pero recordó su lividez al salir del herbolario y decidió callar. No le vendría mal que el sol le pusiera color en las mejillas. Estaba demasiado pálida. Lo oscuro de sus ropas y de su cabello ponían aún más de relieve la blancura de su piel.

Nunca antes había oído su cristalina risa. Una risa contagiosa. Hasta él había sentido ganas de imitarla. Tal vez por eso no se sintió molesto por ser el blanco de sus carcajadas.

—Vuestra madre me ha dicho que habéis sido vos quien ha llevado la mecedora a mi cuarto. Muchas gracias, señor Joseph.

—No... no es nada —articuló un tanto azorado. Al principio no había querido dejársela. Era de Luisa. En ella, su mujer se había sentado para amamantar a Yñigo. Se había mecido mientras se acariciaba el vientre. Luego, reconoció que Luisa no iba a volver y que esa muchacha podría aprovecharla—. Supuse que os sentiríais más cómoda en ella cuando... —prefirió no terminar la frase para no abochornarlos a ambos. La vio asentir.

—¿Qué os llevó a mancharos de esa manera? —Le sorprendió la pregunta.

—Creo que el olor de nuestros pañales —precisó, chasqueando los labios para instar a los caballos a acelerar el paso—. Cada uno pensaba que el del otro era peor.

—¿El olor de los pañales? ¿Os estáis burlando de mí? —Parpadeaba, confusa.

—Por supuesto que no.

La vio mover la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando. No la culpaba, él tampoco lo creería.

Su hermano lo había provocado a propósito. Buscando pelea para que él desahogara su frustración. Un buen recurso, aunque algo sucio. Después de terminar embarrado, descubrió que su rabia se había disipado en gran medida.

—Gracias, hermanito —le había dicho al levantarse del suelo—. Lo necesitaba.

—No me des las gracias. Espera a que madre nos vea —masculló Mateo, poniendo los ojos en blanco—. Nos espera una buena.

Había tenido razón. Su madre les había sacado casi a empujones del caserío y los había conducido hasta el abrevadero sin contemplaciones.

—No os quiero ver hasta que estéis tan relucientes como una patena. Parece mentira que os entretengáis en jugar como niños. Lindo ejemplo para tu hijo.

Habría pensado que su enfado era real si no hubiera visto la sonrisa bailotear en sus labios. Y si, una vez que su madre volvió a entrar en la cocina, no hubieran escuchado, desde fuera, las carcajadas.

—Ayer conseguimos quitar todo el lodo de las ropas. No fue fácil, debo decir.

—Siento haberos dado más trabajo —se disculpó, mirándola de soslayo. Ella iba sentada muy recta, protegiendo a la pequeña con los brazos. Esbozó una sonrisa al escucharle. Se fijó en sus labios, tenían una curvatura muy bonita y dulce. La había visto sonreír a Yñigo en muchas ocasiones. Incluso a Mateo. Pero esas veces, para su sorpresa, le habían gustado menos.

Sacudió la cabeza para alejar de su mente esos pensamientos tan poco adecuados y se concentró en el camino.

—No os preocupéis. Estoy acostumbrada al trabajo de la casa.

Joseph consideró ese buen momento para descubrir cosas sobre la nodriza de su hija. Debía conocer algo más, aparte de su viudedad o de la pérdida de su bebé. O de que era muy atractiva y tenía una sonrisa tierna y amable.

—¿Vivíais en una casa grande? —preguntó para alejar aquellas ideas empeñadas en volver con fuerza.

—No tanto como el caserío, desde luego. Era una casa de ciudad con dos alturas y un patio con cuadra —respondió al momento.

—¿Vuestro marido y vos?

—Sí. —La respuesta no fue tan rápida. Y pese a haber contestado con un monosílabo, era evidente que no estaba diciendo toda la verdad.

Se preguntó qué ocultaba. No podía dejarlo pasar, aunque tampoco quería violentarla con sus preguntas. Después de todo le estaba muy agradecido por todo lo que hacía por su familia. No solo amamantar a Inés, algo por si solo importante, sino por Yñigo o por él mismo, cuando lo obligó a tomar en brazos a su hijita.

Aún recordaba el momento en el que la sacó de la cuna. Su diminuto tamaño, el calor y ese olor, dulce y embriagador, que había asaltado sus sentidos y lo hizo llorar como un condenado arrepentido. Esa catarsis había sido necesaria. Ahora no ponía ningún reparo en tomar a su pequeña en brazos y en arrullarla, tal y como debería haber hecho desde el principio.

Todo gracias a aquella joven sentada a su lado.

—¿Habíais visto antes el mar? —Se decidió por una pregunta aparentemente inocua.

—No —aseguró, volviéndose a mirar la masa brillante y en perpetuo movimiento—. Es la

primera vez. Mi padre me hablaba de él. —La tristeza oscureció el verde de sus ojos—. Es tal y como me lo describió.

—¿Vuestro padre venía por aquí? —No pudo resistirse a preguntar.

—Era procurador. Alguna vez vino a visitar al alcalde de San Sebastián... —Guardó silencio, como si pensara que había hablado demasiado.

«Se cazan más moscas con miel que con vinagre», recordó la frase que solía emplear Luisa. Suspiró al pensar en ella y miró a su hijita, dormida en el regazo de su nodriza. ¿Se acordaría de ella? ¿Cómo sería crecer sin madre?

Elisa le acarició la carita con ternura, resiguiendo sus facciones con un dedo. ¿Se acordaría de su hijo? Por primera vez imaginó lo difícil que debía de ser para ella alimentar a un bebé que no era el suyo.

—¿Se os hace...? —No sabía cómo plantear la pregunta—. ¿Es muy duro dar el pecho a...? Lo siento, señora Elisa, no tenéis por qué responderme —se disculpó avergonzado y fijó la vista en el camino.

—Me acuerdo mucho de mi hijo. Si eso es lo que deseáis saber, señor Joseph... —empezó ella con suavidad.

—Por favor, ¿podrías llamarme solo Joseph? Me he dado cuenta de que a mis hermanos les llamáis por su nombre de pila —la invitó, sin mirarla. Luego pensó que quizá no era buena idea. Pero ya no podía hacer nada, ya lo había propuesto.

—Vos podéis hacer lo mismo conmigo. Si os place. —Calló durante un rato con la vista perdida en el horizonte—. Como os decía, me acuerdo mucho de mi hijo. Cuando menos lo espero, recuerdo su carita y su cuerpecito helado. Y pienso que nunca podré volver a abrazarle, que nunca conoceré el sonido de su llanto. —Inspiró antes de taparse mejor con el chal y abrigar de paso a la niña—. Es duro, sí. Luego, cuando siento el peso de Inés en mis brazos, siento su calor o la pongo al... Es como si esa piedra pesada, que me agarrota por dentro, se fuera deshaciendo como un trocito de azúcar en el agua.

Joseph frunció el ceño. Temía que esa joven se estuviera encariñando demasiado con Inés y...

—No temáis, sé que no es hija mía —aseguró como si adivinara su temor—. Solo soy una ama de cría, una nodriza, y que cuando no sea necesaria, deberé continuar mi camino. —Había resignación en su tono.

—Más adelante tendréis vuestros propios hijos. —Sonó como una disculpa. Sería una madre excelente, Joseph no tenía ninguna duda. El modo en que trataba a Inés, a Yñigo o a Juana era un ejemplo excelente.

—No tendré más hijos, señor Joseph —musitó muy seria.

—¿No pensáis volver a casaros? —Se sorprendió—. Entiendo que aún os resulte raro. Yo mismo no me imagino con otra mujer. Pero sé que tarde o temprano deberé hacerlo por el bien de

Yñigo y de Inés. Necesitarán la figura materna y mi madre no puede cumplir con ese papel eternamente.

—Os comprendo. Sin embargo, yo no estoy en vuestra misma situación. No tengo hijos que necesiten de un padre —aseguró, contundente.

Le costaba creer que una muchacha tan joven pudiera...

«Eres tonto. Aún sigues muy enamorada de tu esposo», pensó, entendiendo la situación. Claro que tampoco podía enterrarse en vida y perder la oportunidad de fundar una familia. «No es asunto tuyo.»

—¿Tenéis familiares en Venezuela? —preguntó para cambiar de tema.

—No.

—¿Qué habéis pensado hacer una vez que arribéis allí? —continuó indagando—. Me sorprende vuestra valentía. Deseáis marcharos a un lugar desconocido, sola, sin el apoyo de familiares que os acojan. —La miró con cierta admiración.

—No es valentía lo que se hace por necesidad, señor Joseph. —Hizo una mueca—. Puedo ofrecerme como niñera, dependienta, costurera... —reveló, pasando a la niña de un brazo a otro—. Sé leer y escribir; el cálculo no se me da mal.

—Y por lo que he visto, tampoco os asusta el trabajo. —Sonrió tras el elogio—. No os costará encontrarlo. Cualquiera viudo estaría más que dispuesto a contrataros.

—¿Viudo? —inquirió ella, parpadeando.

—No creo que ninguna mujer consintiera que su esposo contratase a una joven como vos.

Por la cara que estaba poniendo, era evidente su confusión. La vio ponerse colorada y al instante tan pálida como una muerta. Después agachó la cabeza y se mantuvo de ese modo hasta casi llegar al camino del caserío.

«¿Qué he dicho?», se preguntó, perplejo.

—No quería ofenderos, Elisa. —Decir su nombre le resultó... «¡Olvida eso!»—. No ha sido mi intención. Sois muy joven y... bella. —Trató de explicarse. No deseaba que las cosas quedaran así—. Cualquiera mujer pensaría que sois una tentación para su marido y no querría teneros cerca.

—¡No lo soy! ¡No he hecho nada! —El estallido de Elisa lo hizo tirar de las riendas y detener el carro a la vera del camino. No comprendía aquel cambio. Ella lo miraba con una mezcla de temor y enfado en sus ojos verdes. Apretados los labios en una mueca de determinación—. No soy una...

—No he insinuado que lo fuerais —se apresuró a contestar. Ella aflojó el ceño—. No he dicho que vos tuvierais la culpa. —Se pasó la mano por el pelo, bajo el sombrero, incapaz de encontrar el modo de hacerle entender que no le estaba censurando nada. No entendía su arrebató, pero tampoco deseaba ofenderla—. ¿Es que vuestro marido nunca os dijo lo hermosa que sois? —Se encontró diciendo, antes de pensarlo siquiera.

—Tu prima ha vuelto por el despacho —anunció don Pablo, tras abandonar la taza de tisana y el platillo en la mesita—. Hace quince días que murió su esposo y quiere saber si ya hemos encontrado a su hijastra.

—Pero aún no la habéis localizado, ¿verdad? —inquirió Cecilia, dejando a un lado el bordado para mirar a su esposo—. Me cuesta creer que esa joven pudiera asesinar de ese modo. ¡Es tan...! —No encontró la palabra adecuada y dejó la frase en el aire.

—Pues cada día sin que aparezca su culpabilidad es más patente. —Pensativo, se frotó las cejas, mientras miraba las cortinas de brocado azul que adornaban las ventanas—. Confieso que esperaba su regreso. Bien podría haber huido presa de la conmoción. No olvidemos que estaba enferma. Una muchacha tan joven e impresionable... —chasqueó la lengua con fastidio. No le gustaba nada esa demora.

—O quien asesinó al señor Cristóbal la secuestró a ella. ¡Pobre muchacha! —señaló su esposa. Él movió la cabeza, negando. No lo creía.

—Si la hubieran secuestrado, a estas horas sabríamos algo. No, querida, se fue sola. Estoy seguro. —Se frotó la sien derecha—. ¿Venía mucho por aquí? —preguntó, interesado.

—No sé qué decirte —consideró al tiempo que tomaba su taza, pero sin llegar a beber de ella—. En realidad, ya no mucho. De niña venía más. Acompañaba a su madre, doña María. ¡Qué buena mujer era! Fue una lástima que muriera tan joven... —guardó silencio un instante, repasando con el dedo las flores pintadas en la porcelana de la taza; luego, bebió un sorbo antes de depositarla en la mesita—. Cuando mi prima comenzó a cuidarla, también la traía, incluso una vez casada con don Juan, pero cuando él falleció, las visitas de la muchacha se fueron espaciando hasta... —calló, pensativa. La luz de las velas del candelabro que descansaba en la mesa, hacía brillar su pelo cano como si fuera plata entre hilos de oro.

—¿Hasta? —la apremió, tanto como para que siguiera como para no dejarse llevar por la belleza de su esposa.

—Hace bastantes meses que no venía. Según Gertrudis estaba indispuesta y no le apetecía hacer visitas. Reconozco que me chocó mucho que una joven casadera no quisiera dejarse ver por los paseos y alargara de ese modo tan extremo el luto por su padre, pero nunca le dije nada a mi prima. Entiende que, pese a tratarnos como familia, no hay mucha confianza entre nosotras.

—Me alegra. No me agrada en demasía.

—A ti no te agradan las mujeres tan intensas como mi prima.

—Intensa no es el adjetivo que le aplicaría, querida. Más bien teatral —especificó, volviendo a peinarse las cejas con los dedos.

—Debo darte la razón. Sin embargo, ser así no implica que sea mala persona.

«Ni buena», pensó por un momento. Luego se dedicó a repasar lo dicho por Cecilia. Él tampoco consideraba normal que no quisiera salir a lucirse como las jóvenes casaderas. Y ya hacía cinco años del fallecimiento de su padre. Si hubiera vuelto a vestir con los colores propios de las jovencitas, nadie se lo habría recriminado. «¿Por qué sigue guardando luto?»

—Pues sí que es extraño —asintió don Pablo cada vez más intrigado—. No recuerdo haberla visto en misa.

—No iba. Creo que don Matías, el párroco, la visitó los dos últimos meses, por lo de su enfermedad.

Eso mismo le había dicho Herminia, la criada.

—¿Sabes qué le ocurría? —indagó. La viuda no había dado importancia al problema de salud. Como si fueran tretas de una joven ociosa y remolona. Se preguntó, no por primera vez, cuánto habría de cierto en aquello.

—No. Gertrudis nunca me lo dijo —continuó su esposa—. Fuera lo que fuese, le impedía salir de casa. Me ofrecí a visitarla, pero me recomendó no hacerlo.

—¿Te dio alguna explicación?

—Sí. Elisa no deseaba que nadie la viera enferma. —Su esposa frunció el ceño y se llevó una mano al pecho—. ¿Crees que debería haber insistido? Ay, me siento responsable. Doña María estaría muy desilusionada conmigo: desatendí a su hija.

—No pienses en eso, querida. Hablaré otra vez con el galeno. Espero que él pueda esclarecer este entuerto. Según tu prima, su hijastra solo tenía cuento.

Su esposa suspiró antes de volver a su labor; pese a que su vista no era tan aguda como en el pasado, se negaba a utilizar en su presencia los anteojos que le había regalado. Estaba seguro de que al día siguiente debería deshacer todas las puntadas. Luego, en la intimidad de su salita de estar, ya con las lentes puestas, volvería a bordar con primor lo que fuera que estuviera haciendo.

«Sigue siendo tan coqueta como cuando nos conocimos veintitantos años atrás», pensó, con una sonrisa. Se arrellanó en el sillón. El fuego de la chimenea paliaba el frío que se intuía en la calle. Esa tarde habían caído los primeros copos de nieve.

—¿Qué opinión tienes de la señorita Elisa? —preguntó, de pronto, al recordar cómo la había descrito la viuda.

—Es una joven discreta. Bueno, al menos lo era... —murmuró, mirándolo con una disculpa—. He sido muy negligente, querido.

—Olvidemos lo ocurrido con el señor Cristóbal y dime qué pensabas de ella —la animó.



—Discreta, hermosa y educada. Siempre me ha extrañado que no tuviera prometido. ¡Tiene veinte años! —exclamó, sorprendida—. Cualquiera madre estaría encantada de tenerla como nuera. Bueno, habría estado encantada. Ahora, con este escándalo por medio... Le será muy difícil encontrar marido. Aunque se descubra al verdadero culpable y se la exonere de toda culpa, todos estos días sin saber de ella, sin conocer su paradero, no le harán ningún favor. Su reputación está horriblemente manchada —terminó, abatida.

—Sí, por desgracia, tienes razón —confirmó, volviendo a tocarse la sien—. ¿Dirías que era frívola?

—No, desde luego que no. ¿Qué te hace pensar semejante cosa? —Lo miró horrorizada. Volvió al bordado. Desde su posición, él podía ver el desastre que estaba haciendo en la tela. Pensó en decirselo, pero prefirió seguir con el tema que tenían entre manos.

—Tu prima comentó que había cambiado mucho y que se había vuelto frívola... —Guardó silencio, reacio a contar a su esposa lo dicho por la señora Gertrudis. Se rascó la cabeza con la vista clavada en las llamas.

—Es lo más extraño que he oído nunca. No sé qué razones tendría mi prima para decir esa barbaridad. Si en algo había cambiado, era en su tranquilidad o, mejor dicho, en su falta de tranquilidad. Nunca he visto a una joven tan asustadiza como ella.

—No me habías contado nada de eso —indicó don Pablo, molesto.

—No lo consideré importante.

—Todo lo relacionado con esa muchacha y tu prima me interesa mucho, querida —aclaró. Se sentó aún más derecho, dispuesto a escuchar todo lo que su esposa dijera—. ¿Qué te hace pensar que era tan asustadiza?

—Su actitud. Siempre parecía alerta, como si esperase que algo malo pudiera suceder en cualquier momento. Ahora que lo pienso. Tampoco parecía muy alegre. Al principio lo achaqué a la muerte de sus padres, pero no mejoró con el tiempo. Y esa costumbre de vestir de negro...

—¿Consideras que pudo ser desdichada con tu prima? —se atrevió a preguntar.

—Lo reconozco, Gertrudis no es fácil de llevar. Tiene poca paciencia y siempre quiere salirse con la suya —describió con resignación—. Mis tíos siempre la consintieron demasiado. Pero no es mala mujer.

—Para ti, nadie es malo, querida. Encontrarías el lado bueno del asesino más sanguinario.

—Por supuesto que no. ¿Cómo puedes pensar eso? Además, no creo que mi prima sea una asesina —murmuró, dejando el bordado. Con un simple vistazo se imaginó que, al día siguiente, su mujer tendría mucho trabajo para deshacer todo aquel desastre.

«Mi querida y coqueta esposa», pensó con media sonrisa. Luego, se concentró en el misterio que le estaba dando tantos quebraderos de cabeza. Si no aparecía la muchacha, sería muy complicado esclarecer lo ocurrido. Y cada día temía más por la situación de la joven.

«¿Dónde estás, muchacha? ¿Qué ha pasado contigo?»

—¿Quién podría tener motivos para asesinar al señor Cristóbal? —preguntó su esposa, frunciendo el ceño—. Quizá la señorita Elisa vio al asesino y huyó para que no le hiciera lo mismo.

—Es una posibilidad, claro —asintió, sopesando las palabras de Cecilia—. Estoy a la espera de que mis hombres averigüen algunas cosas sobre el señor Cristóbal.

—Facilitaría el tema que estuviese enemistado con alguien o hubiera cometido un delito y... — Cecilia se dio unos golpecitos en la barbilla—. No sé, encontrar un motivo claro por el que alguien quisiera verlo muerto.

—Si lo hay, y no lo dudo, aún no hemos dado con él —aseguró, frustrado.

—No perdamos la esperanza, querido.

Aprovechando el buen tiempo de mediados de diciembre, Claudia Echaniz decidió acercarse hasta el caserío Arana. Cuando vivía su hermana, solía ir muy a menudo. La misma Luisa la animaba para que viera a Mateo; sin embargo, para desesperación de la muchacha, el joven no le hacía ningún caso.

Cada día añoraba más a Luisa. Se había quedado sin su hermana y sin su confidente. Hablar con sus amigas no era lo mismo.

—Cuando nazca mi niña vendrás todos los días. Con la excusa de que me vas a ayudar, podrás ver a Mateo —le había asegurado unos meses atrás, mientras bordaban ropita para el bebé—. Estoy segura de que a mi cuñado le interesas.

—No lo creo —negó Claudia—. Está enamorado de la pequeña de los Uribe.

—¿De Jacinta Uribe? —El gesto de extrañeza le arrugó la cara—. ¿Qué te hace creer semejante tontería?

—Bailó con ella en la última verbena —reconoció, desolada.

—También bailó conmigo, y eso no hace que esté interesado en mí. —Se rio Luisa—. No te hagas mala sangre. A Mateo no le gusta Jacinta.

—Pero yo tampoco.

—Solo te ve un poco joven para cortejarte. En cuanto se fije más en ti...

—A este paso me quedaré para vestir santos —masculló Claudia, dejando el bordado—. ¿Crees que madre y Ricardo consentirían un noviazgo con Mateo?

—Solo tienes dieciocho años, demasiado joven para temer ese destino. Y por supuesto que consentirán. Yo les convenceré de que es un buen partido.

—Es el hijo pequeño... A él no le tocará gran cosa. ¡Que conste que a mí no me importa! —aseguró con énfasis—. Pero a ellos...

—Estás equivocada. —Rio con picardía, sin dejar de bordar—. Le tocará más de lo que imaginas.

—Eso no puede ser cierto. Tu suegro hizo la donación cuando Joseph y tú os casasteis, ¿no? Madre dice que se hace eso para mantener el caserío entero. Padre, en su lecho de muerte, le donó el caserío y las tierras a Ricardo y así no tener que dividirlo todo entre los tres como pretenden desde Castilla.

—Sí, padre lo hizo, pero el señor Pedro no lo ha hecho.

—¿No? Pero, ¿si es lo normal!

—Claro, pero Joseph no quiso que se lo donara. Él solo quiere que le ceda el prado donde pastan sus yeguas y el de la fragua. Con eso podemos vivir sin ningún problema. En unos años, construirá un caserío entre esos terrenos.

—Entonces, ¿quién heredará el caserío y lo demás? —preguntó, perpleja.

—Pues Mateo, naturalmente. —Dejó el bastidor sobre el regazo para mirar a su hermana—. Él es quien hace todo el trabajo, junto con mi suegro. Lo más natural es que sea él quien se quede con todo. El día de su boda se lo donará. Ya sabes, con las condiciones habituales: cuidar de los padres, cederles la mitad de los bienes en usufructo y, llegado el momento, darles un funeral digno.

—¿Y eso lo sabe madre? ¿Se lo has dicho? —preguntó, esperanzada. Si lo sabían, no pondrían ninguna pega a que ese noviazgo...

—No. —La negativa de Luisa puso fin a sus elucubraciones—. Eso son cosas de los Arana y los Echaniz no tienen por qué saberlo.

—A mí me lo has dicho...

—Porque tú vas a formar parte de esta familia, tontita. —Le había acariciado la barbilla con cariño—. Cuando mi cuñado y tú os caséis.

Al final había muerto antes de que Mateo y ella formalizasen nada. En realidad, antes de que Mateo se fijara en ella como mujer y no como la hermanita pequeña de su cuñada.

Ahora, la posibilidad de que él se diera cuenta de su existencia, era muy remota. Se le saltaron las lágrimas al comprender que ya nunca podría contarle a Luisa sus temores al respecto ni recibiría sus consejos ni sus ánimos cuando se desesperase por la situación.

Encontró una vara entre las hierbas y comenzó a apartar los pocos tallos que sobresalían, mientras, balanceando su larga falda, caminaba derecha al caserío Arana con pasos largos y airados.

Al llegar vio a Yñigo; hacía rodar un aro de hierro por el suelo empedrado de la fachada delantera. La señora Elisa daba la vuelta a la ropa, puesta a secar sobre unos arbustos. La pequeña Inés dormía en una cesta al lado de la puerta. La sensación de tranquilidad de la escena no consiguió suavizar su tristeza. ¡Su hermana debería estar allí, cuidando de sus hijos!

—¡Hola, tía Claudia! —Yñigo llegó corriendo, olvidando el aro que siguió rodando antes de terminar en el suelo con un chirrido. La abrazó por las piernas y enterró su cara en la tela de la falda. Sentir los bracitos de su sobrino consiguió que su mal humor fuera atemperándose y hasta consiguió esbozar una sonrisa. Bastante tenía ese pequeño con la ausencia de su madre. Como tía suya, era su deber tratar de que fuera lo más feliz posible.

—¡Buena tarde, pequeñuelo! —Le revolvió el pelo y le besó en la cabeza, caliente por el sol. Olía a sudor infantil y a inocencia.

La señora Elisa acortó la distancia con una sonrisa tímida. No parecía una mala mujer y ella también había sufrido lo suyo. Bajo el pañuelo, tan negro como el resto de su vestuario, su trenza se agitaba con cada paso.

—Buena tarde, señorita Claudia. ¿Habéis venido a ver a vuestros sobrinos?

—Sí —respondió, encantada con la conclusión a la que había llegado—. Antes venía a menudo, pero... No quisiera molestar.

—Sois la tía de los niños, de ninguna manera molestáis. —Al darse cuenta de que hablaba como si aquella fuera su casa, rectificó un tanto ruborizada—. Bu-bueno, no creo que vuestro cuñado ponga ninguna pega a que visitéis a sus hijos. Inés está en la cesta. Hace poco que ha mamado y seguro que aún está despierta. Si queréis cogerla...

Claudia no se hizo de rogar y, con Yñigo de la mano, se dirigió hasta su sobrina para tomarla en brazos. La niña había crecido mucho en sus cuatro semanas de vida. La pelusilla de su cabeza tenía brillos dorados y rojizos; una mezcla de los cabellos rubios de su hermana y de los pelirrojos de Joseph. Aún no se podía ver el color definitivo de sus ojos; se veían azulados, pero su madre le había dicho que todos los niños los tenían así hasta que se les ponía el verdadero color.

—Es preciosa, ¿verdad? —La señora Elisa estaba a su lado, mirando con ternura a la pequeña—. Tiene una piel delicada y sedosa. Es un placer acariciarle las mejillas. Apenas llora.

—Es una lástima que no esté aquí mi querida hermana para disfrutarla —se le escapó decir y se llevó la mano a la boca, como si de ese modo pudiera borrar lo dicho. Sin pretenderlo había sonado como reproche—. Lo siento. Por favor, disculpadme. No pretendía...

—Tranquila. Todos la echan de menos —susurró la nodriza. Su mirada verde estaba teñida de tristeza. Luego miró al niño—. Yñigo, ¿le has enseñado a tu tía lo bien que juegas con el aro? —Le acarició el pelo y el sol lo hizo brillar como el cobre bruñido—. Anda, ve a por él y haz una demostración.

Obediente, el niño se separó de ellas y regresó a por su aro. Enseguida lo hizo rodar por el empedrado, contento de ser el centro de atención. Sus rizos bailoteaban con sus movimientos. El sonido del metal contra las piedras resonaba en el valle.

—Habéis sido muy perspicaz, señora Elisa. No me había dado cuenta de que Yñigo podía oírme —se censuró, avergonzada—. Por suerte estabais vos para solucionarlo.

—No ha sido nada, señorita. —Una sonrisa sincera se formó en los labios de la nodriza—. Es un niño encantador y trato de que la ausencia sea lo más llevadera posible. Ningún niño debería quedarse sin su madre a una edad tan temprana.

—Habláis como si vos hubierais padecido una desgracia similar.

—Cuando mi madre falleció yo solo era un año mayor que él. Comprendo perfectamente por lo que está pasando vuestro sobrino. No me cuesta nada ponerme en su lugar.

—En ese caso, sois la persona perfecta para atenderle.

—Muchas... gracias, señorita Claudia —agradeció, sonrojada y aturdida. Claudia tuvo la sensación de que no había recibido muchas muestras de gratitud en su vida y por primera vez se preguntó cómo había sido la vida de una chiquilla de siete años sin madre.

—¡Oh! Podéis llamarme Claudia —aseguró, deseando que pudieran ser amigas. Al fin y al cabo, no parecía mucho mayor que ella—. Nadie de por aquí me trata con tanta formalidad —se apresuró a decir. Era agradable estar con aquella mujer.

—En ese caso, es justo que tú me trates de igual modo.

Las dos se sonrieron antes de volver a mirar a Yñigo, que seguía jugando con el aro.

Un rato más tarde, aparecieron Mateo y su padre. Habían terminado la jornada de trabajo y regresaban para lavarse y cenar. Claudia intentó por todos los medios no quedarse embobada mirando a Mateo, pero fue incapaz de evitar que su cara luciera tan roja como las amapolas en verano. Solo esperaba que el objeto de su turbación no se diera cuenta.

—¡Buena tarde! —saludaron con una inclinación de cabeza. Las dos jóvenes respondieron del mismo modo y los hombres continuaron el camino hasta el caserío.

Claudia bajó la cabeza para que Elisa no se diera cuenta de su bochorno; quizá no se hubiera percatado.

«Bastante tonto es estar enamorada de quien no repara en mi existencia, como para que sea de dominio público.»

—¿Te ayudo a recoger la ropa? A estas horas ya se habrá secado —se ofreció para dejar de pensar en su amor no correspondido. Depositó a Inés en el cesto.

—¡Me encantaría!

Entre las dos no tardaron en tener toda la colada recogida y doblada, a la espera de plancharla, pero eso se dejaría para el día siguiente.

Había podido ver a Mateo, aunque solo fuera un instante. Quizá debería haber dicho algo más para que se fijara en ella. Quizá...

«¡Bah! Nunca se dará cuenta de mi existencia», se condolió.

El sol bajaba cuando Joseph regresó al caserío. Aquella mañana, cuando estaba a punto de empezar a trabajar en la fragua, lo había ido a buscar uno de los hijos pequeños de los Mendía. El pobre venía corriendo con la lengua fuera y apenas tuvo aliento para explicarle que el potro de su hermano estaba enfermo y necesitaban que fuera lo antes posible.

No hizo falta mucho para tener el caballo ensillado y todo lo necesario en las alforjas. Con el niño sentado delante de él y el galgo corriendo a su lado, había recorrido la distancia que lo separaba del caserío de los Mendía en muy poco tiempo.

Al llegar al establo había encontrado a Miguel, el hijo mayor, y a su esposa junto a la casilla del potro. El animal se retorció por el suelo, sudoroso e inquieto. Nadie se había atrevido a entrar para tranquilizarlo. El pequeño que lo había acompañado se marchó para atender sus tareas diarias. El galgo se quedó fuera, tumbado al sol.

—Buen día —les saludó antes de abrir el pestillo que cerraba la casilla. El caballo, sentado como si fuera un perro, relinchaba nervioso—. ¿Desde cuándo está así?

—Lo hemos descubierto al amanecer —dijo el joven, tan inquieto como el potro—. No sabemos qué le ocurre.

Aunque Joseph entró despacio para evitar que el equino se espantase, este se levantó en cuanto lo vio pasar. Un animal dolorido era muy impredecible y no le apetecía recibir una coza en el momento más imprevisto. Con tranquilidad se fijó si había defecado u orinado, pero no halló restos sobre la paja del suelo. El potro estaba cubierto de sudor y los ojos mostraban la parte blanca. Continuamente intentaba morderse el flanco dolorido. Indicios claros de un cólico; era primordial solucionarlo lo antes posible. El pobre caballo podría morir. Pero primero debería averiguar qué lo había producido.

—¿Ha comido algo diferente? ¿Anoche hizo demasiado ejercicio? ¿No salió de la casilla? — indagó con voz suave, mientras se acercaba al animal e intentaba acariciarlo. Trató de que lo oliera, así no tendría miedo de él. Al potro le temblaban todos los músculos y no dejaba de piafar, poniendo los ojos en blanco.

—Ha comido lo de siempre y ayer lo llevé a correr al prado, pero no más que otros días — aseguró Miguel, escondiendo la mirada. Joseph frunció el ceño.

«¿Qué me estáis ocultando?», pensó, molesto.

—Tiene todo el aspecto de ser un cólico —aseguró, pero su entonación no era la indicada para

advertir de algo tan peligroso, sino más bien como si estuviera diciendo lindezas al animal.

—¿Pensáis que corre peligro? —Había terror en la voz de Miguel.

—Por favor, tratad de no poneros nerviosos; asustáis al caballo —susurró, guardando la calma—. Todos los cólicos son peligrosos. —Pasó la mano con cuidado por el cuello del potro—. Acercadme el ronzal. Quiero sacarlo a pasear. Es posible que así se muevan sus tripas y se le pase el dolor.

Miguel le pasó las correas con presteza. Se le notaba muy intranquilo, sin dejar de mirar a su esposa, que se retorció las manos, tan perturbada como él. Su actitud resultaba demasiado sospechosa. Si bien el caballo era un animal extremadamente valioso en un caserío y su pérdida significaba un menoscabo importante en su economía, no justificaba la imagen de culpabilidad que mostraba aquella pareja.

«¿Qué ha pasado?»

Por un momento dejó a un lado esos pensamientos para dedicarse a colocar el ronzal al potro y evitar que le mordiera o lo pateara. Le llevó un buen rato conseguir ponérselo. El animal no estaba en absoluto cooperativo e hizo todo lo posible para impedirlo. Piafó molesto, lanzando paja en todas las direcciones. El brillo de algo rojo llamó la atención de Joseph, que apartó la vista del caballo para fijarse en aquel objeto que descansaba sobre la paja removida. Era un trozo de lazo para sujetar las medias femeninas. No le costó imaginar que el potro se había comido el resto y eso le había provocado el dolor de barriga.

El sonido inarticulado a su espalda le hizo comprender que no solo él había visto el pedazo de cinta. La esposa de Miguel salió de la cuadra a todo correr, espantando al caballo. Joseph se tragó una maldición. Por suerte ya tenía puesto el ronzal y pudo sujetarlo sin temor a ser aplastado por él.

—Tranquilo, chico. No pasa nada —canturreó para tranquilizarlo—. Tranquilo.

Al volverse para salir de la casilla se fijó en Miguel que, rojo como una guinda, movía los pies sin levantar la vista del suelo. La suela de sus albarcas hacía crujir la paja.

No era difícil adivinar lo ocurrido en aquella casilla y le molestó que hubieran sido tan descuidados para no pensar en recogerlo todo antes de marcharse de allí.

—Es peligroso dejar cosas que puedan ser ingeridas por un animal. Espero que el lazo haya recorrido las tripas del potro y no tarde en sacarlo —murmuró sin hacer notar su enfado por el bien del caballo.

¿Cómo podían poner en riesgo la vida de un ser vivo por satisfacer...?

—Comprended, señor Joseph —había suplicado Miguel, mirando al suelo—. Marta y yo nos casamos hace tres meses y apenas hemos podido estar solos. A veces... es complicado esperar a la noche. El caserío está atestado. Compartimos el lugar con mis seis hermanos pequeños, mis



padres y la abuela. Las paredes son... Necesitábamos un rato de intimidad y el establo era el mejor sitio. No imaginábamos que César iba a comerse el lazo.

—Comprendo —había dicho, escueto, antes de salir de la cuadra y comenzar a pasear con el potro. Un buen rato más tarde, expulsó el resto del lazo. El cólico había pasado y el animal se recuperaría sin más problemas.

Pero en realidad no lo entendía. Ahora, mientras cabalgaba hacia su caserío con el sol cerca de su escondite, tras el monte Igueldo, seguía sin comprenderlo.

Él nunca había sentido la necesidad de buscar un lugar más íntimo que el santuario de su dormitorio, al amparo de la noche, donde Luisa y él habían disfrutado de sus encuentros. Sin embargo, nunca habían sentido esa impaciencia de que llegara el momento de estar solos.

Eso le recordó la conversación que, años atrás, había tenido con su amigo Adolfo Urbietta mientras cazaban en el monte.

—De verdad, no sé cómo aguantar. No veo la hora de casarme y poder... —La cara de sátiro que había puesto su amigo era de lo más reveladora—. A veces creo que me pondré enfermo si no... Joseph, ¿los animales enferman si no copulan? ¿Puede pudrirse la simiente ahí dentro?

Joseph había tratado de no reír para no espantar a las posibles piezas que andaban por el monte, pero le costó lo suyo no hacerlo.

—Como estás casado, ya no tienes que pasar por ello —protestó Adolfo al ver sus esfuerzos por no soltar la carcajada—. Apiádate de mí. Recuerda lo mal que lo pasaste antes de hacerlo —le había dicho.

Él no había pasado por ello. No recordaba haber estado en aquel estado de agitación perpetua en el que se encontraba su amigo. Amaba a Luisa, de eso nunca tuvo ninguna duda, aunque su amor no estaba teñido de esa pasión desbordante que parecía haber afectado a Adolfo y ahora sufría Miguel. Era algo más tranquilo y dulce. Más delicado y puro.

El golpe del morro de su caballo en la pierna lo despertó de sus recuerdos. Había llegado a casa. Desmontó y condujo al equino por el ronzal hasta su casilla. ¿El amor compartido con su esposa habría sido diferente al de otros matrimonios? Por supuesto, nunca tuvo la sensación de que fuera peor o le faltara algo. Durante aquellos siete años había sido feliz y estaba convencido de que Luisa también lo fue.

Terminó de preparar al caballo para pasar la noche y salió de la cuadra con Azkar pisándole los talones.

Frente al caserío, Elisa e Yñigo jugaban a bailar la peonza. Su hijo estaba teniendo más suerte que la joven y no dejaba de reírse mientras veía los infructuosos esfuerzos de la nodriza para lograrlo. En lugar de seguir adelante, Joseph prefirió quedarse rezagado y observarles sin ser visto. Con una mano sujetó al perro para que no saliera corriendo a saludar y con la otra le

acarició en la cabeza a fin de mantenerlo tranquilo. Las caricias siempre eran muy bien recibidas por el galgo, que se frotó contra el muslo con los ojos cerrados.

—¿Estás seguro de que se hace así? —oyó preguntar a Elisa. La joven meneaba la cabeza, incrédula. Su oscura trenza bailoteaba a su espalda—. A mí no me sale.

—Así me enseñó mi padre. Sois vos la que no sabéis —soltó el niño, entre carcajadas—. Ya veréis como yo sí puedo —aseguró antes de soltar la peonza, que tal y como había vaticinado, empezó a girar hasta parecer quieta sobre una piedra, particularmente lisa.

—¡Qué bien! —aplaudió Elisa, sonriendo como una niña—. Lo haces muy bien, Yñigo.

Su hijo, henchido de orgullo, caminaba alrededor del juguete para verlo desde todos los ángulos, mientras lanzaba miradas de satisfacción a la muchacha.

—Está durando mucho, ¿verdad? —indagó el niño, sin perder de vista el juguete.

—¡Muchísimo! Parece que no se va a parar nunca. —Elisa se había agachado y miraba embelesada el movimiento de la peonza. El corpiño negro marcaba su talle y la prominencia de su pecho.

Joseph lo recordó redondo y henchido; coronado por un pezón rosado. Sintió un peso en el vientre y cierta alteración un poco más abajo. Sorprendido y molesto a partes iguales, trató de prestar atención a lo que sucedía en el patio y olvidar la imagen de Elisa con el corpiño desanudado y el pecho al aire.

Su hijo se sorbió los mocos e hizo ademán de limpiarse la nariz con la manga de la chaqueta. Luego lo pensó mejor y sacó un pedazo de lienzo del bolsillo.

—¿De verdad debo sonarme la nariz con este trapo?

—Por supuesto, muchachito. Todos los caballeros deben hacerlo —respondió Elisa con seriedad—. No querrás que te consideren asilvestrado.

Yñigo hizo un ruido mitad bufido mitad protesta y se limpió la nariz. Después, con cara de asco, dobló el lienzo y lo devolvió al bolsillo ante la atenta y complacida mirada de la joven, que le revolvió el pelo con cariño.

—Mi padre me enseñó un truco; ya veréis —anunció, tomando el juguete y volviendo a enrollar la cuerda para hacerla bailar otra vez. Una vez completado el proceso, la lanzó sobre la misma piedra—. Mirad, Elisa.

Ante el asombro de la joven, Yñigo puso la mano abierta como una estrella de mar cerca del juguete y esperó a que este saltara sobre la palma. Una vez conseguido, se puso en pie para enseñarle a la nodriza cómo bailaba en su mano.

—¿Cómo has hecho eso? —Parecía completamente asombrada.

—Si ponéis vuestra mano junto a la mía, puede que salte a ella. —Sin esperar a que la muchacha lo hiciera, él mismo le tomó la mano y un instante después la peonza bailaba en la palma de Elisa.

—¡Hace cosquillas! —exclamó riendo, indecisa entre soltar el juguete o continuar con él sobre la palma—. ¡Qué sensación!

Joseph se fijó en los rizos que se le habían escapado y revoloteaban en su nuca con el aire del atardecer. Tenía un cuello grácil y delicado. Pensó si su piel sería tan suave como aparentaba y se lo reprochó al punto.

«¿Qué pretendes rumiando esas tonterías? ¡Deja de comportarte como un majadero!»

Molesto por sus díscolos y poco apropiados pensamientos, decidió acercarse. La joven al verlo cerró la mano y la peonza se detuvo.

—¿Por qué habéis hecho eso? —protestó el niño—. Podríais habérmela pasado.

—Lo siento, Yñigo —se disculpó Elisa, tratando de mostrarse tranquila ante la presencia de Joseph—. No... no me he dado cuenta.

Al intentar devolvérsela, el perro saltó, dispuesto a robarle el juguete.

—¡No dejéis que la coja! —gritó el pequeño, saltando de un pie a otro con nerviosismo—. La destrozará.

Elisa alzó la mano y con ello solo consiguió que el galgo, creyéndolo un juego, saltara más para intentar atraparla. No sabía qué hacer. Por un lado tenía a Yñigo gritando que no la soltara; por otro, al perro dispuesto a no quedarse sin ese premio. Y por el otro, estaba Joseph, mirándola con aquellos ojos suyos, tan azules y penetrantes.

Él se había quitado la casaca y la llevaba a la espalda, colgada de un dedo; el chaleco marcaba el contorno de su torso, haciendo resaltar la anchura de los hombros y la estrechez de su cadera. Sin duda era un hombre bien parecido y bien formado.

Elisa volvió a sonrojarse, sin dejar de alzar la peonza con determinación.

Desde que la semana pasada le había intentado sonsacar si su marido nunca le había dicho lo hermosa que era, no podía mirarlo sin preguntarse si él pensaría eso de ella. Por supuesto, aquel día no le había respondido. No se le ocurrió ninguna mentira, por lo que prefirió mantenerse en silencio el resto del viaje que, por suerte, no fue largo.

Pero una cosa había sido soslayar la pregunta y otra muy distinta olvidarla. Por primera vez en mucho tiempo, quizá en toda su vida, trataba de estar lo más presentable posible. No se recogía el cabello y lo ocultaba completamente bajo el pañuelo. Ahora dejaba que algún mechón escapase de él y enmarcara su cara. Por vez primera, no trataba de pasar desapercibida. Tampoco era que se mostrase; pero al menos, no se ocultaba como había estado haciendo todo el tiempo.

No quería admitirlo, pero deseaba que Joseph la creyera hermosa.

—Azkar, quieto —ordenó él. El perro se paró a regañadientes, pero sin dejar de mirar la mano que encerraba el juguete, mientras gemía—. Quietos. Elisa, dádmela antes de que vuelva a lanzarse contra vos.

Él tenía la mano extendida, a la espera. Volvió a sorprenderle su tamaño y recordó lo ágil y delicada que podía llegar a ser. Quería tocarla. Deseaba volver a sentir su tacto, caliente y áspero,

como cuando la había consolado después de enterrar a su bebé. Si cerraba los ojos casi podía recordar el calor, la sensación de protección entre sus fuertes brazos.

—Elisa, pásádsela a mi padre. Azkar se está *impaci... impacintando*.

Las palabras de Yñigo la devolvieron a la realidad y se sonrojó al ver que los dos la miraban; el pequeño con nerviosismo y el padre con ¿interés?, ¿aprecio? Estaba tratando de averiguar de qué modo, cuando Joseph habló:

—Será mejor que me la deis —ordenó con voz seca. Su mirada tan fría como el azul de sus ojos—. Ciertamente, el perro se está impacientando.

Elisa se la tendió, confundida y abochornada a partes iguales. Bajó la vista al empedrado.

—Perdonad, debo atender a Inés. Ya debe de tener hambre —parloteó antes de dar media vuelta y correr hacia la puerta del caserío.

Si la vergüenza fuera inflamable, ella ya se habría desintegrado en una enorme y roja llamarada, pensó al entrar en la cocina con el corazón desbocado.

—Muchacha, estás sofocada. ¿Te ha sucedido algo? —indagó la señora Nicolasa, dejando de remover la olla que colgaba en el fuego bajo—. ¿Tienes fiebre? —Se acercó para tocarle la frente.

—No... no... —tartamudeó, ruborizada hasta las uñas de los pies. El señor Pedro y Mateo habían dejado lo que andaban haciendo y la observaban con interés—. Pensaba que la niña lloraba...

—Ah, ¿sí? Juraría que este angelito sigue dormido —aseguró la señora. Sus azules ojos pendientes de ella—. Pero puedes comprobarlo tú misma, querida.

Si hubiera podido disolverse en agua y penetrar por entre las piedras del suelo, lo habría hecho. Estaba convencida, la dueña del caserío no había creído sus excusas y hasta sospechaba la verdadera razón por la que había entrado de ese modo. Por suerte, Inés se despertó en ese momento. Nunca le había agradado tanto escuchar sus suaves protestas. Amorosamente la sacó de la cesta donde descansaba y la acunó entre los brazos. Era tan adorable que no se cansaba de abrazarla. Besó su frente, crispada por el enfado. Aquella señorita quería comer y lo quería ya. Sin demoras de ningún tipo.

—No te preocupes, cariño mío, ahora mismo te doy —susurró contra su piel, suave y aterciopelada.

Con una disculpa, salió de la cocina para ir a su cuarto, donde podría atenderla con más intimidad.

Joseph entraba en ese momento, seguido de su hijo. Tratando de no mirar al padre, Elisa casi corrió a las escaleras para desaparecer lo antes posible.

—Caminad con más tiento cuando llevéis a mi hija en brazos —masculló el hombre. Sus

palabras sonaron como latigazos en el silencio del recibidor—. No quisiera que le sucediera algún percance.

Elisa se obligó a detenerse, enderezó la espalda y se volvió a medias para mirarlo a los ojos. Él aguardó con el ceño fruncido.

—Lo tendré en cuenta, señor Joseph —murmuró. Dolida por que pusiera en duda el cuidado con el que trataba a la niña, lo miró con rabia—. Si me disculpáis, iré a atenderla.

La furia le corroía las entrañas.

«¿Cómo se le ocurre pensar que yo ponga en peligro a la pequeña?»

Con el paso tan lento como fue capaz, dado su creciente enojo, fue subiendo uno a uno los escalones hasta llegar al piso superior. Una vez allí, su enfado casi no le permitió continuar con un paso medido hasta llegar a su habitación. Cerró la puerta con más cuidado del habitual, cuando en realidad hubiera querido dar un portazo que hiciera temblar las vigas del caserío.

Se sentó en la mecedora y respiró varias veces para tranquilizarse. No quería darle el pecho a Inés en ese estado. Suponía que no sería bueno para la niña. Contó hasta diez y volvió a respirar con fuerza. Una vez que se hubo calmado, se desabrochó el corpiño y el escote de la camisola para dar de mamar al bebé.

La sensación placentera que la invadía cada vez que alimentaba a la niña se extendió por todo su cuerpo y borró todo malestar o enfado. Recostada en la mecedora, dejó tomar a Inés, mientras ella le acariciaba la suave pelusa de la cabeza.

Antes de darse cuenta, estaba tarareando la nana que su madre le cantara para ayudarla a dormir. La había recordado unos días atrás y desde entonces se la cantaba a Inés cuando estaban solas. Lo hacía bajito para no perturbar el luto de la familia.

La llamada en la puerta la sobresaltó. La niña soltó el pecho y comenzó a llorar hasta que Elisa volvió a colocarla bien para que siguiera mamando.

—¿Quién sois? —preguntó, una vez que todo volvía a estar en orden.

—Soy Joseph.

La voz del hombre volvió a enervarla por dentro.

—Si queréis ver cómo atiendo a vuestra hija, podéis marcharos por donde habéis venido —articuló, tratando de sosegar por el bien del bebé—. No la estoy matando ni nada por el estilo.

—No... Yo... —calló un instante. Luego abrió la puerta de la habitación. Elisa, sorprendida, se cubrió el pecho con una mano. Su chal estaba sobre la cama—. Perdonad —dijo. Antes de que ella comenzase a protestar, entró en el dormitorio y tomó el chal para tendérselo, sin mirarla—. No puedo disculparme ante una puerta. Creo... He sido un tanto brusco con vos. Sé que estáis atendiendo a mi hija con todas las consideraciones y... me atrevo a pensar que hasta con... cariño. —La miró por fin un instante. En sus ojos se leía el arrepentimiento.

—De eso no os quepa ninguna duda, señor Joseph —aseguró muy digna. No iba a dejarse

menospreciar. En las semanas pasadas, había descubierto que nadie tenía derecho a tratar mal, a hacer de menos o, incluso, a agredir a una persona. Aquella familia se trataba con corrección, sin gritos ni peleas. «Salvo la que tuvieron los dos hermanos.» Apretó los labios para no sonreír. No era el momento. Con un suspiro volvió a encauzar sus pensamientos. Al lado de ellos no había motivos para tener miedo, y saber eso le estaba dando una valentía que nunca creyó poseer—. No podría tratarla mejor de haber sido mi hija.

—Lo sé. Y por eso siento mucho mis palabras y, sobre todo, el modo en que os las he dicho. — Se le notaba incómodo—. He sido un...

—¿Bruto insensible? —sugirió ella al ver que no terminaba su frase.

—Exacto —musitó, estirando una comisura, como si fuera a reír de un momento a otro.

Elisa se limitó a mover la cabeza, aceptando sus disculpas, pero no dijo nada ni se atrevió a volver a mirarlo. Su valentía se había esfumado junto al enfado. No entendía la razón, pero la presencia de ese hombre la alteraba mucho. Era como si su cuerpo dejara de ser sólido y se convirtiera en masa de pan: maleable y blanda. Lo peor de todo era que esa sensación empezaba a ser adictiva. Deseaba que estuviera cerca; aunque no era necesario para hacerla sentir de ese modo, con solo pensar en él era suficiente. Y se encontraba muchas veces pensando en el padre de Yñigo e Inés. Tal vez, demasiadas.

—¿Me permitiríais quedarme mientras...? —solicitó él, sin atreverse a mirarla de frente.

—Yo... no creo que sea apropiado, señor Joseph —musitó, asombrada por el pedido. El corazón desbocado ante la posibilidad—. Estamos aquí solos... No es decente.

—Lo siento... Tenéis razón. No sé en qué estaba pensando. —Tras la disculpa, giró y se marchó de la habitación con presteza.

Elisa miró la puerta cerrada con pena. Si por ella hubiera sido, no le habría prohibido quedarse en la habitación. Tenía derecho a ver comer a su hija. Pero por muy lícito que fuera y por mucho —muchísimo, en realidad— que le agradase tener cerca a aquel hombre, no podía, en su propio beneficio, saltarse las normas del decoro.

No, si quería que siguieran respetándola como hasta el momento.

«Dichosa respetabilidad», protestó en silencio.

Al momento, a través de la ventana, le oyó hablar con Yñigo en el patio. Estaban jugando con la peonza. Podía oír el golpe y luego el raspar de la punta de hierro del juguete mientras giraba contra la piedra.

—Enseñadme más trucos, padre —solicitó el niño.

Ella se lo imaginó saltando de un pie a otro, impaciente. Los cordones de las albarcas siempre a punto de desatarse y las gruesas medias de lana resbalando pantorrilla abajo.

—Está bien, muchachito. —Había cariño en la voz del padre—. Veremos si somos capaces de hacerla saltar por el cordón. ¿Estás preparado?

Otra vez el golpe en la piedra y luego ese raspar, casi musical. Intrigada por lo que estaba sucediendo abajo, se acercó a la ventana. Deseaba observarlos desde allí sin ser vista. Inés seguía mamando sin problemas.

Los dos miraban al suelo con las cabezas casi juntas. El rojizo pelo de ambos brillaba como una mezcla de ámbar y cobre. El señor Joseph se agachó, con el cordón de la peonza estirado por los extremos, lo deslizó rápidamente para pasarlo bajo el juguete. La peonza lo saltó y continuó girando.

Elisa dejó de mirar aquello para centrarse en el modo en que los músculos de la espalda del hombre tensaban la tela de la camisa. Una sensación extraña y placentera se extendió por todo su cuerpo. Asustada, regresó a toda prisa a la mecedora. Aquella que él le dejara en el dormitorio tantos días atrás sin decirle nada.



—Hemos hallado a varios caballeros con pagarés del señor Cristóbal —comentó Salazar, sombrero en mano—. No es mucho dinero, la verdad. No creo que nadie decida matar a un hombre por esas cantidades. Más cuando de ese modo, ya no cobrará.

—Desde luego. Ahora no se rebajarán a ir a pedirselo a su viuda —confirmó don Pablo, dándose golpecitos con el dedo en el labio inferior—. Tenéis razón, ese no puede ser el motivo. Demasiadas cuchilladas para ser un ajuste de cuentas o un aviso para otros deudores. ¿Habéis averiguado algo más?

—He preguntado por los lupanares, pero ya sabéis que las dueñas son poco dadas a dar información sobre sus clientes.

—No les interesa perder a ninguno. Aunque ya esté muerto. —Tamborileó sobre la madera del escritorio—. Sería conveniente hablar con las mujeres. Quizá no sean tan reservadas a la hora de contar algunas cosas.

—Será difícil, don Pablo. No les quitan el ojo de encima —murmuró Salazar con gesto de lástima—. De todos modos, seguiré intentándolo. Es posible que encuentre alguna con ganas de largar algo.

—Eso estaría bien.

—Si me lo permitís, don Pablo —empezó el hombre, dando vueltas al sombrero—. Por el modo en que lo mataron, me inclino a pensar que quien lo hizo se la tenía jurada.

—Opino lo mismo, Salazar. Pero ¿qué le había hecho para provocar semejante odio o rabia? —Suspiró con desencanto—. ¿Habéis averiguado algo sobre el cuchillo?

—Ninguno de los cuchilleros de Vitoria lo ha fabricado. Dicen que es posible que no lo haya hecho un profesional. Es un poco basto, aunque, eso sí, está afilado a conciencia.

—Así que, por ese lado, no podemos encontrar quién lo compró. —Reprimió las ganas de rascarse la cabeza.

—Pues no, señor alcalde. —Bajó la mirada, apesadumbrado—. Por ese lado tampoco he tenido suerte.

—Si resolver entuertos fuera tan sencillo... —Suspiró—. Volved a indagar por ahí, Salazar. Algún enemigo debía de tener para acabar así.

Cuando el hombre salió del despacho, don Pablo se permitió quitarse la peluca y rascarse con saña la cabeza.

Era evidente que el motivo para asesinar al señor Cristóbal debía de ser harto importante y personal. Sobre todo, personal. Semejante ensañamiento no podía ser por algo insignificante. Si se tratara de un robo, la cuchillada en el cuello hubiera bastado para matarlo. Incluso con cada una de las cinco en el vientre, también. Hubiera muerto más despacio, pero el fin habría sido el mismo.

Y luego tenía la desaparición de la señorita Elisa. ¿Estaba vinculada al asesinato o no? Si no hubiera escapado, a esas horas ya podrían saber su grado de culpabilidad. Su desaparición no la hacía más inocente, sino todo lo contrario.

—¡Por san Prudencio bendito!

En el cielo azul no se veía ninguna nube que entorpeciese su intenso tono. Desde lo alto de aquel monte se podía ver a sus pies la ciudad de San Sebastián, sus murallas, los arenales y la inmensidad brillante y en perpetuo movimiento del mar.

Elisa no había pensado en salir a pasear, pero la señora Nicolasa se lo había propuesto en cuanto su hija Blanca llegó al caserío. Posiblemente se había dado cuenta de las veces que se asomara a la ventana para mirar al luminoso exterior. Tras unos días de lluvias, ver el sol era todo un acontecimiento. Y ella, acostumbrada a vivir en el centro de Vitoria y a no salir de casa, aún se maravillaba del verde de los prados que rodeaban el caserío.

Tanto Blanca como su madre la habían exhortado a marcharse con Yñigo y Juana para conocer los alrededores. Aconsejándole, de paso, que desde lo alto del monte podría ver la caravana que hoy se acercaría a la ciudad. Ella había insistido en llevarse a Inés por si se despertaba con hambre y no habían regresado.

Ahora, sentada en una piedra enorme, era testigo de todo el trajín de carros, personas andando o conduciendo animales de carga y domésticos para cruzar la Puerta de Tierra. Por lo que le habían contado, era un buen día para vender y comprar todo tipo de aperos, animales, granos y demás cosas. Al fondo y a la izquierda, podía verse el mar, brillante e inquieto, en el que se mecían pequeñas barcas y algún que otro bergantín preparándose para entrar en la dársena.

Yñigo y su prima, de pie en la misma piedra, competían por ver quién de los dos veía más cosas. Sus cabellos brillaban, cobre y oro, bajo los rayos del sol de la mañana. Inés dormitaba en los brazos de Elisa, ajena al extraordinario día.

—Veo un caballo blanco —dijo Yñigo.

—¡Yo también! —exclamó su prima, muy contenta.

—Pero seguro que al tuyo no lo lleva un jinete vestido de azul.

—Pues no... —Se metió el dedo en la boca, sin dejar de observar, con los ojos entrecerrados, los movimientos de aquellas diminutas personas que se dirigían a la ciudad.

—Te lo pongo más fácil. Delante va un carro tirado por bueyes.

—¡No lo veo! —protestó la niña; los brazos en jarras—. ¡Me estás engañando!

Elisa previendo un enfrentamiento entre los niños, se apresuró a intervenir.

—Yo sí lo veo. Busca el rebaño de ovejas. ¿Lo ves?

—¡Sí!, ¡lo veo!

—Pues ahora ve hacia atrás y verás el carro que te ha dicho Yñigo y...

—¡Lo veo, lo veo! —gritó, emocionada, dando saltitos sobre la piedra.

—Eso no vale. Se lo habéis dicho vos, Elisa —protestó el niño, proyectando el labio inferior hacia fuera—. ¡Hola, tío Mateo! —gritó cuando vio aparecer al pequeño de los Arana. Su mirada había perdido todo signo de enfado y brillaba de entusiasmo.

—¡Hola, tío Mateo! —gritó la niña para no quedarse atrás.

—Buen día, diablillos —los saludó el recién llegado, aupándoles entre risas—. Buen día, Elisa. Te he visto subir con estas fieras y he venido a ver qué tal te arreglabas con ellos.

—Hola, Mateo. Como puedes ver, no dan guerra —aseguró con una sonrisa.

Los niños salieron corriendo en busca de diversión entre las hierbas. El joven se sentó junto a ella. Llevaba las mangas de la camisa remangadas hasta el codo. El vello de sus brazos brillaba al sol. Dejó la casaca a un lado; alzó una pierna para apoyar el pie sobre la piedra y se abrazó la rodilla.

—¿Has visto toda la gente que se acerca a la ciudad? —preguntó, mirando a la caravana con tristeza. Arrancó una brizna de hierba y se la llevó a los labios—. Hoy es el día en que los arrendatarios bajan a la ciudad para pagar el alquiler a los dueños de sus caseríos. Se juntan tantas personas que poco a poco se está convirtiendo en una feria. Joseph tenía pensado bajar con tres yeguas para venderlas o al menos para crear expectación. Estos años atrás le ha ido muy bien.

—Pero este año no puede por el luto, ¿verdad?

—Sí. A la desgracia de perder a su esposa, se añade no poder cumplir sus sueños. —Frunció el ceño antes de tirar la hierba al suelo de malas maneras—. No entiendo esto del luto y sus reglas. ¡Como si no nos sintiéramos suficientemente apenados por su ausencia!

El enfado le sonrojaba la piel de la cara y difuminaba en gran medida las pecas que salpicaban su rostro.

—Parece que no es suficiente con sentirlo, además hay que demostrarlo —aseguró Elisa—. Y según el decoro, es muy pronto para poder acercarse a las ferias... Hace cuatro días se cumplió el primer mes de tu cuñada y hoy el de mi hijito —musitó, recordando a su pequeño. Sin poderlo evitar, besó a Inés en la aterciopelada frente.

—Lo siento, Elisa —se disculpó, compungido, al verla—. Tú también tienes tu pena.

—Gracias, Mateo. —Luego volvió a pensar en Joseph—. Debe de ser muy duro para él —se atrevió a decir.

—Lo es. Todos sentimos la muerte de Luisa. —Cerró los ojos y alzó la cara para que le diera el sol—. Siempre la recuerdo en mi casa. Eran inseparables, ella y mi hermano. A mí casi no me dejaban jugar con ellos. Luego se casaron y Luisa pasó a formar parte de nuestra familia de manera oficial. —Volvio a mirarla; tenía los ojos enrojecidos—. Si te digo que era como una hermana para mí, no mentaría.

—Lo siento —murmuró, sin saber qué decir. Comprendía su dolor.

Mateo suspiró y se puso en pie. Trató de sonreír. Al pasarse la mano por el pelo, le recordó a Joseph y Elisa se recriminó por pensar tantas veces en él.

—¿Has ido a muchas ferias en Vitoria?

—Recuerdo una vez que fui con mis padres, pero yo era muy pequeña. Después de la muerte de mi madre... las cosas ya no fueron igual. —No quería hablar de ello—. ¿Y tú, has ido a muchas?

—Sí. Esta es la primera vez que no voy. El año pasado hubo mucha gente. Se hicieron cantidad de negocios. También se concertaron matrimonios y hubo mucha diversión con los saltimbanquis y los toros ensogados. —Volvió a pasarse la mano por el pelo y la miró de soslayo—. Luego bailamos un buen rato. Este año...

—¿Qué pasaba este año? —preguntó al verlo guardar silencio.

—Bueno, quería ver a las chicas casaderas —confesó, ruborizado—. Tengo veintidós años, ya es hora de ir pensando en buscar esposa.

—¡Ah! ¿Y ya has pensado en alguna?

Antes de que pudiera responder escucharon los gritos de los niños, que corrían ladera abajo. Elisa se incorporó dispuesta a salir tras ellos. Pero Mateo ya había descubierto el motivo de su desbandada y la sujetó por el brazo para detenerla. Claudia subía la pendiente con el rostro arrebolado por el ejercicio. Su pelo, oscuro y suelto a la espalda, revoloteaba con la brisa.

—Es solo Claudia —murmuró, soltándole el brazo—. Nada de qué preocuparse.

—Buen día —saludó la muchacha al llegar hasta donde estaban ellos—. La señora Nicolasa me ha dicho dónde encontrarte. No sabía que también estabas tú, Mateo.

—He venido a ver qué tal se arreglaba con las fieras —se justificó el joven, sin mirarla. Su tono, un tanto seco, sorprendió a Elisa.

—Me alegro de que hayas venido, Claudia. Estábamos viendo la cantidad de personas camino de la ciudad y Mateo me contaba que el año pasado hubo mucho ambiente.

A la muchacha se le iluminó el semblante.

—Sí, es cierto. Incluso bailé con chicos —entonó con picardía, mirando de soslayo a Mateo—. Con unos cuantos.

—¿Y ya tienes edad para eso? —preguntó el joven con sorna, con la vista puesta en la caravana.

—Por supuesto que sí. Quizá debas utilizar anteojos para darte cuenta —respondió con altanería.

—Mis ojos están perfectos. —Levantó la mirada y la clavó durante un instante en Claudia, pero la apartó enseguida—. Y solo veo a una jovencita sin ningún atrac...

—¡No te atrevas a decir algo así! —estalló Claudia muy ofendida—. ¿Acaso te has mirado esa mata de pelo que tienes?

Elisa presenciaba esa batalla con los ojos abiertos y sin saber qué decir o qué hacer. Nunca se había visto en algo igual. Observaba a Mateo que, con la cara colorada por el enfado, miraba a Claudia. Ella, brazos en jarras, lo contemplaba con igual semblante.

—Yo creo que... —empezó a decir, deseando calmar los ánimos. Casi se podían ver las chispas que generaban entre los dos.

—Elisa, querida, ¿puedes creerlo? Este simulacro de caballero dice que no tengo ningún atractivo. —Lo señaló con desgana. Parecía una reina menospreciando a un súbdito—. ¿Acaso se habrá mirado él?

—¿Simulacro de caballero? —Mateo se acercó a la joven, pero en contra de lo que había pensado Elisa, Claudia no se apartó asustada, sino que se acercó a su vez. Sus narices casi se tocaban—. ¡Niñita consentida!

—¡No soy una niña! ¡Mequetrefe!

—No creo que... —volvió a decir Elisa, poniéndose en pie. Empezaba a espantarla el cariz de aquella discusión. Debía pararle antes de que ocurriera algo malo.

—¡Ni yo un mequetrefe! —la interrumpió Mateo, poco dispuesto a dejarlo estar.

—¡Pues no me hables! —gritó Claudia antes de girar y volver por donde acababa de llegar—. ¡Mequetrefe de tres al cuarto!

—Ni tú a mí tampoco, mocosa —barbotó Mateo, marchándose en dirección contraria.

Elisa, completamente anonadada, se dejó caer sobre la piedra. A su izquierda bajaba Claudia por la pendiente; el pelo y sus faldas revoloteaban con la brisa. A su derecha, Mateo caminaba a paso airado loma abajo. ¿Qué había sucedido? No entendía nada.

Hasta los niños habían dejado de jugar y se dirigían a Elisa, buscando una explicación al extraño comportamiento de sus tíos. ¿Qué decirles? Estaba tan confusa como ellos.

—¿Alguien ve un caballo azul? —dijo sin pensar.

—¡Eso no existe! —protestó Yñigo, riéndose de ella. Miró a la caravana—. Yo veo un carro lleno de gallinas.

—¿Dónde, dónde? —preguntó Juana, buscando a lo largo del camino—. No lo veo.

Al menos los niños se habían olvidado del explosivo encuentro entre los hijos más jóvenes de las familias Arana y Echaniz. A Elisa, en cambio, con los nervios a flor de piel, le costó mucho dejar de pensar en lo sucedido.

Joseph descargaba su pena y su frustración a golpe de martillo sobre el sufrido yunque. Estaba haciendo clavos para las herraduras y aquel trabajo contribuía en parte a aliviar su malestar. El sonido acompasado marcaba cada una de las vivencias perdidas.

Tiempo atrás, Luisa y él habían hecho planes para ese día. Ella quería comprar tela para hacer vestidos, uno para ella y los otros para la niña que, estaba convencida, tendría para entonces.

Él deseaba mostrar la buena planta de sus yeguas. Nada como enseñar la mercadería para buscar nuevos compradores o para encaprichar a otros. El año anterior había conseguido apalabrar cuatro potros y las dos yeguas que trasladó a Tolosa un mes atrás.

Mientras lo sujetaba con las tenazas, volvió a golpear sobre el clavo para afilar su punta. No quería recordar aquel funesto día. No quería pensar en nada que ver con aquella aciaga decisión. Por mucho que don Yago o su madre le hubieran asegurado que él no habría podido hacer nada, saber que no estuvo para acompañarla en sus últimas horas era demasiado angustiante y desolador.

Un mes sin ella. Cuatro semanas sin verla. Treinta y cuatro días sin escuchar su risa. Imaginar el resto de su vida en su ausencia lo quemaba por dentro. La rabia lo impelió a lanzar el martillo y las tenazas al suelo de la fragua. Se le habían quitado las ganas de trabajar o de hacer nada. Ni siquiera encontraba alivio en golpear algo. Por supuesto, no hizo nada de eso. Se conformó con sostener las herramientas a cada lado del cuerpo. Sin fuerzas para dejarlas sobre el yunque.

Al levantar la vista vio a su hermano descender por la ladera a grandes zancadas. Su semblante no presagiaba nada bueno. Por un momento supuso que los lobos habían atacado a las vacas del prado más alto, pero en ese caso no bajaría mascullando, ¿o sí?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, preocupado, dejando al fin las herramientas para salir de la herrería.

—La mocosa de tu cuñada. Eso ha pasado. —Se detuvo con los brazos en jarras y la mirada belicosa. Pocas veces había visto a su hermano tan resentido. Sus azules ojos, tan parecidos a los suyos, brillaban con rabia.

—¿Claudia?

—¡La misma! —apuntó con gesto de desagrado—. Me ha llamado simulacro de caballero y mequetrefe. —Se pasó la mano por el pelo antes de volver a poner los brazos en jarras—. ¿Puedes creerlo?

—Pues no, la verdad —aseguró Joseph, parpadeando sorprendido—. Mi cuñada es bastante

temperamental, pero no va insultando a la gente sin motivos.

—Yo no la he insultado —observó, pero su tono había bajado considerablemente. Miró al suelo y luego a Joseph de soslayo. Era evidente que no estaba muy seguro de haber obrado del todo bien.

—¿Y qué le has dicho? Porque le habrás dicho algo, ¿no?

Mateo gruñó por lo bajo antes de empezar:

—Bueno... Al comentar ella que el año pasado había bailado con chicos, yo le he preguntado si tenía edad para bailar con ellos. Y una cosa ha llevado a la otra —respondió. Luego frunció el ceño y se paró a recordar lo que había dicho. Al darse cuenta, se tapó la cara con las manos y las dejó resbalar por ella hasta dejarlas otra vez sobre la cadera—. ¡Ay, Dios! Creo que la he ofendido.

—Pues sí. Eso creo yo también. Claudia ya tiene edad para ser cortejada. Si no hubiera sido por... —suspiró, tratando de no sucumbir a la pena—. Esta tarde estaría coqueteando con los mozos de la ciudad y de los caseríos cercanos.

Su hermano permaneció callado durante un rato. Seguía con los brazos en jarras, pero ya no era en una actitud veleidosa. Ahora murmuraba, mirando al suelo, y meneaba la cabeza, como si no lo creyera.

—¿Qué? ¿Vas a decirme lo que pasa por tu cabeza? —indagó Joseph, intrigado por las conclusiones a las que estaría llegando Mateo.

—La pequeña Claudia ha crecido y es una joven de armas tomar. Lo sé de buena tinta. Pobre del iluso que cargue con ella.

—No estoy de acuerdo. Tú puedes pensar lo que quieras —murmuró, recordando otra cosa—. ¿Y cómo es que has discutido con ella?

—Yo estaba con Elisa, en el prado alto. La he visto subir allí con los niños y la he seguido. Luego ha llegado esa mocosa veleidosa y...

—¿Qué tal estaban los niños? —preguntó, pensando en la nodriza.

—Bien. Jugaban a ver quién veía más cosas entre la caravana que iba por el camino de Francia. Elisa ponía orden entre ellos. Esa joven es muy cariñosa. —Dejó la mirada perdida en el horizonte, poco a poco empezó a esbozar una tímida sonrisa—. Sería una madre estupenda.

—¿Estás pensando en cortejarla? —graznó Joseph, sin entender qué le molestaba de esa posibilidad—. Es viuda reciente... No creo que esté pensando en volver a casarse.

Ella misma se lo había dicho semanas atrás y eso le tranquilizó.

«¿Y a mí qué más me da si quiere o no casarse?»

—¿Quién sabe? Quizá consiga que no se vaya en primavera —declaró Mateo muy ufano—. Es joven y puede volver a enamorarse.

Joseph fue a protestar, pero se dio cuenta de que no tenía motivos para hacerlo. Si su hermano



había puesto las miras en la nodriza de su hija, él no era nadie para desalentarlo. Sin embargo, no se sentía tan dispuesto a aceptarlo como si hubiera sido Claudia la elegida.

«¿Qué más te da?», volvió a reprocharse en silencio. «Mateo tiene todo el derecho del mundo a cortejarla si quiere.»

—¿Qué estabas haciendo? —La pregunta de su hermano lo obligó a dejar de elucubrar sobre las razones de su repentina desazón.

—Clavos para herraduras. Apenas me quedaban y no puedo prescindir de ellos.

No era del todo cierto. Podría haber esperado unos días para hacer más. Con todo, esa mañana, al llegar a la fragua se había dado cuenta de la necesidad de golpear algo. Práctico por naturaleza como era, no iba a desperdiciar esa oportunidad de encauzar su rabia en algo productivo.

—¿Qué tal llevas el día? —indagó Mateo, preocupado. La luz del sol destacaba las pecas de su cara. Sospechó que no le gustaría saberlo. No, le molestaría mucho que se lo hiciera saber: odiaba sus pecas tanto como su pelo rojo.

—Como ves, hago clavos. —Su escueta respuesta pareció complacer a su hermano.

—Hace un rato, yo también hubiera querido golpear algo. Esa mocosa me ha sacado de mis casillas. —Movi6 la cabeza como si negase—. Tienes suerte de tener algo que justifique esos golpes.

—Habría preferido no tener motivos para este despliegue de rabia. —El dolor era patente en cada una de sus palabras. Apretó los puños a ambos lados del cuerpo, contra los muslos—. Haber podido ir a la feria con mi esposa y mis hijos. Y no estar aquí reconcomiéndome por dentro.

—Yo también lo hubiera preferido, hermano. —Mateo le palmeó en la espalda cariñosamente y luego lo abrazó. Uno de esos abrazos entre hombres un tanto cohibidos, pero llenos de sentimiento—. Es una maldita jugarreta del destino.

Joseph no dijo nada. No podía añadir gran cosa a lo dicho por su hermano. Estaba demasiado angustiado al darse cuenta, quizá por primera vez, de que Luisa jamás volvería a abrazarle. Su pérdida era irreversible y debería aprender a vivir sin ella.

Por el bien de sus hijos, cuanto antes lo hiciera, mejor.

Don Pablo dejó de leer el cuaderno donde apuntaba los datos del caso. Casi se sabía de memoria la declaración del galeno sobre lo que encontró al examinar el cadáver. El hombre era muy concienzudo y había explicado con todo lujo de detalles el lugar donde falleció el señor Cristóbal. La cantidad de sangre que rodeaba el cadáver, incluso la consistencia y frescura de esta. Un montón de datos que no servían para esclarecer el asesinato o para averiguar el paradero de la señorita Elisa.

Empezaba a desesperar. No era posible que una joven hubiera logrado desaparecer de ese modo. Nadie parecía haberla visto. Seguían sin tener una pista fiable sobre el rumbo que tomara un mes atrás. Una señora había creído ver a una muchacha con una yegua blanca cerca del paso de San Adrián en Cegama, pero solo había sido una falsa alarma. Cuando su hombre la interrogó más a fondo, había declarado que la mujer era una viuda embarazada y no parecía la joven de buena familia que ellos buscaban.

De todos modos, don Pablo había ordenado a ese hombre continuar investigando por allí, incluso que se adentrara aún más en territorio guipuzcoano por si alguien daba cuenta de haberla visto.

Con cada día sin tener noticias de la señorita Elisa, su posible implicación en el asesinato del señor Cristóbal cobraba más fuerza. Pero no podía condenarla sin haber escuchado su versión.

Por otro lado, considerar una asesina a aquella niña, que esperaba a su padre con tanta seriedad, era difícil de creer. Más, considerando el ensañamiento. Pese a todo, no podía ni debía descartarla.

—Hoy ha venido mi hermana de visita. —Las palabras de su esposa lo apartaron de sus pensamientos. Ella, sentada frente a él, seguía haciendo su habitual estropicio en el bastidor—. Ha recibido carta de su hijo. El que trabaja de jardinero en La Granja de San Idelfonso.

—Entonces te habrá puesto al día con los chismes del rey.

—¿Nos estás llamando chismosas? —Lo miró con desaprobación.

—No, señora mía. Solo constataba un hecho. —Esbozó una sonrisa—. Anda, dime qué hay de nuevo sobre nuestro monarca y deja de fruncir el ceño.

—Nada. Nada nuevo. Sigue igual de melancólico y abatido. Como si le faltara alegría sin una guerra entre manos. —Chasqueó la lengua.

—Más bien creo que está esperando a volver a abdicar en cuanto su hijo, don Fernando, tenga

la edad adecuada.

—No sé. Por lo visto, empieza a hacer cosas raras —bajó la voz—. ¿Crees que estará perdiendo la razón? —Sacudió la mano, como si quisiera borrar esas palabras—. Olvida lo que he dicho, querido, y dime, ¿han encontrado algún otro indicio sobre el paradero de la señorita Elisa?

—No. Es como si a esa muchacha se la hubiera tragado la tierra —masculló don Pablo, abandonando el cuaderno de notas sobre el caso que intentaba desenmarañar.

—¡El Señor quiera que no!

—Yo también lo espero, querida. Sin embargo, convendrás conmigo en lo extraño que es no haber dado con ella. Una joven no desaparece así, sin dejar rastro. Han preguntado por todos los caminos en veinte leguas a la redonda, sin éxito.

—Sí, es de lo más extraño.

—Al menos, tu prima ha dejado de importunar y lleva varios días sin aparecer por el despacho para exigirme que levante todas las piedras del camino para dar con su hijastra. —Se pasó el índice por una ceja antes de seguir hablando—: Con esa mujer, cualquiera sabe si lo hace preocupada por su bienestar, cosa que dudo, o, lo más probable, para que pague por el asesinato del señor Cristóbal y le devuelva las joyas que dice le ha robado.

—Estará preocupada, querido. —Su esposa movió la cabeza como si asintiera a sus propias palabras—. No es tan insensible.

—Permíteme discrepar, querida. —Alzó una mano como si quisiera disculparse—. Más bien, interesada en que sea condenada —masculló, molesto. No le gustaba que intentaran encauzarle en una dirección. Y la señora Gertrudis lo había estado haciendo.

—En ese caso, se habrá dado por vencida —informó, dejando el bordado a un lado—. Según me dijo la otra tarde, cree que está muerta. Que algún asaltante la ha matado y arrojado a la vera del camino. ¿Le ha podido suceder eso? —preguntó, espantada.

—No me gustaría, querida, pero no puedo rechazar esa posibilidad. Desde luego, para tu prima sería muy conveniente.

—¿Para hacerse con la herencia de don Juan?

—Por supuesto, Cecilia mía. Hasta que cumpla los veinticinco o se case, lo que primero suceda, ella es la albacea de los bienes de la señorita Elisa, una vez que cualquiera de los dos supuestos ocurra, ella se quedará con un pequeño estipendio y su hijastra lo heredará todo.

—Haces que suene horrible, señor mío —protestó Cecilia.

—Horrible ha sido el crimen cometido —masculló entre dientes, mirando las llamas de la chimenea.

—Reconozco que cuando me dijo que su hijastra había asesinado al señor Cristóbal, no me lo creí —consideró su esposa con tristeza—. A la luz de esta desaparición tan prolongada, no puedo

evitar sopesar si mi prima tendrá razón y la muchacha nos ha engañado a todos. —Calló un momento, meditando—. ¡No! Definitivamente, no me lo creo.

Él tampoco hubiera pensado que la señorita Elisa fuera una asesina tan despiadada, pero su extendida ausencia no le ayudaba a mantener esa postura. Sus hombres habían repartido carteles con la cara de la muchacha toscamente dibujada por todos los rincones de Vitoria y por los caminos. Esperaba que alguien pudiera arrojar algo de luz sobre su paradero.

No le gustaban los enigmas. A decir verdad, sí le gustaban, una vez desentrañados, claro. Ese, en concreto, empezaba a resultarle demasiado embrollado. Presentía que le faltaban piezas y no solo la más evidente: la señorita Elisa, sino más detalles. Por eso necesitaba encontrar a esa muchacha. Sin ella nunca podría atrapar al criminal que había matado al señor Cristóbal.

—No está muerta, ¿verdad? —Su mujer lo miraba esperanzada.

—Rezo para que no lo esté, querida mía. —Le palmeó las manos—. Al margen de aclarar el caso, no puedo permitir que siga desaparecida la hija de mi buen amigo. Quizá, una vez fallecido don Juan, he sido un tanto negligente a la hora de interesarme por ella. Tal vez debería haber...

Al apartar la mano de las de su esposa, sin querer golpeó el bastidor y este cayó al suelo. Se levantó presto a recogerlo y no pudo evitar fijarse en las puntadas que desfiguraban el bordado.

«¡Menudo desastre!»

—¿Tan mal está? —indagó Cecilia al ver el gesto en su mirada.

—Querida, una niña de corta edad no lo haría peor. —Chasqueó los labios, risueño—. ¿Cuándo vas a aceptar que necesitas los anteojos?

Llovía incesantemente, sin intención de parar en algún momento. El agua, que escurría de los aleros como una cortina plateada, impedía ver el exterior con nitidez. Más allá del caserío la bruma se pegaba a los montes con jirones blancos, cual pedazos fantasmales de tul, flotando en el aire con delicadeza.

Como en las otras ocasiones en que el tiempo les había impedido salir, la familia Arana aprovechaba para hacer trabajos de interior. Reunidos en la cocina, a la luz de las llamas de la chimenea y de los candiles colgados del techo y sobre la mesa, cada uno se dedicaba a una tarea. El señor Pedro estaba construyendo una enorme cesta con flejes de castaño para recoger la hierba segada. El humo fragante de su pipa y la madera impregnaban la estancia con su picante aroma.

Mateo, con un saco de lana lavada a los pies, se entretenía suavizándola entre los cardadores de madera para luego hilarla. Yñigo lo imitaba con unos peines más pequeños, pero aún era necesario seguir trabajando en los pedazos que él daba por terminados para que adquirieran la consistencia adecuada.

Un poco apartado del grupo para no manchar la lana con las virutas de madera, estaba Joseph. Ya había acabado el caballo de su hijo y ahora, con su habitual destreza, tallaba un cucharón de mango largo para remover el puchero. Con las mangas de la camisa enrolladas hasta los codos, dejaba ver sus brazos fuertes, poblados de vello claro, y sus manos, grandes y varoniles.

A pesar de que Elisa trataba por todos los medios de no mirarle más de la cuenta, sin poderlo evitar, sus ojos se dirigían a él como por voluntad propia. El hilado no requería de una atención especialmente intensa y, mientras retorció la lana entre los dedos para formar la mecha que se enrollaba en el huso giratorio a sus pies, podía fijar la vista en otras cosas. Pero la señora Nicolasa, que compartía labor con ella, también podía hacer lo mismo, y ya se había cruzado en varias ocasiones con sus sapientes ojos. Si no deseaba que la mujer empezara a elucubrar, debía dedicarse a lo que tenía entre las manos y dejar de mirar a quien no debía.

«Ya lo estás mirando de nuevo», se reprochó. «Conseguirás que él se dé cuenta.»

De pronto, la luz cambió de manera sustancial. La penumbra se fue diluyendo y la claridad invadió la cocina. Yñigo saltó de su banqueta para mirar por la ventana.

—¡Ha salido el sol! —gritó, emocionado—. Elisa, podremos salir afuera a jugar.

—Será uno de esos claros que te alegran la vista, pero que no prosperan —sentenció el abuelo con la pipa entre los dientes.

Sin embargo, el señor Pedro se equivocó. Las nubes se habían ido despejando hasta dejar un cielo muy azul. Como si se despezaran de un sueño, todos fueron dejando las labores para salir a la puerta y observar el brillo de las gotas de agua sobre la hierba. No hacía mucho frío, pero la humedad se pegaba al cuerpo y hacía estremecer. Mateo aprovechó para ir a la cuadra a vigilar a los animales.

—¡Tía Claudia! —gritó Yñigo un buen rato después.

La joven venía por el camino, sorteando los charcos para no empapar las albarcas ni el bajo de las faldas. En su mano balanceaba a cada paso una cesta cubierta por un paño.

—Buen día. Vaya manera de llover —observó al llegar hasta el caserío. Traía las mejillas rojas por la caminata—. Ya pensaba que no podría salir de casa. —Se quitó el mantón y lo sacudió para quitarle la humedad adherida.

—Buen día, Claudia —saludó la señora Nicolasa—. Anda, pasa y cuelga el mantón, mientras preparo un chocolate. Tienes cara de frío.

—¡Muchas gracias, señora Nicolasa! Mi madre me ha dado esto para vos. —Destapó la cesta y le mostró un queso de piel dorada; olía a manjar de dioses—. Sabe lo mucho que os gusta.

—Muchas gracias, querida niña. —El brillo de sus azules ojos era inconfundible—. Ya no quedaba nada y lo echaba en falta.

—Mi hermano estuvo ayer en Idiazábal y compró unos cuantos. —Dejó la cesta sobre la mesa.

—¿Eso que huele tan bien es queso? —preguntó Mateo, entrando en la cocina.

—Claudia ha tenido la amabilidad de traernos el queso que nos regala la señora Luisa —proclamó la dueña del caserío.

—¡Ah! Muy amable —murmuró entre dientes. Aún estaba molesto por lo ocurrido la semana anterior—. Iré a ver qué tal están las vacas.

Mateo salió sin mirar atrás. Claudia fingió indiferencia, pero a ella le hubiera gustado que el joven se quedara un rato más.

Inés empezó a moverse intranquila en el cesto y Elisa fue a cogerla. Cada día espaciaba un poco más las tomas, aunque seguía siendo una tragona. Aprovechando que los hombres continuaban fuera, se la puso al pecho, cuidando de cubrirse con el pico del chal.

—Parece crecer de un día para otro —aseguró Claudia, acariciando la carita de su sobrina—. Es preciosa, ¿verdad?

—Lo es. Es una princesita, dulce y encantadora —terció Elisa, sonriendo. Luego, miró a su nueva amiga—. ¿Ya se te ha pasado el enfado del otro día?

—¡Bah! Ese Mateo es... —bajó la voz. La señora Nicolasa, que estaba batiendo el chocolate, no debía enterarse—. Es como un dolor de muelas. Demasiado irritante. No sé cómo...

—¿Cómo qué? —preguntó ante el repentino silencio de Claudia.

—No sé cómo me gusta tanto. —Se llevó las manos a la cara, sonrojada.

—¿Te gusta? —preguntó Elisa, sorprendida.

—Sí. ¿No se nota?

—Pues no sé... —«No entiendo nada», pensó.

—Mejor. Sería mortificante que él se diera cuenta. Estoy enamorada de él desde los dieciséis años, pero cada día me pregunto: ¿cómo es posible sentir eso con lo desagradable que es conmigo? —Sus ojos marrones mostraban consternación—. ¡Soy tonta! Mi hermana me había dicho que iba a intentar...

—Lo siento, Claudia —murmuró Elisa con tristeza. La muerte de Luisa había dejado muchas cosas inconclusas, no solo su propia vida—. Si puedo hacer algo para ayudarte, no dudes en pedírmelo.

—Te lo agradezco mucho. —Le dio un cariñoso apretón en la mano y se quedó observando a su sobrina mamar.

Un rato más tarde la señora Nicolasa traía una bandeja con las jarritas de chocolate batido. El aroma dulce y amargo hizo sonreír a las jóvenes, que se apresuraron a llevárselas a la boca entre risitas de complicidad.

—No he preparado mucha cantidad porque está muy cerca la hora de comer y no quiero estropear el hambre —explicó la señora, tomando un sorbo de su jarrita de peltre—. ¡Qué bueno está!

Las muchachas asintieron, saboreando la bebida con delicia.

Era agradable tener una amiga, pensó Elisa, mirando a la joven por encima de la jarrita. Nunca había tenido alguna. Hasta que falleció su madre, ella había sido su compañera de juegos y quien le enseñara a leer y a escribir. Luego, a su muerte, la señora Gertrudis la sustituyó, pero solo en la continuación de la enseñanza. Aquella mujer no tenía ánimo ni dotes para el juego con una niña. De lo único que podía estarle agradecida era de no haber descuidado su educación mientras su padre vivió. Después, sus enseñanzas habían sido más relacionadas con la limpieza y la atención de la casa, que con la lectura y las cuentas.

En cualquier caso, gozaba de unos conocimientos nada despreciables en los tiempos que corrían.

—¿Te quedarás a comer, Claudia? —indagó la señora Nicolasa. Estaba cogiendo los platos de la hermosa alacena.

Elisa se había fijado en las tallas con motivos geométricos de los pocos muebles que adornaban la cocina.

—No, señora. Muchas gracias. —La joven se levantó de un salto—. Mi madre me ha hecho prometer que no tardaría en regresar.

—¿Vendrás esta tarde? —preguntó Elisa.

—Debo ayudar a mi madre a preparar jabón. Mañana me puedo acercar y, si no llueve,

podríamos dar un paseo hasta el Camino de Hernani. —Se echó su larga melena hacia atrás, por encima de los hombros. Un gesto que ya la había visto hacer más veces.

—Sería estupendo, Claudia. —Sonrió.

—En ese caso, será mejor que me vaya. Hasta mañana.

Como Inés ya había terminado de mamar, fue a coger una palangana para llenarla con agua templada, pero la señora Nicolasa ya se había adelantado y la estaba poniendo sobre la mesa, junto a una mantita donde tumban a la niña.

—Estáis muy atenta, señora. Muchas gracias.

—No es nada, querida. Cada vez que toma, hay que cambiarle el pañal, era cuestión de fijarse en cuándo dejaba de mamar —aclaró la mujer, restando importancia—. Anda, lávala y luego pondré la mesa. Estos hombres seguro que tienen hambre y ellos no han tomado chocolate —murmuró con una risita de complicidad.



La Navidad había concluido. ¡Por fin! A Joseph nunca se le había antojado tan larga y agobiante. Había cumplido con los preceptos de la Iglesia, asistido a las misas y celebrado el nacimiento de Cristo, pero a la vez había sufrido la ausencia de su esposa. Lo peor era darse cuenta de que, poco a poco, había dejado de buscarla durante las comidas; ya no miraba al sitio que ella ocupó.

Tampoco observaba por si la veía venir a la fragua con Yñigo colgado de la mano. Dios sabía que lo había hecho miles de veces durante las primeras semanas de su fallecimiento. Ahora ya no se le escapaba la vista a lo alto del camino.

A veces sentía como si estuviera olvidándola, y eso lo llenaba de culpa. No quería olvidar a Luisa, aunque supiera que su ausencia era definitiva. Nunca iba a volver y debía aprender a vivir sin ella. Era difícil. El Señor era testigo del enorme esfuerzo.

El ruido de cascos le obligó a levantar la vista de la herradura que estaba preparando. Su cuñado venía por el camino, llevando de las riendas a su caballo. Azkar levantó la cabeza y olisqueó el aire, al reconocer el olor, volvió a bajarla y continuó durmiendo junto a la fragua.

—Mi caballo ha perdido una herradura de la pata trasera —anunció, preocupado, tras los saludos iniciales.

—Has hecho bien en traerlo. Enseguida se la pongo.

—Gracias. Sabía que podía contar contigo.

—Para eso está la familia. —Joseph le palmeó la espalda—. Ahora será mejor que le pongamos la herradura.

Ricardo se encargó de colocar al animal en el potro y de atarlo para que no se moviera. Mientras, Joseph tomó el limpiacascos y fue a ver cómo estaba el casco en cuestión. No había demasiada porquería, pero lo limpió bien, de todos modos. Luego cogió la herradura en la que había estado trabajando y la presentó en el lugar correspondiente. Quedaba muy bien; con unos retoques quedaría perfecta. La llevó a la fragua y esperó a que el hierro se pusiera al rojo para moldearlo en los lugares precisos. Tras enfriarla en el agua, la probó de nuevo. Quedaba fenomenal. La dejó a un lado y tomó la escofina para nivelar la pared del casco.

—¿Qué tal está tu madre? —preguntó Joseph, mientras procedía a herrar al caballo—. El día de Navidad, al salir de la iglesia la vi muy abatida.

—Le cuesta asimilar que Luisa no está. Está siendo muy duro para todos.

—Lo es —convino sin entrar en detalles.

—Vaya —masculló Ricardo. Joseph levantó la mirada para ver qué incomodaba a su cuñado. Por el camino venían Elisa e Yñigo hablando con alegría.

El galgo salió disparado hacia ellos. Al llegar junto al niño, se puso sobre las patas traseras para lamerle la cara. Las risas del pequeño y los ladridos del perro llenaron el lugar e hicieron esbozar una triste sonrisa a Joseph.

—¿No se supone que debe cuidar de Inés? No veo a la niña por ningún lado —indicó Ricardo, severo como un clérigo. A veces pensaba que su cuñado debería haberse dedicado al sacerdocio. De no haber sido el primogénito, habría ido al seminario. Estaba seguro. Lo imaginaba sin problemas sermoneando desde el púlpito. Sobre todo, sermoneando.

Por algún motivo desconocido para él, Joseph sintió la necesidad de defender a la joven.

—No es la niñera de mi hija. Es la invitada de mi madre —aclaró con sequedad.

—Pero es la nodriza de Inés, ¿no?

—Sí, pero solo porque ella se ofreció a serlo. Nadie la está obligando. Te repito que no es una criada, sino la invitada de mi madre —bajó la voz. No quería que la muchacha oyera esa conversación y se sintiera insultada—. Y como tal, merece tu respeto y cortesía.

—¡Buen día, padre! ¡Buen día, tío Ricardo! —les saludó Yñigo, según se acercaba a buen paso con Azkar correteando a su alrededor. Los dos estaban ofreciendo un buen bullicio con sus risas y ladridos.

Elisa los siguió más despacio. La vio mirar de soslayo a Ricardo y apartar la vista con temor. Eso le hizo pensar si entre su cuñado y ella habría ocurrido algo. Era evidente que a Ricardo no le agradaba la joven. ¿Le habría dicho algo inconveniente? No le gustó imaginarlo siquiera. Era una invitada, no consentiría que no se la tratara como correspondía.

—Buen día, señores —dijo con voz queda, tapándose aún más con su chal. Se la notaba nerviosa. Su verde mirada vagaba por todos los sitios sin detenerse en ninguno—. Espero no molestar. Yñigo quería visitar la fragua.

—Este no es el lugar más indicado para un niño de su edad. Ya deberíais saberlo. Demasiadas cosas podrían lastimarlo —proclamó Ricardo sin mirarla y con una voz capaz de cortar la leche.

—Lo siento —murmuró, contrita—. Él no dejaba de contar todo lo que aprendió la otra vez, señor Joseph, y yo...

—No os preocupéis. *Mi hijo* ya sabe las cosas que no debe tocar. —Recalcó esas palabras, molesto por que su cuñado se comportara de manera tan desagradable con Elisa. La joven no había hecho nada reprobable y no merecía ese trato. Tal vez debería hablar seriamente con él—. Es muy amable de tu parte preocuparte por él, Ricardo, pero Yñigo se portará bien. ¿Verdad, hijo?

—Sí, padre —aseguró el niño sin dejar de jugar con el perro.

—No lo dudo, pero reconoce que este no es lugar para juegos de chiquillo —retrucó Ricardo

con terquedad. Tamborileaba con los dedos en el bajo de su casaca. Sus ojos parecían dos pozos negros, fríos e insondables. No le había gustado nada que la defendiera.

—Desde luego que no —precisó Joseph, terminando de insertar el último clavo de la herradura. «Ha quedado muy bien», pensó satisfecho—. Bueno, este caballo ya está listo para volver a trotar sin temor.

—En ese caso, me marcharé. Tengo cosas que hacer en el caserío —masculló Ricardo, caminando hacia el potro de sujeción—. ¿Cuánto te debo?

—No es nada. —Quería que se fuera lo antes posible. Sin saber por qué, de pronto, su presencia estaba empezando a irritarle.

Su cuñado no se hizo esperar. En un instante había soltado al caballo del potro y partía al trote con un somero cabeceo a modo de despedida. Siempre había sido un poco exigente con todo lo que le rodeaba, aunque no hasta el punto de ser ofensivo. Sintió el deseo de disculparse por el comportamiento de Ricardo, pero antes de que pudiera formular una explicación, Elisa había empezado a hablar:

—Vuestro cuñado tiene razón. La fragua no es lugar para Yñigo. No debí dejarme convencer —murmuró sin mirarlo directamente—. Lo siento.

—No hace falta que os disculpéis. Yo mismo lo traje hace unas semanas y le expliqué dónde estaba el peligro. No os sintáis responsable —trató de apaciguarla—. ¿Qué tal han ido las lecciones de hoy?

Desde la semana anterior, Elisa había empezado a enseñar cálculo al niño. Yñigo apenas sabía sumar y restar puesto que Luisa tampoco había sido muy ducha en esos temas; y Mateo y él a duras penas tenían tiempo para dedicarlo a esos menesteres. Luisa había acordado llevarlo hasta la ciudad para que acudiera al colegio intramuros. Evidentemente eso era algo que ya no podría hacer.

Y otra vez, aquella muchacha había salido en ayuda de su familia y ahora daba las lecciones a Yñigo para que al año siguiente estuviera preparado para asistir a clase.

—No le hace mucha gracia estar haciendo sumas y restas cuando podría estar correteando por el prado, pero no se le ha dado mal. —Aquella afirmación puso un poco de color en las mejillas de la muchacha. Seguía sin mirarlo y eso, por alguna razón desconocida, empezaba a resultar irritante—. No sé qué nivel tendrán en el colegio de la ciudad. Quizá deberíais preguntar para saber cuánto debe aprender Yñigo para ponerse a la par. Confío en enseñarle lo suficiente para que esté a la altura.

—Tenéis razón. Hablaré con el maestro y os contaré. ¿Queréis venir conmigo?

No supo quién de los dos se sorprendió más con esa pregunta, si Elisa por escucharla o él por hacerla. Ella lo miró un instante; los ojos como monedas recién acuñadas: redondos y brillantes.

—Yo... No creo que sea necesaria mi presencia. —Primero se sonrojó para dar paso a una

palidez enfermiza. ¿Por qué de pronto parecía tan asustada? ¿Qué le preocupaba?

Recordó que, salvo la vez que fueron a visitar al galeno, no había vuelto por la ciudad ni se había alejado del caserío.

«¿Qué temes, muchacha?», se preguntó, intrigado.

—Iré un día de estos. Si para entonces habéis cambiado de opinión, podréis acompañarme —dijo antes de empezar a recoger las herramientas utilizadas para herrar al caballo de Ricardo. Eso le daría a ella un momento para recomponerse, pensó Joseph, aunque le apetecía más indagar sobre qué la asustaba tanto.

—¿Qué tal os fue con el buey? —preguntó ella un rato después. Joseph la miró sorprendido porque supiera de esa visita—. Nos lo contó el muchacho que vino a buscaros, mientras os esperaba.

—¡Ah! Entiendo. —Meneó la cabeza como si asintiera—. Se había descornado tras darse un golpe contra una de las paredes del caserío. —El gesto de Elisa, entre el dolor y el desagrado, lo hizo sonreír—. Le di un poco de manteca y se lo vendé con un trapo. Más tarde iré a ver qué tal va. Espero mantener la herida libre de pus.

—Rogemos por ello —murmuró, estremeciéndose—. ¿Os gusta lo que hacéis? —Acercó las manos a las brasas de la fragua para calentárselas. Las suaves llamas daban un tono dorado a la blancura de su tez, a la vez que pintaron de rosa sus mejillas. Era muy atractiva y su piel parecía tan delicada que daban ganas de tocarla para comprobarlo.

—Sí —respondió, apartando la vista, molesto por esos pensamientos—. Es muy satisfactorio poder ayudar a los animales. Al menos, hago todo lo posible. Desgraciadamente, no siempre puedo curarlos o salvarlos. —Volvió a mirarla, atraído por sus movimientos.

—Comprendo. —Volteó las manos para que el calor le diera por los dos lados—. ¿Hay algo que os desagrada de vuestro trabajo?

Le sorprendió la pregunta. Nadie se la había hecho nunca. Pese a todo, no le costó encontrar algo que siempre le había resultado bastante desagradable de hacer, por necesario que fuera: castrar a los machos. No se lo iba a decir, claro. Era impensable comentar algo así con una mujer. Se sonrojó solo de pensarlo.

—Bien. No sé qué deciros... Es muy doloroso tener que sacrificar a un animal cuando se ha roto una pata y no se puede arreglar —dijo tras meditarlo un instante. Realmente no contestaba a su pregunta, pero podría ser suficiente.

—Entiendo. A mí también me resultaría doloroso hacerlo, pero es un acto de benevolencia para con ellos. —Se retiró de la fragua al tiempo que se frotaba los brazos cubiertos por el chal—. No estaría bien dejarlos sufrir innecesariamente.

—Por supuesto. Estoy de acuerdo con vos.

Se dio cuenta de que había seguido todos los movimientos de Elisa y se concentró en colocar

las herramientas para no seguir con los ojos pegados en ella. Cuando volvió a mirarla, un rato más tarde, Elisa estaba observando como el niño lanzaba un palo al perro. Una sonrisa tierna le curvaba la comisura de los labios. Su mirada verde, como el revés de las hojas del olivo, era brillante y limpia. Aún conservaba el calor de la fragua en sus mejillas. Allí, de pie, abrazada al chal cuyos flecos se mecían con la brisa y con varios rizados mechones oscuros meciéndose al compás, estaba realmente arrebatadora. Notó cómo se le calentaba la sangre y su corazón bombeaba más rápido. Su hermosura lo dejó sin aliento.

«¡Ay, Dios!»

Al momento se sintió avergonzado y culpable a partes iguales. ¿Cómo podía pensar eso, cuando no hacía ni dos meses que su esposa estaba bajo tierra? ¿Cómo era capaz, siquiera, de fijarse en otra mujer? ¿Había perdido la cabeza? Masculló una imprecación en silencio.

Debió de hacer algún ruido, pues Elisa lo miró y la sonrisa, que había adornado su cara hasta ese momento, desapareció.

—¿Os encontráis mal? —Parecía preocupada.

—No. He recordado que debo hacer una herradura y no puedo entretenerme —espetó con sequedad. Su rudeza la hizo parpadear, confundida. A Joseph le dolía ser tan descortés con ella. Al fin y al cabo, no tenía la culpa de ser como era ni había hecho nada malo—. Os agradezco la visita —musitó en un intento de suavizar su tono anterior.

—No os entretendremos más, señor Joseph. ¡Yñigo, cielo, nos vamos!

—¿Ya? ¿Tan pronto? —protestó el niño con un puchero—. Pero si no habéis visto la fragua

—No importa, hombrecito. Será mejor que dejemos trabajar a tu padre.

A Joseph le hubiera gustado pedirle que se quedara. Había disfrutado de su compañía y con la conversación. Pero era mejor así. Su presencia le provocaba sensaciones y sentimientos que no debería tener.

«¡Que no quiero tener!»

Acababan de cruzar las murallas y descendían hacia los arenales. En el cielo, las nubes se unían unas a otras y, aunque aún no eran presagio de lluvia, poco a poco estaban tapando el cielo, hasta entonces azul. Elisa se cubrió la cabeza con el chal para ocultar la cara de miradas curiosas.

Perla caminaba despacio junto a la yegua negra de Joseph. Esa mañana había sido toda una sorpresa encontrarla esperando a la puerta, ensillada y lista para salir.

Mientras desayunaban, Joseph había dicho que debía acercarse a San Sebastián para comprar algunas cosas y visitar al maestro para hablarle de Yñigo.

—Elisa, deberías ir con él —le había recomendado la señora Nicolasa—. Ya han pasado dos meses desde que diste a luz y el galeno te pidió que lo visitaras después de Navidad, ¿no es cierto?

Lo era, pero ella no quería alejarse del caserío, en donde se sentía a salvo y resguardada. Pese a imaginarse que, tras disponer de la casa y de la fortuna para su disfrute, la señora Gertrudis no tendría ningún interés en encontrarla, en el fondo temía que no fuera así y quisieran vengarse por el daño infligido al señor Cristóbal y por haberse escapado. Por otro lado, no sabía cómo negarse a ir a la ciudad sin contar el motivo verdadero. Debía ir para no levantar sospechas.

—Prepararé a Inés. ¿Vendrá Yñigo? —había preguntado, recogiendo el tazón de madera para meterlo en agua.

—No te preocupes por los niños, se quedarán aquí; yo me encargaré de ellos —aseguró la señora con un tono que no admitía réplicas—. Ve a prepararte, muchacha.

Había intentado no sonrojarse al descubrir que iría sola con Joseph; sin embargo, no estaba segura de haberlo logrado.

Comprender que él la acompañaría durante el trayecto de ida y vuelta y que compartirían el pescante del carro como la otra vez era un aliciente capaz de hacerla olvidar sus temores. Por eso fue toda una sorpresa al salir del caserío encontrarse al hombre sujetando las riendas de Perla y de otra yegua.

—El otro día os vi mirar a las yeguas con nostalgia y he creído que echaríais de menos montar —había dicho Joseph un tanto cohibido—. Si preferís ir en el carro, lo prepararé en un momento.

—No. Está bien. Muchas gracias —acertó a decir, halagada por que él se hubiera fijado en ella y adivinado sus pensamientos—. Me apetece cabalgar.

Él la había ayudado a montar, sujetándola por la cintura y alzándola hasta la silla, como si no

pesara gran cosa. Elisa se alegró de haberse podido poner uno de sus antiguos vestidos. El corsé había logrado el milagro de comprimir su abultado pecho para que no se desbordase por el escote. Ciertamente, ahora sus trajes le sentaban mejor que antes. Los copiosos estofados, que la señora Nicolasa insistía en hacerla comer, estaban redondeando su figura y ya no se veía tan huesuda.

Se acarició el talle, allí donde Joseph la había sujetado. Recordó el calor de sus manos al izarla, tanto a la partida del caserío, como un momento antes cuando salieron de la consulta del galeno. Esbozó una sonrisa.

—¿Os apetece que cabalguemos un rato por la playa? —propuso el hombre, mirándola de soslayo—. A las yeguas les vendrá bien un poco de ejercicio.

Le apetecía muchísimo. Hacía demasiado tiempo que no se abandonaba a la satisfacción de una buena carrera, en realidad, no recordaba cuándo había sido la última vez. Su cuerpo hormigueaba de ganas de azuzar a Perla para correr por la arena con la brisa acariciando su piel. Apretó las riendas entre las manos sin dejar de pensar en las implicaciones de ceder a ese deseo. Debía tener cuidado de que nadie la reconociera por si aún la estaban buscando. Si daban con ella, la volverían a encerrar en casa. No podía consentirlo. No ahora que había descubierto cómo era vivir entre personas cariñosas.

—¿No os parece buena idea? —volvió a preguntar Joseph. La estaba mirando directamente. Sus ojos, clavados en los suyos, como si quisiera leer sus pensamientos. El aire arremolinaba los mechones rojizos que escapaban del sombrero.

Elisa deseó tocarlos. Anheló acariciar aquella cara de semblante amable; verlo sonreír. Confundida y sofocada por esos sentimientos, espoleó a Perla. La yegua salió disparada por la playa.

El chal cayó sobre los hombros y se quedó allí, flotando como un estandarte negro. El pañuelo mantenía el pelo en su sitio, pero no ocultaba sus rasgos a quienes mariscaban o paseaban por la arena. No le importó, a decir verdad. Su mente permanecía centrada en esa sensación extraña recorriendo su cuerpo y que la presencia de Joseph exacerbaba hasta llevarla al borde ¿del desmayo?, ¿del éxtasis?

En sus veinte años jamás había sentido algo parecido. Estaba asustada y eufórica a la vez. ¿Qué le estaba pasando?

El galgo apareció, corriendo por su izquierda; dejaba apenas unas suaves huellas en la arena. Joseph la había alcanzado y sonreía cuando se puso a la par. Si hasta ese momento Elisa había sentido confusión, después de ver la sonrisa y la mirada relajada del hombre, la sorpresa casi la tiró de la montura.

¡Seguro que estaba enferma! No había otra explicación.

Perla sintió su nerviosismo y se desbocó en respuesta. Solo la rápida reacción de Joseph al tomar las riendas de la yegua consiguió que no terminara lanzándola de cabeza a la arena.

—Quizá sea mejor que vayamos al paso —comentó cuando consiguió detener a los animales—. ¿Os pasa algo? Parecéis... desencajada.

—No... no es nada... —logró decir. Su mente era una maraña de sentimientos y pensamientos confusos.

—¿Os ha asustado algo? —indagó, mirándola con preocupación—. ¿Queréis desmontar?

¿Deseaba desmontar? ¿Continuar? ¡No tenía ni idea! Se sentía al borde del llanto o de la risa y no le gustaba ni un poco.

Un rato antes, el galeno, tras preguntarle si estaba triste o desganada, le había explicado que era un estado normal tras el parto y que el nacimiento de un bebé muerto podía incrementar esas emociones. Pero hasta ese preciso instante no había sentido una tristeza tan grande ni esas ganas enormes de reír. ¿Habría perdido el juicio?

Notó las manos de Joseph en su cintura y se estremeció, pero no de miedo o repulsión. Para su sorpresa era placer. Él ya había desmontado y trataba de ayudarla para que hiciera lo mismo. La soltó con presteza cuando sus pies tocaron la dorada y blanda arena de la playa. Elisa hubiera deseado que continuara sujetándola durante más tiempo. Esa certeza la hizo sonrojar violentamente. Dio un paso atrás y al hundirse los pies en el suelo casi perdió el equilibrio. Joseph volvió a sujetarla, esta vez por los brazos. El calor de sus dedos atravesó el tejido grueso de su vestido, inundándola por completo; Elisa cerró los ojos un instante, tratando de apaciguar los alocados latidos de su corazón.

—¿Estáis mejor? Tal vez no ha sido buena idea cabalgar de ese modo. Parecéis... enferma —se notaba preocupación en su voz.

—Creo que he perdido la costumbre. —Se agachó para no mirarlo y tomó un puñado de arena. Estaba fría y un poco húmeda. El olor a salitre inundó su nariz y le produjo cosquilleo. Un cangrejo corría de medio lado directo a una enorme roca cerca del agua. Nunca había visto uno fuera de los libros de consulta de su padre. Le hizo gracia ver cómo se movía—. Hacía años que no montaba —musitó.

—Pensaba que habíais venido cabalgando... —Había desconcierto en su tono.

—Bueno sí, pero llevaba unos años sin hacerlo —respondió con premura, sin faltar a la verdad.

Él guardó silencio. Elisa tuvo miedo de que empezara a imaginar cosas y adivinase que estaba huyendo. No quería mentirle, pero ¿decirle la verdad? ¡Eso era imposible!

Abrió la mano y dejó caer la arena antes de incorporarse. Se sacudió la falda del vestido buscando un tema diferente.

—¿Habéis hablado con el maestro? —preguntó de manera atropellada—. ¿Podrá admitir a Yñigo? —Una vez segura de haber encontrado el modo de desviar la atención de Joseph, se atrevió a mirarlo.

Él la observaba sorprendido y, tras un lapso, dejó que la comisura derecha de su boca se



estirase, como si fuera a sonreír en cualquier momento. Sin duda, se había percatado de su interés por cambiar de tema de manera radical y le hacía gracia. Su gesto de pícaro jovenzuelo la dejó prendada hasta que escuchó la respuesta.

—Sí. Podrá empezar cuando quiera.

No entendía por qué razón la molestaba que el niño empezara las clases en la escuela; sin embargo, así era.

«Te has encariñado demasiado con él y con su hermanita», caviló con repentina tristeza. «No es bueno. Lo sé, pero yo no puedo hacer nada para evitarlo.»

Miró a la orilla, donde Azkar jugaba con un palo arrastrado por la marea, y tragó en seco, observando sin ver las olas que lamían la orilla. No deseaba llorar.

—Hay que traerlo todos los días hasta la ciudad. Es un problema, pues yo no siempre tendré tiempo para hacerlo —apuntó Joseph—. Creo que será mejor esperar un poco, hasta que cumpla los siete años. Para entonces, quizá pueda venir solo. Si a vos no os importa seguir enseñándole...

Elisa, que había estado aguantando el aliento mientras él hablaba, soltó el aire con alivio. ¡Aún podría seguir enseñando al pequeño! Aún disfrutaría con su presencia un tiempo más.

—Por supuesto que no. Podéis contar conmigo, señor Joseph —se apresuró a decir, aguantando a duras penas una sonrisa de oreja a oreja.

—Os lo agradezco mucho. Pero pensaba que ya habíamos dejado ese tratamiento tan formal. — Bajó la cabeza para mirarla a los ojos. Los suyos eran tan azules como el cielo e igual de profundos—. Elisa.

—Sí, bueno... —Oírle decir su nombre fue toda una conmoción. Estaba volviendo a ruborizarse. Apretó los labios como si de esa forma pudiera detener la marea roja que se extendía por su rostro, por su escote y...

Ahora él sí sonrió. Se estaba burlando de ella y al hacerlo parecía tan joven como Mateo, solo que mucho más guapo. E infinitamente más atractivo y seductor.

Su sonrojo se intensificó. Sin duda, a esas alturas parecería una fresa madura. Solo esperaba que él nunca se diera cuenta de la razón de su rubor.

«Ay, Virgen querida, tened piedad.»

Si hubiera sido una golondrina habría salido volando feliz para hacer piruetas sobre las olas, los tejados o las murallas de la ciudad. Hasta se habría atrevido a acariciarlo con la punta de sus alas. Sin duda, si hubiera sido un ave, se habría posado en uno de sus hombros para acomodarse junto al calor de su cuello.

—Dos meses, dos malditos meses —masculló don Pablo, sin dejar de pasearse por su despacho con las manos a la espalda—. ¿Dónde demonios se ha podido meter? —Añadió un improperio lo suficiente colorido para hacer enrojecer a un marinero y se sintió algo mejor.

Los hombres, enviados en busca de la señorita Elisa, empezaban a cansarse de estar alejados de la ciudad. Tras su aviso los que habían ido a buscarla hacia Bilbao ya venían de regreso. Por ese lado nadie la había visto.

Les había pedido que buscasen en las casas de posta y por los establos, por si había decidido cambiar la yegua por una menos llamativa, pero el animal estaba tan desaparecido como la muchacha. A veces se preguntaba si la joven había llegado a salir de Vitoria. El temor de que estuviera muerta lo acongojaba demasiado para tomar en cuenta esa posibilidad.

Quizá no era imparcial en ese sentido y, bien sabía Dios que su posición no le permitía ser parcial en modo alguno; sin embargo, era impensable creer que aquella niña pudiera haberse convertido en una asesina. Y si no lo era, ¿por qué habría huido?

—¿Eres una insensata o una asesina? —se preguntó entre dientes.

Por muy desagradable que le pareciera la señora Gertrudis, debía admitir que al menos en eso tenía razón: nadie huye si es inocente. Aunque ante una situación extrema el ser humano tendía a hacer cosas que en otro momento jamás se le hubieran pasado por la cabeza. Ese era uno de los motivos por los cuales encontrar a la señorita Elisa era tan importante. El principal, por supuesto, era saberla sana y salva, al margen de que pudiera, o no, ser una asesina.

Lo peor de todo era no tener ningún otro sospechoso. Nadie parecía tener motivos para asesinar al señor Cristóbal. Ni siquiera la muchacha desaparecida. Pero alguien lo había matado, eso era evidente.

Unos golpecitos en la puerta a modo de llamada le distrajeron de sus pensamientos.

—Adelante —clamó, volviendo al asiento de su escritorio. No quería que lo vieran tan afectado—. ¿Qué se os ofrece? —preguntó al hombre que había entrado.

—Don Pablo, un muchacho dice tener información sobre la ase... digo, sobre la señorita Elisa —se corrigió al ver la mirada acerada del alcalde—. Asegura haberla visto.

—¡Hacedlo pasar de inmediato!

El hombre salió un instante y volvió a entrar llevando del hombro a un jovencuelo de no más de trece o catorce años de ojos saltones y asustados.

—Bue-buenos días, se-señor —tartamudeó el muchacho. Llevaba una gorra de lana entre las manos que, a juzgar por su estado, llevaba un buen rato estrujando.

—Creo que sabéis algo sobre la señorita Elisa...

—Sí-sí, señor. —Sus dedos seguían apretando la gorra como si fuera a extraerle algún jugo—. La vi fue-fuera de la ciu-ciudad.

—¿Dónde? —preguntó con premura. Luego, al ver que el muchacho se espantaba, hizo un esfuerzo por suavizar el tono—. ¿Dónde la visteis?

—En Ar-Arcaya —consiguió decir sin atascarse demasiado—. Iba so-sobre una yegua pre-preciosa. En rea-realidad, me fijé en la yegua, se-señor. No se ven mu-muchas de ese por-porte. Sus cascos a- apenas tocaban el suelo. Parecía... parecía volar.

Don Pablo estaba haciendo un recorrido mental para averiguar hacia dónde se dirigía la joven. Desde luego, aquel era el camino para ir hacia el norte: Tolosa, San Sebastián, Francia. ¿Estaba huyendo hacia Francia? Esa posibilidad solo contribuía a afianzar más su culpabilidad. Saberlo le hizo crispas las manos sobre el escritorio.

—¿Cómo es que no habéis venido antes a decirlo? —No ocultó su fastidio. No tenía tiempo ni ganas de eso—. ¡Llevamos dos meses buscando a la señorita Elisa!

El muchacho tragó saliva de manera audible y su nuez de Adán subió y bajó repetidas veces. Sus manos habían seguido estrujando la gorra, compulsivamente, mientras sus ojos lo miraban, grandes y aterrados. Parecía un besugo a punto de espirar.

—Yo-yo es-estuve en-enfermo, se-señor —consiguió articular, pálido como un muerto—. No-no he sa-sabido que la-la bus-busca-buscabais hasta ho-hoy.

—Si me permitís hablar, señor alcalde —comenzó el hombre, tieso como un poste—. Hoy he visto al muchacho por primera vez.

Don Pablo movió la mano, como restando importancia al asunto y volvió a dirigirse al muchacho, que se espantó al ver que lo miraba.

—¿Recordáis a qué hora fue eso?

—Po-poco antes de ter-terminar la misa ma-mayor.

—¿Por qué sabéis que era en ese momento?

—Yo-yo estaba a la pu-puerta de la igle-iglesia. Sa-salí cuando co-comen-mencé a sen-sentirme mal.

Ese era el motivo por el cual poca gente había sido testigo de la huida de la joven, caviló el alcalde. La mayoría estaba en misa. Sin embargo, había algo más. Algo se le escapaba en relación al momento en que la había visto. Tendría que pensar en ello. Se frotó la frente repetidas veces.

—¿Recordáis algo más? ¿Algo que os llamara la atención?

—No-no. So-solo me fijé en-en la ye-yegua. Me gus-gustan los ca-ca-caballos —aseguró el

muchacho algo más tranquilo. Seguía pareciendo un besugo, pero al menos ya no al borde de la muerte.

—Está bien. Muchas gracias por vuestra colaboración. Si os acordáis de algo más, venid a verme —se despidió don Pablo, con la mente bullendo de incógnitas.

El hombre y el jovenzuelo salieron del despacho sin apenas hacer ruido. Cuando cerraron la puerta, el alcalde se levantó para volverse al mapa que colgaba a su espalda. Con un dedo señaló Arcaya y resiguió el Camino Real que continuaba por Alegría de Dulanci a Salvatierra.

Debía mandar a los hombres en esa dirección. Alguien más tuvo que verla. Ya sabían hacia dónde iba. Era algo. Al menos, dejaría de perder el tiempo buscando por donde no era.

—¡Dos meses perdidos! —masculló, golpeando el mapa—. A saber hasta dónde habéis podido llegar huyendo. ¡Por la torre de San Miguel!

Febrero había empezado frío y desapacible. A través de la puerta abierta de la cuadra se podía ver la lluvia, que caía suave e incesantemente, formando una bruma delicada y blanquecina.

Joseph, sentado al lado de la vaca desde el amanecer, controlaba que el alumbramiento se estuviera desarrollando como debía. El día anterior la había llevado a la cuadra para tenerla cerca cuando comenzaran las labores del parto. Las vacas tenían la peligrosa costumbre de alejarse del rebaño para hacerlo en soledad. Y menos mal que la había traído, pues el proceso había comenzado antes de lo que él pensaba. Lo habían despertado sus mugidos lastimeros y cuando había llegado, ella estaba muy inquieta, pero aún no había terminado de dilatar lo suficiente para expulsar al ternero.

Ahora, casi seis horas más tarde, la fase de dilatación estaba completa, pero sin rastro de la cría. Había intentado meter la mano, aunque el uso continuado del martillo en la fragua las había ensanchado y ya no eran tan finas como unos años atrás. Quizá Mateo pudiera hacer el trabajo, pensó Joseph, mirando la entrada de la vagina de la vaca, como si a fuerza de mirar esta se dilatase lo suficiente para ver su interior.

—Buen día —saludó Elisa. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no la había oído entrar y dio un respingo. Ella se acercó hasta el círculo de luz que emitía el farol colgado de las vigas del techo—. Os traigo algo de comer. Me ha dicho vuestra madre que no habéis desayunado.

—Muchas gracias. No tengo tiempo para comer nada —masculló sin dejar de pensar en cómo proceder para ayudar al animal. Notó que Elisa dejaba la cesta sobre la tapa del tonel donde guardaban agua para el ganado, antes de acercarse para ver mejor—. ¿Habéis visto antes parir a una vaca? —Se volvió para mirarla.

Ella negó con la cabeza, sin perder de vista las posaderas temblorosas de la res. Tenía los ojos dilatados por la expectación, pero no parecía asustada. ¿Podría ayudarle? ¿Se atrevería?

Antes de pensarlo siquiera, ya estaba preguntando:

—¿Podríaís echarme una mano?

—¿Yo? No sé cómo podría... —Lo miró con desconcierto, aunque no se negó. Volvió a mirar las posaderas de la vaca—. Decidme qué debo hacer —soltó, enderezándose como un soldado ante una batalla.

Le gustó eso de ella. Le gustó que no se amilanara.

«No es lo único que te gusta de ella», se recriminó. «¡Ay, Dios! ¡No pienses ahora en eso!»

—Os voy a explicar lo que debéis hacer. —Tomó aire, para ordenar sus ideas antes de volver a hablar—. Creo que el ternero no tiene la posición correcta. Veréis, los becerros nacen con las patas delanteras y la cabeza por delante. —Hizo un gesto con los brazos y la cabeza para explicarle de qué modo—. Debéis palpar hasta encontrar las dos patas delanteras.

—¿Palpar? ¿Cómo?

—Metiendo la mano...

—¿Queréis que meta la mano en... en...? —calló, abochornada. La mirada clavada en los pies. Él solo veía el pañuelo negro con el que cubría su cabeza—. No puedo. Eso es... Eso no puede ser posible, ¿verdad?

—Sí, lo es. —Sonrió ante la inocencia de ella—. Yo lo hacía cuando era más joven. Ahora es demasiado grande y ancha. —Movié la mano a modo de ilustración—. Temo que no pueda manejarla por ahí dentro. No debéis tener miedo; no pasa nada. Solo sentiréis un poco de presión cada vez que la vaca tenga contracciones, pero nada más. Mirad —ordenó. Ella levantó la cara. Sus ojos se veían enormes, como lagos verdes. Joseph se puso al costado de la vaca y comenzó a señalarle distintas zonas—. Por aquí está el ternero. En este momento debería tener la cabeza y las patas delanteras a esta altura. —Puso la mano izquierda abierta en el lugar y con el brazo derecho imitó los movimientos que debería hacer una vez que introdujera su mano en la vagina del animal—. No está muy lejos. Enseguida deberíais encontrar las pezuñas delanteras.

Elisa no parecía muy convencida. Joseph tembló ante una negativa; sin embargo, ella inspiró con determinación y comenzó a desabrocharse los botones de la casaca.

Debajo de esa prenda tenía el corpiño y la camisola, no se iba a quedar sin nada, pero por algún motivo que a Joseph se le pasó por alto, fue como si fuera a desnudarse por completo. De pronto le faltaba el aliento, cual jovencuelo imberbe ante una mujer en paños menores. Masculló un improperio entre dientes y, en silencio, volvió a recriminarse tener sentimientos de esa índole por otra mujer que no fuera Luisa. Luego se dio cuenta de que nunca había sentido tal expectación ante su difunta esposa y saberlo le confundió sobremanera.

—¿Cómo debo hacerlo? —preguntó Elisa, mirándole con atención. Estaba un poco pálida, aunque dispuesta a llevar a cabo esa tarea. Hubiera admirado aún más su valentía de no haber estado tan ofuscado con los sentimientos que le inspiraba.

—Untaos el brazo con el sebo. —Le tendió la lata que había llevado por si era necesaria—. Eso lo hará más resbaladizo —explicó con sequedad.

Si ella se había dado cuenta de su cambio de tono, no dijo nada y, tras subirse las mangas de la camisola, se dedicó a embadurnarse el brazo derecho. Él fue a atar a la vaca por el ronzal para que no se moviera mientras la manipulaba y terminara golpeando a Elisa. No sería la primera vez que un animal molesto hacía daño al albéitar. Para prevenirlo, se quedó delante, sujetando el ronzal.

—Quiero que introduzcáis la mano y me digáis qué notáis.

Elisa tragó saliva, luego se dispuso a hacer lo pedido. Tenía los ojos entrecerrados. Con la cara arrugada en un rictus entre el miedo y el asco, fue introduciendo la mano, primero con titubeo y más tarde, al notar que no ocurría nada extraño, con decisión.

La vaca, molesta con esa maniobra, se movió a un lado. Joseph le palmeó el cuello y le rascó la testuz mientras susurraba con voz queda para serenarla. Su tono pareció aplacarla un poco y dejó de patear el suelo.

—No... no imaginaba que fuera tan suave. Está muy caliente aquí dentro —susurró Elisa, maravillada—. Es muy estrecho... ¡Ay! —profirió apretando los labios para no gritar—. Duele. Me está aplastando la mano.

—Está teniendo una contracción. Tranquilizaos, pasará pronto —trató de sosegarla, admirado por que no hubiera sacado la mano con presteza y se hubiera negado a seguir como habrían hecho otras personas.

La oyó suspirar de alivio cuando el dolor pasó.

—Sí. Ya está. —Cerró los ojos, como si de ese modo se concentrara mejor en la tarea que tenía por delante—. Ahora el canal se ensancha. Puedo mover los dedos sin trabas.

—En ese caso, concentraos a ver si podéis tocar algo.

—¡Sí! ¡Noto algo! —exclamó sin levantar la voz un instante después—. Es una pezuña. ¡Qué pequeña y delicada!

Joseph sonrió ante las palabras de la joven y alzó la cabeza para mirarla por encima del lomo del animal. Ella seguía con los ojos cerrados. Se la notaba acalorada. No era extraño: la vaca desprendía tanto calor como una chimenea a pleno rendimiento. Pese a estar en mangas de camisa, Joseph notaba el sudor resbalando por el centro de la espalda. A ella le brillaba el rostro y varios mechones se le pegaban en las coloradas mejillas.

—Estupendo. Mirad a ver si encontráis la otra —comentó, apartando la vista de la joven.

Otra nueva contracción impidió a Elisa seguir palpando por dentro. La vaca mugió, dolorida. Esperaron con paciencia para continuar. Fuera seguía lloviendo y la humedad parecía haberse instalado en el interior de la cuadra.

Durante un rato solo se oyeron las gotas de lluvia golpear contra el empedrado exterior, el agua escurrir por el tejado, la respiración trabajosa del animal y la más superficial de ellos.

—Acabo de tocar la cabeza, pero no encuentro la otra pezuña —se lamentó Elisa.

—Seguro que la tiene doblada. —Hizo un gesto de pesar—. Tratad de encontrar la otra pata. Seguid por el cuello...

—Eso es lo que estoy haciendo. —Su voz sonó amortiguada detrás de las ancas.

«Chica lista», pensó Joseph, orgulloso.

—Creo que he llegado al codo. Está... está doblado.

—Muy bien, en ese caso, tratad de poner la pezuña por delante.

—Es extraño tocar a la cría ahí dentro. Nunca lo hubiera pensado —susurró Elisa, mientras luchaba por enderezar la patita del ternero—. No puedo —gimió—. No hay espacio.

Joseph soltó el aire antes de hablar. Esperaba ser capaz de explicarle el mejor modo de hacerlo.

—Quiero que lo empujéis.

—¿Empujarlo? —Asomó la cabeza por detrás del animal. Lo miraba con estupor. Los ojos, verdes e inmensos. Las mejillas, sonrosadas por el esfuerzo.

—Sí. Como si quisierais meterlo al fondo. Eso os dará espacio para colocar la pata en la posición adecuada.

La contracción fue tan intensa que oyó chirriar los dientes de la joven; sin embargo, no emitió ni una sola queja. Sin duda era valiente. La vio secarse el sudor con la manga de la camisola y soplar la cara para apartar los mechones pegados. Luego, con una inspiración, ella se aplicó en la tarea que tenía por delante.

—Ya... ya está. Lo he conseguido. —Suspiró. Esperanzada—. ¿Qué debo hacer ahora?

—Aseguraos de que las dos patitas van por delante y la cabeza está derecha. Una vez logrado, sacad la mano. Esperemos que la vaca esté en condiciones de expulsarlo sola.

Joseph dejó la parte delantera y se situó junto a Elisa para ver el proceso. No tardaron en ver asomar las dos pezuñas, húmedas por los fluidos, el saco vitelino y parte del morro. Ya no asomó nada más. Tras dos contracciones más, se dio cuenta de que el animal no podría salir sin ayuda y la madre, dolorida e impaciente, pateaba el suelo con frustración.

—Voy a sujetarla por el ronzal. Asid las dos patas y cuando ella vuelva a empujar, tirad con todas vuestras fuerzas.



Elisa no preguntó ni dijo nada. Después de lo que había estado haciendo un rato antes, ya no parecía sorprenderse y se limitó a continuar con lo pedido.

—Lo siento, no puedo. Se resbala.

Era normal. A veces eran necesarios los brazos de dos hombres para extraer el ternero. Tras comprobar que la cuerda estuviera bien sujeta al ronzal y a la argolla de la pared, volvió a situarse detrás de Elisa.

Ella se pasó el antebrazo por la cara, en otro intento de quitarse el sudor, pero solo consiguió extenderse más. Pese a todo, a Joseph seguía pareciéndole muy guapa. El brillo de sus ojos y el sonrosado de su piel le daban un aspecto muy cálido y seductor. Sacudió la cabeza en un intento de apartar de su mente esos obstinados pensamientos. Debía concentrarse en la tarea.

—Ahora tiraremos los dos a la vez —advirtió, situándose a un lado—. ¡Ahora! —ordenó al notar que la vaca empujaba.

Elisa estiró, afianzando sus pies contra el suelo de paja. Él la sentía pegada a su costado. Podía escuchar su respiración acelerada y hasta oler el aroma dulzón de su leche maternal. Se reprendió mentalmente al recordar la forma perfectamente redonda de su pecho, cuando la pilló tras asustarse con el perro.

«¿Qué demonios te pasa?», masculló para sí. «Céntrate en el parto.»

Ella, ajena a los pensamientos nada castos de Joseph, esperó a que él volviera a dar la orden de tirar. Sus manos y sus brazos se tocaban medio entrelazados; fuertes y con vello dorado los de él, suaves y finos los de ella. Los cuatro juntos en un mismo propósito.

Fueron necesarios varios esfuerzos para conseguir sacar la cabeza del becerrito. Luego fue tan rápido que, un instante más tarde, ella estaba sentada sobre la paja, con un ternero, brillante y resbaladizo, encima.

—¡Santa María! —barbotó desde el suelo, tratando de incorporarse sin hacer daño al recién nacido—. ¡Cómo pesa!

Joseph corrió a quitárselo de encima. Ella sonreía. El delantal, la falda, la parte delantera del corsé y la camisola estaban mojados y sucios de sangre, líquido y restos del parto, pero a la joven no parecía importarle, pendiente como estaba de la cría.

—¿Os ha hecho daño? —preguntó, preocupado. Elisa negó con la cabeza, aún sobrecogida por lo sucedido—. Posiblemente, ya pese más que vos.

—Es muy grande, sí.

Joseph retiró los restos del saco vitelino para atender al pequeño. Con los dedos le limpió las fosas nasales y la boca para quitarle todo el líquido amniótico. El animalito sacudió la cabeza y empezó a respirar sin problemas. Debía presentárselo a la madre. Lo tomó en brazos, luego lo puso en un montón de paja cerca de ella. Al liberarla de la pared y quitarle el ronzal, no tardó en ir a lamer a su cría para retirarles los restos del parto.

—Es precioso —murmuró Elisa, mirando al pequeño que, tumbado sobre la paja, dejaba que su madre lo limpiara a fondo—. Es...

Joseph la vio bajar la cabeza y frunció el ceño al no saber qué le ocurría a la joven. Después, cuando sus hombros comenzaron a sacudirse, ya no le cupo ninguna duda: estaba llorando. Se maldijo por no haberlo pensado antes. A ella, con su propio parto tan reciente, le habría resultado muy duro presenciar el alumbramiento del ternero.

«Ay, Dios. Eres tonto», se recriminó.

—Lo siento. No debí pedirlos esto —consideró, acercándose para consolarla—. Muchas mujeres no hubieran querido estar aquí.

Ella negó con la cabeza, sin levantar la vista del suelo. El pañuelo se le había resbalado durante el trabajo y yacía en la paja. Su pelo, renegrido, brillaba a la luz del farol y, por un momento, quiso tocarlo. Sentir su tacto. Alzó la mano, pero se reprendió a tiempo y volvió a bajarla.

«¿Qué haces? ¿Has perdido el juicio?»

—No llores, por favor. Perdonadme.

—No hay nada que perdonar —musitó al tiempo que sorbía por la nariz—. Ha sido maravilloso. —Alzó la cabeza y sus ojos, brillantes por las lágrimas, lo miraron con ternura—. Me alegro de no habérmelo perdido.

Joseph tragó en seco. Sus dedos se crisparon ante la necesidad de tocar aquella humedad que manchaba las mejillas de la joven. Deseaba ver de cerca aquellos ojos verdes y profundos como las olas que rompían en la playa. Y ella lo estaba mirando con...

Bajó la vista a los labios. Ya se había fijado antes en lo preciosos que eran, pero nunca los había tenido tan cerca. Sonrosados y jugosos. ¿Cómo sabrían? Se los imaginó dulces. Con solo acercarse un palmo más, podría probarlos...

—Vaya, ya está aquí —proclamó Mateo al entrar en el círculo de luz. Sonreía de oreja a oreja. Las gotas de lluvia en su pelo brillaban a la luz de la llama.

Joseph se separó como si le hubiera picado una abeja en el trasero y se volvió hacia la vaca. El animal estaba expulsando la placenta sin problemas. El parto había concluido.

Elisa se limpió las lágrimas y sonrió a Mateo. El joven agrandó la suya en respuesta. Joseph se sorprendió deseando borrarla de la cara a su hermano.

«¿Qué problema tienes?», pensó molesto por su confusión mental.

—Ha... ha nacido un ternero —musitó Elisa para nadie en particular. Se la notaba tímida—. Es la primera vez que... presencio algo así.

—Y por lo que veo, no solo lo has presenciado... —bromeó Mateo, señalando la ropa sucia de la joven—. Uy, tienes el brazo enrojecido. Te saldrán morados —vaticinó al verlo—. Deberías lavarte y luego...

—Luego le daré linimento para el dolor —lo interrumpió Joseph antes de pensarlo siquiera.

—¿Se lo darás tú? —inquirió su hermano, al parecer dispuesto a burlarse de él—. Conmigo nunca has sido tan considerado y te he ayudado muchas veces.

—No he dicho tal cosa —protestó, un tanto molesto y avergonzado. Sentía la cara arder—. Le daré el tarro donde lo guardo.

—En ese caso, me ofrezco voluntario para aplicártelo, Elisa. Tengo las manos más suaves y delicadas que Joseph.

—Si sigues diciendo tonterías, probarás la suavidad de mis puños —masculló.

—Creo... creo que yo misma sabré hacerlo. Si me disculpáis, ya es hora de que vaya a ver cómo está Inés —musitó Elisa, a todas luces incómoda. Sin apenas mirarlos, salió de la cuadra. Su casaca yacía olvidada en un rincón.

Joseph decidió llevársela junto al linimento. Pero antes debía terminar de atender a la madre y a la cría.

—No puedo creer que te haya ayudado —mencionó Mateo, mirando la puerta por donde acababa de marcharse Elisa. Se agachó y cogió de la paja el pañuelo con el que ella se cubría la cabeza—. Me pregunto cuánto tiempo lleva viuda.

—¿Qué más te da? —masculló, molesto.

—Es valiente. Me gustan las mujeres valientes. —Acarició la tela.

—Te gustan todas las mujeres, Mateo. Deberías dejar de mariposear y decidirte por una.

—Pues mira, Elisa podría ser una esposa perfecta.

—Se marchará en cuanto los barcos vuelvan a cruzar el océano.

—¿Quién sabe? Quizá pueda hacerla cambiar de opinión —aseguró Mateo, muy seguro de sí mismo.

—Tú mismo —murmuró, dándole la espalda para controlar el bienestar del ternero. Así su hermano no vería cuánto le afectaban sus palabras.

—Dame tiempo —entonó Mateo, desprecizándose—. Voy a lavarme, no tardaremos en comer. —Dejó el pañuelo sobre la casaca antes de salir.

Sin su presencia, Joseph creyó poder centrarse en lo que estaba haciendo; sin embargo, no fue así. Las palabras de su hermano, unidas a los momentos que Elisa y él habían compartido en la cuadra, no dejaban de rondarle por la cabeza.

¿Por qué le molestaba el interés de Mateo en ella?

Fastidiado por una pregunta, para la cual aún no tenía respuesta, terminó sin dilación de atender a los animales.

Solo cuando hubo concluido todo el trabajo comprendió que no se había hecho la pregunta más importante: ¿Qué habría pasado si Mateo no hubiera llegado en un momento tan oportuno?

Sentados alrededor de la mesa, la familia Arana y Elisa comían el sabroso estofado de la señora Nicolasa. El buen humor parecía reinar entre los comensales, salvo en Joseph. Estaba más callado que de costumbre. Elisa se había dado cuenta; no se podía decir que otros días hubiera hablado mucho. Pero ese día su silencio era más evidente.

—¿Puedo ir a ver al ternero? —preguntó Yñigo, rebullendo en la silla de impaciencia—. ¿Puedo?

—Aún no, *potrillo* —respondió su abuelo al ver que Joseph no hacía intención de contestar—. Primero debes terminar todo lo que tienes en el plato y esperar a que los demás hagamos lo mismo.

—Pero... ¡sois muy lentos! —protestó el niño, sacando el labio inferior.

Elisa bajó la cabeza para ocultar su sonrisa. Mateo disimuló la risa con una tos, que cortó rápido ante la mirada seria de su padre.

—Pequeño *alazán*, deberás respetar la mesa y a los que comemos en ella.

—Sí, abuelo —musitó el niño, tras la reprimenda.

—Cuando todos hayamos terminado, podrás ir a ver a la cría...

—¡Gracias, abuelo!

—... Pero no puedes acercarte a tocarlo —continuó como si el niño no le hubiera interrumpido—. La madre aún estará irascible y puede hacerte daño. ¿Queda claro?

Elisa se dio cuenta de que el señor Pedro comenzaba a comer un poco más rápido y eso la enterneció por dentro. Unos meses atrás hubiera temido por la reacción de aquel hombre ante las palabras claramente irrespetuosas de su nieto, ahora en cambio sabía que nunca le haría daño de manera deliberada y gratuita. Aquella familia hacía honor a su denominación. Evidentemente, su vida junto a la señora Gertrudis no había sido normal.

Para ayudar a Yñigo a conseguir su propósito lo antes posible, intentó acelerar su ritmo, pero el brazo derecho le dolía con cada movimiento y no pudo sino seguir como hasta ese momento.

Un buen rato antes en su dormitorio, cuando ya se había lavado para quitarse los restos del parto e iba a comenzar a vestirse de nuevo, se dio cuenta de lo magullado que tenía el brazo. Desde la mano hasta por encima del codo, tenía rojeces y, en algunos puntos, ya se habían vuelto amoratadas.

—¿Quién es? —había preguntado cuando llamaron a la puerta.

—Soy Joseph. Os traigo el unguento. Debéis daros friegas en el brazo. Os aliviará.

Elisa había abierto la puerta solo la rendija suficiente para que él le pasara el tarro. Solo vestía la camisola y las medias. No podía dejar que la viera en esas circunstancias. Los dedos de ambos se rozaron al coger el envase. ¿Joseph demoraba más de la cuenta en entregárselo? Seguramente eran imaginaciones suyas, o el secreto deseo de que fuera cierto. Se reprendió en el acto por imaginar imposibles.

—Muchas gracias —musitó—. Me lo daré ahora mismo.

—Haréis bien. —Las palabras de Joseph le impidieron cerrar la puerta cuando estaba a punto de hacerlo—. Debéis... debéis repartirlo bien y... masajear un poco para que penetre en la piel.

—Bien, gracias. —Sorprendida y contenta de que él alargara esa conversación, apoyó la mejilla contra la puerta. El recipiente de barro aún conservaba el calor de las manos de Joseph y se lo llevó a la otra mejilla. Se sentía floja y extrañamente alegre.

Lo oyó hacer un sonido estrangulado antes de mascullar.

—Bueno... os esperamos para comer. No os demoréis.

Tras esas secas palabras, él mismo cerró la puerta de golpe y lo oyó bajar las escaleras a grandes zancadas.

«¡Qué hombre más extraño!», había pensado, mientras hacía uso de la pomada. Primero parecía agradable y dispuesto a dar conversación, aunque el momento no fuera el más indicado, luego había sacado esa sequedad de la que, a veces, hacía gala.

Para no hacer esperar a la familia, había corrido al vestirse y al bajar a la mesa.

Ahora, él seguía taciturno, sin participar en la tertulia de los demás. Se preguntó si estaría pensando en su esposa fallecida.

«¡Pues claro, tonta!», se regañó, tomando el último bocado.

Yñigo ya había acabado un rato antes, después tendría dolor de tripa por comer rápido. Esperaba impaciente a que su padre, el más rezagado, concluyera de una vez para salir a la cuadra.

En ese momento Inés comenzó a protestar. Ya le tocaba tomar otra vez y, por la intensidad de sus llantos, no iba a esperar ni un instante más.

—Lo siento. La niña...

—Ve, ve, muchacha. Esta niña empieza a tener unos pulmones capaces de derrumbar las vigas.

—Rio la señora Nicolasa—. Yo me encargo de recoger todo esto.

—Gracias, señora.

Elisa se levantó de la mesa y fue al cesto donde una Inés, con la cara roja y arrugada del berrinche, esperaba a ser atendida. El perro se acercó a olisquearla. La niña, sorprendida, calló de inmediato y miró la cabeza negra del can con ojos estrábicos.

—No sabía que teníamos una niñera tan efectiva —se burló Mateo—. Luego dicen que los

animales son tontos.

—Azkar no es tonto —lo defendió Yñigo con beligerancia—. Es un perro muy listo. ¿Verdad, padre?

Joseph asintió, pero se le notaba distraído. Al sentirse observado, se levantó con presteza.

—Si ya hemos terminado todos, iré a la fragua. Necesito hacer clavos.

—¿Otra vez? Pensaba que el otro día habías hecho para una buena temporada —señaló Mateo con una sonrisa bailándole en la comisura de la boca.

—¿Tienes algún problema por la cantidad de clavos que hago? —formuló su hermano, molesto, al tiempo que tomaba la casaca del perchero de la entrada—. Estaré en la fragua.

—No. Por supuesto que no. Solo me preguntaba por ese reciente interés por...

—Mateo... —La voz queda del señor Pedro puso fin a las palabras de su hijo—. Deja a tu hermano en paz. Aún no has terminado de arreglar el cercado donde pastan las vacas y ha dejado de llover.

—Lo sé, padre —convino antes de levantarse y dirigirse a la puerta, por donde acababa de marcharse Joseph.

—Este Mateo siempre buscándole las cosquillas a su hermano.

—Mi padre no tiene cosquillas —aseguró el niño—. Mi madre nunca se las encontró. —Nada más decirlo, se echó a llorar.

Los adultos se quedaron un instante en silencio, sin saber qué hacer. Luego, la señora Nicolasa se acercó a su nieto y lo abrazó contra su oronda figura.

—No te preocupes, tesoro mío. Nos tienes a nosotros.

El pequeño no dijo nada, se limitó a dejarse abrazar, llorando desconsolado.

Era duro verlo de ese modo y su patente dolor hizo que Elisa recordara el suyo. Aún echaba de menos a su madre. Y desde que su padre había fallecido, todavía más.

—Bueno, *potrillo*. Voy a la cuadra. Cuando quieras ir a ver al ternero, allí estaré —dijo el señor Pedro, antes de salir de la cocina—. Debemos ponerle nombre. Ve pensando en alguno.

—¿Yo? —indagó el niño, asomando la cabeza entre los pliegues del chal de su abuela. Los ojos brillantes por las lágrimas.

—¡Claro, *potrillo*! Ya va siendo hora de que empieces a tomar decisiones en el caserío.

—Abuela, será mejor que vaya —anunció, levantando la mirada hacia la cara de la mujer—. Debo pensar en un buen nombre.

—Anda, ve, hombrecito —murmuró la mujer. Los ojos, sospechosamente, húmedos.

A diferencia de la vez anterior, dar forma al hierro al rojo a fuerza de martillazos no le estaba reportando ningún alivio. Apoyó la cabeza del martillo sobre el yunque, pero no hizo nada por volver a golpear el clavo que sujetaba con las tenazas.

Su propia cabeza era un caos de pensamientos a cuál más loco e inmoral. Y por encima de todos ellos, flotando como un jirón de niebla, la imagen de Elisa, vestida con la camisola y las medias, apoyada contra la madera.

No había debido mirar. Lo sabía, pero no pudo evitarlo. A través de la estrecha abertura de la puerta había visto el espejo del aguamanil. No habría habido ningún problema de no ser porque la superficie azogada estaba orientada hacia esa misma puerta y reflejaba con total nitidez el cuerpo medio vestido de Elisa. Un cuerpo que atraía su mirada como las flores a las abejas.

Tampoco debió alargar la conversación con trivialidades, solo por tener la ocasión de ver aquellas piernas enfundadas en medias de oscura lana hasta medio muslo. Ni de ver la piel blanca y cremosa expuesta entre esas medias y el borde inferior de la camisola. Claro que la tela demasiado fina de la prenda también había contribuido lo suyo.

Por todo ello ahora se encontraba allí, desgastando energía por ver si era capaz de sosegar su mente y su cuerpo. Sin embargo, de momento, no lo había conseguido.

El hierro se había enfriado. A ese paso, no avanzaría mucho en el trabajo. Volvió a meter el clavo a medio hacer entre las brasas para llevarlo al rojo. Mientras esperaba, miró al cielo. Las nubes y el frío presagiaban nieve. Posiblemente, antes de que mediara el mes, nevaría. Algo bueno para los campos.

Bajó la vista al camino. Su padre venía con uno de los bueyes. Suspiró de alivio al ver que el animal no parecía cojo ni enfermo.

—Buen día, hijo —lo saludó su padre al llegar hasta la fragua. Ató al buey en la argolla preparada para tal fin y miró hacia el cajón donde iba echando los clavos una vez terminados. Levantó una cenicienta ceja—. No te veo muy productivo. Quizá no sea el mejor día para esa labor. Te traigo a Gogor para que le cambies las herraduras.

—¿Ya se le han desgastado? —Frunció el ceño—. Se las cambié hace tres meses. Es imposible que deba sustituírselas tan pronto.

—¿Todavía aguantan más? ¡Ah! Pensaba que ya hacía falta —farfulló su padre, extrañado. Su fingida actitud no engañó a Joseph ni por un momento—. He traído un poco de sidra por si quieres



refrescarte la garganta. —Hurgó en el morral y sacó una damajuana de barro; tras quitarle el corcho, se la pasó a su hijo—. Anda, bebe un poco, tienes pinta de necesitar algo más fuerte.

Joseph bebió un buen trago. La sidra estaba fresca y entraba bien. Se preguntó qué tendría en mente su padre. Lo de llevar al buey solo era una excusa para acercarse a la fragua. Y si necesitaba una para hacerlo...

—Pensaba que estaríais con Mateo arreglando el cercado. —Le tendió la damajuana.

Su padre echó un trago y se limpió con el dorso de la mano antes de hablar.

—Debería, pero me ha parecido que necesitabas hablar con alguien —aclaró sin apartar su mirada verde de la cara de Joseph. Las patas de gallo marcadas con cincel—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —mintió, incapaz de explicarle algo que ni él mismo sabía.

—Hijo, aún es pronto para que el dolor ceda. Lo comprendo —comentó su padre como si él no hubiera dicho nada—. Sin embargo, debes aprender a dejarlo a un lado si quieres seguir viviendo.

—No es fácil, padre. No es sencillo despertar cada mañana y, al alargar el brazo para acariciar a tu esposa, sentir la cama vacía y fría.

—Lo imagino.

—Imaginarlo no es lo mismo que sufrirlo, padre —masculló, molesto.

—Desde luego —convino, mirando al horizonte—. El tiempo nos ayudará a aprender a vivir sin su presencia y... tal vez te dé la posibilidad de vivir una nueva vida junto a otra mujer.

Sintió la mirada de su padre e intentó mantener la calma y no demostrarle lo mucho que lo turbaba su comentario. Con las tenazas, sacó el clavo de las brasas y comenzó a moldearlo a golpes. El sonido reverberó por la fragua, limpio y seco.

—No quiero una vida junto a otra mujer. Deseo la vida junto a mi esposa —recitó, como si de una letanía se tratara—. No tengo intención de buscar a otra.

La imagen de Elisa en paños menores cruzó por su mente como una flecha al rojo. Golpeó con más fuerza de la necesaria y el martillo rebotó contra el yunque, soltando una cascada de chispas.

—Lo comprendo, pero a veces esas cosas no están en nuestra voluntad —murmuró su padre. Le puso una mano sobre el hombro y Joseph se tensó—. El Señor nos pone trabas y nos da facilidades, según necesitemos una cosa u otra. Quizá no debas buscar a ninguna mujer. Quizá Él la ponga en tu camino.

—¿Estáis queriendo decirme algo en concreto, padre? —Bullía por dentro. No quería escuchar esas cosas. Volvió a meter el clavo al fuego; sin embargo, no dejó a un lado el martillo y las tenazas. Necesitaba tener algo en las manos.

—Demorarlo mucho no será bueno ni para ti ni para los niños.

—Demorar, ¿qué? —Se separó un paso. Su padre dejó caer la mano a un costado. Se le veía más viejo que antes.

—Tus hijos necesitan una madre. Tú necesitas una esposa —comentó, mirándolo muy serio. Se

llevó las manos a la espalda.

—¡No quiero una esposa! No hace ni tres meses que Luisa falleció. No quiero volver a casarme.

—Si los niños fueran más grandes, no te lo estaría diciendo; con todo, siendo tan pequeños, necesitan una mujer que los oriente, los cuide o los consuele.

—Ya tienen a sus abuelas y a sus tías. No necesitan...

—¿Te has fijado en el modo en que ella los cuida? —lo interrumpió.

Su padre no necesitaba aclarar de quién estaba hablando ni recordarle el cariño con el que Elisa atendía a los pequeños. Él lo sabía muy bien.

—Esa joven es un regalo imprevisto para todos. Los niños la quieren. Inés es aún muy pequeña, pero es lo más cercano a una madre que conoce. En cuanto a Yñigo... el niño parece haber congeniado muy bien con ella. No es fácil encontrar a una mujer que acepte a los hijos de otra —concretó, volviendo a poner un instante la mano sobre el hombro de Joseph—. Y tú la tienes en casa.

—¿Me estáis diciendo que debería casarme con Elisa? —masculló entre dientes. Se obligó a dejar de apretar los mangos de las herramientas y a dejarlas a un lado antes de encararse con su padre. No sabía si sentirse enfadado o abochornado por la simple insinuación.

—Reconócelo, hijo, sería un buen arreglo. Ella está sola y tú la necesitas. Ahora ya no parece un potrillo asustado. Es una buena mujer, bien parecida, educada y me da que no le eres indiferente. —Se tocó un lado de la nariz para enfatizar sus palabras—. No creo que te costase mucho tomarle cariño. Desde luego, tu hermano está dispuesto a cortejarla.

—Mateo es un veleta, le gustan todas.

—Es posible. De todos modos, yo me andaría con cuidado.

—Padre, creo haber oído suficiente. Si sois tan amable, me gustaría acabar esta tarea —terminó entre dientes.

—Al menos dime que lo pensarás.

Joseph se negó a decir nada. Su padre se había vuelto loco. Tomó la tenaza con la mano izquierda y sacó el clavo al rojo de entre las brasas. Con la derecha cogió el martillo y empezó a golpear rítmicamente el hierro hasta darle la forma apropiada.

No miró ni una sola vez a su padre. Estaba muy molesto con aquella proposición tan fuera de lugar. ¿Acaso ya se había olvidado de Luisa?

«¡Yo, no!», rugió por dentro, golpeando con más fuerza de la necesaria. El hierro soltó una lluvia de chispas como si protestara por el trato. Al levantar la mirada, su padre se alejaba por el camino, tirando del buey.

«No pensabas en tu esposa mientras la mirabas a través del espejo», le recriminó su conciencia. «Ni cuando casi la besas esta mañana en la cuadra. Si no hubiera aparecido Mateo...»

No sabía si le dolía más ese loco consejo por considerarlo demasiado pronto, porque se trataba de Elisa o por lo que esa joven le hacía sentir.

De cualquier modo, no iba a pensar nada de eso.

¡No había nada que pensar!

¡Nada, de nada!

—Anda, muchacha, sal un rato a jugar con esos locos —ordenó la señora Nicolasa—. Llevas toda la mañana mirando a la puerta, como si quisieras salir a tirar bolas de nieve con ellos.

—No importa. Aún hay cosas que hacer aquí —murmuró Elisa, avergonzada por sentirse pillada—. Quizá más tarde...

—Nada de eso, chiquilla. Inés está tranquila en su cesto, la comida cociéndose al fuego y el resto de las tareas ya las iré haciendo. —Sacudió las manos como si estuviera espantándola—. Ve ahí fuera y diviértete.

En realidad, Elisa lo estaba deseando, no tenía ningún sentido seguir negando la evidencia, por lo que se cerró bien la casaca y salió a la puerta del caserío. El frío la golpeó en la cara y respirar se hizo más doloroso. Su aliento se condensó en una nube de vapor frente a los ojos.

—¡Elisa! —gritó el niño al verla. Con tantos copos pegados a la ropa parecía un muñeco de nieve con vida propia.

Ella cerró los ojos y dejó que el frescor la acariciara con su aliento helado. Por eso no vio la bola de nieve que impactó junto al marco de la puerta y la empapó con sus cristales de hielo. Su grito quedó apagado por las risas del niño y su tío.

—¡Buena puntería! —chilló el niño.

Mateo, entre carcajadas, ya estaba formando otra bola y se preparaba para lanzarla en su dirección. Yñigo lo alentaba mientras se movía de pura impaciencia.

Elisa hacía muchos años que no jugaba con la nieve. Cuando la señora Gertrudis entró a trabajar en su casa, siempre hubo de conformarse con ver, desde su ventana, a los niños y a las niñas lanzarse bolas.

Ahora tenía la oportunidad de volver a jugar con ella y no quería perderselo. No demoró ni un instante más y salió corriendo. No se detuvo a disfrutar de su esponjosa blancura, crujiendo con cada pisada. Con rapidez se agachó para coger un buen puñado para formar una bola. Esperaba tener buena puntería. Sería un desastre no dar en el blanco ninguna vez.

—¡Elisa! —gritó Yñigo antes de lanzarle un proyectil. Acertó en medio de la falda—. Os he dado, os he dado. ¡Ay! —Su tío no había perdido el tiempo y le había estrellado una en la cabeza—. ¡Ya veréis! —amenazó, tomando una buena cantidad de nieve.

Elisa lo tenía a tiro, descuidado como estaba, tratando de formar una bola enorme con la que dar a su tío; luego no tuvo valor de mojar al niño y erró el tiro a propósito.

—De ese modo, terminarás empapada y sin vengarte de ellos. —El señor Pedro observaba el juego, apoyado contra la puerta de la cuadra con la pipa entre los labios—. Te aconsejo que no dejes pasar ninguna ocasión, ellos no tendrán piedad. Créeme. —Se señaló a sí mismo para que viera los parches húmedos en la chaqueta y en los pantalones por la nieve derretida. Chasquéo los labios—. Esta juventud no sabe respetar a sus mayores.

Como si Mateo lo hubiera estado escuchando, aprovechó ese momento para darle de lleno en el hombro. La sorpresa hizo que Elisa boqueara como un pez fuera del agua. Los cristalitos fríos se colaron por el escote del vestido y la hicieron estremecer.

—Hazme caso, muchacha —declaró el señor Pedro antes de dar una chupada a la pipa—. Tira a dar.

—Gracias, señor. Os haré caso.

Dispuesta a no dejarse ganar, Elisa volvió a coger una buena cantidad de nieve. No se molestó en prensarla demasiado, sino que la lanzó con todas sus fuerzas contra Mateo, que reía, confiado. Hubiera estado muy bien acertar; no fue así y la bola cayó al suelo sin hacer más daño que una marca en la superficie.

—Debes afinar mucho más, muchacha —advirtió Mateo, lanzando otra.

Esta vez Elisa tuvo tiempo de moverse y la bola le dio en el brazo. Se estaba quitando los restos cuando otra impactó contra la falda. Las risas desdentadas de Yñigo se oyeron por todo el valle. Aquello no podía ser. No iba a consentir que la ganasen esos dos. Volvió a coger más nieve. Se tomó más tiempo para afinar la puntería y esta vez acertó a Mateo en una pierna.

—¡Te he dado! —gritó, encantada por la proeza.

—Yo os ayudo, Elisa —aseguró el niño, cambiando de bando—. Vamos a dejarle tieso de frío.

—Eso no vale, Yñigo —protestó Mateo—. Éramos compañeros.

—Ya no, tío. Ahora vamos a por vos.

Durante un rato se dedicaron a lanzarse bolas sin piedad. Elisa estaba segura de que Mateo erraba a propósito para no mojarla demasiado. Ella, en cambio, seguía al pie de la letra el consejo del señor Pedro y tiraba a dar.

\* \* \*

Claudia recorría la distancia entre el caserío de su familia y el de los Arana saltando sobre la nieve. Al final del día tendría el ruedo de la falda, las enaguas y los pies encharcados, aunque iba a merecer la pena si conseguía ver a Mateo. Hacía unos días que no iba por allí. La semana anterior había estado bordando camisitas para Inés junto a Elisa, pero Mateo apenas había parado en la cocina y ese poco rato solo había hablado con Elisa, como si ella no estuviera allí, como si no existiera siquiera.

A veces la sacaba de quicio. ¿Es que no tenía ojos en la cara? ¿Acaso era tan fea?

—¡No lo soy! ¡Él es un tonto! —masculló, espantando con su tono a unos gorriones que buscaban alimento en el blanco suelo.

Oyó los gritos de júbilo aun antes de avistar el caserío. Salvó la distancia restante acelerando el paso. No tardó en ver al dichoso Mateo, a Elisa y a Yñigo lanzándose bolas sin parar de reír. Los tres estaban cubiertos con copos blancos y tenían la cara roja por el esfuerzo y por el frío. Para ella Mateo estaba igual de guapo que de costumbre. ¡Dichoso Mateo!

—Buen día —saludó al llegar. Dos bolas impactaron en su cuerpo a modo de respuesta. Mateo y su sobrino reían sin disimulo—. ¡Os vais a enterar! —amenazó entre risas.

Sin dar tregua, tomó una buena cantidad de nieve y, tras formar un proyectil, la lanzó con todas sus fuerzas y letal puntería contra la cara sonriente de Mateo. El joven, que no se esperaba esa destreza, parpadeó sorprendido al tiempo que se quitaba los restos de nieve de la cara.

—¡Qué buena puntería, tía Claudia! —saltó Yñigo—. Ni Elisa ni yo habíamos conseguido acertarle. ¡Bien!

—¡Has cometido un error, mocosa! —proclamó Mateo, agachándose para hacerse con un buen puñado—. No sabes con quién te has metido —continuó, dándole forma—. Prepárate, mocosa.

—Uy, ¡qué miedo! —En realidad no le gustaba nada su manera de mirarla, como si quisiera cubrirla de hielo, pero al menos la estaba mirando, y era más de lo que había hecho hasta ese momento—. No me asustas.

—Pues deberías, mocosa.

Claudia chirrió los dientes ante ese epíteto.

—¡A por ella, tío Mateo! —gritó el niño.

Elisa se acercó, al parecer dispuesta a formar equipo contra los jóvenes Arana. No le vendría mal una aliada, ahora que los dos parecían dispuestos a empaparla.

—Te han dado una buena paliza —murmuró Claudia al verla cubierta de nieve—. ¿Nos tomamos la revancha?

—Estaría encantada —observó Elisa, sonriendo de oreja a oreja—. ¡A por ellos! —gritó, emulando a Yñigo.

Las bolas de nieve volaron en las dos direcciones. Unas hallaron su objetivo, otras erraron, cayendo a los pies de los contendientes. Volvieron a repetir entre gritos de ánimo o de protesta.

Un rato más tarde, todos estaban igual de mojados y cubiertos de blanco. A Claudia se le había caído el pañuelo y su pelo castaño brillaba salpicado de cristales de hielo. La mayoría de las bolas se las había lanzado Mateo y ella se las había devuelto a él. Como si solo estuvieran los dos. De hecho, se dio cuenta en ese momento, Elisa e Yñigo habían dejado de jugar y se dedicaban a mirarles. Incluso los jaleaban, animándoles a seguir.

Claudia miró a Mateo. Él se disponía a lanzarle otro proyectil, y quiso hacerle una jugarreta.

—Bueno, podríamos dejarlo un momento, ¿no crees? —propuso, escondiendo una bola a la espalda.

—Si ya te has cansado de ser vapuleada, no tengo ningún inconveniente —murmuró Mateo, muy seguro de sí. Dejó caer su munición, satisfecho.

Ella no lo pensó ni un instante más y lanzó la bola con total puntería al pecho de Mateo. El impacto casi lo hizo trastabillar para atrás, ella no supo si por la fuerza o por la sorpresa. Lo vio entrecerrar los ojos y tomar nieve en las dos manos para formar dos bolas prietas y duras, sin apartar la mirada acerada de ella.

—No sabes lo que has hecho, mocosa. Si quieres jugar sucio...

—¡Mateo! —El señor Pedro había decidido intervenir, pero su hijo estaba más allá de escuchar nada.

Claudia no tuvo tiempo de esquivar ninguna de las dos bolas; las dos dieron de lleno en sus hombros. Ella estaba segura de que no las había lanzado con fuerza, de lo contrario la habrían hecho caer.

—Eso te enseñará a jugar sin hacer trampas, mocosa —aseguró Mateo, acercándose satisfecho.

—¡No me llames mocosa! —ordenó cuando lo tuvo a su lado—. No lo soy.

—Pues no te comportes como si lo fueras. —Agachándose hasta casi quedar nariz con nariz.

Perdida en el azul de sus ojos, el enfado se le pasó como por ensalmo. Tenía las pestañas, tupidas y rojizas, empapadas de nieve. ¿Sabría que tenía unos ojos preciosos?, pensó Claudia. Seguro que sí. De seguro, Jacinta Uribe se lo habría dicho mientras bailaban en la verbena. Los celos la hicieron hervir por dentro. Con total parsimonia, sin apartar los ojos de los de él, tomó la nieve que había quedado pegada en su hombro izquierdo y antes de que el joven pudiera adivinar sus intenciones, le frotó con ella aquella hermosa cara que la volvía loca.

—¡Qué demonios! —blasfemó Mateo, dando un salto atrás y escupiendo pedacitos de hielo—. Aprovechas porque soy un caballero, de lo contrario...

Su mirada desprendía fuego. Por un momento Claudia temió que dejara a un lado esa caballerosidad tan cacareada y se lo hiciera pagar.

—Bueno, muchachos, ya va siendo hora de tomar algo calentito para mejorar el destemple.

Las palabras del señor Pedro la hicieron dar un respingo; había olvidado que estaba allí. ¿Qué pensaría de su comportamiento? ¡Así no se ganaría su aprobación!

—¿La abuela nos dará un poco de chocolate? —preguntó Yñigo, esperanzado.

Joseph aguantó las ganas de reírse de su hermano mientras se acercaba hasta él con el perro olisqueando el suelo a su lado. Pese a haber presenciado la pelea entre su cuñada y Mateo, aún le costaba creerlo. No sabía qué pensar de esos dos.

También, cómo no, se había fijado en Elisa. En sus mejillas rojas por el frío y el ejercicio. En su risa argentina. En el modo cariñoso en que sacudía el pelo de Yñigo para retirar la nieve adherida. En la manera de abrazarle por los hombros para acompañarlo al interior de la vivienda. En su manera atenta de escuchar lo que le fuera contando el niño.

«¡Deja de pensar en ella!», se ordenó.

—Veo que te han lavado la cara —murmuró al llegar junto a Mateo. Su hermano estaba retirando con furiosos manotazos la escarcha pegada a sus rojizas cejas—. Debo decir que no me esperaba ese arrebató de mi cuñada.

—Esa mocosa terminará pagando por esto —siseó Mateo, una vez que acabó de secarse la cara—. Merecería probar su propia medicina.

—Pero no lo harás, ¿verdad? —preguntó serio.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas?

—¿Por un joven iracundo con ganas de vengarse? —precisó, más relajado. Su hermano nunca tomaría represalias contra una mujer; sin embargo, quería tener la certeza.

—Me gustaría embadurnarla de nieve de la cabeza a los pies, no lo niego, pero sería incapaz de hacer algo así.

—Claudia, sin duda, es temperamental. Y tú le has dado motivos, hermanito. A ninguna mujer le gusta que la llamen mocosa.

—¡Pues que no se comporte como tal! —estalló Mateo, con las manos en la cadera—. ¡Es una tramposa!

—Supongo que deseaba darte un escarmiento. Y ya no es una mocosa. Está en edad casadera.

Su hermano murmuró algo por lo bajo, luego inspiró muy serio antes de mirarlo.

—Hablando de eso, he decidido casarme.

—¿Con Claudia? —indagó Joseph, sonriendo. Hacían muy buena pareja. ¿Cómo no lo había pensado antes?

—¡Demonios, no! —casi gritó Mateo—. Compadezco al infeliz que se case con ella —declaró con desagrado.



—Entonces, ¿aún no sabes con quién te casarás?

—Con Elisa.

Joseph se quedó sin habla durante un instante. Conforme la declaración de Mateo iba haciendo mella en su mente, comenzó a sentirse molesto. Notó el bullir de la sangre en la cabeza y una especie de quemazón por todo el cuerpo.

«¿Qué demonios te pasa?», se preguntó, sorprendido.

—Es viuda reciente —consiguió articular sin traslucir su disgusto—. Creo que no quiere volver a casarse. Amaba a su esposo.

—Es posible. De todos modos, es la mujer apropiada para mí. —Había seguridad en su voz.

—¿Estás... estás enamorado de ella?

—Confieso que aún no —murmuró Mateo, mirando la puerta por donde había entrado Elisa—. Es una mujer atractiva, amable, educada y cariñosa. Será una buena madre. Solo hay que ver cómo trata a los niños...

La revelación de su hermano no ayudó a atemperar su malestar. Elisa merecía que quien se casara con ella la amara por encima de todas las cosas; no solo por lo buena madre que pudiera llegar a ser.

—No los considero motivos válidos para casarse con una desconocida.

—Otros se han casado por mucho menos —terció Mateo, y se pasó la mano por la nuca—. Ya es hora de que me case y Elisa puede ser la mujer apropiada.

—El matrimonio es algo serio —aseguró. En lugar de alegrarse por su hermano, notaba un enfado creciente instalarse en sus entrañas—. Es necesario pensarlo bien. No es una decisión para tomar a la ligera.

—¿Qué te molesta, Joseph? —preguntó Mateo. Lo miraba con el ceño fruncido. Olvidada ya la escarcha que aún le mojaba las cejas y el pelo—. ¿Mi boda o la mujer que he elegido?

—No sé de qué me estás hablando. No estoy molesto —siseó. El tono contradecía sus palabras.

—¿Seguro? ¿Elisa te interesa? —inquirió Mateo. Los ojos tan parecidos a los suyos, clavados en él—. Te he visto mirarla en muchas ocasiones.

—¡No la miro! Y si lo hago es porque... porque me preocupan mis hijos y ella es la que más tiempo pasa con ellos —masculló entre dientes. Al enfado se le había unido la vergüenza de saberse pillado por su hermano. ¿Quién más se habría dado cuenta?—. Me da igual con quién te cases. Es tu vida y tienes derecho a elegir a la mujer que te dé la gana.

—Bueno, me alegra saberlo. No quisiera estar interfiriendo en tus planes...

—¡No tengo ningún plan! —estalló, apretados los puños—. Por si lo has olvidado, enterré a mi esposa hace menos de tres meses.

«Pero eso no te impide mirar a Elisa cada vez que la tienes cerca», se reprochó.

—Lo sé, Joseph. —Mateo puso una mano sobre el hombro de su hermano y lo miró con tristeza

—. Sé lo mucho que amabas a Luisa; sin embargo, debes pensar en el bien de tus hijos y ellos necesitan una madre...

—¿Os habéis puesto de acuerdo padre y tú para darme consejos que no os he pedido? — barbotó, apartándose de su hermano de mala manera—. Si quieres casarte, ¡cásate! Pero no te metas en mi vida.

Con esas palabras, se giró para volver por el mismo camino hasta la fragua. No tenía ganas de ver a nadie y menos encontrarse con Elisa.

¿Qué le estaba pasando? En lugar de alegrarse por su hermano, se ofuscaba con él.

Con paso airado descendió por el camino cubierto de crujiente nieve. Azkar lo seguía sin entender muy bien los motivos de su dueño para no entrar al calorcillo de la casa. En cuanto llegaron a la fragua, se recostó junto a los rescoldos, su lugar favorito, y suspiró satisfecho.

Joseph, incapaz de quedarse quieto, paseó por el recinto. Se estaba comportando como un idiota. ¿Qué le importaba si su hermano quería casarse con la nodriza de Inés? Al fin y al cabo, Mateo tenía razón: era una buena mujer, cariñosa y educada. Por no hablar de su disposición para ayudar a los demás. De sus ojos verdes, de aquellos labios...

—¡Por todos los diablos! —siseó, golpeando uno de los postes del potro con la palma de la mano.

Admitía que era hermosa y que cada día esa belleza se hacía más evidente. Como si estuviera floreciendo por dentro. Era imposible no fijarse en ello. Lo que no admitía o, mejor dicho, no deseaba admitir, era que cada vez le costaba más trabajo no reparar en ella.

Le había dicho a su hermano que solo la miraba por sus hijos, para asegurarse de que los trataba bien.

«¡Mentira! La miras porque te sientes atraído por ella.»

Y porque lo intrigaba. Porque la intuía preocupada por algo oculto.

La miraba porque le costaba mucho no hacerlo y era más fácil sucumbir a ese deseo, que luchar contra él. Y saberlo era una espina en su alma. Se sentía como si estuviera traicionando a Luisa. Como si le fuera infiel.

Jamás había mirado a otra mujer. Solo había tenido ojos para su esposa. Las demás pasaban desapercibidas. Así había sido durante todo su noviazgo y, por supuesto, durante todo el matrimonio. ¿Por qué ahora cuando ella no estaba se fijaba en la primera mujer que aparecía?

«No solo te has fijado; estuviste a punto de besarla», se recordó, apretando los puños.

Era mejor que eso no hubiera ocurrido. Era mejor, sí, pero no había dejado de pensar ni un momento a qué sabrían sus labios.

«¡Estás perdiendo la cabeza! Deja de hacer el idiota y compórtate como un hombre. Al final, Mateo sospechará cosas que no son. Cosas que no pueden ser.»

Con esa recriminación hacia sí mismo, silbó al perro y regresó al caserío dispuesto a no

dejarse llevar por unos sentimientos extraños y no bienvenidos.

—¿Has sabido algo más? —preguntó Cecilia cuando don Pablo entró en la sala donde ella bordaba—. ¿La han encontrado? —Se la veía llena de esperanza.

—No, querida. Seguimos buscando sin resultados —masculló don Pablo, mordisqueándose el labio inferior—. La pista de ayer ha resultado errónea. Así que continuamos casi como al principio.

—No seas tan negativo, querido. —Señaló el sillón de al lado a modo de invitación. Don Pablo se sentó, aunque tenía más ganas de ponerse a pasear por la estancia, que de permanecer quieto—. Al menos sabéis en qué dirección partió.

—Sí, pero no parece que nadie la haya visto desde Arcaya. Ha podido regresar a Vitoria y dirigirse a Madrid.

—No lo creo. ¿Por qué correr el riesgo de que alguien la viera por aquí y la apresara? —inquirió con acierto su esposa.

—¿Empiezas a sospechar que ella pudo asesinar a su padrastro? —Enarcó las cejas, sorprendido.

—Bobadas. Ella es incapaz de hacer algo tan perverso. —Cecilia continuó bordando con diligencia o, más bien, destrozando la labor. Si no fuera tan coqueta...

—Querida Cecilia, no sabes de lo que es capaz el ser humano.

—Sí, lo sé.

—Pero sigues creyendo en la inocencia de la señorita Elisa —no era una pregunta, así que no esperó respuesta—. ¿No te cegará el cariño que sentías por doña María, su madre?

—María era una muy buena amiga. Y no estoy cegada por eso. Tú la conociste y era la bondad personificada. —Lo miró con reproche—. No te atrevas a negarlo.

—Por supuesto que no, querida. Conoces el afecto que les tenía. —Empezó a tamborilear con los dedos en el brazo del sillón—. Me cuesta trabajo creer que su única hija pudiera hacer algo tan depravado.

—Porque ella no lo ha hecho, querido. Cuanto más lo pienso, menos probable me parece.

—En ese caso, ¿dónde está y por qué huyó? —masculló molesto por la falta de noticias. Odiaba no haber resuelto el crimen después de tres meses. Era imposible que una muchacha de veinte años hubiera podido desaparecer de ese modo—. Robó una yegua y las joyas de tu prima. Es

posible que no sea una asesina, pero sí una ladrona. A menos que... —calló, intentando poner en orden sus pensamientos.

—A menos que ¿qué? —Lo miró, interesada. Parecía una jovencita esperando un regalo.

—Tal vez ella no estuviera sola. ¿Y si tenía un cómplice?

—¿Quién? Elisa no salía de casa. —Se notaba su frustración—. Me parece muy complicado que ella hubiera conocido a alguien sin pisar la calle. —Dejó el bordado a un lado y se dio golpecitos con un dedo en los labios mientras pensaba—. ¿Y si sorprendió a un ladrón y él se la llevó?

—Ya hemos pensado en eso, querida. En la casa había más objetos de valor: candelabros y cucharas de plata, por poner un ejemplo —le recordó, frunciendo el ceño—. Es cierto que lo pensamos, sí. Sin embargo, al no llevarse nada de eso, nos hace creer que no hubo tal ladrón. ¿Por qué dejar una fortuna en objetos fácilmente transportables?

—Quizá él tuvo miedo de que diera la voz de alarma y quiso que partieran de inmediato. —Volvió a su labor.

—El muchacho de Arcaya solo vio a una joven a caballo. Nadie la acompañaba. Por mucho que me duela, tu teoría no es válida, querida.

—¡Qué frustrante!

—No puedo estar más de acuerdo contigo —barbotó don Pablo.

Seguía sin tener al asesino del señor Cristóbal y sin saber el paradero de la señorita Elisa.

«Desde luego que es frustrante.»

—Sigo sin entender qué hacía el señor Cristóbal en el dormitorio de la señorita Elisa —murmuró Cecilia, dejando otra vez el bastidor a un lado—. Es extraño, ¿no te parece?

—Lo es, querida.

—Mi prima se enfadó mucho cuando se lo pregunté. Luego, cuando se tranquilizó, me dijo que, de seguro la pilló robando. Y, tras seguirla hasta la habitación para enfrentarla, ella le asesinase.

—Para eso debería haber tenido el arma en el cuarto. No lo creo. Un cuchillo no es un objeto habitual en un dormitorio. Y tampoco creo que se entretuviera a darle cuchilladas, cuando lo más imperioso era huir de allí lo antes posible.

—¡Qué embrollo!

Don Pablo asintió con la cabeza, toqueteándose una ceja. Su esposa tenía razón: era un maldito embrollo.

Elisa terminaba de cambiar el pañal a Inés cuando Blanca entró como una exhalación en la cocina. Sus ojos verdes echaban chispas.

—¡Buen día! —saludó; tembloroso el cuerpo.

—¿Seguro que es «buen día»? —indagó la señora Nicolasa, vertiendo los últimos trozos de verdura en el guiso—. ¿Qué te ha ocurrido, hija?

—¡Mi suegra! Eso ha ocurrido —barbotó Blanca antes de comenzar a pasearse por la cocina a grandes zancadas. La falda de su vestido revoloteaba entre sus tobillos a cada paso—. No la aguanto.

—Ya conoces a la señora Dorotea. Es muy autoritaria, pero no es mala persona.

—¿No? Permittedme que lo ponga en duda, madre. Hace tres años cedieron el caserío a Fermín. —Se detuvo para enfatizar sus siguientes palabras—: ¡Tres años, madre! ¡Tres años!

—Sí, bueno, tardaron un poco en cederlo desde vuestra boda, pero tampoco es tan grave. No son los primeros padres que lo hacen.

—Lo es, madre. Si no fuera poco ese agravio, se une que ¡aún no me ha dado la maldita cuchara!

—¿La cuchara? —se atrevió a preguntar Elisa. No entendía nada.

La señora Nicolasa empezó a explicarle la costumbre de ceder el caserío a uno de los hijos cuando este se casaba, para no dividirlo una vez que fallecieran los padres, como dictaban las leyes de Castilla.

—Al hijo se le cede el caserío y la madre le da el cucharón a la nuera. —Mostró el que colgaba al lado de la chimenea y solía utilizar para mover el guiso—. Es un acto simbólico que representa la cesión del mando de la casa.

—No conocía esa costumbre —confesó Elisa.

—Bien, pues la señora Dorotea no me lo ha dado. —Cruzó los brazos bajo el pecho, claramente molesta—. A veces me dan ganas de cogerlo y darle con él en su dura mollera.

—Ten paciencia, hija.

—No sabéis lo que me cuesta, madre. —Reanudó sus paseos—. Lo del cucharón no me importa, la verdad. No es que esté deseando tomar el mando del caserío, cuando ella lo lleva bien. Me molesta que se pase el día sacando faltas a lo que hago. Si Juana se mancha, soy una

mala madre por no saber educarla. Si no se ha secado la ropa, debería haberla lavado más temprano... ¡Es agotador no poder darle una buena contestación!

—Solo puedo aconsejarte paciencia —murmuró la señora Nicolasa, atenta a la comida.

—Y la tengo, madre, pero creo que ella me provoca a propósito. Es como si buscara hacerme estallar.

—¿Lo has hablado con Fermín?

—No. No quiero enfrentarlo a su madre por mi causa. Presiento que eso solo lograría hacer redoblar sus exigencias para conmigo. ¡Dichosa mujer!

—En ese caso... Lo tienes un poco complicado, hija.

Yñigo y Juana entraron corriendo en la cocina y se dirigieron directamente a Elisa.

—Elisa, debéis venir a ver el nido que hemos visto —explicó el niño muy excitado. Llevaba los cordones de las albarcas desatados y arrastrando por el suelo.

—Sí, sí, sí... —Juana daba saltitos tan emocionada como su primo.

—Mocito, ven que te ate esos cordones —ordenó al pequeño. Yñigo, impaciente, se dejó hacer —. Bien, ahora cojo un chal para tapar a Inés...

—Tranquila, Elisa. Sal con ellos, yo me quedo con la niña —se ofreció Blanca—. Hace días que no la tengo en brazos y debo ir acostumbrándome. —Le guiñó un ojo antes de tomar al bebé —. Ven con tu tía Blanca, querida. ¡Cuánto has crecido!

Elisa dejó a las mujeres en la cocina y salió con los niños, que tiraban de sus manos para instarla a ir corriendo.

En el roble, frente al caserío, se veía un nido a medio construir. Dos gorriones se afanaban para terminarlo, tejiendo ramitas y mechones de lana.

—¿Se habrán casado? —preguntó Juana en un susurro, sin soltar la mano de Elisa.

—Los pájaros no se casan, tonta —aseguró el niño, muy seguro.

—No debes insultar a tu prima, Yñigo —lo riñó, acariciando su rojizo pelo—. Ella es más pequeña que tú y no sabe tanto. Deberías enseñarle en lugar de llamarla boba.

—Lo siento, Elisa —musitó, contrito.

—No es conmigo con quien debes disculparte, tesoro. Es con tu prima.

—Lo siento, Juana —farfulló un tanto ruborizado. Luego su cara se iluminó al mirar hacia el camino—. ¡Padre! —Elisa se envaró, repentinamente nerviosa. Se obligó a mantener la calma antes de volverse para mirar al recién llegado. Venía llevando de las riendas a una yegua castaña de crines negras que cojeaba. Se había quitado el sombrero y su pelo brillaba con tonos de fuego al sol de la mañana. No pudo dejar de pensar en lo guapo que era aquel hombre y lo bien que le sentaban los pantalones de paño grueso, remetidos por las botas altas; en sus anchos hombros bajo la casaca. Trató de no quedarse mirando embelesada y se obligó a mirar a otro lado.

—¡Azkar! —gritó Yñigo. El perro se acercó a la carrera para darles lametazos a diestro y

sinistro. Los niños estaban encantados con el juego—. Padre, hay un nido en ese árbol —explicó, olvidado su bochorno anterior—. ¿Lo veis? —señaló el lugar donde se asentaba.

—Lo veo. Lo están construyendo. Será mejor no importunarlos para que no se vayan a otro sitio. —Miró a Elisa con una sonrisa de complicidad, que convirtió sus rodillas en masa de pan. «Madre de Dios, ayudadme»—. Buen día, Elisa.

Ella acertó a devolverle el saludo, con voz no demasiado serena. Oírle decir su nombre era suficiente para hacerla estremecer.

—¿Qué le ha pasado a la yegua?

—Tiene una piedra entre el casco y la herradura. La llevo a la fragua para extraerla. —Sus ojos azules la observaban tan intensamente que hubo de mirarse por si llevaba algo mal colocado. Luego él apartó la mirada con el ceño fruncido.

—¿Podemos ir?, ¿podemos ir? —preguntó Yñigo, emocionado.

—Solo si prometéis portaros bien —aclaró Joseph, acariciando la cabeza, primero de la niña y luego la de su hijo—. La fragua es un lugar peligroso.

—Lo prometemos, lo prometemos —aseguró el niño y le dio un codazo a Juana, la pequeña se aprestó a repetir como un loro las palabras de su primo.

—En ese caso, podéis venir. —Miró a Elisa de soslayo—. Será mejor que vengáis también. No me fio de este par de diablillos.

Ella, que se imaginaba fuera de la invitación, trató de no sonreír abiertamente al verse dentro.

Los niños descendieron por el camino a la fragua con el perro saltando alrededor de ellos.

—Vuestra hermana está de visita —anunció Elisa para romper el silencio.

—La he visto acercarse casi a galope. Imagino que vendría echando chispas por algo —declaró, mirándola un instante. Elisa guardó silencio, incapaz de revelar lo que había dicho Blanca—. Os agradezco la consideración hacia mi hermana, pero la conozco lo suficiente para saber que ha tenido problemas con su suegra. ¿Me equivoco?

—Lo siento, señor Joseph; prefiero no decir nada —aseguró, mirando al frente, dispuesta a no revelar nada. La carcajada sincera del hombre la hizo volver a mirarlo, asombrada—. ¿Qué os causa tanta risa?

—Vos.

—¿Yo? ¿Os estáis riendo de mí? —preguntó sin saber si eso era bueno o malo.

—No de vos, sino con vos —puntualizó Joseph, clavando sus ojos en ella—. Veo que no queréis soltar prenda. No importa, en cuanto llegue a casa, me enteraré.

—Seguro, pero no habrá sido por mí que os enteréis.

La carcajada volvió a resonar en el valle. La alegró oírlo reír, despreocupado. Después de tantas semanas de verlo taciturno, era una novedad y una alegría verlo contento. Para ella no era



bueno que estuviera así, pues si ya era suficientemente atractivo serio y circunspecto; siendo alegre y jovial, su atracción por él se multiplicaba hasta límites insospechados.

Aunque se repitiera una y otra vez que debía tener cuidado, no conseguía dejar de pensar en él. Y eso era algo que la asombraba y asustaba a partes iguales. Jamás se había sentido atraída por ningún hombre. A decir verdad, había vivido alejada de ellos la mayor parte de su vida adulta.

Lástima no haber podido alejarse del más peligroso.

Cerró los ojos un momento y se concentró en dejar de pensar en lo ocurrido. Ya lo había dejado atrás. Debía olvidarlo. Del mismo modo le convenía olvidarse de esos sentimientos que le provocaba el albéitar. Cuando llegaran las primeras naves, ella debería partir a Venezuela. Seguir tan cerca de su madrastra era peligroso. Nunca estaría segura, nunca lo suficientemente relajada.

Rezó en silencio por una pronta arribada de los barcos. Para ser capaz de partir sin demasiado dolor por lo que dejaría a ese lado del mar.

«Pues deja de pensar en Joseph y en lo que te hace sentir. De lo contrario, marchar será un tormento.»

Joseph miró a la joven. Para su sorpresa, le costaba mantener los ojos apartados de ella. Cada día que pasaba, Elisa parecía más hermosa. O quizá era él quien había cambiado y empezaba a mirarla como un hombre a una mujer. Esa posibilidad lo llenaba de vergüenza. ¿No era muy pronto para mirar a otra mujer con...? No se atrevió a ponerle nombre a lo que sentía.

Recordó las palabras de su padre y de su hermano al respecto. Estaba seguro de que si él decidía...

«¡No digas bobadas!», gruñó en silencio, tensando las riendas. La yegua corcoveó a modo de protesta y él se apresuró a tranquilizarla para que no se espantase y terminara por hacer daño a Elisa o a los niños.

Llegaron a la fragua sin decir nada más. Elisa controlaba que Yñigo y Juana no se metieran en líos, pero los niños estaban muy entretenidos correteando con el perro pegado a sus talones.

—¿Sabéis cuándo estarán los barcos disponibles para navegar? —preguntó ella, llevándose un mechón de su oscuro pelo detrás de la oreja—. ¿Cuánto más pueden tardar?

Estaba tan ensimismado viendo cómo el pelo se acomodaba tras la curvatura de la oreja que no se enteró de lo que le había preguntado. Solo al verla ladear la cabeza con el ceño fruncido, se dio cuenta de que esperaba una respuesta.

—Perdonad, ¿qué decíais de los barcos?

—¿Que si sabéis cuándo empezarán a zarpar?

Su pregunta no debería haberlo incomodado; sin embargo, así era. No le gustaba nada saber que pronto se marcharía. Tampoco deseaba pensar que en unas semanas abandonaría aquel lugar y terminaría a miles de millas de allí. Y ya no volvería a verla.

—Aún falta. Estamos en febrero...

—Mañana comenzará marzo —le recordó—. No queda mucho para la primavera.

—Tampoco es que debáis partir en el primero que zarpe. Podréis esperar un poco —se encontró diciendo, sin pensar.

Creyó ver un brillo de ¿esperanza?, en su verde mirada, pero ella bajó la vista al suelo tan rápido que no supo si era cierto o lo había imaginado. En cualquier caso, eso no debería importarle.

No debería importarle, aunque lo hacía.

Molesto por sus reflexiones tan poco apropiadas, tiró de las riendas para conducir a la yegua

hasta el potro y una vez allí, atarla antes de comenzar la tarea de limpiarle el casco.

El animal se dejó llevar con docilidad y se aprestó a que le hurgara para extraerle la piedra embutida. Durante un rato, solo se oyeron los gritos de los niños y los ladridos del galgo. Los dos adultos se mantuvieron en silencio.

Joseph trató de imaginar en qué pensaría Elisa. Seguro que cavilaba sobre su próximo viaje. ¿Tendría ganas de irse? ¿No habría alguna posibilidad de persuadirla para que se quedara?

«¿Con qué fin?», se interrogó, sin dejar de escarbar diligentemente para liberar la piedra. «¿Para casarse con Mateo?»

—Supongo que estaréis deseando marcharos —comentó; los ojos clavados en el casco en el que trabajaba.

—¿Adónde? —indagó ella, como si sus meditaciones hubieran ido por otros derroteros y no entendiera la pregunta.

—A Venezuela, digo.

—Bueno... —Elisa endureció el semblante antes de añadir—: Debo irme.

—¿Debéis? —se apresuró a investigar, extrañado por esa respuesta—. Creo que no tenéis ninguna necesidad.

Alzó la vista; ella miraba hacia lo alto de la loma, donde pastaban las vacas. Mateo andaba por allí y Joseph se tensó al imaginar que su hermano tuviera algo que ver. Si le había hecho alguna proposición o la había molestado en algo, se lo haría pagar.

—Sí, es mejor que me vaya. Como os dije, esa era mi intención desde el principio —aclaró al volver a mirarlo—. Muchos se han ido allí en busca de una vida mejor.

—Lo sé, pero no siempre es necesario. Aquí también podéis encontrar algo...

—Prefiero alejarme todo lo posible de Vitoria. —Se arrebujo en su chal.

—¿No guardáis buenos recuerdos de allí? —Le podía la curiosidad. La observó de soslayo.

—No.

La sequedad de su respuesta lo dejó anonadado. Elisa no solía contestar de ese modo y eso le llevó a pensar en cómo habría sido su vida antes de llegar a San Sebastián. Apenas contaba nada y a él cada día lo intrigaba más. Preguntárselo estaba totalmente descartado. A ella no le gustaría y él prefería que se lo contase por su propia voluntad. Siguió limpiando el casco, pese a que la piedra ya estaba suelta y podía quitarla sin problemas. Era una manera de estar ocupado y no mirar a Elisa constantemente. O, al menos, hacerlo de manera subrepticia.

—No os preocupéis —comenzó ella un instante después, como si hubiera tomado conciencia de su brusquedad—. En unas semanas Inés estará más fuerte y podrá empezar a alimentarse... — Sonrojada, miró a otro lado.

A Joseph, que no había pensado en ningún momento en el bienestar de su hija, le sorprendieron sus palabras. Darse cuenta de ese detalle lo molestó sobremanera. ¿Era un mal padre? Desde

luego que sí. Se preocupaba por las intenciones de una persona ajena a la familia y no de su propia sangre. Sacó el guijarro de un golpe.

—Pero si os quedáis un poco más, estará más fuerte aún, ¿no lo creéis así? —masculló, molesto, sin saber muy bien con qué o con quién. Dejó que la yegua apoyara el casco en el suelo—. Quizá sea demasiado pronto para...

—Por supuesto, señor —musitó ella, cabizbaja. Su rostro alternaba entre el rubor y la palidez. Elisa inspiró, enderezándose. Sus ojos verdes evitaban mirarlo, mientras se alisaba los pliegues de la falda—. Creo que ya os he entretenido bastante. Será mejor que me lleve a los niños antes de que hagan alguna trastada o se hagan daño.

Estaba molesta. Su espalda rígida no admitía ninguna duda. Joseph iba a disculparse de algún modo, cuando vio a su hermano bajar por la ladera con pasos ágiles y garbosos. ¡Maldita suerte la suya!

—¡Hola, tío Mateo! —gritaron los niños, saliendo a su encuentro con el galgo pegado a ellos. Su hermano echó a correr y en un instante estaba lanzando a los pequeños por los aires.

Ya no había tiempo para decir nada. No con su hermano de testigo.

Mateo les saludó al llegar a la fragua.

—Os he visto y he pensado en acercarme a conversar un rato.

—¿Ya has hecho todas tus tareas? —inquirió Joseph con fastidio. ¿Por qué no se había quedado dondequiera que hubiera estado hasta ese momento?

—Y me he sonado los mocos, querido hermano. ¿Necesito darte alguna explicación más? —El ceño de Mateo hacía juego con el suyo.

—Desde luego que no. Solo te preguntaba —masculló para no comprometerse aún más.

Elisa se había limitado a sonreír de esa manera suya, amable y tierna. Joseph decidió fijarse en el comportamiento de los dos. Sabía que su hermano quería cortejarla, pero desconocía los sentimientos de Elisa. ¿Por qué imaginarse que ella le correspondía le retorció las entrañas? No debería ser así. No estaba bien.

—¿Qué le ha pasado a la yegua? —La pregunta de Mateo lo sacó de sus preocupaciones.

—Se le había incrustado una piedra entre el casco y la herradura. Ya está bien.

—Será mejor que nos vayamos —murmuró Elisa—. Yñigo, Juana. ¡Nos vamos!

—Espera, Elisa. Te acompaño —se ofreció Mateo, con galantería—. Deja, ya llevo yo a la yegua al prado.

Por un momento, Joseph pensó en negarse. Luego se dio cuenta de que era una tontería. Si su hermano deseaba cortejar a Elisa, él no debía meterse en ello. Después de todo, él no tenía ninguna intención de cortejarla.

Con todo, si ese era su pensamiento, ¿por qué le molestaba tanto que Mateo sí quisiera?

Azkar se acercó lloriqueando y le frotó el muslo con su ahusado morro. Buscaba mimos, como

siempre.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Se han marchado sin ti? —murmuró, acariciando su negra cabeza—. Tendrás que conformarte conmigo.

El perro soltó un ladrido al tiempo que movía la cola como un metrónomo loco. Al parecer, él era suficiente. Joseph sonrió, redoblando las caricias.

Echó un vistazo a los que se alejaban por el camino. Su hermano iba contando algo que hacía reír a los niños. Mateo siempre había tenido la habilidad de hacer sonreír a cualquiera.

Elisa caminaba mirando al frente. Su trenza, balanceándose suavemente a la espalda. Joseph intentó conjeturar cómo sería su pelo suelto. La imagen de una mata de pelo oscuro y brillante sobre la blancura de la almohada lo dejó sin aliento y con el corazón desbocado.

«Deja de imaginar imposibles, muchacho», se recriminó antes de darse la vuelta y tomar las tenazas. Quizá hacer unos cuantos clavos le apaciguara ese malestar que se le había instalado en las entrañas. «¡Ay, Dios! Ni unos cientos serán suficientes.»

Elisa había salido a pasear por el campo con los niños. Ahora descansaban junto a la roca grande, mientras desde allí arriba observaban las idas y venidas de los lugareños hacia o desde San Sebastián. Como era un martes normal y corriente, el camino no estaba tan transitado como la vez anterior. Aun así, no pasaba mucho tiempo sin ver alguna persona que, cargada con algún tipo de mercadería, se acercaba o se alejaba de la ciudad.

Los niños, pese al frío, se entretenían dejándose caer rodando ladera abajo. Se estaban divirtiendo de lo lindo y sus risas debían de oírse desde lejos. También a ella le hubiera gustado tirarse así, pero le daba vergüenza que pudiera acercarse alguien y pillarla de esa guisa.

«Soy demasiado mayor para jugar de ese modo», se resignó.

Después de un buen rato, los chiquillos abandonaron esa diversión para buscar las primeras flores de la primavera. La quietud del momento hizo que su mente recordara lo ocurrido la semana anterior, cuando estuvo en la fragua con Joseph. Lo cierto era que cada día estaba más confundida con la actitud de aquel hombre. Pasaba de la amabilidad, incluso del aprecio, a la sequedad y frialdad más absoluta. No entendía qué le podía pasar y eso la desconcertaba.

La culpa la tenía ella, sin duda. Se hacía ilusiones con nada y eso no estaba bien. Imaginaba que él tenía interés en que alargase su estancia por ella, cuando en realidad, lo hacía por su hija. Saberlo era un mazazo para sus sentimientos. Sin embargo, no podía hacer nada por cambiarlos.

La tristeza volvió a inundarla por dentro. No podía llorar. No delante de los niños. Se enderezó a tiempo de ver que los pequeños seguían ensimismados el vuelo de una mariposa. Pese a que en esa zona no había ningún peligro, no quería perderlos de vista. Se levantó e hizo visera con su mano para que el sol de la mañana no le impidiera verlos. No pudo contener una sonrisa al observarlos tan alegres y felices. Satisfecha, se agachó para recoger unas flores y hacer un pequeño ramo. Le pediría a Joseph que le mostrara dónde había enterrado a su hijo para llevarlas. No había vuelto a visitar aquel lugar y deseaba ir a ponerle las primeras flores de la primavera.

—Buen día.

El saludo de un hombre a su espalda la hizo volverse, asustada. Las pocas flores que había logrado cortar, cayeron en la hierba. Era el señor Ricardo Echaniz, que la miraba de arriba abajo con los ojos entrecerrados. Vestido de negro de la cabeza a los pies, como un pájaro de mal agüero. Estaba a unos pasos de ella; sin embargo, parecía estar demasiado cerca.

—Bu-buen día —murmuró, deseando que los chiquillos estuvieran allí. No sabía dónde poner

las manos, ahora vacías. Ese hombre le daba pavor. Su actitud le recordaba demasiado a otro que prefería olvidar.

«No le dejes ver tu miedo», se dijo para infundirse valor. Se abrigó más con el chal. De pronto se había quedado destemplada.

—Te he visto venir con los críos.

No le gustó que la tuteara, pero no se atrevió a llamarle la atención. Solo deseaba que se fuera y la dejase tranquila. Se volvió para vigilar que Yñigo y su prima no se alejaran demasiado.

¡No los veía!

Seguramente habían rebasado la colina y bajado por el otro lado.

—He de buscar a los niños. Si me disculpáis... —anunció, echando a andar.

No había dado ni un paso, cuando el señor Ricardo la apesó por un brazo. Su mano era una tenaza.

—No tengas tanta prisa. Esos pilluelos no irán muy lejos. —Esbozó una sonrisa ladeada, que a ella le recordó a la de un depredador. Elisa se estremeció sin poderlo evitar—. No tengas miedo. No te voy a hacer daño.

Sus palabras, en lugar de tranquilizarla, le pusieron el corazón al galope.

—¡Soltadme! —siseó, sacudiendo el brazo para liberarlo. Sus dedos la apretaron más, sin intención de liberarla. Le estaba haciendo daño a propósito.

—No tengas tanta prisa, muchacha. Hay algo en ti que me intriga. No sé qué es y no me gusta nada. —Con la otra mano, le sujetó la barbilla para que lo mirase. Sus ojos oscuros, clavados en ella, como bocas de cañón e igual de nocivos.

—No-no sé de qué me estáis hablando.

Una enorme aprensión le atenazó el estómago. Tenía miedo por los pequeños, pese a que no había ningún peligro aparente, ¿quién sabía lo que podría ocurrirles? Por otro lado, aquella situación le traía vivos recuerdos que prefería olvidar por completo. Pero que salieron a la superficie de su mente y la hicieron temblar como una hoja al viento.

—Sé que no has contado toda la verdad —aseguró él con convicción—. No me fío de ti; no me gustas. —Su torva mirada apoyaba sus palabras y a Elisa se le erizaron los pelos de la nuca—. Quiero saber qué te traes entre manos. A mí no me engañas con tu mirada de mosquita muerta. A los demás podrás engañarlos, a mí no.

—Soltadme. Se lo diré a...

—¡A nadie! —la interrumpió con violencia. Mostraba los dientes como un lobo. La cara contorsionada por el enfado—. No ha pasado nada. No te he hecho nada. No hay nada que decir. ¿Me has oído? —Acompañó la pregunta atenazándole el brazo con más fuerza.

Elisa se limitó a asentir con la cabeza, incapaz de articular ni una palabra. Trastabilló cuando él le soltó la cara y el brazo con brusquedad. Al verse libre, con piernas temblorosas, echó a correr

en pos de Yñigo y de su prima como si la persiguiera el mismísimo demonio. Se tropezó varias veces, pero consiguió llegar a lo alto de la colina. Se detuvo y miró atrás, él ya no estaba. No lo veía por ningún lado. No lo había imaginado, el brazo donde el señor Ricardo la había agarrado le dolía bastante. Seguro que le había hecho un moratón considerable.

Le faltaba el aliento, más por el miedo pasado, que por la carrera en sí. Se llevó una mano al corazón, en un intento por sosegar sus frenéticos latidos y aquietar la respiración antes de que los niños la vieran.

—¡Elisa! ¡Hemos cogido una mariposa blanca! —gritó Yñigo, corriendo feliz hacia ella, con las manos formando una concha y las calzas manchadas de barro—. ¡Es preciosa!

Juana le seguía a pocos pasos, trotando con el mandil descosido por la bastilla y las rodillas tan sucias como las de su primo. En otro momento se habría echado a reír por el desastrado aspecto que traían, pero en ese instante solo pensaba en salir huyendo y no parar hasta estar a miles de leguas de allí. Sin embargo, no podía hacerlo. Aún no.

Algo debió de intuir Yñigo porque frunció el ceño del mismo modo que lo hacía su padre. ¡Eran tan parecidos!

—¿Os ocurre algo, Elisa?, ¿no os gusta que aprese a las mariposas? —preguntó inquieto.

—No, cariño. Es solo que estaba preocupada por vosotros. —No era una mentira.

—Estamos bien. Ya soy mayor y puedo cuidar de Juana —aseguró, hinchando pecho.

—No hace falta que me cuides —protestó la niña, muy segura de sí. De un manotazo se apartó de la cara los mechones que se le habían escapado de las trenzas—. Yo también soy mayor. —Había seguridad en sus ojos verdes.

La inocencia de aquellos pequeños casi la hicieron llorar. Por suerte, fue capaz de contener el llanto por el bien de ellos. No quería que la vieran llorar y se preocuparan. O lo que era peor, que lo contaran en casa.

Con esfuerzo estiró los labios en un remedo de sonrisa. Los niños, demasiado pendientes de la pobre mariposa, que revoloteaba, dispuesta a escapar de su captor, no se dieron cuenta de la situación.

—¡Me hace cosquillas en las manos! —parloteó Yñigo, alborozado—. ¿No es preciosa? —preguntó, abriendo un poco las manos para verla mejor.

—Lo es, pero ¿no será mejor dejarla vivir a su aire? —indicó Elisa, agachándose hasta ponerse a la altura de los chiquillos. Conocía de primera mano lo que era sentirse como aquel pobre insecto y no deseaba verlo sufrir—. Las mariposas alegran la vista, es una pena atraparlas.

—Supongo que sí. —Apretó los labios, indeciso. Luego, alzó las manos y la dejó escapar.

—¿Por qué la has dejado ir? —protestó Juana, enfadada—. ¡Nos ha costado mucho cazarla!

—Y si estaba buscando a su madre, ¿qué?

—¡Oh! —La niña miró cómo la mariposa se alejaba un buen trecho—. ¿Crees que la



encontrará?

—Seguro que sí —intervino Elisa al ver que los niños se entristecían demasiado—. No tardará mucho en encontrarla.

—A mi madre le gustaban mucho las mariposas —declaró Yñigo, mirando al cielo—. Creo que no volveré a cazarlas.

—¿Regresamos a casa? Tal vez la abuela nos prepare chocolate. —Juana se relamió de anticipación. Sus ojos brillaban como estrellas. Ya estaba olvidado el incidente con la mariposa.

Elisa se aferró a esa alegría inocente de los niños para intentar olvidar lo sucedido un rato antes con el señor Ricardo.

«Debo irme lo antes posible», pensó. «No me fío de ese hombre.»

Permanecer en el caserío iba a ser peligroso. Pero los barcos aún no habían regresado.

Rezó por que lo hicieran lo antes posible.

No sabía qué le estaba ocurriendo, pero Inés no dejaba de llorar. En los últimos dos días cada vez estaba más irritable, y eso, en una niña tan relajada como era ella, resultaba muy extraño.

—¿Qué te pasa, mi cielo? —preguntó Elisa en un susurro, como si la pequeña fuera a responder—. ¿Te duele algo? —Le besó la aterciopelada sien.

Sin dejar de pasear por la habitación, alzó al bebé aún más para olerle el pañal, cambiado un rato antes. Seguía limpio. Le había dado el pecho...

Empezaba a ponerse nerviosa. ¿Y si estaba enferma? No podía imaginar que le pasara nada malo. ¿Qué podía hacer?

Llamaron y, un instante después, se abrió la puerta.

—¿Qué le ocurre a esta mocita? —preguntó la señora Nicolasa al entrar. Venía secándose las manos, enrojecidas de haber estado lavando verduras—. ¿No ha comido? ¿Tiene gases?

—Sí, le he dado hace un rato. Hoy no parece que se sacie de ninguna manera. ¿Estará enferma? —indagó, asustada—. Ya no sé qué hacer.

—A ver, pásamela un momento. Y deja de poner esa cara de terror, criatura. Seguro que no está enferma. Hasta los bebés tan buenos como Inés tienen días raros.

—¿Estáis segura? Es que apenas lloraba y hoy... —Miró con aprensión.

La mujer tomó en brazos a la niña, que seguía llorando sin visos de querer callar, y la meció con ternura. Pero lejos de calmarse, la pequeña empezó a buscar con la boca junto al corpiño de su abuela.

—¿Ves? No le pasa nada malo. Solo tiene hambre.

—¡Pero si hoy le he dado más tomas que estos días atrás! Mama un poco y se cansa enseguida. —Se estrujó las manos a la altura de la cintura—. No entiendo nada.

—Hummm. ¿Te notas el pecho igual?

—Bueno... no. —Elisa se sonrojó al contestar—. Parecen menos voluminosos.

Lo había percibido esa mañana al anudarse el corpiño y no le había dado importancia.

—Pues ahí está la respuesta, muchacha. Se te ha cortado la leche.

—¿Cortado la leche? No entiendo.

—A veces el pecho deja de producir. —La miró sin dejar de acunar a su nieta. Sus azules ojos la escrutaban con interés—. ¿Te ha pasado algo estos días? Te noto muy nerviosa.

—No... —respondió con prontitud. El recuerdo del encuentro con el señor Ricardo, dos días

atrás, se cruzó por su mente como un rayo, pero trató de apartarlo, como había hecho cada vez que lo recordaba. Pero eso no podía evitar que siguiera sintiendo miedo. No se fiaba de él. Lo había visto en su mirada.

—A veces, un disgusto puede hacer que la leche se corte —aseguró la señora Nicolasa sin apartar la vista de ella, como si intuyera que le estaba mintiendo. Metió uno de sus rojizos y gordezuelos dedos en la boquita de su nieta y eso pareció calmarla un tanto—. En algunas ocasiones, cuando el malestar se pasa, vuelve la leche, otras, se corta para siempre. Veremos en los próximos días qué ocurre.

«¡Yo tengo la culpa!», pensó Elisa. El encuentro la había dejado muy asustada. «¡Dios mío! Pobre Inés.»

—Si hay algo que te preocupe, puedes contármelo, criatura. Los problemas compartidos, son menos problemas —aseguró la mujer, comprensiva. Sus mofletes, brillantes como manzanas, se tensaron cuando la mujer sonrió.

Estuvo tentada de hacerlo. Exponerle la cruda verdad sobre su vida, los motivos por los que huyó de su casa, lo sucedido con el señor Ricardo. Quería contárselo todo. Desahogar su alma, pero ¿y si al saber la verdad, la despreciaba? ¿Y si cuando le dijera que no era una respetable viuda, que nunca se había casado y que su hijito muerto era un niño ilegítimo, la echaba del caserío?

Se vería obligada a marcharse, no solo de aquella propiedad, sino de San Sebastián. Nadie querría alquilarle un sitio a una mujer con la reputación manchada. Y lo peor no sería eso, sino descubrir el desprecio de aquellas personas que la habían acogido sin reservas en su casa y a las que había tomado tanto cariño.

¡No! Pese a que sus padres se avergonzarían de tener por hija a una mentirosa. No podía correr ese riesgo.

—No me preocupa otra cosa que el bienestar de Inés —susurró sin mirarla. No era mentira, pero tampoco era cierto del todo. Se estaba convirtiendo en una experta en contar mentiras.

La señora Nicolasa suspiró. Elisa estaba segura de que había sido un suspiro de decepción; sin embargo, eso era preferible a lo otro.

—Bueno, en ese caso, criatura —comenzó, pasándole a la niña. Se dirigió a la puerta con una rapidez sorprendente para alguien tan orondo como ella—. Será mejor que le prepare a esta mocita una papilla de harina tostada. —Sonrió a Elisa antes de salir al pasillo—. No queremos que se nos muera de hambre.

—O que tire las vigas abajo con sus berridos —soltó Mateo junto a la puerta—. ¡Vaya pulmones tiene la señorita!

—Pobrecita —susurró Elisa, pesarosa—. Está muerta de hambre y yo no me había dado cuenta.

—Bueno, ya iba siendo hora de empezar con las papillas. Así que no te lles mal rato,

muchacha —aseguró la señora. Luego, volviéndose a su hijo, continuó—: Mateo, habrá que ir al molino a por más harina. Ahora que esta señorita se pasa a la cuchara, necesitaremos más.

—Claro, madre. Ahora mismo voy. Elisa, ¿quieres acompañarme?

—Yo...

—Claro que puede ir —la interrumpió la señora antes de que Elisa pudiera negarse—. Dadme un momento para preparar la papilla y os podréis marchar.

\* \* \*

Claudia, resuelta, caminaba al caserío de los Arana. Hacía unos días que no iba por allí y se le había hecho eterno el tiempo sin ver a Mateo. Además, su madre le había pedido que se pasara a preguntar por los pequeños. Tenía la excusa perfecta para acercarse. Tal vez, Elisa y ella pudieran salir a pasear un rato. El día invitaba a disfrutar del buen tiempo y del despertar de la primavera.

Se había cepillado el pelo hasta bruñirlo y ahora brillaba al sol como el cuero bien lustrado. A ver si el tonto de Mateo se daba cuenta. Aunque, como siempre, él seguía ignorándola. Salvo cuando la insultaba y la trataba como a una niña.

Inspiró con fuerza al acordarse del último encuentro y apretó los puños, dispuesta a presentar batalla en cuanto él le diera motivos. No iba a dejarse tratar cual mocosa atolondrada. Debía fijarse de una vez en ella y verla como lo que era: una mujer y no una niña.

«¡Te fijarás en mí, aunque sea lo último que haga!»

Con rictus de determinación en la cara, continuó descendiendo la ladera para llegar al caserío lo antes posible. Su oscuro pelo balanceándose hasta la cintura como una cortina de seda.

Joseph, en un vano intento por ordenar sus pensamientos y sus sentimientos, organizaba la ya ordenada fragua.

Cansado de dar vueltas por el recinto, decidió ir al prado para visitar a las yeguas. Deseaba comprobar que estuvieran bien. Se acercaba la época del celo y quería estar atento para llevarlas al semental en el momento apropiado. Sería estupendo si ese año se quedaban todas preñadas.

Al llegar a la cerca, Perla, la yegua de Elisa, se acercó trotando junto a las otras. Ya no recelaba al verlo y se dejaba mimar como las demás. Le ofreció su blanca testuz y resopló contenta cuando Joseph se la acarició de arriba abajo.

En aquel momento, recordó que debería hablar con su dueña. Muchos llevaban sus monturas al Nuevo Mundo, pero era un viaje estresante para los animales, y no todos conseguían terminarlo. Sería una pena que un ejemplar tan valioso como era esa yegua pereciera en alta mar.

«También ella puede morir en medio del Océano.» Imaginarlo lo estremeció por dentro. Aunque, de salirse su hermano con la suya, no habría peligro de que eso pudiera suceder.

Por algún motivo desconocido, la idea de que Mateo consiguiera casarse con Elisa no le gustaba nada de nada. Era más, le puso de un humor un tanto oscuro. Perla se apartó con las orejas hacia atrás, mostrando el blanco de los ojos. Había percibido su estado de ánimo y se había asustado. La vio alejarse, temblorosos los músculos.

Molesto por su comportamiento, apoyó los codos en la cerca, bajado la cabeza hasta sujetarla entre las manos, antes de cerrar con fuerza los ojos. Estaba siendo tan intransigente como el perro del hortelano. Si Mateo quería cortejarla, él no debería oponerse ni poner ningún impedimento.

«¡No me gusta!», bramó por dentro. «Elisa no es para él.»

*¿Lo es para ti?*, susurró una voz en su cabeza.

La pregunta no contribuía a que su malestar se calmara. En todo caso lo exacerbó. Sin abrir los ojos dio una patada a la madera. Luego, se apretó las sienes, como si de ese modo pudiera arrancar la imagen de Elisa de su cabeza. Su imagen y las extrañas cosas que le hacía sentir.

«No es justo para Luisa», se dijo, pensando en su esposa.

*Luisa está muerta*, volvió a susurrar su conciencia. *Y tú estás vivo*.

Notó un tirón de pelo en la coronilla y abrió los ojos. Perla había vuelto y quería jugar con su pelo. Retomó sus caricias y esta vez controló su mal genio para no repelerla.

Al mirar al suelo descubrió que la hierba junto a la cerca estaba salpicada por flores silvestres

que comenzaban a despuntar, presagiando la primavera en puertas.

Antes de pensarlo siquiera, ya se había agachado para arrancarlas una a una hasta formar un ramillete multicolor que ató con un tallo de hierba. Recordó las muchas veces que había hecho eso mismo para llevárselo a Luisa. Solo que esta vez no lo había cogido pensando en ella, sino en Elisa.

¿En qué momento sus pensamientos habían dado ese giro? ¿En qué instante la nodriza de su hija se había metido en su mente hasta el punto de casi olvidarse de su mujer?

Estuvo a punto de tirar el ramo como si fuera una ofensa, algo envenenado. ¿Qué pensaría la propia Elisa si se lo entregaba? ¿Creería que estaba cortejándola? Y su familia, ¿lo pensaría también?

—¡No estoy cortejando a nadie! —masculló, molesto por los derroteros que estaban tomando sus pensamientos.

Miró el ramo en cuestión, como si él tuviera todas las respuestas.

—No es para cortejarla —se repitió antes de pasarse la mano libre por el pelo, indeciso entre qué hacer con el ramo—. Puede llevarlo a la tumba de su hijo.

Eso sería menos comprometedor. Algo inocuo. Al fin y al cabo, era una pena que las flores se marchitaran después de haberlas arrancado de la tierra.

Más tranquilo, echó a andar hacia el caserío. El galgo, que hasta ese momento se había dedicado a perseguir mariposas, lo siguió durante un rato. Al momento, lo rebasó y continuó trotando hasta una figura que subía la ladera a toda velocidad.

Joseph reconoció a su cuñada y le extrañaron sus prisas. Aceleró sus zancadas para alcanzarla. Notó que a ella le temblaban los hombros, como si estuviera llorando. Olvidando sus propias tribulaciones, aceleró para alcanzarla.

—Claudia, ¿qué ocurre? —preguntó al llegar junto a ella y ver la tristeza reflejada en su cara—. ¿Ha pasado algo malo?

—No-no —tartamudeó la muchacha; los ojos le brillaban, cuajados de lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

A Joseph el corazón le dio un vuelco al verla tan abatida.

—¿Qué te ha pasado, criatura? ¿Estás bien? —Trató de abrazarla, pero ella se revolvió y se separó de él como un latigazo.

—¡No-no soy u-una cria-criatu-tura! —gritó, sollozando.

Joseph no entendía nada. Nunca había visto a su cuñada tan triste y tan enfadada a la vez. Con cuidado y ternura, trató de acercarse, del mismo modo que hacía con las yeguas para no espantarlas. La abrazó despacio, con suavidad. Solo cuando estuvo seguro de que no iba a revolverse de nuevo, volvió a hablar:

—Dime, muchacha, ¿qué ha sucedido? —susurró.

—Se-se ha ido —murmuró; la cara pegada a su pecho.

—¿Quién?

—¡Mateo! —gritó, separándose de él para limpiarse las lágrimas de un manotazo.

«¿Mateo?», pensó Joseph, sin entender nada. «¿Qué pasa ahora con mi hermano?»

—Se han ido. Les he visto —aseguró, pasando a la furia—. Mateo y Elisa. La señora Nicolasa me lo ha dicho. Se han ido a comprar harina al molino. —Por un momento y antes de terminar de escuchar las palabras de Claudia, sintió que la bilis le subía a la garganta. ¡Se habían ido! ¡Juntos! Solo cuando «que habían ido a comprar harina al molino» penetró en su frenética mente, pudo respirar tranquilo.

No le gustó ni un poco que su hermano y Elisa se hubieran ido solos, pero no podía hacer nada. Dejando a un lado sus propios sinsabores, se centró en los de su cuñada.

—¿Y? —indagó, más tranquilo, sin comprender qué problema tenía con eso Claudia.

—¡Que yo... que yo...! ¡Es igual! No importa —balbuceó, dándose la vuelta y reanudando su caminata ladera arriba—. Es un idiota.

—¿Quién es un idiota? ¿Mateo? —Empezaba a vislumbrar una idea de lo que podría estar pasándole a la joven.

Recordó de pronto haberla visto con Luisa; las cabezas juntas, como si tramaran algo. La sonrisa de complicidad de su esposa.

Lo vio claro. Casi sonrió al comprenderlo, pero se frenó a tiempo. Dio un par de zancadas, alcanzó a su cuñada y la tomó del brazo para detenerla.

—¿Te gusta Mateo? ¿Estás enamorada de él? —inquirió sin preámbulos.

—¿Yo? ¿Qué-qué tontería es-es esa? —musitó. Tenía las mejillas sonrojadas.

—No se me ocurre otro motivo por el que estuvieras tan molesta. —La miró, buscando confirmación, pero Claudia mantuvo la cara vuelta—. Recuerdo que pasabais mucho rato cuchicheando Luisa y tú. ¿Ella lo sabía? —susurró con pena, soltándole el brazo.

Su cuñada asintió con la cabeza y luego miró al suelo; caídos los hombros.

—Me iba a ayudar para conquistarlo. Estaba convencida de que haríamos muy buena pareja. — Hablaba en un tono tan apagado que costaba entenderla.

No tuvo ningún problema en imaginar a su esposa intrigando con su hermana para que pudiera conquistar a Mateo. Ahora entendía esas miradas, esas sonrisas, cuando hablaban. El sonrojo de Claudia cuando coincidía con su hermano o las discusiones en las que últimamente se enzarzaban los dos.

¿Lo sabría Mateo? No. Seguía viéndola como una niña.

Pero su querida cuñadita había crecido y ya era una joven casadera. Él también había pensado que hacían buena pareja.

—¿Me acompañas al cementerio a llevar estas flores a Luisa? —preguntó, mostrándole el ramo

un tanto mustio—. Y por el camino me cuentas lo que teníais pensado tu hermana y tú para conquistar a Mateo.

La sonrisa sincera y llena de esperanza de Claudia lo reconfortó por dentro. Quizá él pudiera llevar a cabo lo que su amada esposa había ideado.

—¿Me ayudarías, Joseph?

—Si estás tan loca como para enamorarte del tonto de mi hermano... ¿Quién soy yo para impedirlo? —La provocó.

—¡No es tonto! Aunque a veces se comporte como tal, no lo es —protestó con vehemencia—. Y no me negarás que es muy guapo y trabajador y le gustan los niños y...

—Vale, vale —la frenó, sonriendo—. Ya lo he comprendido. Él es perfecto —dijo antes de pasarle el brazo por los hombros y darle un cariñoso y rápido apretón—. Anda, muchacha, vamos a por las yeguas antes de que las flores se echen a perder.

—Joseph, ¿crees que conseguiré que Mateo se fije en mí? —preguntó mientras bajaban hasta la cerca.

—Haremos lo posible para que eso suceda. Y si tarda demasiado, le daré una buena colleja para que abra los ojos y te vea.

Lo dijo en serio. Convencido de que Claudia podría hacer muy feliz a su hermano.

—Gracias, Joseph —musitó, con una sonrisa de oreja a oreja. Se secó las lágrimas con rapidez—. Sé que no debería estar celosa de Elisa...

—¿Qué te hace pensar tal cosa? —preguntó antes de pensarlo siquiera.

—Ella no está enamorada de él.

No añadió más, pero a Joseph le bastaba.

«Elisa no está enamorada de Mateo.» Intentó no sonreír como un idiota.



—¿Me estáis pidiendo que deje de buscar a la señorita Elisa para dedicarme a encontrar a la yegua? —inquirió don Pablo, apoyando los codos sobre el escritorio antes de juntar las yemas de los dedos a modo de campanario y mirar, con aire severo, por encima de ellas—. ¿Es eso cierto, Lezama?

—A ver, don Pablo, dicho así... —El joven se encogió de hombros y volvió a erguirse ante el alcalde, sin amilanarse—. Estoy seguro de que muchas personas se habrán fijado más en una yegua tan fina que en el propio jinete, señor. Yo soy el primero en reparar antes en las monturas. Me gustan los caballos.

Don Pablo, meditabundo, se mordisqueó el interior del carrillo, mientras pensaba en esa posibilidad. Quizá no estuviera tan equivocado. El muchacho de Arcaya había comentado que se fijó en el animal y no en la señorita. Una yegua árabe no pasaba desapercibida tan fácilmente.

—Se supone, Lezama, que ya han preguntado a la vez que lo hacían por la señorita.

—Sí, pero tal vez si ahora se pregunta solo por el animal, se descubra algo más. Es muy posible que la joven señorita haya tratado de venderlo para sacarse unos buenos dineros.

—Sí, es posible.

Pensar en el animal le trajo un recuerdo de don Juan. Venía de hacer una visita al albéitar que vivía a las afueras de Vitoria. Llegaba exultante ante la compra de una yegua para su adorada hija. Era la primera vez que lo veía tan contento desde el fallecimiento de doña María. Y, sobre todo, desde su boda con la señora Gertrudis.

—¡Me ha mentido! —barbotó el alcalde, dando un golpe en la mesa, ante el estupor de Lezama—. ¡Por las reliquias sagradas!

—Perdonad, señor alcalde. ¿En qué os he mentido? —se atrevió a preguntar. Temblorosa la voz.

—No, tranquilo. —Sacudió la mano como si espantara moscas—. No es por vos. Acabo de recordar algo. En un momento redactaré una nota. Luego se la hacéis llegar a los hombres que están buscando a la señorita Elisa. Podéis marcharos.

El joven salió del despacho y cerró la puerta con suavidad.

—¡Maldita mujer! —siseó entre dientes a la vez que miraba en su cuaderno de notas. Pasó varias páginas hasta dar con lo que buscaba—. ¡Aquí está! «La yegua es propiedad de la señora

Gertrudis; regalo de su anterior esposo, don Juan.» —Leyó en voz alta—. Nada de eso, señora. Nada de eso.

Tomó la pluma y escribió a un costado: «Don Juan regaló la yegua árabe a su hija poco antes de morir».

Por un momento pensó en mandar llamar a la prima de su esposa para preguntarle por ese particular, pero luego lo pensó mejor y decidió no decirle nada.

«¿En cuántas cosas me habrá mentido esa histriónica mujer?»

Si antes no se fiaba de ella, ahora, a la luz de ese recuerdo, lo haría aún menos.

Sin embargo, que la creyera en mayor o menor medida no ayudaba a encontrar a la muchacha desaparecida desde hacía casi cuatro meses atrás. Tal vez, la búsqueda de la yegua arrojará más luz sobre ese caso que empezaba a atragantársele.

Necesitaba saber dónde estaba la joven para tratar de esclarecer qué había pasado con el señor Cristóbal. Seguía sin tener otro sospechoso del asesinato. Nadie había visto nada. Los poseedores de los pagarés por las deudas de juego tenían coartada para ese día a esas horas. Varias personas daban fe del lugar donde se encontraban. Por ese lado no había por dónde tirar.

Volvió a repasar el cuaderno que, de tan manoseado, se le empezaban a abarquillar las puntas de las hojas. Estaba convencido de que, entre aquellas palabras garabateadas con su letra impaciente, estaba la clave de lo sucedido. Pero por más que releía, no la encontraba.

Quizá las nuevas pesquisas les trajeran una información más aclaratoria. Esperaba que la joven no hubiera vendido la yegua, de ese modo, una vez encontrada una, hallarían a la otra.

La señorita Elisa, fuera o no culpable de asesinato, era la clave de todo ese embrollo.

Se levantó del sillón para comenzar a pasearse por el despacho. Unidas las manos en la espalda; gacha la cabeza.

—Si al menos, Salazar hubiera conseguido más información de las prostitutas...

Por ese lado, habían llegado a un callejón sin salida. Ninguna parecía dispuesta a hablar. Aunque Salazar seguía indagando, convencido de que acabaría por dar con una sin miedo a la dueña o nada que perder.

Don Pablo confiaba en su hombre. Le había dado sobradas muestras de ser concienzudo y tenaz cuando se trataba de investigar algo. Si había algo turbio en el pasado del señor Cristóbal, él lo encontraría.

—Tiene que haberlo. Nadie mata así sin un motivo muy fuerte. Es un crimen demasiado sanguinario; demasiado pasional para un simple robo. Y ¿por qué?, ¿por qué lo mataron de ese modo?

Una vez que diera con el motivo, encontrar al culpable sería más fácil. O, al menos, eso esperaba.

—Nunca había visto un molino de mareas —aseguró Elisa cuando se alejaban del edificio—. Es un sistema muy curioso.

—Sí. Con la marea alta se llena de agua la explanada trasera, que hace de depósito, y luego se utiliza para mover los contrapesos que tiene dentro —explicó Mateo, al tiempo que conducía la yunta para sortear un socavón en el camino—. Dentro de poco empezarán a regresar los barcos... —calló un momento—. ¿Te marcharás en el primero que parta?

—Sí —murmuró, mirando al fondo del camino—. Esa es mi intención.

—¿No te has planteado quedarte más tiempo?

«Si hubiera seguido teniendo leche para Inés, sí, pero ahora no tengo ningún motivo para quedarme», pensó, tratando de que la imagen de Joseph no se colara en su mente, sin lograrlo. «Ninguna excusa para hacerlo.»

—No. Prefiero llegar cuanto antes a Venezuela y empezar a buscar trabajo allí —respondió en cambio. Esperaba que no se notara su pena por alejarse de esas tierras y sus gentes. Por dejar atrás a Inés y a Yñigo.

*Ya Joseph, le recordó una voz en su cabeza. No te olvides de él.*

—¿Y si encontraras un marido aquí?

—No quiero casarme —aseguró con rapidez. Luego se dio cuenta del error y rectificó—: *Volver a casarme.*

—Entiendo.

«No lo creo», pensó Elisa; sin embargo, prefirió no decir nada y dejar que Mateo dedujese lo que quisiera.

—Perdona. Había olvidado que eres viuda reciente y... —Sofrenó a los caballos para que aminorasen el paso. Elisa lo observó; estaba un poco colorado y no la miraba de frente—. Me da pena que estés sola. Serías una buena madre. Pocas mujeres hubieran hecho lo que tú con mis sobrinos. Yo me he fijado en ti y...

«¡Oh, no!»

—Aún sigo enamorada de mi esposo —mintió a toda velocidad para evitar lo que intuía estaba a punto de decir Mateo—. No quiero volver a casarme.

—Entiendo —repitió el joven, mirando a todos lados menos a ella. Se rebulló en el pescante,

como si no se pudiera estar quieto. Sus pecas destacaban como las salpicaduras de agua en piedra seca.

—Lo siento, Mateo.

—No tienes que disculparte por nada, Elisa. —La miró por fin y le dedicó una sonrisa sincera—. En todo caso, ese sería mi deber, por ponerte en un aprieto.

—No hay aprieto. Eres un buen hombre y estoy segura de que hay una mujer especial para ti. — Pensó en Claudia—. Tal vez no te has dado cuenta aún.

—Quizá —murmuró sin comprometerse.

Durante un rato siguieron el camino sin decir nada. Cada uno sumido en sus meditaciones. Esperaba que Mateo no se tomara a mal su rechazo. Estaba convencida de que no estaba enamorado de ella y tan solo buscaba una esposa sin pararse a pensar en nada más.

Se preguntó si su hermano estaba al tanto de sus intenciones y qué pensaría sobre eso.

«Le dará igual», se dijo y suspiró un tanto molesta. «¿Por qué iba a ser de otro modo?»

—¡Anda! ¿Qué harán estos dos por aquí? —La pregunta de Mateo hizo que levantara la cabeza y abandonara sus funestos pensamientos.

Por el cruce del camino al caserío venían Joseph y Claudia. Los vio detener sus monturas a la espera de que ellos se acercaran. Su corazón comenzó a latir desahogado. Joseph los miraba serio, con el ceño un poco fruncido.

«No es ninguna novedad.»

Elisa trató de no quedarse mirando como una tonta el modo en que el sol hacía brillar el rojo de su pelo, o cómo cambiaba el matiz azul de sus ojos según incidía la luz en ellos. Le molestaba que fuera Claudia y no ella quien lo acompañara. Era como una broma, pues seguro que la joven pensaba lo mismo de ella y Mateo.

—Buen día, Claudia... hermano... —saludó Mateo, inclinando la cabeza—. ¿Qué os trae por aquí?

—Hemos ido a llevar flores a Luisa —masculló Joseph, tras saludarles con una leve inclinación de cabeza. Parecía molesto—. Ya regresábamos.

Nadie dijo nada mientras retomaban el camino al caserío. Los jinetes delante y el carro detrás.

—¿Conocías los molinos de mareas? —La pregunta de Claudia rompió el tenso silencio. Se volvió un poco para mirar atrás.

—No. Nunca los había visto —se apresuró a responder, agradecida de que alguien hablara—. Es ingenioso.

—Por aquí hay unos cuantos —continuó la joven. Se cogió un mechón de su oscuro cabello y comenzó a retorcerlo con ligereza. Echó un vistazo a su espalda otra vez—. Elisa, había ido al caserío a buscarte, por si querías que paseáramos un rato.

—Vaya, lo siento mucho, Claudia. De haberlo sabido...

—No importa. Otro día iremos... —aseguró la muchacha, dejando a un lado el mechón—. Podríamos acercarnos a San Sebastián —musitó con picardía. Esta vez sí echó un rápido vistazo a Mateo.

—¿Las dos solas? —indagó él con sequedad.

—Sí, ¿por qué no? —La barbilla alzada de Claudia no presagiaba nada bueno.

—No me parece bien. —Azuzó a los caballos.

—Lo que a ti te parezca o deje de parecerle no tiene importancia. Si mi madre me da permiso, no es asunto tuyo —le contestó Claudia muy digna. Dejó que su montura se pusiera al lado del carro. Su cabeza estaba casi a la altura de la de Mateo.

—Pues no creo que a tu hermano le parezca bien que su hermanita pequeña...

No le dio tiempo a terminar. El empujón estuvo a punto de tirarlo del carro.

—¡Eh! ¿Te has vuelto loca, mocosa? —masculló; llameantes los ojos—. Casi me tiras.

—¡No me llames mocosa! ¡Cabeza de panocha! —gritó la joven, de pie en los estribos; dispuesta a presentar batalla.

—¡Deja mi pelo en paz! —Sus azulados ojos echaban chispas. Sus pecas volvían a resaltar con fuerza.

—Pues no te metas conmigo.

Elisa les contempló asombrada, parecían dos contendientes a punto de liarse a mamporros.

«¿Qué les pasa a estos dos?»

No lo entendía. Claudia le había confesado que estaba enamorada de Mateo, ¿por qué estaban siempre discutiendo?, ¿por qué buscaban una simple excusa para liarse a voces?

Miró de reojo a Joseph y al ver que él también la miraba con la misma cara de estupor que ponía Yñigo cuando no entendía algo, soltó una carcajada. El hombre primero sonrió de medio lado y después terminó riendo, desinhibido. Oírle la calentó por dentro. Era como tener un sol enorme en el interior del cuerpo. Tenía una risa masculina y profunda. Le gustaba.

Le gustaba demasiado.

Claudia y Mateo les observaron con cara aún beligerante, pero al momento, al volver a mirarse, empezaron a reírse del mismo modo.

Por suerte el camino estaba desierto. Cualquiera persona que les hubiera visto carcajearse así los habría tildado de locos. A Elisa le dolía el costado bajo el corpiño de tanto reír. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien.

Después de un rato, las carcajadas fueron bajando de tono, pero solo hacía falta que se mirasen para empezar de nuevo. Tardaron un rato en sosegarlo lo suficiente como para aguantar las risas.

Claudia volvió a acomodarse en la silla, sonrojada. Brillantes los ojos. Se tocó las mejillas con el dorso de las manos, como si quisiera que perdieran el rubor.

—Perdona por lo de cabeza de panocha. En realidad, me gusta el color de tu pelo —confesó,

casi con la barbilla pegada al pecho.

—¿Ah, sí? —Mateo la miró con sorpresa, se ruborizó y se tocó el cabello en cuestión—. Gracias, mocosa. —Por una vez, ese epíteto no sonó peyorativo, sino cariñoso.

El sonrojo de los dos aumentó varios tonos más y terminaron por volver la cara a lados opuestos, de pronto, muy interesados en el tejido de sus respectivas casacas.

Elisa miró a Joseph y le descubrió contemplándola, pero los dos apartaron la vista con rapidez.

—Será mejor continuar el camino —barbotó Joseph. Chascó la lengua para que su yegua emprendiera la marcha—. Hay cosas que hacer. —Su voz tenía un matiz extraño. Como falto de seguridad.

Elisa y Mateo siguieron a sus acompañantes en completo silencio. Ella, con el corazón aún acelerado, se colocó mejor las faldas para mantener las manos ocupadas y pensar en otra cosa. Él con el ceño un poco fruncido, como si estuviera dilucidando qué acababa de suceder.

El aire de mediados de marzo seguía siendo fresco, pero el sol conseguía templar el ambiente. Elisa acababa de recoger la colada y estaba doblándola junto a la puerta del caserío. Mientras, Yñigo, sentado a la mesa de la cocina, hacía sumas y restas en el pizarrín, concentrado en no contar con los dedos, tal y como ella le había pedido. Como no le gustaba demasiado permanecer allí dentro sin poder salir a correr por la hierba, estaba dispuesto a realizar esa tarea lo antes posible.

Había pasado algo más de una semana desde que Elisa se encontró con el señor Ricardo, y desde entonces había evitado alejarse de los alrededores del caserío por temor a volver a tropezar con él. El miedo sentido le había pasado factura a modo de pesadillas. Hasta el punto de temer que llegara la hora de acostarse. Por suerte, la noche anterior había conseguido dormir sin sobresaltos hasta el alba y hoy, por primera vez en los últimos días, se encontraba más descansada. Dobló la camisola, sonriendo al imaginar que la crisis había pasado.

Inés dormía en su cesto junto a la puerta. Pronto sería necesario ponerla en uno más grande. Con lo que había crecido, ese le quedaba pequeño y, puesto que comenzaba a moverse demasiado, podría volcarlo.

Como si su pensamiento la hubiera conjurado, vio llegar a Blanca con una enorme cesta de mimbre apoyada en la cadera. Era ovalada y muy profunda, pero con el entramado abierto desde la mitad hacia arriba. Juana la seguía, dando saltos entre las flores, que comenzaban a alzarse por los pastos. Sus trenzas bailoteaban al compás.

—Buen día, Elisa. —Sin esperar respuesta, continuó hablando—: Te traigo la cuna de Juana.

—Hola, Elisa —saludó la propia Juana antes de entrar corriendo en la cocina. Al momento la oyeron contarle a su primo lo que habían traído.

—Ya es hora de que Inés la pruebe, no podemos correr el riesgo de que esta señorita se caiga de su cesta —siguió diciendo Blanca.

—¡Es enorme! —aseguró Elisa.

—Está pensada para que pueda ponerse de pie y mire por los agujeros. En un par de meses podrá hacerlo. Estará entretenida sin peligro. La construyó mi marido para nuestra hija. —Sonrió con cariño—. Se le ocurrió hacerla así para que yo pudiera tenerla más controlada mientras hacía las tareas.

—Precisamente estaba pensando que la suya le queda pequeña y...

—Sí. Yo me di cuenta el otro día. —Rio al dejar la cuna en el suelo y tomar con cuidado a su sobrina en brazos—. Esta señorita está creciendo muy rápido. Cuando nos queramos dar cuenta, empezará a gatear y luego no habrá quien la pare.

Elisa calculó con melancolía que ella ya no estaría por allí cuando eso ocurriera. Nunca la vería andar, ni decir sus primeras palabras.

«Debes empezar a hacerte a la idea.»

Antes de seguir entristeciéndose, dejó la camisola doblada junto al resto de las prendas y las recogió para meterlas en la casa. Blanca ya había entrado con la niña en el caserío.

—Buen día —saludó Joseph al llegar hasta ella. No lo había visto acercarse. Llevaba, en un gesto habitual en él, la chaqueta sujeta de un dedo al hombro. La desconcertó el ramo de flores silvestres en la otra mano. Parecía un poco cohibido cuando sus ojos se encontraron—. Os he traído... unas flores.

Lo miró sin decidirse a tomarlas. Nunca le había regalado flores. ¿Qué podía significar eso?

—¿Para mí? —se atrevió a preguntar, emocionada, abrazando la ropa.

Algo en su semblante le hizo fruncir el ceño.

—¡No! —Ante el parpadeo confundido de Elisa, repitió más suave—: No. Yo... las he traído por si queréis llevarlas a la tumba de vuestro hijo.

Ella notó que el corazón daba un vuelco mortal. Que le hubiera llevado flores para ella habría sido un detalle, pero que lo hiciera para la tumba de su hijito fallecido, era...

«¡Ay, Dios mío!»

Se le saltaron las lágrimas sin poder hacer nada para evitarlo. Enterró la cara en la ropa calentada por el sol y rompió a llorar. No solo lloraba por la muerte de su hijo o por la amabilidad mostrada; lloraba porque acababa de descubrir que se había enamorado de Joseph y no había futuro en ese sentimiento. En unas semanas, a lo sumo un mes, ella estaría en un barco rumbo al Nuevo Mundo. Quedarse en San Sebastián era imposible y peligroso.

—Lo siento. No creí que fuera a afectaros tanto. —Joseph miró el ramo que aún tenía en la mano.

—No. No os disculpéis —musitó cuando fue capaz de hablar. Se secó los ojos con una esquina del mandil antes de mirarlo—. Vos no tenéis la culpa. ¿Seríais tan amable de enseñarme dónde está enterrado mi hijo?

—Por supuesto. Me he atrevido a ensillar vuestra yegua y mi caballo para acercaros. —Una tímida sonrisa empezó a vislumbrarse en su cara.

«¿Por qué tiene que ser tan guapo? ¿Por qué he tenido que enamorarme de él?»

—En... en ese caso, voy a guardar esta ropa y a adecentarme un poco —murmuró antes de entrar.



\* \* \*

Joseph sopló el serrín de la madera que había estado tallando y asintió satisfecho con el resultado. Miró a Elisa; la vio ponerse en pie y sacudir las hojas de la falda. Había estado un buen rato rezando o hablando, él no sabría decir qué, pues se había alejado un poco para darle privacidad, mientras tallaba y desde su posición solo podía ver que ella movía los labios. También había llorado. Y él, como ese mismo día a la puerta del caserío, hubiera querido acercarse y abrazarla para consolar su pena, pero al igual que antes, tampoco había hecho nada.

No se atrevía. No, con esa amalgama de sentimientos que empezaba a despertar en él. Si la abrazaba, no solo sería por el mero consuelo. Temía lo que tenerla entre los brazos pudiera provocar. Porque no iba a ser algo inocente. El hormigueo de sus dedos o el batir de su corazón se lo estaban anunciando.

La deseaba. Así de simple.

Y así de complicado.

Anhelaba rozar su pelo allí donde se rizaba junto a la nuca. O besar aquellos labios, que sonreían con tanta ternura a Yñigo o a Inés. No podía recordar la redondez de su pecho sin excitarse como nunca antes lo había hecho.

Ahora, al rememorar el incidente del lazo con el potro de Miguel Mendía y las palabras que su amigo, Adolfo Urbietta, le dijera tantos años atrás, por fin comprendía aquella desazón de la que ellos hablaban. Aquel fuego consumiendo las entrañas por el deseo insatisfecho.

Ese acaloramiento lo hacía sentir culpable. Su querida Luisa jamás lo había despertado. No en ese grado. Nunca tan intenso. Tan abrasador.

—Muchas gracias por traerme. Hace unos días pensé en venir, pero... —Las palabras de Elisa lo sacaron de sus reflexiones—. No sabía dónde estaba en realidad.

Tenía los ojos rojos, los párpados hinchados y la punta de la nariz colorada.

Estaba bellísima.

—He visto que habéis puesto piedras sobre...

—No quería que las alimañas escarbaran —argumentó incapaz de añadir nada más.

Las había colocado unos días después de enterrarlo, cuando recordó que en esas fechas los animales andarían buscando sustento para aguantar el frío.

—Muchas gracias, señor Joseph.

Trató de no mirarla, pues corría el riesgo de quedar prendado de aquellos ojos verdes. Se limitó a cabecear y le entregó la madera que había estado tallando.

—Veintiuno de noviembre de mil setecientos treinta —leyó ella con voz entrecortada—. ¡Oh, Virgen Blanca! —Se llevó una mano a la boca.

—Si me decís el nombre que teníais pensado ponerle, se lo tallaré también. —Tragó en seco.

—Juan —musitó, haciendo esfuerzos para no volver a llorar—. Como... mi padre. —Regresó a la tumba y se dejó caer de rodillas, como un rato antes.

Joseph volvió la vista a la madera y empezó a tallar el nombre con dedos no tan firmes como hubiera deseado. No tardó en acabarlo. Incluso dibujó una tosca estela funeraria a un lado. Una vez satisfecho con el resultado, se acercó a Elisa y con firmeza ancló el madero a la cabecera de la sepultura. Ahora ya no era una tumba sin nombre.

Elisa se besó la punta de los dedos y con delicadeza resiguió los bajorrelieves que formaban los números y el nombre de su hijo. Despacio, como si no quisiera hacerlo, se puso en pie antes de mirarlo directamente a los ojos.

«¡Ay, Dios! Un hombre podría perderse en ellos para siempre.»

—No sabéis cuánto os lo agradezco —susurró entre lágrimas—. Es... es el mayor regalo que... que podríais hacerme.

Abandonando todo control, Joseph la atrajo hacia él para abrazarla. No podía seguir fingiendo ser inmune a su dolor. Ella se dejó hacer; apoyada la cara contra la pechera de la casaca, sin dejar de llorar. Se estremecía, aferrada a él.

Joseph la sentía menuda entre sus brazos. Delicada y dolorosamente deseable. Era un degenerado por anhelarla de ese modo a los pies de la tumba de su hijo. Pero se moría de ganas de tenerla así, entre los brazos. Cerró los ojos para disfrutar de aquel momento, de aquella ternura. Aspiró el aroma floral de su pelo; la tibieza que escapaba bajo el chal de lana con el que se cubría los hombros.

«¡Contrólate!», se dijo a sí mismo e intentó separarse.

Ella alzó la cabeza y lo miró. Sus ojos verdes, inmensos y hechiceros, lo atrajeron con fuerza. Su boca, entreabierta, lo dejó sin aliento.

«¡Señor del Cielo, ayúdame!», gimió por dentro. «¡Solo soy un hombre!»

Deseaba besarla. Sentir el sabor de sus labios. Sin darse cuenta, se fue acercando, lentamente. Elisa no se retiró.

Él rezó por que lo hiciera.

Y con la misma intensidad por que no se apartara.

Cuando la vio cerrar los ojos, salvó la distancia sin demora.

Sus labios eran cálidos y turgentes. Salobres por las lágrimas derramadas. Los probó despacio; con la delicadeza del roce de una pluma. Notó su temblor. O, ¿acaso era él quién temblaba? Aún sorprendido de haber llegado a ese punto, introdujo la punta de la lengua y ella se retiró como un resorte. Había confusión en su mirada. Después, tan despacio como él un momento antes, Elisa se fue acercando hasta posar sus trémulos labios en los de Joseph, para besarlos con inocencia. Esta vez, ella dejó que su lengua le invadiera la boca, pero sin hacer nada. Como si no supiera besar. Como si nunca antes la hubieran besado de ese modo. ¿Podría ser cierto?

A Joseph el corazón le iba a galope al compás de sus pensamientos. Si él mismo no la hubiera ayudado a traer a su hijo al mundo, deduciría que jamás había estado con un hombre. Era de lo más extraño. De lo más sorprendente. De lo más embriagador. Sin embargo, cuando sintió la lengua de ella que, tímidamente, salía a su encuentro, todo pensamiento racional o irracional desapareció de su cabeza.

La devoró. No había otro modo de describirlo. Saboreó su boca como si del mayor tesoro culinario se tratara. Ella lo abrazó más, se pegó tanto, que no había un resquicio de aire entre sus cuerpos. Lo sujetó por el pelo, como si no quisiera que se separase de ella.

«¡Por el amor de Dios! ¿Quién en su sano juicio querría?»

Joseph dejó que sus manos vagaran por los costados del corpiño hasta llegar a los montículos de un pecho. Su tacto, a través de las capas de ropa, lo hizo enloquecer. Se separó lo suficiente para besarle el cuello, allí donde latía el pulso tan alocado como el suyo propio. Descendió por el escote, paladeando cada punto de aquella piel blanca y suave como la seda. Soltar el lazo que cerraba el corpiño no fue complicado y una vez hecho...

El chillido de un halcón en el cielo le hizo tomar conciencia de dónde estaba y lo que pretendía hacer. Dio un paso atrás para separarse de Elisa y poner algo de cordura a un comportamiento muy alejado de ese punto.

Respiraba como un caballo desbocado. Ella le dio la espalda; temblaba. La piel de su nuca estaba al rojo vivo. Imaginó que el rubor cubriría su dulce cara del mismo modo que el cuello. Estaba abochornada y no podía culparla.

«¿Pretendías hacerle el amor al lado del Camino de Hernani?», se reprochó. «¿Estás loco? ¿En qué estabas pensando? ¡Cualquiera podría veros!»

Tenía veintiocho años, no era un muchachito imberbe para comportarse de ese modo. Parecía un garañón frente a una hembra en celo.

Se sentía avergonzado, sí, pero a la vez, nunca había estado tan excitado en su vida. Jamás la necesidad de fundirse con alguien había sido tan poderosa y tan difícil de controlar.

Elisa, con dedos temblorosos, volvió a anudarse el lazo del corpiño. Aún sentía los labios de Joseph en los suyos; calientes, abrasadores... Sus dedos recorriendo el borde del escote. Recordarlo casi la llevó al borde del desmayo.

Debería sentirse sucia, como tantas veces se había sentido cuando el señor Cristóbal la visitaba en la habitación y la obligaba a hacer... Cerró los ojos con fuerza para olvidar aquello. No podía manchar las sensaciones tan bellas que acababa de experimentar, con algo obsceno y agresivo ocurrido tiempo atrás. En otra vida.

—Lo siento, Elisa.

La voz ronca y algo abatida de Joseph la obligó a abrir los ojos y volverse para mirarlo. Él bajó la vista al suelo. Seguramente estaba avergonzado por lo ocurrido.

«Pensará que soy una cualquiera», se dijo en silencio.

*Si te comportas como tal...*

«No sé qué me ha pasado.»

Sintió sus cálidos dedos bajo la barbilla y alzó la vista renuente. Joseph la miraba con deseo abrasador mezclado con aturdimiento.

—Siento haberme comportado de este modo. Nunca... —Se pasó la mano por la nuca y se alborotó el pelo. No hacía nada, ella había enredado sus dedos en él. Había comprobado su textura y suavidad—. Nunca me había sentido así. Tan fuera de mí. Te he tratado de una manera abominable. Cualquiera podría habernos visto...

—Yo... yo también tengo parte de... culpa —confesó, bajando los párpados, incapaz de seguir mirándolo. Su turbación se debía más a lo que pudiera pensar de ella, que a lo experimentado un instante antes.

—Mucho me temo que vuestra supuesta culpa no es nada comparada con la mía. —Joseph le acarició la mejilla con ternura; luego, los labios. Abriendo un reguero de fuego allí por donde pasaba sus callosos dedos—. Sois...

El sonido de los cascos de un caballo les obligó a separarse con rapidez. Por el camino llegaba el señor Ricardo Echaniz, erguido en su montura. Elisa gimió por dentro. Ese hombre la despreciaba. Miró su atuendo y se dio cuenta de que el chal estaba en el suelo, junto a la tumba de su hijo. No recordaba en qué momento se le había caído. Se agachó para recogerlo y sacudirle las hojas adheridas a la lana. Tenía la impresión de que en su cara estaba grabado lo sucedido. Y que

ese hombre lo descubriría nada más mirarla. Se arropó con el chal como si de una armadura se tratará.

Él les saludó con sequedad desde lo alto de su caballo.

—Buen día, Ricardo —masculló Joseph, colocándose el sombrero. Elisa imaginó que lo hacía para cubrir con él parte de su cara y ocultar su sonrojo—. Te creía en Segura.

—No, iré mañana. —Miró a Elisa y ella tembló por dentro—. No os imaginaba por aquí.

—Hemos venido a poner flores en la tumba del bebé de la señora Elisa.

El señor Ricardo no dijo nada; se limitó a mirar alrededor. Luego se fijó en los caballos que esperaban atados a la rama de un árbol.

—No sabía que tenías una yegua árabe, Joseph. Es un ejemplar magnífico.

—Lo es, pero no es mía. Pertenece a la señora Elisa.

—Una lástima. Me hubiera gustado tener un potro suyo. Buen día. —Con esas palabras espoleó a su montura.

Elisa no respiró con más tranquilidad hasta no verlo alejarse por el camino. Se obligó a aflojar los dedos, aferrados al chal, y se dio cuenta de que estaban entumecidos por el miedo. Si algo podría alegrarla el día que zarpara, sería alejarse de ese hombre.

\* \* \*

No podía dormir. El sueño la eludía sin remedio. Cada vez que cerraba los ojos recordaba la sensación de estar entre los brazos de Joseph. El calor que desprendía. Su olor a jabón de afeitar. El sabor de sus besos.

Entonces todo el cuerpo le hormigueaba, deseando volver a experimentar todas aquellas placenteras sensaciones. Notaba un latido extraño e inquietante entre las piernas. Sentía los pechos plenos, como cuando aún tenían leche. Los tocó y el placer casi le hizo saltar de la cama.

Con el corazón bombeando a toda velocidad, volvió a acariciarse, con suavidad, con delicadeza, incluso con temor ante lo desconocido...

El sonido de unos pasos en el pasillo la hicieron dejar aquella exploración con rapidez. Ahora los latidos tenían más que ver con el miedo que con el placer. Las pisadas se acercaron hasta su puerta; luego se alejaron, para volver a acercarse un instante después.

Quien anduviera allí fuera no se decidía a entrar.

Elisa aguantó la respiración cuando la puerta comenzó a abrirse muy lentamente, dejando que pasara por el resquicio la tenue luz del candil del pasillo.

Por un momento se vio transportada a su vieja habitación y el terror la llevó a sentarse de golpe en la cama con las rodillas levantadas hasta la barbilla. Los temblores la sacudieron con fuerza.

«¡No estás en la casa de tu padre!», se dijo para tranquilizarse. «No hay ningún peligro.»

La puerta siguió abriéndose hasta llegar a la mitad. Una cabeza pelirroja traspasó el umbral. Era Yñigo quien entraba a hurtadillas. El alivio la dejó sin brío y a punto estuvo de soltar una risita por ser tan miedosa.

—¿Os... os he despertado? —preguntó el niño con un hilo de voz. Él podía verla, pues la luz del pasillo la alumbraba sin problemas. Ella, en cambio, solo veía su contorno y el pelo alborotado como un halo rojo.

—No, cielo. Aún no me había dormido —respondió, más tranquila—. ¿Te ocurre algo?

—He... he tenido una... una pesadilla —murmuró, tembloroso.

—Anda, ven aquí. Te quedarás helado ahí de pie. —Abrió la ropa de cama para hacerle sitio junto a ella.

El niño volvió a cerrar la puerta antes de correr hasta la cama para meterse como una exhalación. Ella ahogó un grito al sentir los pies del chiquillo. ¡Estaba frío como un témpano! El pelo de su nuca aún conservaba la humedad de la transpiración. Tumbada otra vez, lo abrazó para devolverle un poco de calor. El pobre tiritaba como un cachorrito.

—¿Quieres hablar de lo que has soñado?

—Mejor no.

—No pasa nada. No te preocupes.

—¿Os importa que pase la noche aquí?

—Por supuesto que no, cariño.

—He pensado en ir a la habitación de mis abuelos, pero el abuelo ronca y no me deja dormir —confesó el niño, acurrucado.

—Puedes venir siempre que quieras.

Nada más decir esas palabras se dio cuenta de que ya no quedaba mucho tiempo para su marcha.

«¿Y si te quedaras aquí?»

*No digas bobadas. Aquí corres peligro. Podrían dar contigo y luego ¿qué?*

Besó al pequeño en la coronilla y siguió abrazándolo. Quedarse estaba descartado. Siempre viviría con el miedo de que pudieran estar buscándola. Y prefería estar lo más alejada posible del señor Ricardo. Ese hombre le daba miedo.

Partiría con el primer barco que zarpase de San Sebastián, aunque hacerlo la rompiera por dentro. No le quedaba más remedio.

—Elisa. ¿Qué hacéis cuando tenéis pesadillas? —preguntó, pegándose contra ella. Su cuerpecito empezaba a entrar en calor y ya no temblaba.

—Pienso que solo son un sueño, que nada malo puede ocurrirme y se me pasa. —No era tan fácil, pero algo debía decir para tranquilizarlo—. Ahora duérmete. Con el alba, el sueño no te parecerá tan malo.

Guardaron silencio durante un rato. Ella pensó que ya se habría dormido.

—Elisa...

—Dime, tesoro —lo apremió al ver que él volvía a guardar silencio.

—¿Os marcharéis cuando lleguen los barcos? —susurró al fin.

Le hubiera gustado poder decirle que no. Que se quedaría en aquel caserío para siempre. Un lugar donde había sido feliz; donde era feliz. Pero no quería mentirle.

—Sí, cariño.

—¿Y por qué no os quedáis?

—Debo marcharme.

—¿Porque vuestro hijo murió? Pero Inés os quiere mucho y... y... —murmuró algo ininteligible—. Podríais quedaros.

—Yo también os quiero muchísimo a vosotros —murmuró, sin dejar de abrazarlo—. Ahora deberías dormir, pequeño. Mañana estaremos muy cansados.

Si alguna vez creyó que marcharse no sería muy doloroso, ahora comprendía cuán equivocada había estado.

Fuera llovía con ganas. Con tanta fuerza que el exterior parecía cubierto por un tul blanco, meciéndose al capricho del viento.

Dentro del caserío, en la cocina, se estaba caldeado. La señora Nicolasa troceaba un pollo para preparar uno de sus succulentos guisos. El señor Pedro leía un periódico de varios meses atrás que un vecino le había traído, mientras fumaba en pipa y el humo fragante perfumaba la estancia.

Mateo, al lado del hogar, removía las brasas con una barra de hierro. Andaba un poco despistado y en varias ocasiones había dejado caer alguna ascua al suelo.

Yñigo hacía sumas y restas en el pizarrín, por una vez enfrascado en la tarea. En los seis días que habían pasado desde que fuera al dormitorio de Elisa, había vuelto cuatro veces más. Ella no había dicho nada a nadie, pero quería hablarlo con la dueña de la casa para saber con qué frecuencia iba a su cama. Quizá estaba más nervioso que de costumbre, pero era necesario averiguar qué le pasaba. No había vuelto a preguntar por su marcha. Tal vez ya se le hubiera olvidado.

La pequeña Inés mordisqueaba una cuchara de madera, tumbada en su nueva cuna. Le habían atado de lado a lado una cuerda con animalitos de madera colgados y ella se quedaba ensimismada viéndolos bailotear. Cada vez pasaba más tiempo despierta, mirando alrededor. Por suerte las papillas habían logrado saciar su hambre, pues ella no había vuelto a tener leche.

Elisa dejó de zurcir el calcetín para repasar las cuentas de Yñigo. Procuró no mirar cómo reparaba Joseph una collera. Con todo, sus díscolos ojos se fijaron en el modo en que cosía el cuero para arreglarlo. En sus dedos, que habían acariciado...

«¡No debes pensar en eso!», se reprochó, molesta por caer en la tentación. Pese a que había decidido evitarlo, hacer como si no existiera o ignorar su presencia. ¡Era imposible!

Sin embargo, lo intentaba. Lo intentaba de verdad.

Miró el pizarrín y comprobó las sumas y las restas.

—No has fallado ni una. Felicidades. —Le revolvió el pelo—. Cuando vayas a la escuela lo harás muy bien.

—¿Puedo hacer dictado? —preguntó el niño, con ilusión—. Hoy estamos todos. Será más divertido.

Para que no se aburriera, habían ideado que tanto la señora Nicolasa como ella, le dictarían una frase cada una. Podían tener relación o no; ser graciosas o serias. Casi siempre eran de las



primeras y terminaban riendo con las ocurrencias de cada una. Lo importante era que no fuera muy larga, pues debía caber en el pizarrín.

—Bien, ¿quién empieza? —preguntó al niño.

—El abuelo.

—¡Qué honor! Vamos a ver, *potrillo*... —Dio una calada a la pipa y entrecerró los ojos antes de empezar a dictar—: Si, sigue, lloviendo, me, saldrá, musgo, en, las, orejas.

—¿Me saldrá...?

—Musgo, en, las, orejas —repitió el señor Pedro con paciencia—. Vigila las tuyas, por si ya te ha salido.

La risa cristalina del niño resonó en la cocina.

—Elisa, ¿lo he hecho bien? —Le enseñó lo escrito.

—Creo que por ahí sobra una «b».

—¡Ah! «Lloviendo» es con «v». —Lo corrigió y luego lo borró todo—. Ahora la abuela.

—Mateo, está, soñando, despierto —dictó la señora de la casa, mirando a su hijo con media sonrisa.

—Abuela, ¿cómo se puede soñar si estás despierto?

—Pregúntaselo a tu tío. Es un experto —contestó el señor Pedro—. Parece estar en las nubes.

—Ahora te dictaré yo —dijo el aludido con el ceño fruncido.

—Espera, Elisa aún no ha corregido la de la abuela —protestó Yñigo. Una vez que ella le dio permiso, el niño borró de nuevo—. Ya puedes empezar.

—Los, abuelos, a, veces, chocean.

El señor Pedro soltó una risita entre dientes.

—Pero más sabe el zorro por viejo, que por zorro.

—Bobadas —masculló Mateo, volviendo a mirar las llamas.

—Padre, ahora os toca a vos dictarme.

Joseph siguió cosiendo como si no hubiera oído a su hijo.

—Padre...

—Nada, mujer, nuestros hijos andan en las nubes —sentenció el señor Pedro, meneando la cabeza—. Vaya par de soñadores hemos criado.

—Padre... ¡la frase! —El niño alzó la voz, impaciente.

—¡Ah! Perdona, hijo. —Calló un momento antes de dictar—: Las, colleras, son, difíciles, de, coser.

—Pues sí que te has roto la cabeza, muchacho.

—Es una frase, ¿no, padre? —murmuró Joseph, como si tuviera la mente en otro lado.

—Lo es, pero sin fuste. Anda, muchacha, a ver si a ti se te ocurre algo más sustancioso en un día tan nublado.

Elisa se ruborizó, pues en ese momento estaba recordando el modo en que los labios de Joseph recorrieron su escote.

«¡Madre del amor hermoso!»

—Yo...

No se le ocurrió nada que decir. Su mente se había quedado en blanco. Su cara debía de tener el color de las amapolas.

—Pues sí que estáis aburridos hoy —protestó Yñigo, dejando el pizarrín a un lado. Luego se levantó y se fue a mirar por la ventana—. Lluve menos, iré a ver a las vacas.

—Seguro que ellas te dictan mejores frases —murmuró su abuelo, mirando alternativamente a sus hijos y a Elisa—. Lo que es aquí...

—Voy contigo, hijo. Ya he reparado la collera —farfulló Joseph antes de levantarse con presteza.

—No me fiaría mucho de las puntadas que has dado, muchacho. —Lo señaló con la boquilla de la pipa—. No parecías estar muy atento.

—Resistirá lo que haga falta —masculló antes de salir, seguido de su hijo.

—Elisa, ¿venís a ver las vacas? —preguntó el niño desde la puerta. La silueta del padre se detuvo a la espera.

—¿Yo? Lo siento, debo terminar de zurcir toda esta ropa. —Señaló el cesto que tenía a sus pies.

La silueta de Joseph desapareció del dintel.

—Muchacha, podéis descansar un poco. Creo que aún nos quedan calcetines sin agujeros que ponernos —aseguró la señora Nicolasa.

—Yo... prefiero seguir con la tarea —pronunció sin levantar la vista del calcetín—. En otra ocasión.

Yñigo se alejó arrastrando los pies. Los dueños del caserío se miraron un momento, luego volvieron a sus respectivas tareas con un suspiro.

Elisa se guardó el suyo. Nunca se había sentido tan confundida en su vida. Estaba deseando que Joseph se fuera para no verlo; sin embargo, su ausencia era peor. Como si le faltara el aire para respirar. ¿Cómo se las arreglaría para vivir sin él?

«No hay otra solución. Debes hacerte a la idea», se dijo, mirando el calcetín que tenía en las manos. Era de Yñigo y eso le recordó que debía preguntar por las pesadillas.

Antes de que su mente volviera a divagar, pensando en el padre, se dirigió a la señora Nicolasa. El bienestar del niño era muy importante. Lo otro... lo otro no tenía solución.

La cuadra destilaba tranquilidad. Solo se oía el rumiarse de las vacas y algún mugido ocasional. Joseph encendió el farol para alumbrar la estancia y comprobar que todo estuviera bien. Después colgó la collera en su sitio correspondiente. Su padre tenía razón, las puntadas no habían sido tan pulcras como en otras ocasiones; hoy estaba demasiado distraído para prestar atención al trabajo. Quizá hubiera sido mejor dejarlo para otro día; no obstante, necesitaba una excusa para estar en la cocina con el resto.

Desde el beso, Elisa lo había estado evitando. Si bien era cierto que él tampoco había puesto mucho empeño en encontrarse con ella a solas, no escapaba cada vez que coincidían los dos en algún sitio sin ningún adulto cerca.

«¿A qué tiene miedo?»

*Pensará que te vas a abalanzar sobre ella a la menor oportunidad.*

«¡Yo nunca haría eso!»

*¿Seguro?*

No, no lo estaba. En el fondo deseaba volver a besarla. Volver a sentir el modo en que sus labios se habían adaptado a los suyos. Pero, sobre todo, deseaba hablar con ella. Averiguar cómo había sido su vida. Saber de su marido.

Ciertamente sentía celos de ese desconocido que la había acariciado y, sin embargo, no la enseñó a besar. Era un enigma. Y él necesitaba esclarecerlo.

Le hubiera gustado que aceptara la invitación de Yñigo para ir a la cuadra. Tal vez habrían podido hablar. Necesitaba comprender tantas cosas...

—Padre, ¿Elisa os parece guapa?

La pregunta de su hijo lo descolocó por un momento. ¿Qué podía responderle?

—Sí. Lo es —declaró. Optando por la verdad.

—¿Creéis que es buena?

—Sí, lo creo. —¿Adónde quería llegar su hijo?

—Nos cuida muy bien, ¿verdad?

—Eso parece.

—¿No creéis que sería bueno si permaneciera con nosotros?

«¡Ay, Dios!» pensó, mientras se pasaba la mano por la nuca.

—Ella se marchará... —Decirlo en voz alta le resultó más desgarrador de lo que nunca hubiera

imaginado.

—Quizá si vos le pedís que no se vaya, os haga caso.

—¿Tú deseas que se quede?

Por toda respuesta el niño sacudió la cabeza arriba y abajo con rapidez. Su pelo a la luz del farol parecía cobre pulido. Su expresión tenía la luminosidad de mil velas.

«¿Sería tan fácil?»

—Veremos qué podemos hacer. Ahora será mejor no pensar en eso. Los barcos aún tardarán en llegar. —Le abrazó por los hombros y le dio un beso en la coronilla.

—Gracias, padre. —Yñigo se volvió para abrazarlo por la cintura—. Seguro que ella tampoco desea marcharse. Nos quiere mucho, ¿sabéis? Me lo ha dicho. Entonces, si vos se lo pedís, ella se quedará.

¿Qué decirle?

—Volvamos a la cocina, hijo. Seguro que la abuela nos prepara un poco de leche caliente.

Yñigo alzó la vista, sonriendo con su boca mellada. Luego escapó corriendo directo al caserío. Un instante después lo oyó preguntar si podría tomar leche.

Con una tierna sonrisa bailoteándole en los labios, se apoyó en el marco de la puerta y miró los verdes pastos, brillantes por las gotas de una lluvia que parecía seguir sin intención de parar.

Su hijo le había sorprendido con sus preguntas. ¿Acaso ya no se acordaba de su madre? Le parecía imposible. Claro que los niños eran más dúctiles que los adultos y se amoldaban mejor a los cambios. Por otro lado, Elisa se había ganado el cariño del chiquillo, de eso no tenía la menor duda.

No tuvo tiempo de seguir elucubrando sobre el tema porque su padre se acercaba, golpeando la cazoleta de la pipa contra su mano para limpiarla.

—Bueno, parece que sigue lloviendo —comentó, situándose contra el otro marco de la puerta—. No tiene pinta de querer aclarar otra vez. Si no fuera por lo mucho que me duelen mis viejos huesos, disfrutaría más de los días de lluvia.

—Padre, ¿habéis venido para contarme obviedades y exagerar achaques inexistentes o tenéis algo en mente? —Lo miró de soslayo.

—Pues mira, ya que lo mencionas... —Se guardó la pipa en el bolsillo de su casaca e hinchó los carrillos—. Me gustaría saber qué os pasa.

—¿A quiénes?

—Podría decir que a los tres, pero me voy a centrar en la muchacha y en ti.

—No sé de qué me habláis.

—Quieres ponerlo difícil, ¿no? —Chasqueó la lengua—. Hablo de cómo la miras cuando crees que nadie te ve. Del desastre que has hecho con la costura rota de la collera. Parece que os rehuís, pero a la vez saltan chispas cuando estáis cerca. —Suspiró, cansado—. ¿Qué está pasando? No te

atrevas a decirme que nada, muchacho —lo detuvo cuando Joseph iba a hacer precisamente eso—. Te conozco.

—No lo sé.

—Luego admites que hay algo.

—No dejo de pensar en ella —confesó muy quedo—. Y no todos los pensamientos son...

—¿Castos? —terminó al ver que él guardaba silencio—. ¿Te has enamorado de la muchacha? Si es así, te recomendaría que no la dejes marchar.

—A veces tengo la impresión de que me estoy olvidando de Luisa —confesó, contrito.

—No, muchacho. Nunca la olvidarás. Ninguno la olvidaremos —aseguró, poniendo una mano sobre el hombro de su hijo—. Pero ella ya no está. Elisa es una buena mujer. Los niños la quieren y el sentimiento es recíproco. Si tú sientes algo por ella, no la dejes escapar. No permitas que se vaya.

—Eso mismo parece querer vuestro nieto.

—Es un chico listo, mi *potrillo* —aseguró con orgullo—. ¿Sabes que ya no viene a dormir con su abuela?

—¿Ya no tiene pesadillas? —indagó, esperanzado.

—Las tiene. Y me atrevería a pensar que más. —Lo miró muy serio—. Le he oído varias noches ir al cuarto de Elisa.

—¿Duerme con ella? —La preocupación por su hijo pudo con la imagen de la joven en ropa de dormir—. ¿Estáis seguro?

—Tengo un sueño muy ligero, ya lo sabes. —Miró al horizonte. Donde la bruma blanqueaba el paisaje—. Le oigo caminar por el pasillo y pasa de largo al llegar a nuestra habitación. Pero por si lo dudas: la muchacha nos lo acaba de decir.

—¿Os lo ha contado?

—Dice que el niño ha ido cuatro veces en la última semana. No le cuenta sus pesadillas, pero se aferra a ella durante la noche.

—¿Y por qué no viene a mi habitación?, ¿por qué no es a mí a quien pide ayuda? —Estaba dolido.

—No te engañes, cuando venía a nuestra cama, era buscando el calor de tu madre. Del mismo modo que buscaba el de Luisa. Por si aún no te has dado cuenta, nuestro pequeño necesita una madre. —Clavó su mirada verde en él con intención—. Y ya la ha elegido. ¿Qué vas a hacer al respecto?

«¿Qué voy a hacer al respecto?», se cuestionó sin apartar la vista del cielo encapotado.

Mateo, montado sobre Beltza, las vio caminar por la playa. Con los brazos entrelazados y las cabezas muy juntas, parecían conversar de algo importante. Yñigo y Juana correteaban descalzos por la orilla; de vez en cuando se paraban y rebuscaban entre la arena conchas o cualquier cosa que la marea hubiera arrastrado hasta la playa.

Desde que dos semanas antes discutieran y Claudia lo llamara «cabeza de panocha» no había dejado de pensar en ella. O más bien en los sentimientos que habían despertado a raíz de esa discusión.

No se lo había contado a nadie. ¿Qué podría decir? Ni él mismo sabía qué le ocurría o por qué, de pronto, le había dado por merodear cerca del caserío con la esperanza de verla aparecer. Y gracias a eso se enteró de que iban a pasear con los niños por la playa.

«Solo las sigo para asegurarme de su bienestar.»

*Ya...*

La brisa trajo las risas de las jóvenes y volvió a preguntarse de qué estarían hablando.

Las dos llevaban el chal flojo, colgado entre los brazos. Mientras Elisa llevaba el pelo en una trenza, que se balanceaba al ritmo de su paso, Claudia, fiel a su estilo, lo llevaba suelto por la espalda. Nunca se había fijado en su color, cual piel de castañas, ni que brillaba como una cascada de seda. Siempre le había gustado el pelo rizado, pero ahora al ver aquella masa lisa y bruñida, debía reconocerlo: la falta de ondas era un punto a favor.

O quizá era el modo en que los mechones de los lados bailoteaban al compás de la brisa.

«Empiezas a babear como un perro ante un succulento hueso», se reprendió.

Como fuera, no se la podía quitar de la cabeza. Empezaba a resultar molesto encontrarse con la mente ensimismada en algún recuerdo de ella, en lugar de estar haciendo las tareas. Su padre ya le había llamado la atención en varias ocasiones.

Yñigo se acercó a su tía corriendo y le dijo algo que llevó a la joven a poner los brazos en jarras. Después, y ante el estupor de Mateo, la vio quitarse los zapatos, las medias y recogerse las faldas en la cintura como una mariscadora. Antes de que él se hubiera recuperado de la impresión de ver los pies, los tobillos y ¡hasta las rodillas! de Claudia, ella echó a correr en pos de su sobrino, sin importarle entrar en el agua y salpicarlo con los pies cual chiquilla feliz.

Las risas de los niños y las de Claudia llenaron la playa mientras conminaban a Elisa a unirse a ellos, pero la joven meneaba la cabeza negando esa posibilidad.

Mateo, atraído por aquella algarabía, se fue acercando con la yegua, sin apartar la mirada de la cuñada de su hermano. Asombrado por el cambio. Pese a que se estuviera comportando como una niña, estaba muy lejos de serlo.

«¿Cuándo ha cambiado y se ha vuelto una mujer tan hermosa?»

—Hola, Mateo —lo saludó Elisa, a la que había estado a punto de arrollar por no estar atento.

—Buen día, Elisa —murmuró sin apenas mirarla, pendiente de lo que sucedía en el agua—. Parece que se están divirtiendo.

—Sí. Pero deben salir ya. Se les quedarán los pies morados por el frío. Aún estamos en marzo y, pese a que hoy el sol no tiene nubes que lo tapen, no hace calor.

Al momento oyeron a Claudia ordenar salir a los pequeños, pues ya era hora de ponerse las medias para regresar a casa. Tenía las mejillas sonrojadas del ejercicio y le brillaban los ojos. Mateo supo el instante justo en que lo descubrió en la playa.

La vio ponerse colorada y soltarse a toda velocidad el ruedo de las faldas para que volvieran a cubrirle las piernas. Para su desgracia, lo hizo antes de acercarse a la orilla y una ola le empapó todo el ruedo.

Días antes, Mateo se hubiera reído de ella; lo hubiera utilizado para mofarse durante un buen rato, pero en ese momento no era precisamente reírse lo que deseaba hacer. Un gran problema puesto que no tenía muy claro qué era lo que anhelaba más, si besarla para borrar aquella mirada avergonzada o besarla para descubrir a qué sabían sus labios.

«¿Estoy pensando en besarla?»

*Sin duda te ha dado mucho sol en la cabeza.*

«Me he vuelto loco.»

Con un gesto de despedida, espoleó a la yegua y salió como una exhalación del arenal.

No podía quedarse más tiempo para no ponerse en evidencia. Debía aclarar un poco sus sentimientos. Tal vez hablar con su hermano le ayudase a entender qué le estaba pasando.

«Quizá necesites un golpe en la cabeza con una maza para que vuelva a funcionar como antes.»

\* \* \*

—Pero ¿qué le ha pasado? ¿Te ha dicho algo?

—Solo ha comentado que parecía que os estabais divirtiendo, luego se ha marchado —volvió a repetirle Elisa mientras caminaban de vuelta al caserío—. La verdad es que no te quitaba los ojos de encima...

—No me extraña, llevaba las piernas al aire como una cría —murmuró con pesar Claudia, sacudiéndose las faldas para que se fueran secando—. ¿En qué estaría pensando para

comportarme así? ¡Habrá pensado que soy una mocosa! —Se tocó las mejillas, ruborizadas—. No voy a poder mirarle a la cara nunca más.

—Creo que lo estás exagerando todo. Si lo hubiera pensado, se habría quedado para burlarse de ti. ¿Cuándo ha dejado pasar una oportunidad de ese modo? —indagó con sabiduría—. Desde que os conozco siempre habéis estado peleando. Y hoy lo ha dejado pasar. Quizá...

—¿Crees que al fin se ha fijado en mí? —la interrumpió Claudia exaltada, cuidando de no pisar el ruedo; con el peso del agua la falda se había alargado un poco—. ¿Es posible que le guste?

—No lo sé. Pero algo raro ha sucedido.

—¡Oh, Señor! Me volveré loca de impaciencia —barbotó, acelerando el paso.

Elisa siguió a su amiga en silencio. Los niños correteaban por delante de ellas, buscando mariquitas entre las hierbas.

Ella también tenía mucho en la cabeza. Había pasado poco más de una semana desde el beso y no habían vuelto a hablar. Ella se había encargado de evitar cualquier oportunidad. A veces, sentía su mirada, pero procuraba no hacer caso y evitaba quedarse a solas con él. Debía hacerlo por el bien de los dos. Ya estaba enamorada, no necesitaba añadir más vivencias con las que sufrir al marcharse. Bastante desgarrador iba a ser ya.

El pobre Yñigo no entendía por qué no le dejaba ir a la fragua. Y ella se devanaba los sesos buscando mil y una excusas para no acercarse a la herrería. Cuando esa mañana había llegado Claudia proponiendo ir a la playa, lo aceptó sin pensar. Cualquier cosa para alejarse de Joseph.

No era fácil, pues en el fondo suspiraba por estar con él.

Deseaba que los barcos llegaran de una vez y, al mismo tiempo, anhelaba que se demorasen eternamente. Una posibilidad absurda.

Cuanto antes partiera, antes empezaría a aprender a vivir sin aquella familia que la había acogido con tanto cariño. Sin Yñigo ni Inés, unos niños que le habían robado el corazón y ya quería como si fueran sus hijos. Sin Joseph, sin sus besos, sin sus abrazos... Nunca sabría lo mucho que le amaba.

—¡Padre! —oyó que gritaba Yñigo—. Hemos estado en la playa. Y la tía Claudia se ha empapado las faldas.

Frente a ellas se acercaba Joseph tirando de las riendas de una yegua. El corazón de Elisa se puso a danzar como loco. Su cara, como un tomate maduro.

Los niños empezaron a correr para acortar las distancias y se lanzaron a los brazos del hombre como dos halcones. Su ímpetu casi espantó a la yegua, solo el chasquido de lengua de Joseph evitó que saliera trotando. El galgo se unió al griterío con profundos ladridos. En un instante, la quietud del paisaje había dado paso a una algarabía de risas, gritos, ladridos y hasta algún relincho de la pobre yegua.

Joseph las saludó al llegar junto a ellas. Los pequeños se habían soltado y corrían con el perro



por el campo.

—Blanca me ha contado que habíais ido a pasear. ¿Qué te ha pasado? —preguntó, mirando la falda de su cuñada—. ¿O mejor no preguntar?

—Un accidente. Me ha pillado una ola —murmuró, abochornada—. Lástima que no se seque antes de llegar a casa. Mi hermano no se rendirá hasta saber qué ha sucedido.

—No le hagas caso. Ricardo es demasiado intransigente.

—Más bien un tirano —masculló Claudia poniendo cara de enojo—. Por suerte mañana volverá al Goierri a por un buey y estará unos días por aquella zona. Al menos, nos dejará un poco tranquilas.

Que el señor Ricardo se ausentase de San Sebastián devolvió un poco de tranquilidad a su alocado corazón. Se atrevió a mirar a Joseph y las miradas de los dos se cruzaron durante un breve instante. Demasiado breve y a la vez duradero. Los dos apartaron la vista.

—Os acompaño a casa. Solo he sacado a la yegua para que diera un paseo. El otro día parecía cojear.

—Pues no me lo ha parecido según te acercabas —aseguró la joven.

—Bien... se le habrá pasado —titubeó Joseph. En sus mejillas aparecieron dos sombras rojizas. Con la cabeza gacha, instó al animal a volver grupas y regresar por donde habían llegado.

—Yo mejor voy campo a través. Con un poco de suerte, llegaré a casa antes que mi hermano —anunció Claudia, sorprendiendo a ambos. Luego, se alzó las empapadas faldas y empezó a cruzar el prado en dirección a su caserío—. Nos vemos otro día —gritó según se alejaba.

Allí estaba el momento que tanto había querido evitar. Elisa tomó aire y se situó a un lado de la cabeza de la yegua, mientras Joseph se mantenía al otro. El equino hacía de parapeto entre los dos.

Comenzaron a caminar cada uno mirando al frente, intentando ignorar la corriente que fluía entre los dos con la delicadeza de la brisa en un día veraniego.

—Mi padre me ha dicho que Yñigo algunas veces duerme contigo —comentó Joseph, mirándola de soslayo y tuteándola por primera vez—. Espero que no te esté molestando mucho.

—No. —Movi6 la cabeza para enfatizar la respuesta—. El pobre tiene malos sueños. —Mir6 al ni6o que corría junto al perro, seguido de su prima—. Me preocupa qué hará cuando me vaya. Supongo que volverá con... tu madre. —Tutearlo le provoc6 una marea de agradables sensaciones. Al mirarlo con disimulo vio que sonreía. Al parecer le gustaba ese nuevo tratamiento entre los dos.

—¿Te ha dicho por qué ahora va a tu... cama?

Elisa no supo definir si fue por la palabra o por la inflexión al decirlo, pero consigui6 que un delicioso escalofrío la recorriera a lo largo de la espalda. Apret6 el puño contra el chal mientras respiraba varias veces seguidas para calmarse.

—Dice que tu padre ronca y no le deja dormir —murmur6, aguantando las ganas de reír.

—Lo creo. —Él no tuvo problemas para esbozar una de sus sonrisas ladeadas—. A veces hasta yo lo oigo a través de las puertas cerradas.

Siguieron caminando en silencio. Los ni6os correteaban entre la hierba. Claudia era un punto oscuro en medio del prado. El cielo estaba limpio de nubes; sin embargo, ninguno de los dos era consciente de esas cosas. La cercanía del otro les erizaba el vello y les hacía hormiguitar la piel.

Elisa puso la mano sobre el cuello de la yegua y dej6 que sus dedos peinasen la oscura crin; desde la raíz hasta las puntas. Se retras6 un poco para observar a Joseph por encima del cuello del animal. Veía su perfil anguloso; el cabello rojizo que escapaba del sombrero y le cubría parte del cuello de la casaca. Ansi6 tocarlo del mismo modo que tocaba la crin. Él hizo el gesto de mirarla y ella apart6 la vista con rapidez para no ser pillada en falta.

Esper6 un rato y volvi6 a mirarlo. Él no había apartado aún sus ojos de ella; sus miradas se cruzaron por encima de la yegua.

Joseph carraspe6 sin desviar la vista.

—¿Te irás en el primer barco?

—Sí —musitó antes de bajar la cabeza para ocultar el dolor que le producía el mero pensamiento.

—¿No has pensado en esperar un poco más?

—Inés... Inés ya no me necesita.

—¡Al diablo con lo que necesita mi hija! —masculló, deteniéndose. La yegua lo imitó y los tres terminaron parados en medio del camino—. No me refiero a quedarte para cuidar de Inés o para consolar a Yñigo cuando tiene pesadillas. Algo que te agradezco de corazón. —Lo vio poner la mano en el pecho—. Quedarte porque tú quieras hacerlo.

—Me gustaría. Pero no puedo.

—¿Por qué?

—Deseo empezar una nueva vida en aquellas tierras —recitó sin sentirlo.

—Allí no tienes a nadie. Tú misma lo has dicho.

—Aquí tampoco me queda...

«Por favor, no me lo hagas más difícil de lo que ya es», imploró en silencio.

—Yo... yo... —Joseph se quitó el sombrero y se lo volvió a poner, como si no supiera qué hacer con las manos. Luego, las apoyó en la cruz de la yegua, que ramoneaba brotes del camino, muy cerca de donde reposaba la de ella.

Elisa las miró. Dos manos grandes y fuertes, acostumbradas al trabajo duro de la fragua. Unas manos delicadas con los animales y con los bebés. Lo había visto alzar a su hija con ternura, acunarla y hasta había intentado darle la papilla con resultados desastrosos para los dos. La sonrisa llegó a su boca; triste y melancólica.

—No sé muy bien qué siento —empezó él, mirando al suelo—. Estoy confuso. Nunca me había sentido así y confieso que me da miedo. A pesar de ello, no quiero que te vayas. —Movié los dedos hasta que tocó los de Elisa. Una caricia suave y tierna que a ella la calentó por dentro y convirtió sus rodillas en masa de pan, blanda y maleable; él resiguió cada uno de ellos—. Por favor, quédate un poco más. —La miró con ojos implorantes.

Ella asintió, incapaz de hacerlo en voz alta. Perdida en aquel azul atrayente. Con el pulso latiendo en su cuello a ritmo frenético, dejó que las manos de ambos se entrelazaran; la suya, diminuta en comparación con la de Joseph. Fría contra el calor que emanaba de la otra. Quiso volver a sentirla junto a su nuca, su cuello, su escote... Deseó que la recorriera entera y la cubriera con su ardor. Deseó que...

—¡Padre! ¡Elisa! ¿Por qué os habéis detenido? —La pregunta de Yñigo rompió aquel instante. Se soltaron las manos con rapidez.

Elisa guardó la suya bajo el chal, en un intento de atesorar el calor y el tacto de la otra.

—Ya vamos, hijo —respondió antes de guiñarle un ojo a ella—. Será mejor que continuemos. Gracias por darme una oportunidad.

—No es nada.

«Solo espero que no tenga consecuencias funestas.»

*No seas tan pesimista. Quizá no te estén buscando.*

«Lo espero de corazón.»

—Me gustaría saber cosas de ti. ¿Cuánto tiempo estuviste casada?

La pregunta la pilló desprevenida. No tenía ni idea de qué responder. La verdad era imposible.

—Dos... dos años —dijo al fin, avergonzada por mentirle.

—Eras muy joven cuando te casaste. ¿Y tu marido? ¿Cómo era?

—Yo... prefiero no hablar de él.

—¿Aún lo amas?

—No. —La satisfizo poder decir la verdad. Y más aún, el suspiro de alivio que exhaló Joseph al otro lado de la yegua.

Le hubiera gustado preguntarle lo mismo. Prefirió no hacerlo. No estaba preparada para la respuesta. Había visto su desesperación los días que siguieron a su llegada o su renuencia a tomar a su hijita en brazos. Era evidente: él aún amaba a su difunta mujer.

—¿Vas a seguir evitándome a partir de ahora? —curioseó; parecía un chiquillo.

Su expresión, tan parecida a la de Yñigo, a punto estuvo de arrancarle una carcajada.

—No. —«Te estás metiendo en un lío, muchacha», se dijo—. Ya no —apuntó, desoyendo a su conciencia.

—Será un alivio no tener que buscar excusas para verte.

—¿Buscabas excusas? —Su sorpresa era genuina.

—Claro. Deberías ver el desastre que he hecho en la collera —confesó—. He sacado a pasear a la yegua solo por tener un motivo para andar por aquí cuando regresarais.

—¿No estaba coja?

—Si lo hubiera estado, jamás la habría hecho caminar tanto. —Le palmeó el cuello y el animal acercó sus belfos hasta la cara de Joseph para soplar en ella—. Ella está en perfecto estado. —Él volvió a mirar a Elisa—. ¿Tampoco te has dado cuenta de que cada día demoraba el desayuno?

—Pensaba que es por lo mucho que te gusta el chocolate. —«¿Estás coqueteando?»

—Eso también. Pero lo hacía por verte. Me gusta cómo se te riza el pelo alrededor de la cara. Y ver tus mejillas sonrosadas por el sueño.

—¿Te has fijado en todo eso?

—Me he fijado en más cosas; sin embargo, creo que... Digamos que... ¡Demonios! Parezco un muchacho imberbe. —El rubor le cubrió la cara. La miró de soslayo con una sonrisa de medio lado, pícara y traviesa.

A Elisa no le costó nada imaginar a qué se refería. El calor la envolvió por entero y se centró

en su cara. Sería capaz de calentar pan con su piel. Se llevó el dorso de las manos a su rostro para bajar la temperatura.

—Déjame conocerte. Conozcámonos —solicitó Joseph, deteniéndose de nuevo—. No nos niegues esa oportunidad.

Luego cruzó por delante de la yegua para acercarse a Elisa y antes de que ella pudiera hacer algo, la besó en los labios. Fue un beso tierno, suave y... rápido. Demasiado breve.

—Me gusta besarte. A decir verdad, solo pienso en besarte —confesó, cerca de sus labios—. Pero por el momento tendremos que conformarnos con esto. —Volvió a besarla con delicadeza y con la misma rapidez se separó y regresó a su puesto al otro lado de la yegua para continuar el camino.

«¡Ay, Madre del amor hermoso! Estoy metida en un buen lío», se reprochó, intentando no llevarse los dedos a los labios. «Un lío muy gordo.»

A don Pablo ver bordar a su esposa le estaba resultando relajante. Tal vez fuera por lo delicado de las puntadas, lo repetitivo del gesto de clavar la aguja o porque era ella y no otra mujer quien bordaba sentada junto a él.

Su querida y coqueta Cecilia se había puesto los lentes. Al fin había aceptado necesitarlos. Pese a ello, solo se los ponía en presencia de él y de nadie más. Le agrandaban los ojos de tal modo que parecía una bella lechuza. Por supuesto, él no le había dicho nada de eso. No quería que dejara de ponérselos y volver a presenciar el desastre de bordado.

—Esto de llevar lentes tiene un problema, querido —comentó sin apartar la vista de la margarita que creaba primorosamente.

—No veo dónde puede haber un problema cuando se mejora la calidad de vida.

—Mi mundo cercano se había convertido en un borrón de colores mezclados y de caras desdibujadas. —Lo miró con seriedad. Sus azules ojos enormes tras los cristales—. Ahora puedo ver lo que el crimen del señor Cristóbal y la desaparición de la señorita Elisa ha hecho en tu rostro.

—¿Quieres decir que me ves más viejo y feo? —se burló don Pablo.

—No digas bobadas, querido. —Sacudió la mano—. Yo también estoy más vieja. Lo creas o no, me he mirado detenidamente en el espejo y he visto todas las arrugas que me han salido.

—Cada una de ellas resalta tu belleza, mi amada esposa —aseguró.

—Eres un adulador, pero no por eso vas a evitar que termine lo que estaba diciendo. Tus arrugas no son del tiempo; son de amargura y preocupación —apostilló muy seria—. ¿No hay nada nuevo? ¿Nada de lo que extraer algún desenlace?

Don Pablo suspiró, cansado. Se quitó la peluca de un golpe. Los pocos pelos que aún lucía su reluciente calva se quedaron tiesos, como las antenas de los insectos.

—La búsqueda de la yegua nos ha dado más quebraderos de cabeza. Dos resultaron ser caballos. La tercera podría haber acompañado a Noé en su arca y la cuarta...

—¿Qué pasa con la cuarta?

—La cuarta puede que sea una buena pista. La han visto en San Sebastián. Me lo acaban de decir esta tarde.

—¿San Sebastián? ¿No es ahora cuando deberían empezar a llegar los barcos de La Guipuzcoana? —indagó su esposa con acierto.

—Sí. Aunque primero deben organizarlo todo en tierras americanas y es probable que aún tarden en regresar, querida. No olvides que es una compañía recién creada.

—Lo sé. El verano pasado partieron los tres primeros navíos. Todo el mundo hablaba de ello —añadió sin levantar la vista del bordado—. Pero, aunque no fueran aquellos tres barcos, recalarán los que siempre han comercializado con mercancía del Nuevo Mundo. ¿Es posible que la señorita Elisa esté pensando en partir a aquellas lejanas tierras en cuanto zarpen de nuevo? — Se quitó las gafas y parpadeó varias veces para acostumbrar la vista.

—Si yo hubiera asesinado a alguien, eso sería precisamente lo que intentaría hacer —declaró don Pablo, molesto por esa conclusión que la incriminaba aún más.

—Bobadas. Ella no ha matado a nadie. Si está intentando escapar, no es de un asesinato.

—Me admira tu seguridad, querida.

—No puedo permitirme pensar lo contrario. —Al retomar el bordado se dio cuenta de que no llevaba los lentes y con un chasquido de lengua se los colocó—. ¿Qué tienes pensado hacer?

—Mandaré a alguien a comprobar si esa es la yegua que buscamos y si la joven está por allí o la vendió hace tiempo.

—Si la vendió, será más complicado dar con ella.

—No quiero pensarlo. Ya no es solo por esclarecer el crimen. Necesito comprobar que la muchacha está bien.

—Lo sé, querido. Me angustia pensar en qué ha podido impulsarla a huir de ese modo. En un par de semanas se cumplirán los cinco meses de su desaparición. Demasiado tiempo sin tener noticias tuyas.

—Si no me retuvieran otros casos, iría yo mismo a San Sebastián —rezongó don Pablo, apretando los puños—. Confiaré en mis hombres. En unos días sabremos algo más.

Joseph golpeó el clavo por última vez antes de meterlo en el pilón de agua para enfriar el hierro al rojo. Por primera vez en los meses pasados desde la muerte de Luisa, no lo estaba haciendo solo para liberar su frustración, sino por necesidad. La provisión había ido mermando en las últimas semanas.

Mateo, sentado en el murete que rodeaba la herrería, tamborileaba en el muslo con los dedos. Se le notaba nervioso. Llevaba el pelo casi tieso de tantas veces como se lo había mesado.

—¿Vas a seguir ahí, sin contarme qué te ocurre? —le preguntó, dejando el martillo y las tenazas sobre el yunque, antes de acercarse hasta su hermano.

—No lo sé muy bien.

—Síntoma de que hay una mujer por medio.

—¿Por qué lo sabes? —indagó Mateo, deteniendo el tableteo.

—Tal vez porque soy mayor que tú, porque tengo más experiencia o porque... estoy en tu misma situación.

—¿Por Elisa?

Pese a que estaba seguro de que no era ella la causante del desasosiego de su hermano, necesitaba confirmarlo.

—Sí. ¿Y tú?

—No lo vas a creer. —Suspiró y volvió a peinarse con los dedos—. Yo mismo no lo creo. Me estoy volviendo loco. Por supuesto, no podía ser de otro modo, siempre me ha vuelto loco. En realidad, no siempre. Antes no había reparado en ella —soltó Mateo con rapidez.

—¿Claudia? —preguntó. Deseaba que fuera ella. No solo por que no fuera Elisa, sino porque conocía los sentimientos de su cuñada por Mateo.

—¡Sí! ¿Puedes creerlo? —Saltó del murete y comenzó a pasearse por el perímetro, haciendo aspavientos—. Sin duda, he perdido el juicio. No dejo de pensar en ella ni de día ni... de noche. Es una tortura. Me pregunto: ¿qué tiene de especial? No tiene el pelo dorado ni los ojos... Pero luego la miro y veo los matices caobas, negros y castaños de su pelo y me doy cuenta de que es precioso. ¿Te has fijado en sus ojos? Son del color del chocolate que hace madre.

—Pareces haber estado muy cerca para poder comprobarlo —indicó preocupado. No quería que le hiciera daño—. Te recuerdo que es mi cuñada.

—No ha habido nada impropio. ¡Y no será por falta de ganas! —masculló con los brazos en



jarras—. Me duelen los dedos de ganas de acariciar ese pelo. Y ya no digo lo que deseo besarla.

—¿No lo has hecho? —Estaba sorprendido de que, hablando con tanta vehemencia, aún no hubiera llegado a ese punto.

—No. Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De que te dé una bofetada por propasarte?

—Si me diera una bofetada a lo mejor se me pasaba este atontamiento. —Bufó, mirando al suelo—. No. Tengo miedo de que al hacerlo no sea lo que espero. Que todo haya sido fruto de mi imaginación. Ella es como de la familia. No puedo besarla hasta no estar seguro de que lo que siento es algo serio.

—¿Aún lo dudas? Yo te veo muy enamorado —observó Joseph.

—¿Esto es estar enamorado?

—¿Sientes que te falta el aire cuando está cerca? ¿No puedes dejar de pensar en ella? ¿Ves su cara en cada cosa que haces? ¿Sueñas con estar a su lado? ¿Te sientes al borde del Paraíso si te sonrío? —Lo vio asentir con lentitud sin dejar de mirar a sus pies—. Pues entonces, creo que sí.

Mateo no dijo nada. Levantó la vista del suelo y con un movimiento de cabeza se despidió al tiempo que comenzaba a andar en dirección al caserío con la mirada vidriosa de quien ha tenido una epifanía.

Joseph lo observó marchar hasta perderlo de vista. Una lenta sonrisa cruzó su cara. Mateo y Claudia hacían muy buena pareja. Desde luego, con el carácter explosivo de ambos, nunca se aburrirían. Pensó en Luisa y en lo mucho que le alegraría saber de esa historia.

Y eso le llevaba a su situación.

El día anterior había atracado un barco. Aunque no era de La Real Compañía Guipuzcoana de Caracas. Mucha gente se había acercado al puerto del Pasaje para ver descargar los sacos de cacao, el tabaco o el añil que no habían descargado en Cádiz, por donde debían pasar primero. Siempre era un acontecimiento ir a verlo.

Yñigo no había querido perderselo, así que Joseph había enganchado los caballos a la carreta para que pudieran ir Elisa y Juana.

Con los niños sentados atrás y los adultos en el pescante, se habían acercado al puerto. Una multitud observaba el trasiego de sacos entre el navío y los bateles. Luego, las bateleras, aquellas mujeres de pescadores que se ganaban el sustento con el duro trabajo de transportar mercancía o personas de una orilla a la otra o entre barcos, los llevaban a tierra a golpe de remo.

—¡Es enorme! —había exclamado Elisa al ver la envergadura del navío.

—En la inmensidad del mar no lo parecerá tanto.

—Intentas meterme miedo —susurró ella, echando un vistazo a los niños, que de pie en la caja de la carreta, no perdían detalle del trabajo.

—¿Lo consigo? —Esperaba que fuera así.

—Un poco —confesó.

—Bien, ese era el objetivo. No tienes ninguna razón para marcharte.

—Ya lo hemos hablado... Prometiste no presionarme. —Una arruga partió su entrecejo.

—No lo he prometido.

—Sí, tienes razón, pero un caballero no lo haría aun sin promesa por medio —le recordó.

—No soy un caballero de la corte. Solo soy un albéitar —se defendió Joseph con un guiño.

—No tiene nada que ver con el estatus.

—Lo sé. ¿Sabes? Te sale una arruguita en el entrecejo cuando te enfadas. —Miró a los niños para asegurarse de que no estaban escuchando—. Si supieras cuánto deseo besarla hasta hacerla desaparecer...

El rubor le había cubierto toda la cara y el cuello, y estaba seguro de que bajo el escote aún seguiría esa rojez. Estaba encantadora. Y deseable. Muy deseable. Le costaba lo indecible mantener apartadas las manos de ella.

Por las noches, en su cuarto, la imaginaba entrando y tendiéndose con él en la cama. Imaginaba las mil maneras en las que le haría el amor. Los lugares que acariciaría primero. Que besaría.

Soñaba con el calor de su piel, el tacto y hasta su olor. Se despertaba con una tremenda erección y debía echar mano de toda su fuerza de voluntad para que se pasara sin recurrir a acariciarse para acabar con ella.

Nunca se había sentido tan excitado. Ahora, en la herrería, su cuerpo competía en calor con la fragua. Comprendía perfectamente a Mateo, pues él se sentía del mismo modo.

Azkar, que había estado dormitando todo el tiempo, se levantó y salió corriendo por el camino. Por allí llegaban Yñigo y la mujer que lo mantenía despierto y acalorado por las noches, y le llenaba la cabeza de sueños por el día. Llevaba en brazos a Inés.

—Buen día, padre —saludó su hijo al llegar corriendo hasta él—. Hoy no me he equivocado en ninguna suma ni resta. Y el dictado ha sido perfecto. Estaban la tía Blanca y Juana y ellas también han participado. Ha sido divertido.

—Buen día, Joseph. —El mero hecho de escuchar su nombre en sus labios lo incendiaba por dentro. Se alegró de llevar puesto el mandilón de cuero, pues ocultaba el efecto que su voz tenía en cierta parte de su cuerpo.

—La tía Blanca ha dicho una frase muy rara. Pero la abuela se ha puesto muy contenta, así que no sería tan rara.

—¿Qué ha dicho?

—«Mi suegra me ha dado el cucharón» —recitó Yñigo—. ¿No es rara?

Joseph se alegró de que al fin la suegra de su hermana hubiera delegado el gobierno del caserío. Prueba de buena voluntad y confianza por parte de la anciana.

—Solo un poco —le respondió—. ¿Quieres ordenar las herramientas como te enseñé el otro

día?

—¡Sí! —exclamó el pequeño, encantado de hacer algo en la fragua—. Aún me acuerdo de dónde van todas, padre.

—Por supuesto, muchachito. —Le alborotó el pelo con cariño—. Eres un chico muy listo.

Lo creía de verdad. Estaba muy orgulloso de su primogénito. Se limpió las manos con un trapo antes de saludar a Elisa.

—Hola, Elisa. —Extendió los brazos para coger a su hijita—. Ven, tesoro mío.

La niña le dedicó una sonrisa desdentada. Bajo su gorrito de punto asomaban unos mechones dorados. Eran del mismo tono del cabello de Luisa, pero ya no le causaba tanto dolor verlo.

Nunca podría olvidar a su esposa; sin embargo, poco a poco estaba entendiendo que debía continuar con su vida. Ella lo habría querido así.

—¿Te gusta dónde trabaja tu padre, querida mía? —preguntó mientras la paseaba por la fragua—. ¿Me entenderá?

—Si no comprende todas las palabras, seguro que entiende el tono empleado —aseguró Elisa, sonriendo con ternura.

«¡Debes conseguir que se quede!», se ordenó. «Serás muy desdichado si no lo haces.»

Elisa no podía apartar la mirada de aquel hombre. La camisa, algo sudada, se pegaba a cada uno de sus músculos. A través de la abertura del escote podía ver el brillo de la humedad en su pecho y quiso tocarlo. Por suerte, antes de ponerse en evidencia, miró al niño, que ordenaba diligentemente las herramientas en sus lugares correspondientes.

Sentía la presencia de Joseph. Solo con estar allí cerca de él era suficiente para sentirse llena de felicidad. Estando a su lado percibía que nada malo podría ocurrir.

Luego tomaba conciencia de su situación y comprendía que esa supuesta seguridad solo era un espejismo que en cualquier momento podría desaparecer.

«Debes dejar de preocuparte y disfrutar de estos días», se dijo.

El *Santa Engracia* no tardaría mucho en zarpar y ella debería decidir si partía en él o esperaba al siguiente. De cualquier modo, debía marchar a Venezuela, aunque eso la desgarrara por dentro. Si la estaban buscando y llegaban a encontrarla, todos descubrirían lo ocurrido; lo que había hecho.

«Eso no va a suceder», se prometió.

Debían seguir pensando que era una respetable viuda y no...

—Por lo visto, mi hermana al fin ha conseguido el cucharón. A su suegra le ha costado mucho soltarlo.

—Nos ha contado que esta mañana han tenido una discusión bastante fuerte y que al final, cuando Blanca se ha puesto en su sitio y le ha recordado que era la mujer del dueño del caserío, su suegra ha sonreído —relató, contenta de poder salir de aquellos funestos pensamientos.

Joseph hizo un gesto para que tomara a la niña. La pequeña estiró sus bracitos hacia ella y se dejó coger, haciendo gorgoritos.

—¿Sonreído? —Había sorpresa en la voz de él. Lo vio apagar las brasas de la fragua. El fuego teñía de ámbar su cabello y la piel de su cara. Una vez satisfecho con el trabajo, se acercó hasta la puerta de la herrería, donde se había retirado ella.

—Sí. Al parecer la había estado probando todos estos años para asegurarse de que era una mujer fuerte capaz de llevar el mando del caserío. —Estaba tan sorprendida como él—. Según ella, el ama del lugar debe ser fuerte, inteligente y firme, de lo contrario el caserío y lo que conlleva se derrumbaría.

Joseph ya estaba a su lado. Demasiado cerca y a la vez demasiado lejos. Ella quería que la

abrazara. Cobijarse en sus fuertes brazos para sentir que todo estaba bien y no había ningún peligro. Apoyar la cabeza en su torso, como el día que la ayudó a la vera del camino.

—Es cierto. Mi madre lleva el peso de todo. Nosotros, los hombres, hacemos el trabajo duro, pero es ella, desde la sombra, la que organiza y consigue que todo fluya —aseguró Joseph, acariciando un fleco de su chal—. Te lo aseguro, mi padre no hace nada sin que mi madre lo haya aprobado antes. —La miró a los ojos. Pudo ver el deseo en su mirada. Aquel deseo, lejos de aterrorizarla, la licuaba por dentro. La hacía sentir viva y convertía su sangre en un torrente abrasador que la recorría entera y se agolpaba entre sus muslos.

—No sabía eso —consiguió musitar en un hilo de voz. Abrazó a la niña para no seguir pensando en imposibles.

—Quizá en la ciudad no funcione así, pero te puedo asegurar que aquí, en el monte, no es de otro modo. —Lo vio tragar en seco y alzar la mano, lentamente, rozando a su paso la lana del chal, el tejido de la casaca, los botones que la cerraban y más arriba.

Elisa sentía aquel dedo como una brasa. Cuando la tocó en el cuello sintió que estaba a punto de desmayarse. El aire no le llegaba a los pulmones. No pudo seguir manteniendo su mirada, cerró los ojos cuando aquel dedo errante la tocó en el mentón y rozó sus labios con la delicadeza de una pluma. Ella se apoyó en el marco de la puerta para no caer. Dejó que su cabeza reposara en la madera.

—¡Por todos los demonios! —masculló él por lo bajo—. Será mejor que nos vayamos. —Dio un paso atrás y tomó aire—. Yñigo, nos vamos a casa. La abuela ya tendrá la cena preparada.

No hubo de repetirlo más veces. El niño y el perro salieron de estampida hacia el caserío. Elisa, aún con el corazón latiendo como loco, los vio correr ladera arriba. Sintió otra vez la cercanía de Joseph y se atrevió a mirarlo.

Estaba a un paso de ella. Observándola con tanto ardor, que habría podido competir con la fragua. Antes de que ella pudiera hacer o decir algo, había cogido a Inés y con ella en brazos, la estaba besando; ya no quiso hacer ni decir nada.

Si la primera vez se había sentido al borde del abismo, en ese momento flotaba en un mar de sensaciones. Se abrazó a él. El calor atravesó las capas de ropa y se filtró en su piel. Abrió la boca para recibirlo. Ahora que ya sabía qué hacer, salió a su encuentro. Lo oyó gemir. Aquel primitivo sonido la humedeció íntimamente y esta vez fue ella quien gimió. Si no hubiera estado ya apoyada contra el marco, habría tenido que buscar soporte para no caer desvanecida.

Joseph solo tenía puesta la camisa, así que, al apoyar las manos sobre el tejido, pudo sentir el calor de su piel, la dureza de sus músculos y el latido de su corazón, retumbando con vigor. Deseaba meterse dentro, formar parte de aquel cuerpo inmenso y hermoso.

—Llevo todo el día imaginando este beso —murmuró él junto a su mejilla—. Que te toco. — Sintió la mano con la que no sujetaba a su hija en el costado, bajo el chal. Subió con lentitud hasta

la redondez de su pecho y allí se ahuecó para abarcar su forma—. He soñado con esto, cada noche. Cada día. Te deseo tanto que me duele el alma de anhelo.

—¡Padre! ¿No venís? —El grito de Yñigo les hizo separarse a desgana.

—¡Ya vamos! Recuérdame que debo tener unas palabras con ese muchacho —profirió, con las frentes unidas y la mano apoyada en su cintura. Luego se separó. Abrazando a Inés, murmuró un juramento—. Debo de estar perdiendo el juicio.

A Elisa le dolieron sus palabras. Admitía que lo ocurrido estaba mal. En el fondo tenía razón. Una joven de bien no dejaba a ningún hombre hacer esos avances, ¡ni siquiera a su prometido!

«Tú ya no eres una joven de bien», se recordó. «Ni te comportas como tal.»

Se recompuso la ropa y dio media vuelta para salir de la herrería. Agradeció que el sol estuviera ocultándose tras la loma, así no vería la turbación y el dolor que sentía en ese momento.

—Espera —pronunció Joseph, tomándola de la mano con delicadeza—. Perdona mi brusquedad. Me siento extraño y febril cuando estoy a tu lado. Cuando no lo estoy... Solo pienso en estar contigo. Cuando te miro, mi corazón late impetuoso y creo que todos lo oirán. —Se llevó las manos unidas a los labios para besar la de Elisa—. ¡Ay, Señor! Te deseo tanto y estoy tan confuso... Es como si no fuera yo. ¿Tú sientes lo mismo?

—Sí —musitó. No tenía sentido negarlo.

La sonrisa de Joseph fue dulce y genuina. Una sonrisa capaz de calentar el corazón más helado y el de ella estaba muy lejos de estar frío.

—No te vayas en el *Santa Engracia*. Por favor.

—No lo haré —aseguró en un susurro.

—Gracias. —La besó en los labios, un beso delicado como ala de mariposa—. Ahora será mejor que vayamos antes de que Yñigo empiece a preocuparse.

Salieron de la herrería con las manos aún unidas, al amparo del crepúsculo. Solo se separaron al acercarse lo suficiente al niño, que les esperaba inquieto, para que no los viera.

«¿Qué vas a hacer?»

*No lo sé.*

—¿Por qué habéis tardado tanto? —indagó Yñigo.

—Apagaba la fragua —respondió su padre.

—Pues sí que ha tardado en apagarse esta vez.

Elisa guardó silencio. Perdida en sus tribulaciones interiores.

Tenía la felicidad a un paso. Joseph nunca le había dicho que la amara. En el fondo, seguía amando a su esposa. Solo habían pasado cinco meses desde su fallecimiento, era normal. Sin embargo, la deseaba. Se lo había confesado. Quizá con el tiempo llegara a quererla y, aunque ese día no arribara nunca, se conformaría con lo que sintiera por ella.

«¿Y qué sentirá cuando descubra la verdad?» Ahogó un suspiro. «Quedarte es imposible.

Acéptalo de una vez.»

Rogaba por tener un poco de tiempo y disfrutar de esa dicha recién descubierta. Aprovecharía todos los momentos. Los atesoraría para tener un recuerdo al que aferrarse cuando estuviera sola en un país extraño.

No, no partiría en el *Santa Engracia*; lo haría en el siguiente barco.

«Solo unos días más. Unas semanas», rogó en silencio mientras miraba a aquel hombre, que llevaba a su hijita en brazos y revolvía el cabello de su otro hijo. Si alguien los viera juntos, a los cuatro, pensaría que eran una familia. Elisa cerró los ojos un instante. Los abrió al tiempo de entrar en el caserío. En aquel hogar donde había hallado el amor.

Aunque a su hermano no le hacía ninguna gracia que se acercara al caserío Arana para ver a Elisa, Claudia no iba a dejar de hacerlo. Ella era su amiga y Ricardo no debería opinar al respecto. Pero, por si acaso, no había dicho en casa adónde iba.

Tenía más motivos por los cuales visitar el caserío vecino. Estaban sus sobrinos. Era una delicia ver crecer a Inés. Cada día hacía algo nuevo. A punto de cumplir los cinco meses, sonreía cuando le hacías fiestas. Soltaba gorgoritos y pegaba su boca abierta a la mejilla para darte besos. Era adorable. Cuando no te tiraba del pelo, claro.

Yñigo necesitaba el cariño que le faltaba desde la muerte de su madre y ella, como tía suya, debía suplirlo de la mejor manera posible.

Por supuesto, estaba Elisa; la dulce y cariñosa Elisa. Siempre dispuesta a escuchar y a dar apoyo. A veces pensaba que, gracias a ella, la ausencia de su hermana se le hacía más llevadera.

Y, sobre todo, estaba Mateo. Por verlo sería capaz de caminar varias jornadas completas.

No sabía qué le ocurría, pero desde unas semanas atrás estaba muy raro. Malhumorado casi. Ya no le gastaba bromas. A decir verdad, apenas le hablaba. Se limitaba a mirarla con el ceño fruncido, como si fuera un espécimen extraño y difícil de entender.

En algunas ocasiones le daban ganas de preguntarle directamente qué le pasaba. Pero era cobarde y no se atrevía. Habría resultado más fácil cuando era el bromista de antes.

Según Elisa él ya no la consideraba una niña. Ella quería creerla, pero conforme pasaban los días y Mateo no hacía nada, empezaba a pensar lo contrario.

Luego estaban esos insólitos encuentros en los lugares más insospechados. De pronto aparecía como salido de la nada, se cruzaba con ella con un saludo apresurado y seguía su camino, cualquiera que fuera.

Había llegado a pensar que él la estaba esperando, escondido en algún lugar.

—¡No digas tonterías! —se recriminó—. Tiene cosas más importantes que hacer.

—Buen día —saludó Mateo. Llevaba las manos en los bolsillos de la casaca y la cabeza gacha. Oculta la cara tras la mata de pelo rojo.

—¡Qué susto me has dado! ¿De dónde demonios has salido? —soltó Claudia al verse pillada hablando sola—. ¿Has convertido en una costumbre salir de sopetón?

—Yo no salgo de ninguna manera —protestó Mateo, sin detenerse.

—Pues yo no te he visto hasta ahora.



—No sabrás mirar.

—¿Y tú no sabes pararte cuando se te habla? —El enfado daba alas a su lengua.

—Por supuesto que sé pararme —masculló él, deteniéndose y desandando unos pasos para ponerse a su lado—. No soy idiota.

—Pues lo pareces. —Puso los brazos en jarras y adelantó el mentón, poco dispuesta a amedrentarse.

—Déjame en paz. Conseguirás volverme loco —soltó Mateo con enfado y emprendió el camino a grandes pasos.

Claudia se quedó de pie, en medio del pasaje, confundida. Su enfado se había evaporado por completo o, más bien, había cambiado de enemigo.

«No debería haberle hablado de ese modo.» Mateo no tenía la culpa de haberla pillado hablando sola. En cambio, la había emprendido contra él como la niña caprichosa que creía no ser.

Se volvió para verlo marchar. Iba haciendo aspavientos con los brazos; lo vio dar una patada al suelo. Su enfado era evidente. Después, se detuvo, cabizbajo, antes de dar la vuelta y retroceder tan rápido como se había ido.

Claudia lo esperó. No habría sabido hacer otra cosa. Sus pies, clavados en el suelo, se negaban a moverse.

Mateo se detuvo a un paso de ella y la miró. Había dolor y confusión en aquella mirada azul que tanto la atraía. Él se acercó un poco más; sus narices casi se tocaban. Claudia cerró los ojos, repentinamente sin aliento. ¿Iba a besarla? ¡Seguro que sí!

Esperó, cargada de emociones; de expectativas. El beso no llegaba. Abrió los ojos.

¡No estaba! ¡Había desaparecido! Y la había dejado en medio del camino como una tonta. Despotricando contra los hombres y contra uno en particular, se dirigió a la herrería. Quizá su cuñado supiera dar una explicación al comportamiento de su hermano.

Joseph golpeaba algo con fuerza. Ella hubiera deseado que fuera la cabeza de Mateo, pero no tuvo suerte.

—Buen día —saludó con rabia.

—Buen día, querida cuñada. Esta tarde te veo de buen humor —soltó con una pizca de ironía—. ¿Quieres contarme qué te ha ocurrido? —Dejó el martillo y las tenazas a un lado.

—¡Tu hermano! Eso me ha ocurrido. —Se cruzó de brazos, exasperada—. Primero me lo encuentro de sopetón, luego se marcha, regresa, creo que... creo que... —Miró a Joseph de soslayo. Él estaba atento a sus palabras y con un gesto la animó a seguir—. Bueno, he creído que iba a besarme. ¡Ya está dicho!

—Deduzco por tu enfado que no lo ha hecho.

—¡Pues no! He cerrado los ojos y cuando los he abierto... ¡no estaba! —Se le saltaron las

lágrimas de frustración—. No... no le... entiendo. ¿Por qué... se comporta... de esa manera?

—Anda, muchacha. Ven aquí. —Abrió los brazos en una clara invitación.

El pedido de su cuñado la sorprendió, pero estaba tan dolida que dejó que la abrazara; apoyó la cabeza en su pecho y siguió llorando.

Un instante después se sintió apartada con rapidez; entre las lágrimas vio a alguien que se acercaba como un toro embravecido y se lanzaba contra Joseph. Le costó un momento darse cuenta de que aquel ser vociferante era Mateo.

—¡Pedazo de serpiente venenosa! ¡Bastardo! —gritaba al tiempo que asestaba puñetazos a diestro y siniestro contra su hermano. Cayeron al suelo—. Maldito Caín. ¡Te mataré por esto!

Claudia escuchó los golpes en la carne, sin salir de su estupor. ¿Qué estaba pasando? Luego comprendió que Joseph era mucho más fuerte que Mateo y podría hacerle daño. Debía detener aquella absurda pelea lo antes posible.

—Mateo, Joseph, ¡basta ya! ¡Parad de una vez! —les gritó, sin éxito.

—Te conté... lo que sentía... y mira... lo... que haces... —barbotaba Mateo, revolcándose sobre Joseph—. ¡Caín!

—¡Parad ya!

Asustada y preocupada por lo que pudiera pasarles, tomó las tenazas y cogió un tizón al rojo. Con un suspiro de anticipación lo acercó al trasero de Mateo y apretó. El olor a tela y piel quemada inundó la herrería.

El aullido de dolor se debió de oír por todo el valle y hasta la playa.

—¿Qué demonios has hecho, mocosa? —articuló Mateo, dándose palmadas en la zona chamuscada—. ¡Me has quemado! ¿Te has vuelto loca?

—¿Y tú me llamas loca? ¿Quién ha entrado como un desquiciado y se ha liado a pegar a su hermano? —Dejó las tenazas sobre el banco de la fragua y puso los brazos en jarras—. ¿Tú te atreves a llamarme loca?

—Él se lo merecía —aseguró, apretando los dientes—. Es un Judas y tú...

—¿No era un Caín? —murmuró Joseph, incorporándose despacio. Le sangraba el labio y tenía una mejilla un tanto magullada—. Decídete, hermanito.

—¿Que me decida? ¡Confiaba en ti! Te conté mis sentimientos por ella y vas tú y... ¡No puedo creerlo! ¿De qué te ríes, maldita serpiente? —preguntó al ver que Joseph reía a carcajadas. La piel de Mateo había adquirido el color púrpura de la furia—. ¿Quieres que empiece a darte otra vez?

Claudia empezaba a pensar que aquellos dos estaban para encerrarlos, cuando una frase penetró en su cerebro: «Mis sentimientos por ella».

—Tranquilo, fiero. Te he visto bajar por el camino —soltó su cuñado entre risas—, y no he

podido resistirme. Debía hacer algo. Sabía que los celos te volverían loco. No estaba equivocado. Ha sido todo un espectáculo.

Antes de que volviera a atizar a su hermano, Claudia lo tomó de la manga de la casaca.

—¿Qué sientes, Mateo? —preguntó ella en un susurro, mirándolo con seriedad.

El joven cerró los ojos. Su piel fue recuperando el tono normal, aunque un tanto ruborizada.

—¿Que qué siento? ¡Ya no lo sé! En las últimas semanas me has vuelto loco —empezó, cabizbajo.

—Os dejo solos. No os peleéis dentro de la fragua, muchachos —murmuró Joseph; cogió su casaca y salió del lugar con paso tranquilo—. Mis herramientas no se tocan. Si queréis mataros, hacerlo con vuestras propias manos.

Ninguno de los dos pareció escuchar sus chanzas ni se dio cuenta de su marcha.

—¿Yo te he vuelto loco? ¿Y tú a mí qué? Primero me tratas como si fuera una niña pequeña, luego me ignoras. Después apareces y desapareces como un maldito fantasma. ¿Eso no es para que una pierda la cabeza? Y hoy... hoy pensaba que me ibas... a besar... y...

—¿Y qué hubiera pasado si lo llego a hacer, mocosa? —Se acercó a ella. Apenas a un palmo de su pecho. El enfado y la ira parecían haber desaparecido.

—Eso nunca lo sabrás, cabeza panocha —susurró con el corazón acelerado.

—Pero podré saber lo que ocurre ahora —musitó mientras recorría el escaso espacio que los separaba, la tomaba de la nuca con delicadeza antes de besarla.

Claudia casi perdió pie y se aferró a los hombros de Mateo para no caer. Él la sujetó con el brazo por la cintura sin dejar de besarla.

—Mañana iré a pedir permiso a tu familia para cortejarte —anunció, separando los labios solo lo suficiente para que las palabras fueran inteligibles.

—¿Me llevarás flores?

—No. Unas tenazas de forja —musitó antes de volver a besarla con intensidad.

Elisa se sentía feliz, Claudia y Mateo habían resuelto sus diferencias y ahora, desde la semana anterior, él la estaba cortejando. Las familias parecían satisfechas con ese noviazgo. Pero debía de prolongarse hasta finalizar el luto por la muerte de Luisa.

Claudia, exultante de dicha, le había contado con pelos y señales cómo había puesto un tizón al rojo en el trasero de Mateo para que dejara de pelear con Joseph. Temía que el hermano mayor terminara por lastimar de verdad al pequeño.

En un aparte, Joseph le había contado que en ningún momento pegó a Mateo, aunque pensaba que él, cegado por los celos, ni se había dado cuenta.

El flamante novio había dejado de soñar despierto o de tener la cabeza en las nubes y ahora participaba en las conversaciones; incluso había vuelto a bromear con todos.

El que menos contento parecía con ese noviazgo era Yñigo, pues si Mateo o Claudia andaban por el caserío, los dictados se convertían en declaraciones de amor. El niño, abochornado, se negaba a escribir semejantes tonterías.

Esa tarde de sábado el sol primaveral calentaba un costado del caserío. Abril estaba siendo muy agradable. Elisa había aprovechado para poner la ropa a secar y ahora jugaba con Inés. La tenía sentada en el regazo de frente a ella y le ponía caras raras para hacerla reír.

El chiquillo jugaba con el aro. Los faldones de la camisa ondeando al aire y los cordones de las albarcas desatados.

—Yñigo, debes atarte los cordones. Terminarás por caer —le aconsejó. El niño esperó a que el aro dejara de rodar para intentar atárselos él mismo. Elisa lo vio luchar con las tiras durante un rato. El día anterior le había dicho que deseaba hacerlo él solo y ella quería respetarlo—. ¿Quieres que te enseñe? —sugirió al fin.

—Es muy difícil —protestó, acercándose para que no tuviera que levantarse. Era un niño muy considerado.

—Aprenderás enseguida, tesoro. No te preocupes.

—No os iréis hasta que lo sepa hacer, ¿verdad? —preguntó el niño, fingiendo inocencia—. Nadie me enseña como vos.

—Para cuando me vaya, ya habrás aprendido —respondió sin comprometerse.

Tanto el padre como el hijo se habían confabulado para recordarle que no había prisa para marcharse. Y en momentos como ese, ella también lo creía.

Una vez hecha la tarea, Yñigo salió corriendo para seguir haciendo rodar su aro. Inés se había quedado dormida contra su pecho y sonreía en sueños. Elisa la besó en la pelusilla dorada que coronaba su cabeza. Era una niña encantadora.

—No deberías encariñarte tanto con ella. —La voz del señor Ricardo la conminó a levantarse de golpe. Por suerte, la pequeña Inés siguió dormida—. Te queda muy poco de estar aquí.

—Eso es algo que debo decidir yo, ¿no creéis? —se atrevió a decir. ¿De dónde había sacado esa valentía?

—No. Ya está decidido, muchacha —aseguró el hombre, mostrando una de sus sonrisas lobunas—. Te irás antes de lo que pensabas.

—No sois quién para...

Él la interrumpió con un gesto de la mano. El retrato toscamente esbozado de una joven con mucho parecido a Elisa, la miraba desde el papel que le estaba mostrando. La realidad la hundió por completo. Se dejó caer en la silla donde había estado sentada, sin fuerza y sin ánimo de nada. Lo había perdido todo. La habían encontrado.

—Veo que os reconocéis —se jactó, volviendo a guardar el bando—. Lo encontré en mi último viaje. A la familia Arana le gustaría conocer la clase de mujerzuela que ha estado albergando en su casa.

—Por favor —rogó en un hilo de voz. La opresión en el pecho apenas la dejaba respirar—. Por favor. No les digáis nada.

—¿Y qué recibiré a cambio? —Sus palabras le produjeron náuseas—. Algo tan importante requiere de un pago a la altura.

—Os regalaré a Perla. Es una yegua árabe... —probó, esperanzada. Sabía que a él le había gustado cuando la vio.

Él pareció pensarlo una eternidad. Ella esperaba con el miedo a que apareciera algún miembro de la familia y él les contara todo.

—No es suficiente. Quiero algo más... categórico. —Los ojos oscuros y pétreos la miraban con frialdad—. En el bando te llaman «señorita», luego no estás casada y aún menos viuda. ¿Quién te hizo la barriga? ¿O han sido tantos que ni siquiera lo sabes?

Elisa se llevó la mano a la boca, las náuseas y el miedo la acobardaron. Notaba las lágrimas, calientes y salobres en la garganta, pero no iba a llorar, no le iba a dar esa satisfacción. Aún le quedaba un poco de orgullo, aunque para lo que le servía...

—¿Por qué no podéis dejarme en paz? —susurró.

—No me gustaste en cuanto te vi, pero veo que mi cuñado no tiene ningún problema con ese pasado. ¿Se lo has contado? ¿Sabe la verdad?

Elisa meneó la cabeza, negando.

—Lo imaginaba —apostilló, satisfecho—. Él mató a mi hermana. Ella no debía volver a

quedarse embarazada; él lo sabía. Pero eso no lo contuvo y ahora está muerta. —Mostró los dientes como un perro rabioso—. No voy a dejar que siga con su vida como si mi querida Luisa no hubiera existido. —Miró a los lados, como si comprendiera que llevaba demasiado rato allí—. Mañana zarparás en el *Santa Engracia*, si no lo haces, este bando lo conocerá toda la familia Arana.

Ella se limitó a cabecear en un sí silencioso. Rota de dolor.

\* \* \*

Joseph se descubrió silbando mientras regresaba de atender el parto de la vaca de un vecino. El alumbramiento había ido sin complicaciones y el ternero parecía tan sano como la madre.

Una excelente noticia, pues tras los golpes que le había propinado su hermano la semana anterior, aún se resentía con algunos movimientos. Le había dejado las costillas molidas. Desconocía la dureza de sus puñetazos. Sin embargo, cada uno de ellos había merecido la pena. Su hermanito estaba cortejando a la pequeña Claudia, que no era tan pequeña y tenía un genio digno de tener en cuenta. Mateo no se iba a aburrir nunca.

Se tocó con la lengua el labio partido. Ya se había curado, aunque no había sido ningún problema para besar a Elisa. Sonrió al recordar los besos dados. Y aún más, al saber los que les quedaban por dar.

Era feliz, ella no partiría en el *Santa Engracia*. El navío zarpaba al día siguiente con la marea del amanecer y le había prometido esperar al otro. Con un poco de suerte tal vez consiguiera convencerla de que tampoco era necesario partir en el próximo.

Ni en el siguiente.

A veces tenía la sensación de que ella estaba a punto de contarle algo. De confiarle algún secreto, pero luego se echaba atrás. Él seguiría dándole tiempo hasta que ella confiara lo suficiente en él como para decírselo. Solo le molestaba su insistencia en marcharse. En querer viajar hasta Venezuela. Un país desconocido, donde no tenía ninguna familia, ni conocía a nadie. ¿Por qué?

El galgo echó a correr cuando avistaron el caserío. Un instante después lo oyó ladrar contento, seguro que hacía cabriolas con Yñigo. Como si quisiera confirmarlo, las risas de su hijo llegaron hasta él. Instó al caballo a acelerar el paso, contento de llegar a casa.

Vio a Elisa. Ella le dedicó una leve sonrisa antes de entrar en el caserío, con un montón de ropa doblada en los brazos. Esperaba que se acercase a la cuadra mientras él preparaba al caballo para pasar la noche. Quizá pudieran robarse un par de besos o tres o cuatro...

Feliz ante la perspectiva, desmontó y llevó al animal de las riendas hasta la cuadra.

Un rato después, realizadas las tareas y cansado de esperarla, entró en el caserío. Ella hablaba

con su madre.

—No sé si me ha dado mucho el sol, pero me duele mucho la cabeza.

—Vaya, muchacha. Se te ve pálida —murmuró la anciana con preocupación—. Anda, ve a acostarte. Seguro que en la oscuridad del dormitorio se te pasa. El sol de abril suele ser traicionero. Luego te subiré un poco de cena.

—Muchas gracias, pero no os molestéis. No tengo hambre —musitó Elisa, cabizbaja.

—Tienes mala cara —declaró Joseph cuando ella pasó a su lado, camino de las escaleras—. Descansa.

Ella no le dijo nada. Se limitó a mover la cabeza. Luego, subió las escaleras como si llevara sobre los hombros un enorme peso.

—Estaba muy pálida para ser del sol —terció su padre—. ¿No debería de estar colorada?

—Sí, es cierto. Sea lo que sea, no está bien —aseguró su madre, empezando a servir la cena—. No la había visto de ese modo desde que llegó aquí.

—Entonces parecía un gatito asustado, dispuesto a saltar y esconderse detrás de cualquier sitio —recordó Mateo.

—Esperemos a mañana. Seguro que se habrá recuperado —indicó la dueña de la casa—. Ahora, lo mejor será comer antes de que se enfríe.

Joseph miró a las escaleras antes de sentarse a la mesa; fruncido el ceño. Sintió que le palmeaban la mano. Era su madre. Lo miraba con ojos sapientes.

—Tranquilo, no será nada —susurró para que solo él lo oyera.

Ojalá su madre tuviera razón. Pensar en que estuviera enferma lo asustaba demasiado.

Ya no se oía nada. Seguramente todos se habrían ido a acostar. Elisa, incapaz de relajarse, seguía paseando por la habitación; abrazada, frotándose los brazos, como si de ese modo pudiera alejar el frío que se había instalado en sus huesos.

Miró el rincón donde había estado la cuna de Inés. Desde que ella se quedara sin leche, la habían trasladado al cuarto de la señora Nicolasa y del señor Pedro. Añoraba a la pequeña más de lo que creía posible. Se obligó a no llorar. No podía hacerlo. Ya tendría tiempo más tarde.

En el saco, bajo la cama, guardaba todas sus pertenencias. Lo había preparado mientras los demás cenaban abajo. No tenía tiempo que perder.

Cuando unas horas antes, Joseph llamó a la puerta y preguntó si estaba bien, ella se fingió dormida y no le respondió. En aquel momento no se sentía con fuerzas para seguir mintiendo. Ahora, pese al miedo opresor, era capaz de mostrarse tranquila. Esperaba que lo suficiente para engañarlo una vez más.

Se detuvo frente al espejo del aguamanil. A la luz de la única vela que tenía encendida, seguía estando tan pálida como un difunto y la blancura del camión tampoco mejoraba su aspecto. Se pellizcó las mejillas para darles un poco de color. Pensó en deshacerse la trenza y presentarse en la habitación de Joseph con el pelo suelto. Luego, al decidir que eso sería demasiado evidente, lo dejó tal cual. Inspiró para darse valor y, con el quinqué en la mano, salió al pasillo cuidando de pisar con suavidad el suelo de madera. No deseaba alertar a nadie de la casa. Tuvo un momento de vacilación al llegar a la habitación de Joseph, pero al final entró sin llamar.

Lo encontró tumbado en la cama con las manos bajo la nuca. No dormía y se incorporó en cuanto ella traspasó el umbral. La luz de la luna llena, que entraba por los postigos abiertos de la ventana, realzaba los músculos de su pecho desnudo. Su pelo rojizo parecía una aureola de fuego alrededor de su cabeza. Por un momento pensó en dar media vuelta y regresar a su cuarto. Estaba a punto de realizar lo que se había jurado no hacer jamás. Le temblaban las manos de miedo y antecipo. Esperaba no estar equivocada en esa decisión. Deseaba que las sensaciones descubiertas junto a la fragua fueran el preludio de algo mejor. Algo que borrara el horror de otros tiempos, de otras experiencias.

—¿Elisa? —profirió como si no creyera que de verdad estuviera allí—. ¿Te ocurre algo? ¿Estás enferma? —indagó, visiblemente preocupado. Se sentó en la cama.

—Solo... solo quería estar contigo —musitó, cerrando la puerta a su espalda. No había vuelta



atrás. Apagó la vela de un soplo antes de dejar el quinqué en el suelo. Ahora solo les iluminaba la luna con su fulgor plateado.

—¿Estás segura? —La pregunta sonó como un graznido.

—Nunca he estado tan segura de algo en mi vida. —El valor surgió desde algún lugar remoto de su cuerpo—. ¿Podrías abrazarme?

Joseph carraspeó; no parecía encontrar las palabras.

—Sería mejor... si te acercas a la cama, muchacha. Estoy desnudo y...

No pensó en encontrarlo de ese modo. Nunca había visto a un hombre sin ropa y, de pronto, tuvo curiosidad. Indecisa, se quedó junto a la puerta, incapaz de dar el siguiente paso.

Joseph esperó un instante, luego se levantó de la cama. Su silueta, grande e intimidante, quedó recortada contra la ventana. Sin embargo, Elisa no tuvo miedo. Solo deseaba sentirlo. Antes de pensarlo, ya había dado un paso y otro más, saliendo a su encuentro. Los brazos fuertes de él la rodearon con firmeza. A través del fino tejido del camisón podía sentir el calor que emanaba de la piel de Joseph, los contornos duros de su cuerpo o el latido atronador de su corazón. Allí era donde quería residir. Aquel era el refugio perfecto al que iba a renunciar. Al que debía renunciar.

«¡No pienses en eso ahora!», se ordenó en silencio.

—Cuando te he visto en la puerta, he pensado que eras un sueño. He imaginado tantas veces tenerte aquí... —murmuró junto a sus labios, antes de besarla con ardor—. ¡Ay, Dios! Cuántas veces he deseado hacer esto. —Sus manos recorrían los costados de Elisa, provocando sensaciones desconocidas y tremendamente placenteras.

Ella tampoco podía quedarse quieta. Mientras se besaban, le acarició los hombros, la espalda, deleitándose con las formas de sus músculos bajo la piel firme y tersa. Nunca había acariciado a un hombre y deseaba conocer hasta el último escondite de ese en particular.

Ya no sentía temor, solo un deseo candente que desinhibía sus prejuicios o sus enseñanzas. No se planteaba si lo que estaban haciendo estaba bien o mal. No podía ser malo algo hecho con amor. Al menos por su parte lo había. Lo amaba con cada pedazo de su alma. Y quería demostrárselo, una vez al menos, antes de irse para siempre. Si solo disponía de esa noche para estar con él, debía ser memorable.

Los besos siguieron hasta que la falta de aliento los hizo separarse. La penumbra no permitía ver gran cosa, pero ellos se vieron con los dedos. El camisón de Elisa terminó en el suelo, como una nube blanca a sus pies. Ahora desnudos, el abrazo fue una explosión de sensaciones difíciles de describir. Piel con piel, sin estorbos, sin barreras.

Despacio, casi con delicadeza, se acercaron a la cama. Joseph la ayudó a tenderse entre las sábanas que aún guardaban parte del calor de su cuerpo. Acostado a su lado, aprovechó para besarla en el cuello, en el hueco entre las clavículas, en la redondez de un pecho, luego en el otro. Elisa se arqueó al sentir su boca en un pezón. La impresión fue fulminante y la hizo gemir de

placer. Se sentía inflamar por dentro. Una desazón que necesitaba liberarse, aunque desconocía cómo.

Jamás habría imaginado que estar con un hombre pudiera ser de ese modo. Excitante y placentero. Sin dolor ni vejación. Sin humillación ni miedo.

Apartó aquellas imágenes traicioneras, empeñadas en colarse por su mente, para torturarla con recuerdos aterradores.

—Por favor... por favor... —suplicó, ignorando qué pedía o necesitaba.

Por toda respuesta, Joseph descendió por su torso hasta el declive del ombligo. Lo circunvaló con su lengua, provocando que ella se arqueara como un fleje. Siguió descendiendo y cuando Elisa trató de apartarlo, abochornada por lo que pretendía, él soltó una risita y sopló junto al vello oscuro y rizado entre sus piernas. Si la lengua en el ombligo o su boca succionando un pecho la había llevado al borde del abismo, aquello la dejó sin aliento y al filo del desmayo.

Joseph no se conformó con eso, la besó antes de introducir su lengua entre los pliegues húmedos. El grito casi escapó de la garganta de Elisa. A duras penas lo contuvo para no despertar a todos los habitantes. Apretó los labios, tragó sus gemidos, mientras su cuerpo se licuaba en la boca de Joseph. Le pareció ver luces de colores entre los párpados cerrados; creyó que su cuerpo se rompería en mil pedazos si aquella euforia continuaba un instante más. Pero no se rompió, solo terminó laxa sobre el lecho, con el corazón latiendo enloquecido y el aliento entrecortado entre la trémula sonrisa.

La boca de Joseph volvió a recorrer el camino de besos hasta su boca. Su cuerpo, que un instante antes estaba exhausto y saciado, volvió a la vida. Entre los muslos la pulsación reanudó su latido, clamando liberación. Sin ningún miedo, abrió más las piernas para acoger a Joseph. Su miembro penetró hasta el fondo. El efecto fue inmediato. Su cuerpo se convulsionó para sentirlo aún más. Ansiaba tenerlo más dentro; fundirse como una amalgama de metal. Deshacerse entre sus brazos y formar parte de su ser.

—No... te... nuevas... —Joseph blasfemó entre dientes—. Me... derramaré... antes... de... empezar.

—No... puedo... —consiguió articular, incapaz de parar aquellas convulsiones que la sacudían.

Y se movió, porque no hacerlo era imposible. Su cuerpo se había desconectado de su mente y ondulaba con la cadencia de las olas en un mar embravecido. Enlazada al hombre que amaba, siguió moviéndose, incapaz de detenerse. Sus gemidos, acallados por la boca de Joseph.

El éxtasis les alcanzó de lleno. A duras penas contuvieron el grito de placer que burbujeaba en sus gargantas. Si antes había creído ver luces de colores entre los párpados, ahora eran explosiones que la catapultaban hasta el cielo infinito. Un cielo que, lejos de ser negro, se fundía en los colores del arcoíris.

La luna llena, testigo mudo de aquel acto de amor, los miraba desde el firmamento cuajado de

estrellas.

Joseph dormía rodeándola con los brazos. Elisa podía sentir su tibio aliento junto al cuello. Habían hecho el amor un par de veces más y cada una de ellas, por difícil que pudiera parecer, había sido mejor que la anterior. Pero había llegado el momento de partir. El tiempo de felicidad había concluido.

Con mucho cuidado fue retirando el brazo de Joseph para separarse de él. Sintió que la apretaba contra sí y murmuraba su nombre entre sueños. Eso estuvo a punto de hacerla flaquear en su decisión.

No tenía más opciones. Volvió a intentar retirarse. Le costó varias tentativas, pues aun dormido Joseph seguía sujetándola, pero consiguió salir de la cama. Después de recoger el camisón del suelo y ponérselo, miró con infinita ternura al durmiente. Deseaba guardar su imagen y su recuerdo para siempre. Grabó en su mente la forma de sus labios, el tono exacto de su pelo, el arco de sus cejas, la frente despejada...

Pensó en despertarlo y contarle toda la verdad. Sin embargo, era imposible. ¿Qué pensaría de ella una vez que conociera los pormenores de su embarazo?

Con un suspiro cogió el quinqué antes de abandonar el dormitorio; la congoja aplastaba su alma. En el pasillo volvió a encender la vela con la llama del candil que permanecía encendido por las noches.

Ya en su habitación, no tardó nada en lavarse con el agua de la palangana, sintiendo con pesar cómo iba borrando de su piel las huellas de los besos, de las caricias y el olor de Joseph. Para no seguir pensando en ello, se vistió lo más rápido posible. Volvió a hacerse la trenza; Joseph había insistido en deshacerla para peinarla una y otra vez con sus grandes dedos. Tomó el papel y los útiles para escribir, que había tenido la precaución de coger esa tarde antes de subir a su cuarto, y redactó una carta para él. Debería ser escueta y no dejar lugar a dudas. Esperaba que no la odiase mucho al leerla. Que fuera capaz de recordarla sin rencor. Se secó una lágrima. No podía llorar. Aún no.

Miró con tristeza, y por última vez, el cuarto donde había pasado los mejores meses de su vida. Volvió a apagar la vela antes de coger el saco con sus pertenencias y la carta; regresó al pasillo. No le resultó fácil meter la misiva bajo la puerta de Joseph. Aquello ponía el punto y final a una historia que nunca podría ser. Aguantando las ganas de llorar, se besó los temblorosos dedos y los apoyó contra la madera, en una última despedida.

Con todo el sigilo del que fue capaz, bajó las escaleras. En la cocina el perro levantó la cabeza, la miró extrañado por verla por allí a esas horas, pero volvió a bajarla y continuó durmiendo.

Salió al exterior bañado por la luna. Aún faltaba un buen rato hasta el amanecer. Sobre Peñas de Aya el cielo continuaba oscuro y plagado de estrellas. La quietud era total. Se cubrió la cabeza con el chal y comenzó a andar camino abajo para llegar al Pasaje. Alejándose con cada paso de aquel lugar; de aquel refugio perfecto.

En un rato, los hombres se despertarían para comenzar las tareas diarias. La señora Nicolasa prepararía el desayuno con su tranquila eficiencia. Yñigo...

«¡Pobre niño! Ya no estaré para tranquilizarlo cuando tenga miedo», pensó, sintiendo las lágrimas rodar por las mejillas. «Mi querido niño.»

Aceleró el paso. Dispuesta a llegar lo antes posible al navío.

No tardó en llegar al camino que había visto desde el prado alto. El recuerdo de Yñigo y Juana compitiendo por quién de los dos veía más cosas se coló en su mente y nuevas lágrimas brotaron como un arroyo. Se las limpió con el pico del chal y continuó acelerando el paso.

Las primeras luces del alba coronaban los picos aserrados de Peñas de Aya cuando llegó al Pasaje. El puerto era un enjambre de actividad. Frente a ella, el navío era un hervidero de marineros afanándose en izar la carga y acomodar la mercancía en las bodegas. Varias personas esperaban junto a la planchada el permiso del capitán para subir a bordo. Había llegado a tiempo. Curiosamente, no le hizo tanta ilusión como era de esperar. Era mucho lo que abandonaba en aquellas tierras. Tal vez, demasiado.

Alzó la vista hasta la cofa de la nave. Los palos parecían herir el cielo que empezaba a clarear. Se acercó a la pasarela. Ya no quedaba nadie por subir a bordo. Ella era la última. Un par de marineros esperaban la orden para retirarla. Otros, subidos a las jarcias, soltaban las enormes velas, preparándose para zarpar.

Ya no había tiempo para lamentaciones. Era hora de subir a bordo. Dio un paso, arrastrando los pies. El corazón, pesado como una gran piedra en el pecho. Se mordió los labios para no sucumbir al llanto. Lo haría una vez en el interior de la nave. Allí tendría tiempo durante toda la travesía para llorar hasta agotar sus lágrimas.

—¿La señorita Elisa Martínez de Eulate? —preguntó un hombre junto a ella.

Elisa sintió que su corazón se paraba un latido. Luego cerró los ojos con fuerza. La habían encontrado.

—Quedáis detenida en nombre del alcalde don Pablo López de Álava —formuló el soldado antes de que ella pudiera hacer o pensar nada más—. Os llevamos a Vitoria para ser juzgada por asesinato.

Otro soldado le quitó la bolsa con sus pertenencias, la tomó del brazo y le puso unos grilletes

en las muñecas. Ella hundió los hombros por el peso de los hierros. En un instante la habían apresado y la llevaban hacia un carro de prisioneros, que esperaba unos pasos más allá.

No podía gritar, de nada le habría servido. Estaba presa. Eran soldados y nadie se atrevería a contrariarles, menos aún, cuando explicaran los cargos que se le imputaban. ¡Asesinato! No tenía escapatoria.

Sintió la mirada de los marineros y la de los pocos transeúntes que andaban por el puerto a esas horas. Quiso cubrir su cara; avergonzada de verse en esas circunstancias. Pero el chal había resbalado de su cabeza y pendía de los hombros.

Tropezó cuando llegaron al carro. Sin muchos miramientos la ayudaron a subir y, en cuanto entró, pusieron un candado en la puerta, reforzada con planchas de metal. Unos ventanucos, protegidos con barrotes de hierro, dejaban entrar algo de luz y le permitieron ver los dos bancos corridos que flanqueaban los costados del carro. No había nadie más. Se dejó caer en uno de ellos, aturdida por lo ocurrido.

Había estado muy cerca de escapar para siempre.

«¿Y para qué?», se preguntó mientras veía alejarse el puerto a través de la ventanita. «¿Cómo sería vivir una vida alejada de las personas que quieres?»

Con la nuca apoyada en la pared de madera, dio rienda suelta a su tristeza. Al menos, nunca sabrían lo ocurrido. Era un consuelo.

Su único y triste consuelo.

Joseph despertó con los lloros del galgo junto a su puerta. Rascaba la madera como si quisiera entrar. Se incorporó y el recuerdo de la noche pasada le llegó con total nitidez. Miró, pero ese lado del lecho estaba vacío. Solo la depresión en la almohada y en el colchón evidenciaba que no había sido un sueño. Elisa había pasado esas horas con él, amándose. Se acercó a ese lado de la almohada e inhaló. Aún olía a su aroma floral. El gañido lastimero de Azkar le hizo dejar las evocaciones para otro momento. Retiró la ropa y salió de la cama, con una sonrisa de satisfacción como única vestimenta.

—Vale, muchacho. Ya te abro —murmuró, acercándose a la puerta—. Calla, despertarás a todos. ¿Qué te ocurre?

Justo al abrir se fijó en el papel que descansaba en el suelo. Lo tomó, extrañado. Con la escasa luz que daba el candil del pasillo se dio cuenta de que era una carta dirigida a él. Se colocó bajo la llama para leerla.

Querido Joseph:

Cuando leas esta carta el barco ya habrá zarpado.

Te preguntará por qué me he ido de este modo, sin despedirme de nadie y sin avisar. Compréndelo, te lo ruego. Me resultaba muy difícil y doloroso hacerlo. Tenía miedo de que me convencierais de esperar al siguiente navío y eso no podía ser.

Estos meses han sido los más hermosos de mi vida. Puedes creerlo. He sido muy feliz junto a tu familia y te aseguro que los añoraré con toda mi alma. Por favor, despídeme de ellos.

En mi corazón guardo, como el tesoro más valioso, la preciosa noche que hemos compartido. Jamás podré olvidarla y te estoy muy agradecida por haberme permitido vivir esa experiencia tan maravillosa.

Sin embargo, debo marcharme. Soy una mujer de ciudad y la vida en el caserío no es para mí. Quiero empezar una nueva vida en Venezuela, tal y como te dije.

Sé lo mucho que amabas a Luisa, que aún la amas, pero busca a una mujer para compartir tu vida. Asegúrate primero de que es buena con los niños, que los quiere y que los trata bien. No cometas el mismo error que mi padre.

He dejado a Perla en el establo. Es un regalo. Sé que sabrás cuidarla.

Se hace tarde y el barco no espera.

Te pido perdón por haber faltado a mi promesa. No tenía más remedio.

Tuya para siempre,

ELISA

¡No podía ser cierto! ¡Se lo había prometido!

Dejó caer el brazo, repentinamente sin fuerza. No podía creer que ella se hubiera marchado. ¡Era imposible!

Sin molestarse en no hacer ruido, corrió hacia el cuarto de Elisa. Tal y como temía, estaba vacío. Como si nunca hubiera estado allí. Giró sobre sí mismo mirando cada rincón, incapaz de creerlo. El perro seguía lloriqueando subiendo y bajando las escaleras. Algo le pasaba.

Al salir del dormitorio se encontró con su padre.

—¿Qué ocurre? —preguntó, terminando de abrocharse la chaqueta.

—Elisa se ha marchado —anunció, entrando en su dormitorio para vestirse. Debía salir en su busca lo antes posible. Quizá aún lograra llegar antes de que partiera el maldito barco.

—¿Cómo que se ha marchado? —La mirada perpleja de su padre lo decía todo.

—Quiere ir en el *Santa Engracia* que parte esta mañana para Venezuela. —Azkar estaba montando un alboroto tremendo junto a la puerta de entrada—. No sé qué le pasa hoy.

—Ahora mismo le abro la puerta. Termina de vestirte —comentó su padre, antes de bajar por las escaleras. Si se preguntaba cómo sabía que Elisa se había marchado y qué hacía desnudo a esas horas por el pasillo, no dijo nada.

En un momento estuvo vestido y preparado para salir. No podía quedarse quieto sin intentar hablar con Elisa y aclarar todo lo que ponía en su carta. Le parecían excusas tontas y sin sentido. Ni por un instante las había creído.

Ensiló a Mutil en muy poco tiempo. Azkar, que seguía gañendo y olisqueando el suelo con mucho interés, salió corriendo camino adelante, como si siguiera a un conejo. El caballo tenía ganas de correr y él tenía prisa por llegar, una combinación perfecta.

Una vez en la carretera, hubo de disminuir la velocidad para no toparse con todos los que iban en dirección a la ciudad. No tardó en llegar al puerto. Saltó al empedrado a tiempo para ver salir al navío por la bocana con todas las velas desplegadas, doradas por el sol del amanecer.

¡Había llegado tarde!

La rabia le hizo soltar una sarta de improperios. No podía creer que la hubiera perdido. Que se hubiera escapado de ese modo. Pensó en alquilar un bote, pero ninguna batelera podría alcanzar al poderoso navío con el viento a favor y todo el velamen desplegado. Afligido por la ausencia de Elisa, volvió a montar.

Sin saber cómo iba a vivir sin ella, instó al caballo a volverse para regresar al caserío. Pese a la rabia por su desertión, temía por su bienestar. No era adecuado que una mujer, por muy viuda que fuera, viajara sin acompañante. ¿Quién la defendería si un marinero quería propasarse con ella? ¿No había pensado en ello?

«¡Por todos los demonios del infierno!», bramó por dentro. Debía de haber algún modo de... «No seas tonto. No lo hay. Se ha marchado.» Esa certidumbre lo dejó apesadumbrado. «Ay, Dios.»

A lo lejos, Azkar lo esperaba moviendo el rabo, junto a un niño descalzo y con unos calzones



por debajo de la ropa de dormir. Joseph se frotó los ojos, incapaz de creer que aquel niño fuera Yñigo. ¿Qué demonios hacía allí a esas horas y tan lejos de casa?

Sin duda había seguido a Elisa. ¿Y ella había sido capaz de dejarlo allí solo? ¡No!, eso era imposible. Ella nunca lo hubiera hecho.

Espoleó al caballo. En un instante había llegado hasta el pequeño, desmontado de un salto y lo tenía abrazado, como si temiera que pudiera salir volando. Ahora entendía el llanto y la agitación de Azkar. Seguramente había visto marchar a Yñigo y no había podido seguirlo.

—Pa-pa-padre —gimió su hijo con la cara surcada de lágrimas—. Se-se ha ido.

—Sí, hijo mío. Se ha ido en el barco —corroboró, compungido, acariciando su rostro.

—No, en el-el bar-barco-co, no. —La congoja lo hacía tartamudear.

—Sí; me lo ha escrito.

—U-unos ho-hombres... Sol-solda-da-dados.

—¿Qué estás diciendo? ¿Se la han llevado unos soldados? —inquirió, confuso y alterado a partes iguales.

No entendía nada de lo que estaba pasando. ¿Su hijo la había visto con unos soldados? ¿Qué había pasado? El temor empezó a atenazarlo por dentro.

Como el niño, de tan asustado, no conseguía dejar de llorar, optó por regresar al caserío. Seguro que una vez allí, su hijo se tranquilizaría lo suficiente para explicarle qué demonios había visto. Debía encontrarla cuanto antes.

No supo decidir si era una buena noticia que no se hallara a bordo del *Santa Engracia*, pues la perspectiva de saberla presa era infinitamente peor.

Apenas se había sentado en el camastro cuando un hombre vino a por ella. Le traía una palangana con agua para asearse, un tazón de leche y un trozo de pan. Debía comparecer lo antes posible frente al alcalde para que le tomase declaración.

A la luz que se filtraba por el único ventanuco que había en aquel ático, se lavó y trató de mostrarse presentable, pero con el vestido todo arrugado y sin un peine con el que domar su cabello, poco podría hacer. Tampoco los grilletes en las manos hacían mucho por mejorar su aspecto. No pudo comer nada, su estómago se reveló, así que dejó las viandas intactas.

Mientras hacía tiempo al regreso del hombre, pensó que a esas horas todos los habitantes del caserío se habrían enterado de su partida. Rezó por que no estuvieran muy molestos con ella y su precipitada marcha. ¿El señor Ricardo habría ido a cerciorarse de que ya no estaba? ¿Les habría enseñado el bando donde estaba dibujado su retrato, pese a todo? ¿Qué opinarían? En realidad, el parecido no era muy grande y el nombre era diferente. Quizá no lo creyeran.

Yñigo pensaría que había faltado a su promesa de no marcharse hasta que no supiera atarse los cordones de sus albarcas. ¡Pobre niño!

El alcalde les esperaba en su despacho. A su lado, aguardando con la pluma de la mano, dispuesto a tomar nota de todo lo que se dijera, estaba el escribano. Le alegró que no fuera el señor Anselmo. Se habría sentido muy avergonzada si el anciano, que le daba confites cuando iba a visitar a su padre, la viera en esa situación. También la abochornaba verse frente a don Pablo, a quien conocía desde niña, pero no había remedio. Rogó por tener fuerza suficiente para sobrellevar aquello y trató de enderezarse para mostrar una entereza que estaba muy lejos de sentir.

—Buen día —saludó don Pablo cuando el hombre salió de la estancia, dejándoles a los tres solos—. Debo tomaros declaración para dilucidar vuestra implicación en el asesinato del señor Cristóbal. ¿Estáis lista?

—Sí-sí —tartamudeó allí de pie frente al enorme escritorio. Asustada, se apretó las manos, unidas por los grilletes. El rasgar de la pluma sobre el papel la puso aún más nerviosa.

—En ese caso, empezad diciendo vuestro nombre completo y seguid por lo ocurrido el día veintiuno de noviembre del pasado año. —Sin apartar la vista de ella, movió una mano conminándola a comenzar.

—Mi nombre es Elisa Martínez de Eulate. —Calló un momento, sin saber cómo continuar y

miró al suelo. Los encerados listones de madera brillaban bajo la luz de las velas diseminadas por la estancia. Le hubiera gustado perderse por alguna de las grietas entre la tarima. Desaparecer para no tener que verse en la tesitura de contar detalles tan íntimos y escabrosos de su vida.

—¿Qué ocurrió ese día? —La ayudó el alcalde con voz suave.

—Me... me despertó la señora Gertrudis y... —Volvió a callar, incapaz de seguir.

—Señorita Elisa, debéis contarlo todo. —Ella levantó la mirada, pero el rictus severo de don Pablo la intimidaba y estuvo a punto de desmoronarse—. Debemos saber qué ocurrió ese día para aclarar el asunto. Si tenéis la bondad de ayudarnos... quizá eso os ayude también a vos. —¿Su mirada se había suavizado?, ¿o eran imaginaciones suyas?

—Me despertó la señora Gertrudis y me tiró de la cama —continuó más segura, volviendo a mirar al suelo—. Luego empezó a darme patadas y golpes. —Cerró los ojos al recordar el dolor y el miedo. En los últimos meses había ido perdiendo el temor a ser golpeada en cualquier momento y por cualquier cosa. Recordó el caserío Arana y casi se echó a llorar.

—¿Por qué os pegó? —La voz del alcalde impidió que siguiera pensando en lo perdido.

—Lo hacía cada día. Aunque esa vez estaba completamente desquiciada. Ella... ella quería que, de una vez, perdiera al bebé —musitó. Apretó contra el vientre las manos, entrelazadas con fuerza, como si aún pudiera protegerlo.

—¿Estabais encinta? —La voz de don Pablo sonó cáustica y severa—. ¿Qué ha sido del bebé?

—Nació muerto. Con aquella paliza consiguió su propósito.

—¿Quién era el padre?

—El... el marido de la señora Gertrudis —siseó con rabia.

—¿Era vuestro amante? —La pregunta fue hecha sin inflexiones. Como si no quisiera juzgarla o ya lo hubiera hecho y solo pretendiera cerciorarse.

—¡No! —Levantó la mirada y la clavó en los ojos oscuros del alcalde—. Odiaba a ese hombre casi tanto como a mi madrastra.

—¿Y eso os llevó a matarlo?

—Yo... solo quería librarme de él. Quería... que... ¡me dejara en paz! —gritó, acongojada. No quería llorar, pero las lágrimas se le agolpaban en los ojos, dispuestas a caer de un momento a otro—. No deseaba matarlo. Solo quería que me dejara en paz.

Durante un instante se hizo silencio en aquella habitación. Hasta se podía escuchar con nitidez, a través del ventanal, la voz de un quincallero que ofrecía su mercancía.

—Será mejor que volvamos a esa mañana, cuando os despertó la señora Gertrudis.

Elisa se enderezó y tomó aire mientras ponía en orden sus recuerdos.

—Ella me golpeaba sin parar. —Se estremeció—. Yo pensaba que no se detendría hasta matarme, pero sonaron las campanas anunciando la misa mayor; ella me encerró y me dejó allí, tirada en el suelo. Estuve llorando un rato. No sentía a mi bebé. —Las lágrimas resbalaron por sus

mejillas. Su intención de no llorar se había ido al traste y ya no tenía fuerza para detenerlas. ¿Qué importaba ya?

—¿Qué hicisteis después?

—No sé cuánto tiempo estuve allí, sobre las baldosas. Me dolía todo el cuerpo. Quería escapar de aquel lugar. Ya no aguantaba más. —Se secó las lágrimas con los dedos. Le hubiera gustado abrazarse a sí misma, pero los grilletes lo impedían—. Busqué en mi arcón un saco donde meter mis pocos vestidos. Estaba en ello cuando oí la cerradura. —Miró a don Pablo con rabia—. Yo no era su amante. ¡Nunca lo fui! Él me forzaba y me obligaba a... —No pudo seguir. La vergüenza era demasiado grande.

El escribano se detuvo cuando terminó de transcribir lo que ella estaba contando. Era un hombre joven; sus mejillas sonrojadas mostraban su bochorno.

—¿Qué sucedió? —volvió a la carga don Pablo. Su profundo ceño casi le ocultaba los ojos bajo las canosas cejas.

—Cerró con llave. Estaba muy borracho y en esas ocasiones solía ser muy violento —musitó abatida—. Se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo. Antes de que pudiera escapar, ya me estaba subiendo la falda y... ¡No podía consentirlo otra vez! ¡Mi bebé no se movía! —Movié las manos, haciendo tintinear los hierros, se las llevó al pecho, en un simulacro de abrazo—. El orinal estaba debajo de la cama. Intenté cogerlo, pero no llegaba. Me estiré. Casi lo tocaba con los dedos, pero aún no podía asirlo. Sin perder la esperanza, volví a alargar mi brazo todo lo que pude. El señor... él no se dio cuenta de lo que intentaba hacer. Estaba demasiado ocupado tratando de desatarse los calzones. Cuando conseguí agarrar la bacinilla. No lo pensé y con todas mis fuerzas le di con ella en la cabeza. El orinal se hizo añicos. —Tragó saliva—. Al principio pensé que no había pasado nada, pero luego puso los ojos en blanco y se desplomó sobre mí. —Inhaló al darse cuenta de lo ocurrido aquel día. Había matado a un hombre.

—¿Qué hicisteis después? —preguntó el alcalde al ver que ella no decía nada más.

—Me lo saqué de encima como pude. Pesaba mucho. Le quité la llave. Desde que empezaron los abusos, me encerraban. No podía escapar de ellos. Temían que se lo contase a alguien. Pero ¿a quién se lo podría contar? ¿Quién me creería? —La desesperación estaba implícita en cada palabra—. Aquella era mi oportunidad de huir. Agarré el saco con algo de ropa y fui al dormitorio de la señora Gertrudis. Allí cogí las joyas de mi madre. No tomé nada que no fuera mío por derecho propio.

—Su madrastra os acusa de habérselas robado.

—¡Miente! ¡Eran mías! Mi padre me las dio al morir mi madre —aseguró molesta—. La señora Gertrudis me las quitó cuando él falleció. No robé nada. Eran mías. Ella me las robó a mí.

—¿Y la yegua?

—Me la regaló mi padre pocas semanas antes de morir. No podía dejarla allí. El señor

Cristóbal no la trataba bien y yo necesitaba huir lo más rápido posible.

Lo vio cabecear como si estuviera de acuerdo.

—Si ya teníais las joyas y la llave para escapar, ¿por qué matarlo?

—No sabía que estaba muerto. Pensé que solo había perdido el sentido. No fue mi intención matarlo. Dios sabe que se lo merecía, pero no soy una asesina. Fue un accidente. ¡Debéis creerme!  
—suplicó.

—Clavar un cuchillo repetidas veces a alguien no solo le hace perder el sentido —murmuró don Pablo muy serio—. Y desde luego está muy lejos de ser un accidente.

—¿Clavar un cuchillo? —Asombrada, dio un paso atrás—. Yo no toqué ningún cuchillo. —Negó con la cabeza sin parar—. ¡Solo lo golpeé con el orinal! ¡Lo juro!

—El señor Cristóbal tenía cinco cuchilladas en el vientre y una en el cuello, señorita Elisa.

Ella sintió que le flojeaban las rodillas y se dejó caer en el suelo, incapaz de sostenerse.

¡Lo habían acuchillado! ¿Quién lo había hecho? Ella no, desde luego. Pero nadie la creería. Menos aún después de haber huido de allí. «Virgen Blanca, ayúdame.»

—Decís que la señora Gertrudis os pegó una paliza aquella mañana. ¿Alguien puede atestiguarlo? Herminia dice que no oyó nada.

—Es posible. La cocina queda alejada —respondió Elisa. «Y aunque hubiera oído algo, callaría. Necesita el jornal para sacar adelante a sus hijos», pensó sin acritud.

—Una paliza así os dejaría marcas en el cuerpo. ¿Alguien las vio? —insistió don Pablo.

Por un momento pensó en la señora Nicolasa o en don Yago, el galeno, pero no podía decir nada. Si les llamaban a declarar, descubrirían lo que había pasado y... ¡No! No iba a consentirlo. Debían seguir creyendo que ella había embarcado para Venezuela y que era una viuda respetable. Si supieran la verdad... Les indignaría descubrir que habían albergado a una mujer deshonrada en su casa. Una mujer a la que acusaban de asesinato para más señas. No podía dar pábulo al bando del señor Ricardo.

—No, nadie.

El alcalde frunció los labios, sin dejar de mirarla. No la creía.

—¿Qué ocurrió cuando huisteis? ¿Tuvisteis al bebé? —indagó muy serio.

—No sabía adónde ir, pero de algún modo me encontré en el Camino Real y seguí en dirección a Francia. Pensé que, si tomaba un barco hacia el Nuevo Mundo, nunca me encontrarían. —Suspiró antes de continuar—. Cerca de San Sebastián me puse de parto. Estaba asustada y sola. Cuando imaginé que el siguiente dolor me mataría apareció un hombre y me ayudó.

—¿Quién era?

—Preferiría no decíroslo, don Pablo —musitó, cabizbaja.

—No estáis en disposición de negaros, señorita Elisa. Los cargos contra vos son muy graves.

—Yo... Es una buena familia. Me consideran viuda... ¡No, no les dije que lo era! —protestó

ante la ceja alzada del alcalde—. Ellos lo dieron por sentado y yo no les saqué del error. Por favor, don Pablo. Permitidles suponer que me he ido a Venezuela.

—¿Entendéis que significará para vos no presentar testigos que corroboren vuestro testimonio?

—Sí —musitó, temblando por dentro.

—¿Qué deseáis? —Don Pablo miró al recién llegado con censura. No le gustaba ser interrumpido y menos cuando tenía entre manos un caso de lo más enrevesado. Desde que había tomado declaración a la señorita Elisa no dejaba de preguntarse si decía la verdad o no. Desde luego, si mentía, sabía hacerlo muy bien. Él estaba por creer que era tan inocente como su semblante anunciaba.

—He venido a ver a la señora Elisa —aclaró con firmeza el extraño. Era bastante alto y de espalda ancha. Su pelo rojizo aún tenía la marca del sombrero, que hacía girar entre las manos, grandes y fuertes. Sus ojos, de un azul claro y cristalino, lo miraban con fijeza, casi sin parpadear —. Tengo entendido que está aquí.

Estaba tan pendiente del aspecto de aquel joven que tardó un momento en darse cuenta de por quién preguntaba.

—¿La señora? ¿Se ha casado? —indagó don Pablo para ganar tiempo.

—¿Casado? —Fruició el ceño, sorprendido—. No, sigue viuda. —Sus ojos clavados en él como saetas. Parecía tener prisa por averiguar el paradero de la muchacha. Y, pese a que su postura no daba a entender nerviosismo o inquietud, la tensión con la que sujetaba el sombrero decía lo contrario.

—Mucho me temo que estáis en un error; la señorita Elisa es soltera y a menos que se haya casado en los últimos meses, sigue siéndolo. —El hombre parpadeó asombrado por esas palabras —. Si os explicó otra cosa, os ha mentido.

—No, en realidad, ella no lo dijo —aclaró, pensativo—. Lo dimos por hecho y no lo rebatió.

—Algo que viene a ser como mentir por omisión.

—Tendría sus razones, señor alcalde —defendió el hombre muy serio.

Don Pablo se preguntó quién sería y qué relación lo unía a la señorita Elisa. Su aprecio por ella era evidente, de lo contrario no tendría tanto interés por verla o por defender sus acciones. Acciones que, por otro lado, confirmaban lo testificado por ella una hora antes.

—¿Me podéis decir con quién tengo el gusto de hablar?

—Soy Joseph Arana, del caserío Arana, maestro albéitar y herrador en San Sebastián. A su disposición —se presentó a toda prisa con un leve y rápido saludo—. ¿Podría hablar con la señorita Elisa, por favor?

—Me temo que eso no podrá ser. Los cargos contra ella son muy graves y hasta no esclarecer

su...

—¿Graves? —lo interrumpió, alterado—. ¡Eso es una tontería! Ella es incapaz de hacer nada malo. Seguro que hay un error.

—Los hechos hablan de otra cosa, señor Joseph —respondió con paciencia, sin levantar la voz—. Si sois tan amable, y ya que parecéis conocerla muy bien, me gustaría tomaros declaración. —Hizo un gesto al escribano, que ya estaba preparado para comenzar—. ¿Podéis decirme qué os relaciona con la señorita Elisa?

—Ella ha vivido en el caserío de mi familia desde noviembre. ¿Qué cargos son esos?

—Señor Joseph, aquí las preguntas las hago yo. ¿Cómo la conocisteis? —indagó, recostándose en la silla.

Por un momento asumió que no iba a responder. Se le notaba molesto.

—La encontré en el camino. Estaba de parto —dijo al fin.

Don Pablo, meditabundo, se dio unos rítmicos golpecitos con los dedos en la barbilla. Ahí tenía al testigo de ese momento y que ella no había querido nombrar.

«Curioso.»

—¿Cuándo fue eso?

—La noche del veintiuno del noviembre pasado.

—Parecéis recordar muy bien esa fecha —inquirió el alcalde, con sospecha.

—Cuatro días antes había fallecido mi esposa. —Lo vio apretar la mandíbula—. Comprenderéis que recuerde la fecha con claridad.

—Mi más sincero pésame, señor Joseph —se disculpó, enderezándose en la silla—. Así que fuisteis vos quién la ayudó en el parto.

—¿Os lo ha contado?

—Que se puso de parto y que un hombre la ayudó, sí, pero no ha querido revelar su nombre ni el de la familia con la que ha convivido. Ella no parecía desear que conocierais su paradero. Aunque visto lo ocurrido, ya os habéis enterado.

—Al amanecer, en el puerto, mi hijo ha visto como se la llevaban unos hombres. Después de preguntar por ahí, he descubierto que iban en vuestro nombre. He venido lo más rápido posible —confesó a todas luces descolocado por los acontecimientos—. Ahora. Por favor. ¿Tendríais la bondad de explicarme de qué se la acusa?

—Todo a su tiempo. ¿Qué sabéis de ella? —Lo miró con seriedad—. La ayudasteis en el parto... —Movi6 la mano, instándole a seguir.

—El niño nació muerto. —Bajó la cabeza y se tocó la frente—. Ella lo vistió con la ropita que le había hecho. Prefería que no yaciera desnudo en la tumba improvisada en el bosque, junto al camino. Helaba y no podía abandonarla allí, así que la llevé al caserío de mi familia. —Guardó silencio un momento—. Había pasado cuatro días buscando una nodriza para mi hijita recién



nacida. La señora... la señorita Elisa se ofreció a amamantar a la niña hasta que salieran los barcos para el Nuevo Mundo. Durante estos meses ha sido la nodriza de mi hija, ha enseñado cálculo a mi hijo y ha ayudado en las tareas del caserío. En todo momento ha demostrado ser una buena persona. Nada que ver con cualquier absurda acusación.

—Parece que ha estado ocupada... —Cabeceó, pensativo—. ¿Visteis si tenía alguna marca? — Al ver confusión en el gesto del joven, se apresuró a aclarar—. Heridas, morados, verdugones...

—Estaba muy oscuro y no se veía muy bien. En la cara no tenía nada. ¿La habían herido? — frunció el ceño, preocupado.

—¿En algún momento contó algo sobre ella? —preguntó a su vez, soslayando la pregunta del señor Joseph.

—Me habló de su padre. Había sido procurador y que se había casado con una mujer muy desagradable.

—¿Os habló de cómo era su vida aquí?

—No. No parecía gustarle recordar nada de esto. Yo creía que añoraba mucho a su marido y que hablar de él le resultaba doloroso. Ahora, según vos, no estaba casada... —Entrecerró los ojos, al parecer, recordando—. En ese caso, ¿sabéis quién era el padre de su hijo?

—Mirad, señor Joseph, creo que vuestra imagen de la señorita Elisa no se corresponde con la realidad. —Clavó la mirada en la cara del joven para ver su reacción—. Se la acusa de robo y... de asesinato.

Por un momento el hombre se quedó pálido, pero al instante su rostro enrojeció violentamente. Sus ojos brillaban de furia azul. Apretó la mandíbula como si estuviera conteniéndose para no decir algún impropio.

—¡No puede ser! ¡Eso es mentira! —estalló, poniendo las manos sobre el escritorio. Su cara, a escasos palmos de la del alcalde—. ¡Mentís como un bellaco!

—Señor Joseph. Os recomiendo que moderéis vuestro tono y vuestras palabras. De lo contrario me veré obligado a encarcelaros por desacato —comentó sin alzar la voz, pero satisfecho por la reacción del joven—. El día veintiuno de noviembre el señor Cristóbal, padrastro de la detenida, apareció muerto en el dormitorio de ella. Le habían asestado seis cuchilladas.

—Ella no ha podido ser —musitó el joven, enderezándose como un soldado presto a la batalla—. Es imposible. ¿Por qué iba a hacer algo semejante?

—Según la señorita Elisa, abusaba de ella.

—¡En ese caso seis cuchilladas no son suficientes para acabar con ese canalla! —gruñó. Su furia era patente. Los puños apretados a los costados, no dejaban lugar a dudas—. Aun así, no creo que Elisa lo hiciera. Es demasiado buena para hacer algo de ese calibre.

—No parece haber otro culpable, señor.

—No habréis buscado bien, don Pablo —manifestó, con sequedad.

—Volvéis a rayar en el desacato.

—¡Me importa un comino vuestros desacatos! —barbotó—. Ella es inocente y pienso probarlo. Solo dejadme hablar con ella. Necesito saber por su boca toda la verdad.

—Eso no es posible. Vos no sois familiar suyo, ni...

—Vamos a casarnos —declaró el señor Joseph, tieso como una estaca—. Consideradme su prometido.

—Perdonad, pero cuando la apresaron estaba a punto de embarcar para Venezuela. Permitidme dudar de vuestras palabras.

—No sé por qué razón se iba, pero vamos a casarnos. Os lo aseguro.

—Empiezo a creer que estáis loco o muy enamorado de ella —formuló don Pablo, mordisqueándose el interior del carrillo—. Espero no tener que arrepentirme de esto, pero os dejaré estar unos minutos con ella.

El alcalde llamó a Lezama para que les escoltara hasta el ático. Su querida esposa le había prohibido expresamente meter a la señorita Elisa en uno de los húmedos calabozos, junto a otras prisioneras. Como una parte de él se negaba a creer que la hija de su buen amigo fuera un ser tan malo como las pruebas señalaban, había consentido en encerrarla en el ático y quitarle los grilletes mientras permaneciera allí.

El hombre que custodiaba la puerta se puso tieso al verles aparecer y se apresuró a abrir la cerradura con la llave.

—¡Buen día, querido! —fue el saludo amable de Cecilia, sentada junto a la detenida. Sobre una mesita adyacente, un par de tazones de chocolate y un platillo con pastas. Parecía una maldita reunión entre amigas. Cerró los ojos con fuerza, buscando paciencia.

«¡Por la cruz de Cristo!»

—Cecilia, querida, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó, tratando de no mostrar sorpresa ni enfado. Aunque conociendo a su esposa, debería haber imaginado algo así.

—Al juzgar que la señorita Elisa se sentiría muy sola aquí arriba, he decidido subir una colación y hacerle una visita —respondió con las manos cruzadas en el regazo, la imagen de la modestia y la inocencia. La luz del candil iluminaba su precioso cabello.

Si no la quisiera tanto, la estaría estrangulando con sus propias manos.

—Querida, la señorita Elisa no es nuestra invitada; está detenida —masculló entre dientes. Se imaginó a los dos soldados apostados a la puerta para no perderse ni una sola palabra de lo que allí estaba ocurriendo y le enervó saberse el blanco de sus miradas. Se volvió para encararlos—. Podéis bajar a la cocina. La cocinera os encontrará algo para comer. ¡Ya! —gritó al ver que lo observaban sin comprender. Se volvió para mirar a las mujeres—. Ella tiene cargos pendientes. Cargos muy graves, querida —aseguró una vez que oyó a los hombres desaparecer escaleras abajo—. Ya he consentido en no encerrarla en el calabozo, pero esto...

—Bobadas, esposo mío. Ambos sabemos que la señorita Elisa es incapaz de hacer semejante barbaridad. ¿Verdad que no, querida? —Miró a la joven con ternura y le palmeó la mano—. Tranquila, tesoro. Mi esposo encontrará al verdadero culpable.

Esa muestra de fe inquebrantable en él consiguió que su enfado remitiera como por ensalmo.

—En cualquier caso, de momento es nuestra única culpable. —Miró a la joven, que se había mantenido cabizbaja—. Señorita Elisa, tenéis visita.

Esas palabras hicieron que levantara la cabeza al instante. Al ver quién era su visitante su rostro se iluminó como una llama, luego con la misma rapidez palideció.

Joseph no podía apartar la mirada de Elisa. Estaba allí, quieta, igual que las imágenes de las iglesias, e igual de pálida. Tenía los ojos enrojecidos y los párpados hinchados de haber llorado. Había intentado sujetarse el pelo, pero era una masa de rizos desordenados que caían por la espalda. Pese a la desolación provocada por su huida, ansiaba consolar su tristeza, pero, sobre todo, sacarla de allí para llevarla al caserío.

Habría una explicación que aclarase lo sucedido con su padrastro y que no la inculpara a ella. ¿Cómo alguien en su sano juicio podía considerarla una asesina? Aunque, según el alcalde, tuviera varias cosas en contra.

«Todo es un error. Ella no ha podido hacerlo.»

—Cecilia, querida. Será mejor dejarlos... —empezó a decir el hombre.

—¡De ninguna manera! No pueden quedarse solos —protestó enérgicamente la esposa, sin levantarse del asiento—. ¿Qué pensaría la gente de semejante conducta?

—Señora mía, en las presentes circunstancias...

—No está condenada, ¿verdad, querido? —lo interrumpió la mujer, alzando la barbilla, dispuesta a presentar batalla hasta el fin de los tiempos—. En ese caso, debemos seguir protegiendo su buen nombre. Tu apreciado amigo don Juan y mi muy querida amiga así lo hubieran esperado.

El alcalde suspiró, vencido. Sin embargo, el brillo de sus ojos delataba admiración por su esposa.

—No tengo nada que deciros, señor Joseph —murmuró Elisa para sorpresa de todos—. Muchas gracias por haber venido, pero prefiero que os vayáis.

—¡De ninguna manera! —barbotó Joseph, entrando en la estancia—. No pienso irme.

—¿Quién sois vos, joven? —preguntó la esposa del alcalde, clavando sus ojos en él—. No recuerdo que nos hayan presentado.

—El señor Joseph Arana para serviros, doña Cecilia. —Tomó aire—. El prometido de la señorita Elisa. —La joven alzó la cabeza y lo miró atónita.

—Eso no es cierto.

—Encantada, señor Joseph —susurró la mujer como si Elisa no hubiera dicho nada, y le tendió la mano al recién llegado para que le besara el dorso. Por un momento estuvo tentado de no hacerle caso, pero se había dado cuenta de que con esa mujer eso era imposible. Optó por

besársela con una reverencia digna de un cortesano en palacio y fue correspondido con una sonrisa de lado a lado—. Me alegra conoceros, señor Joseph.

Una vez concluidas las normas de caballerosidad, se volvió hacia Elisa, que de nuevo observaba su regazo.

—Don Pablo me ha contado que no estabas casada. —Ella negó en silencio, sin mirarlo—. ¿Tu padrastro era el padre de tu hijo?

—¡Ay, Señor! —exclamó doña Cecilia, llevándose la mano a la boca.

—Él te forzaba. —No era una pregunta, pero ella asintió con un movimiento de cabeza. Joseph se agachó junto a ella—. ¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó en un susurro. Le molestaba mucho tener que hacerle esas preguntas delante del alcalde y de su esposa, pero no le quedaba más remedio. Necesitaba conocer la verdad por dolorosa que fuera. Luego la tomó de la barbilla para obligarla a mirarlo.

—No quería recordar —musitó, mirando para otro lado—. No quería que supierais cómo había sido mi vida antes de conoceros a vos y a vuestra familia.

—Creías que te íbamos a tratar mal. —La soltó dolido. Ni él ni su familia eran personas prejuiciosas; le dolía que pensara lo contrario—. Ay, Dios, Elisa. No quiero imaginar por lo que has pasado.

—Vuestra suegra y vuestro cuñado ya pensaban mal de mí sin saber nada de esto.

—Mi suegra sigue rota por la pena y mi cuñado es... imbécil. ¿Por qué huiste? —Volvió a tomarle la barbilla. Notaba su temblor. La soltó para no atosigarla de ningún modo, aunque se moría por abrazarla y alejarla de aquel ático lo antes posible.

—El señor Ricardo me enseñó un bando con mi retrato y... —Tragó saliva antes de seguir hablando—. Debía marcharme de allí lo antes posible. No quería que os enteraseis de eso. Él mismo me dijo que el barco partía por la mañana y decidí escapar.

—Pero eso te hace culpable sin serlo. No deberías haber huido.

—No se me ocurrió otra cosa para que no descubrierais... Los hombres me interceptaron antes de subir a bordo.

—Lo sé. Me lo dijo Yñigo.

—¿Yñigo? ¿Cómo lo sabe él? —Su preocupación era genuina.

—Te siguió. Lo encontré, mejor dicho, Azkar lo encontró llorando.

—¡Santa María, pobre niño! No lo sabía. ¿Qué tal está? ¿Le ha pasado algo?

—Él está bien. Confundido por lo ocurrido, pero deseando que vuelvas. Como todos nosotros —murmuró, tomándole de las manos—. Yo no creo que hayas matado a nadie, a pesar de que ese malnacido se merecía la muerte. Debes contarle todo para encontrar al culpable.

—¿No crees que haya sido yo? —Lo tuteó por primera vez desde que había entrado.

Había tanto miedo y tanta esperanza en sus ojos verdes que hubo de tragar saliva para poder

contestarle.

—Por supuesto que no. Me parece algo imposible. No tienes ni una pizca de maldad en tu cuerpo. —Se llevó las manos temblorosas de Elisa a los labios antes de besarlas con ternura.

El suspiro de doña Cecilia lo devolvió a la realidad. No estaban solos. La mujer los miraba arrobada, mientras su esposo no se perdía ni un detalle de sus palabras.

—La señorita Elisa ha declarado que su madrastra le pegó esa mañana y que lo hacía habitualmente con la intención de hacerle perder al bebé —comentó el alcalde, ladeando la cabeza.

—¡Oh, querida mía! Cuánto lo siento —susurró doña Cecilia, acercándose a Elisa. Se la veía mortificada por lo sucedido—. Si hubiera sabido cuál era tu situación, no lo habría tolerado. Pobre criatura. —Le puso una mano sobre el hombro.

—Asegura que nadie puede confirmar que ella tuviera marcas de esos golpes —continuó el alcalde.

—Yo creo que sí —se apresuró a responder Joseph. Debía buscar un modo de ayudarla—. Mi madre la atendió cuando la llevé al caserío. Ella vería sus marcas.

—¡No! Por favor, no le digáis nada —imploró Elisa, afligida—. No quiero que lo sepa.

—No puedo creer que no quieras. Eso podría corroborar tu historia.

—Sería decepcionante para ella. Prefiero que siga pensando... —musitó conmovida.

—No. Lo siento, Elisa. Mi madre puede atestiguar que es cierto lo de las palizas. Y don Yago Izaguirre, el galeno de San Sebastián, también te examinó dos semanas más tarde. Aún tendrías morados, ¿verdad? —Esperó por si lo negaba, al ver que ella se mantenía cabizbaja, continuó—: No consentiré que te condenen siendo inocente, mi amor —aseguró al verla negar en silencio. Se volvió al alcalde antes de incorporarse—. ¿Es preciso que venga mi madre y don Yago para declarar?

—De momento, pueden hacerlo ante don Marcelo de Larrea, el magistrado de San Sebastián. Él atestiguará sus palabras. Si se requiere su presencia os lo haré saber.

—En ese caso, no voy a perder más tiempo. —Era preciso aclarar ese malentendido a la mayor brevedad. Aunque no estaba en una lóbrega celda, permanecía presa igualmente y eso lo llenaba de angustia y frustración.

—Marchaos, joven, y traed esas declaraciones lo antes posible —ordenó la mujer antes de volverse a mirar a Elisa—. Mi querida niña, pronto encontraremos al verdadero asesino.

«Eso espero», pensó Joseph, molesto por no poder acercarse a Elisa y besarla hasta borrar la angustia de su mirada.

—Volveré lo antes posible. Te lo prometo.

Le costó la vida misma salir de aquel lugar, pero tenía un largo camino por recorrer.

Don Pablo cerró la puerta con llave y descendió al salón con su esposa. No había querido aclararle al señor Joseph que sus declaraciones no solo corroboraban la historia de la señorita Elisa, sino que le daban un motivo de peso para asesinar a su padrastro.

Debía pensar algo para esclarecer ese asunto, cada vez más embrollado.

—Sería una suerte para Elisa que el señor Joseph trajera esos documentos —comentó Cecilia al entrar en el salón—. Odio dejar a esa pobre muchacha en el ático. Menos mal que has consentido en dejarle el candil. Imaginarla a oscuras allí sola... —Se estremeció.

—Esa pobre muchacha, como tú dices, puede ser una asesina.

—¡Oh, querido! Los dos sabemos que eso no puede ser cierto. ¿La ves capaz de empuñar un cuchillo y...? No, no, no —negó, mientras sacudía la cabeza para dar más énfasis a sus palabras—. Eso es imposible. ¡Es una joven encantadora!

—Te sorprenderías de la cantidad de asesinos «encantadores» que andan sueltos por ahí.

Cecilia se limitó a sacudir la mano como si espantara moscas o, en ese caso, las palabras de su esposo.

—No deberías haber subido tú sola para estar con ella. ¿Y si hubiera intentado hacerte daño?

—¿Con qué? ¿Con la cucharilla del azúcar? Tonterías, querido. Esa muchacha es tan asesina como tú o como yo. —Calló un momento, pensativa—. Es evidente que deberás hablar lo antes posible con mi prima. No parece haber sido muy sincera.

—Por decirlo de algún modo, señora mía. Pero tienes razón. Una entrevista con las dos podría resultar... esclarecedora.

—Tengo ganas de ver la cara de Gertrudis cuando Elisa cuente lo de las palizas. Mis queridos tíos la consintieron demasiado.

—Tú no verás su cara. Te recuerdo que no será una reunión social, sino un careo.

—Te prometo no estorbar ni decir ni una sola palabra. —Su mirada era la perfecta imagen de la inocencia.

—No. Lo siento, querida. No puedo hacer excepciones en algo tan serio como un proceso judicial.

Cecilia soltó un bufido nada femenino y lo miró con los brazos cruzados. Se estaba enfadando. Hasta un tonto reconocería las señales. La vio alisarse la falda para ganar tiempo y esperar a apaciguarse un poco.

—Me lo contarás todo en cuanto Gertrudis se vaya —ordenó, golpeando el suelo con la punta del pie—. Me siento muy angustiada por esa muchacha —susurró, compungida.

—¿Sabes que no es nada elegante dar golpecitos con el pie?

—Por supuesto, querido, pero ¿a que es efectivo? —preguntó con picardía.

—Tanto como las órdenes de un general, señora mía —aseguró antes de darle un beso en la frente—. Me vuelves loco.

—Y me quieres.

—Sí, eso también, querida. Eso también.

\* \* \*

Esa tarde la señora Gertrudis entró muy digna en el despacho de don Pablo. Vestía toda de negro como la doliente viuda, que Elisa sabía no era. Su pelo, recogido en un moño apretado, sin un cabello fuera de su sitio.

Le molestó llevar los grilletes delante de ella. En un arranque de valentía mantuvo la mirada de aquella mujer que la había aterrorizado la mayor parte de su niñez y juventud. Esta vez no se lo iba a consentir. Desde uno de los asientos, que habían puesto enfrentados, se obligó a contemplarla sin bajar la cabeza, aunque por dentro su entereza no era tanta. Mucho menos, al ver su desagradable rictus.

Al final, apartó la mirada y la fijó en el escribano que, preparado en un rincón, esperaba para tomar nota.

—Señora Gertrudis —empezó don Pablo, desde su escritorio—. Si me hacéis el favor de tomar asiento... —Esperó a que la mujer se sentara—. Como podéis ver, vuestra hijastra ha aparecido.

—Pues que pague por su crimen —soltó, limpiándose los ojos—. ¡Acuchillarlo de ese modo! ¡Qué desdicha!

—Yo no lo hice —murmuró Elisa, tratando de parecer serena. No podía dejar que la perturbase con su odio.

—¡Pues claro que lo hiciste tú, desgraciada! —Hizo amago de levantarse. Pese a su recién descubierta valentía, Elisa se encogió en el asiento, temiendo el golpe—. ¿Qué haces, insensata? ¿Quieres hacer creer a esta buena gente que te voy a pegar? ¡Ay, Señor! —Fingiendo desolación, se dejó caer en su asiento. Lloraba con estridencia.

Don Pablo carraspeó un par de veces para detener el llanto de la mujer.

—Señora Gertrudis, su hijastra asegura que vos la pegabais continuamente y más al saberla encinta.

—¡¿Que esperaba un hijo?! —gritó a punto de desmayarse—. ¡Virgen Santa! ¡Virgen de los desamparados! —clamó, mirando a las vigas del techo—. ¡Virgen del amor hermoso!



El alcalde se limitó a poner los ojos en blanco a la espera de que dejara de invocar a todo el cuadro celestial. No le duró mucho la paciencia.

—Volvamos al asunto. ¿Sabíais algo de eso? —Se tocó la sien derecha, como si le doliese.

—¿Yo? ¡Por supuesto que no lo sabía! ¡Qué vergüenza! ¡Perdida! ¡Desgraciada! —masculló entre llantos histéricos—. ¡Nunca podré levantar la cabeza! Ya os dije que la había pillado intentando seducir a mi pobre esposo. ¡Es una perdida!

Elisa se enervó por dentro. No podía consentir sus calumnias.

—Eso no es cierto. Él me visitaba por las noches... Abusó de mí desde...

—¡Perra mentirosa! No se te ocurra ensuciar su buen nombre con tus mentiras —la interrumpió, levantándose de la silla para acercarse a ella, mano en alto. Ahora no había duda de sus intenciones.

Elisa se tapó la cabeza con los brazos y se encogió en la silla a la espera del golpe. Su coraje, desaparecido entre las juntas de las maderas del suelo.

—¡Señora Gertrudis! —alzó la voz don Pablo—. Os ruego que permanezcáis sentada. Si os volvéis a levantar sin mi permiso o le tocáis un solo pelo a la detenida, os encerraré.

La aludida se sentó con gestos de asombro dignos de una actriz consumada.

—Señor alcalde, no puedo creer que toméis en cuenta las difamaciones de esta... ramera.

—Tampoco consiento más insultos. ¿Queda claro? —El tono del alcalde no admitía réplicas—. Y ahora quiero que me relatéis lo sucedido cuando encontrasteis al señor Cristóbal.

La señora Gertrudis se enderezó en su asiento, luego se limpió los ojos antes de responder.

—Como ya os conté en su día. Regresé de misa mayor y me encontré a mi querido esposo en medio de un charco de sangre. —Se colocó las faldas con regia actitud.

—La señorita Elisa asegura que ella solo le golpeó con el orinal.

—Ella miente —siseó, mirándola con rencor—. Lo acuchilló con saña. Quizá mi pobre marido la pilló con su amante...

—No tenía ningún amante. Solo un hombre que abusaba de mí cada vez que tenía ocasión —aseguró, con un hilo de voz.

—Don Pablo, ¿es necesario que escuche estas falsedades? —musitó como si no tuviera fuerza para soportar semejante dolor—. No creo que merezca esto, señor alcalde.

—Debo esclarecer este asunto, señora.

—No hay nada que esclarecer. Ella asesinó a mi esposo. No hay duda.

Don Pablo tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Su mirada oscura resultaba intimidante. Se le notaba irritado.

—Eso es algo que aún debo dilucidar. Os lo ruego, no pongáis tantas pegas.

—Permitidme que me sorprenda por vuestra negativa a juzgarla como se merece. Os dejáis engañar con esa carita de buena. Es el demonio en persona.

—Empezáis a resultar desagradable, señora. Limitaos a responder a mis preguntas —ordenó el alcalde con sequedad—. ¿Os entretuvisteis al salir de la iglesia?

—No. Fui directamente. Estaba preocupada por... ella. —La miró con desagrado—. Me había dicho que estaba enferma.

—No estaba enferma; me habíais dejado medio inconsciente en el suelo de mi habitación.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¡Yo nunca te he puesto la mano encima! ¡Y hubo momentos en que debería haberlo hecho! Ahora lo sé. Tu padre, que Dios lo tenga en su gloria, te consintió demasiado.

—Me golpeasteis para que perdiera al bebé —contó Elisa, sin prestar atención a las palabras de aquella mujer—. Lo hacíais todos los días. No deseabais que nadie lo descubriera. Y al final lo matasteis. ¡Nació muerto!

Pudo ver el brillo satisfecho de su mirada ante esa declaración y su extinta valentía revivió. Había acabado con su hijito, pero no iba a consentir que acabase con ella.

—Durante años me tratasteis peor que a una criada en mi propia casa. ¡La casa de mi padre! —Inspiró para darse valor—. Me pegasteis cada vez que os enfadabais por cualquier cosa, tuviera yo la culpa o no. Cuando os conté lo que me había hecho vuestro esposo, no me creísteis. Me insultasteis sin dejar de golpearme. Según vos, yo tenía la culpa de todo. Que yo lo había seducido. ¡Si no era más que una chiquilla! —Respiró varias veces para calmarse y no llorar de rabia—. Después me hicisteis prometer que jamás le diría nada a nadie. Me prohibisteis salir. Ni siquiera para ir a misa.

—¡Mentira!

—No, no es mentira. —Se enderezó en su silla. Había llegado el momento de defenderse. No podía seguir teniendo miedo eternamente—. Cuando vos misma descubristeis el embarazo, las palizas se hicieron habituales. Deseabais que lo perdiera. Era la prueba de la perversidad de vuestro esposo. —Pese a la mirada de odio de aquella mala mujer, siguió hablando—: Me encerrasteis en uno de los dormitorios. Ni siquiera dejasteis que conservara el mío porque la ventana daba a la calle. No podía recibir visitas, salvo las del galeno o las del párroco, pero siempre estabais presente. Para que no pudiera contar nada de lo que me estaba ocurriendo. Ni siquiera podía confesarme.

—Una mentira tras otra. Nadie creerá que yo te pegase o te hiciera semejantes cosas. Eres una embustera y todos lo sabrán.

—No lo soy. Varias personas vieron los cardenales que marcaban mi cuerpo.

—¿Y dónde están esas personas? —se mofó—. No están, porque es mentira. —Tensó los labios contra los dientes mientras hablaba.

—Debo avisaros de que estoy a la espera de una declaración jurada ante el magistrado de San Sebastián que dan fe de esas marcas.

Esta vez, la prepotencia de la señora Gertrudis se desinfló como una vejiga sin aire y empezó a boquear cual pez fuera del agua. Sin embargo, se recuperó a toda prisa.

—Con toda seguridad, mienten. Sus declaraciones no valen nada. Nadie tendrá en cuenta las palabras de unos desconocidos.

Elisa temió que tuviera razón. Su madrastra era una mujer conocida en Vitoria, solo que nadie la conocía de verdad. Únicamente veían a la beata de misa diaria, no a la mujer que la había maltratado de todas las formas posibles.

—Veré lo que declaran esas personas y después decidiré si son creíbles o no —sentenció el alcalde, a todas luces molesto con la mujer.

Elisa pensó en Joseph y se preguntó si alguien más apoyaría su inocencia.

Había sido imposible cabalgar toda la noche. El pobre Mutil y Azkar estaban agotados y debía dejarlos descansar. Con las primeras luces del amanecer había emprendido el viaje desde Tolosa, donde había pasado la noche. Llegó al caserío Arana cerca del mediodía.

Estaba cansado, pues no había podido dormir con la imagen de Elisa en aquel ático y las que su mente generó con las declaraciones de don Pablo. Ahora entendía el miedo de los primeros días. Su mirada vigilante, sus temores.

—¡Maldito bastardo! —masculló, mientras desmontaba.

Si lo hubiera tenido delante, seis cuchilladas habrían sido pocas. Se pasó la mano por la cara para retirarse el polvo del camino y de paso serenarse antes de ver a su familia.

—¡Padre! ¿La habéis encontrado? —gritó Yñigo, saliendo a su encuentro. Su prima Juana corría con él.

Al momento, sus padres, Blanca, Mateo y Claudia salieron a la puerta. Se los veía agotados. Posiblemente habían pasado la noche en vela, sin moverse de allí, a la espera de noticias.

—¿La has encontrado, hijo? —preguntó su madre. Se leía preocupación en sus azules ojos; entrelazados los dedos en una muda suplica—. ¿Está presa?

—Sí —respondió, escueto—. Dejadme preparar al caballo y os lo explicaré todo.

—Yo te ayudo —se ofreció Mateo, tomando las riendas de Mutil para conducirlo a la cuadra—. Entre los dos lo haremos más rápido.

Su hermano tenía razón. En pocos minutos lo habían almohazado y descansaba en su cubículo con el lecho de paja limpio. Se lo había ganado con creces.

Entraron en el caserío. Sus padres, Blanca y Claudia les esperaban sentados a la mesa. Se les veía ansiosos por las noticias.

—Yñigo, Juana, salid fuera a jugar con Azkar —ordenó a los niños. Esa conversación no era para oídos tan tiernos.

No sabía por dónde empezar. Era violento.

—Hijo, sabemos que la acusan de asesinato —le ayudó su padre una vez que sus nietos salieron al patio—. Pero ninguno de nosotros lo cree posible. No nuestra Elisa.

Joseph esbozó una sonrisa ante las palabras de su padre. Se dejó caer en una de las sillas junto a la mesa.

—¿Cómo os habéis enterado?

—El estirado de mi hermano vino ayer por la mañana —explicó Claudia, frunciendo el ceño—. Quería saber dónde estaba Elisa. Al descubrir que habías ido a buscarla se enfadó mucho y les enseñó un bando. No entiendo qué le ocurre. Desde que Luisa murió está como rabioso. Me contó Mateo que se puso hecho una furia cuando tus padres no le hicieron caso ni dieron veracidad al bando.

—Os agradezco que tengáis tanta confianza en ella, pero es cierto. La acusan de asesinar a su padrastro. —Apretó los labios como si no quisiera decir en alto lo que el alcalde le había contado. Los vio persignarse, sorprendidos por la confesión—. Madre, ¿viste marcas en su cuerpo la noche que llegó?

—Sí. La pobrecita tenía el cuerpo plagado de ellas. Muchas en el vientre. Unas más viejas que otras. Le dije que no me extrañaba que hubiera perdido al bebé. Le pregunté si había sido su marido y ella me dijo que no.

—Madre me lo contó —corroboró Blanca, acariciándose el vientre, que ya empezaba a abultar bajo la falda—. Quien lo había hecho se aseguró de no dejarle marcas en la cara. Pero si no fue su marido, ¿quién lo hizo?

—No estaba casada. El bebé era fruto de los abusos por parte de su padrastro. Su madrastra le pegaba. Debía perderlo para evitar habladurías. —Intentó no pensar en que era de Elisa de quien hablaban. Distanciarse para no sucumbir a la rabia.

—¡Dios mío! ¡Pobre niña! —musitó su madre, compungida. Le temblaban los carrillos por la indignación—. ¡Qué monstruosidad!

—Por eso cuando llegó parecía un gatito asustado —espetó Mateo, frunciendo el ceño—. No puedo creer que pudieran hacerle eso.

—Lo pasado, pasado está, pero ahora la acusan de asesinato —declaró su padre con firmeza—. ¿Qué les hace pensar que fue ella?

—Su huida, principalmente —concretó Joseph—. Al parecer no tienen más sospechosos.

—¡Imposible!

—¡No puede ser!

Todos hablaron a la vez. Todos de acuerdo en la inocencia de Elisa. Aunque no era suficiente. No para exonerarla.

—El alcalde me ha pedido que os lleve, a vos, madre, y a don Yago ante el magistrado de San Sebastián. Deberéis declarar si visteis marcas en su cuerpo.

Antes de que Joseph terminara de hablar, su madre ya se había quitado el mandil, al tiempo que se levantaba de la silla y se atusaba el moño, dispuesta a salir lo antes posible. La quiso más por eso.

—Cuando estés listo nos vamos a la ciudad. Cuanto antes hagamos esa declaración antes la podrás llevar ante el alcalde de Vitoria.

No quiso decirle que confirmar lo de las palizas no hacía sino corroborar que tenía sobrados motivos para asesinarlo. Mejor no preocuparles aún más.

—Ve y haz todo lo que debas hacer. Entre tu hermano y yo nos encargaremos de las yeguas — aseguró su padre muy serio—. Tráela a casa, hijo.

\* \* \*

Unas horas más tarde, con los papeles firmados por don Marcelo de Larrea, el magistrado de San Sebastián, y las declaraciones tanto de su madre como de don Yago, Joseph cabalgó sin descanso hasta Vitoria. No había tiempo que perder. Elisa ya había pasado demasiado tiempo encerrada.

Aún resonaban en su mente las descripciones que su madre y luego el galeno habían hecho de las marcas que Elisa tenía en su cuerpo. No podía creer que alguien pudiera haberse comportado de un modo tan abominable y con un propósito aún peor: ¡Matar a una criatura por nacer!

Recordó el peso de aquel bebé con piel de color de luna, que no llegó a ver la cara de su madre.

Tenía ganas de enfrentarse a esa tal señora Gertrudis y decirle un par de cosas. ¡Por todos los diablos del infierno, merecía que la trataran de igual modo!

Pensar en el galeno le hizo recordar aquella visita y el modo en que Elisa se había cubierto cuando salían de la ciudad. No deseaba ser reconocida. Pero se negaba a pensar que por ser culpable de asesinato. Le parecía tan ridículo que le daban ganas de bramar de rabia.

Entendía su miedo a regresar a Vitoria y volver a la casa con aquel par de depravados. Él, en su lugar, lo hubiera tenido. También podía comprender esa actitud temerosa que la acompañara los primeros días.

—Pobre chiquilla. Siempre me extrañó ese miedo que tenía —había dicho su madre al salir del despacho del magistrado—. Al principio se asustaba cuando tu padre decía algo. Como si esperase que fuera a reñirla o a... ¡Cuánto ha debido de sufrir! Por favor, Joseph, lleva esos papeles lo antes posible.

La súplica de su madre no había sido necesaria, él mismo tenía una prisa atroz.

Al llegar a la casa del alcalde, desmontó y le entregó las riendas de un exhausto Mutil a uno de los hombres que salieron a atenderle. Nunca había tratado así a sus caballos, pero la urgencia no admitía demoras de ningún tipo. Sin esperar ni un instante más, entró en la casa y se dirigió al despacho.

El alcalde, pese a lo tarde que era, debía de estar esperándolo, pues lo hicieron entrar en cuanto lo vieron.

—Buena noche, don Pablo —saludó con una cortesía no exenta de apremio—. Aquí os traigo

los papeles firmados. —Sacó una cartera de cuero con el lacre del magistrado de San Sebastián y se la entregó—. Mi madre y don Yago, el galeno, han prestado declaración.

El alcalde cabeceó al tiempo que, a la luz del candelabro que alumbraba el escritorio, examinaba y leía la pomposa escritura del escribano de don Marcelo. Durante un rato, no se oyó nada. Tanto el escribano, que esperaba pluma en ristre a tomar nota, como Joseph parecieron contener el aliento a la espera de que don Pablo terminara de leer aquellas hojas.

—Bien —suspiró al terminar—. Esto corrobora la declaración de la señorita Elisa respecto a las palizas. Don Yago está convencido de que las marcas pertenecían a momentos distintos, pero muy seguidos entre sí.

—La última consiguió matar al bebé. No acababa de morir cuando yo lo tuve en los brazos —precisó Joseph con la mandíbula tan apretada que temió partirse los dientes.

—Ayer organicé un careo con la señora Gertrudis y la señorita Elisa.

Joseph no pudo evitar tensarse a la espera de que aquel hombre soltara prenda. ¿Acaso le gustaba provocarlo?

—¿Qué sucedió? —preguntó ansioso por saber.

—La señora Gertrudis mantiene que cuando ella llegó de misa, su esposo estaba muerto en medio de un charco de sangre.

—¡Miente! —estalló. Aquella mujer no decía la verdad—. Elisa no tenía sangre en las ropas. Solamente la suya.

—Pudo haberse cambiado de traje antes de salir.

—En ese caso, su madrastra habría corrido a enseñarlo, ¿no creéis?

—Pudo haberse deshecho de sus ropas de camino a San Sebastián —sugirió el alcalde, como si disfrutase torturándolo. Lo vio frotarse una ceja.

—No me lo creo. No. De ningún modo lo creo.

—Pues es lo que tenemos, joven. No hay nada ni nadie que... —El alcalde calló un momento; el ceño fruncido—. Debo volver a leer las impresiones del galeno que examinó al señor Cristóbal y mis propios apuntes. Hay algo que me ronda por la cabeza. Ahora si no es molestia, preferiría que me dejaseis hacer mi trabajo.

Joseph, sin otra opción, abandonó el despacho. Estaba rabioso y muerto de miedo. Alguien debía de haber visto algo. Él no se creía, ni por asomo, que ella hubiera hecho algo tan bestial, por mucho que aquel malnacido se mereciera una muerte aún más desagradable.

El alcalde y su esposa tampoco la creían capaz, estaba seguro. Pero poco podían hacer ante las pruebas que la incriminaban de ese modo.

Antes de salir de la casa, preguntó al mozo de cuadra por un lugar donde pasar la noche. No podía marcharse de Vitoria sin saber qué tenía don Pablo en mente. Solo esperaba que, fuera lo que fuese, liberase a Elisa a la mayor brevedad.

Elisa miró la taza de chocolate que doña Cecilia había mandado llevar cuando subió a hacerle la visita de la tarde. Seguía intacta. El nudo alojado en la garganta, desde que dos días antes había visto a la señora Gertrudis, le impedía comer nada. Todo el valor que había intentado aparentar solo era eso, apariencia. En el fondo continuaba teniendo miedo de su madrastra.

—Querida, debes comer algo —insistió la mujer con la taza y el platillo en la mano—. Te sentirás mejor con el estómago lleno.

—Lo siento, doña Cecilia. No puedo —negó al tiempo que movía la cabeza.

—No hagas caso de mi prima. Es un poco melodramática y exagerada. Francamente, nunca imaginé que tuviera una vena tan sádica —musitó—. Cada vez que imagino cómo se comportó contigo... Lo siento tanto, mi niña. —Dejó la taza y el platillo en la mesita y tomó las heladas manos de Elisa—. Te he fallado y he fallado a tus padres. Debí insistir más cuando, en cada visita, Gertrudis aducía que estabas indispueta y no deseabas recibir a nadie.

—Ella es muy convincente —aseguró, para que no siguiera culpabilizándose—. Hasta el párroco la creía y por eso me excusaba de los oficios. Aún no entiendo cómo llegó a convencer al galeno para que me recetara los tónicos, que nunca llegué a tomar, sin necesidad de reconocirme.

Doña Cecilia movió la cabeza, pesarosa.

—Mi esposo, estoy segura, no ha creído nada de lo que dijo. Sé que desentrañará este asunto. Todos estos meses pensábamos...

—Que yo era la culpable —terminó por la anciana—. Lo comprendo.

—No, querida. Yo no lo creí. Pero esperaba que tú nos pudieras aclarar el asunto. Deseaba saber que estabas bien, que no te había sucedido nada.

—Lo siento mucho. Mi vuelta no ha aclarado nada. Y yo no puedo aportar más de lo que ya he contado. De lo que sé. —Inspiró, retorciéndose las manos—. Yo no lo hice. Y si la señora Gertrudis tampoco, alguien debió de entrar en la casa antes de que ella llegara. Pero ¿quién?

—Alguien que se la tenía jurada al señor Cristóbal. Es evidente —aseguró doña Cecilia, tomando un sorbo de su chocolate—. Deberíais tomar un poco, querida. Te reconfortará.

La puerta se abrió sin apenas ruido. Don Pablo entró en el ático con gesto serio. Traía útiles de escribano y un cuaderno muy manoseado.

—Buen día, Cecilia... señorita Elisa... Debo haceros unas preguntas —alegó muy serio. Retiró



a un lado el plato con las pastas para depositar el tintero y la pluma. Luego, tomó asiento junto a ellas.

—Vos diréis —musitó Elisa, dispuesta a responder a lo que fuera si con ello lograban esclarecer todo aquel malentendido.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que vuestra madrastra se fue, el señor Cristóbal os atacó y lograsteis huir? —Abrió el cuaderno y buscó una hoja llena de datos.

—No lo sé con exactitud. —Volvió a retorcerse las manos—. Supongo que la misa mayor no hacía mucho rato que habría comenzado.

—Bien. —Apuntó algo a un lado de lo ya escrito—. ¿Seguís manteniendo que nadie os vio salir de la casa ni os cruzasteis con algún transeúnte?

—Yo no vi a nadie. Si alguien me vio desde su casa...

—No hemos preguntado casa por casa por toda la ciudad, pero sí en las colindantes a la de vuestro padre. La mayoría de los vecinos asistía a la iglesia. —Se mordió el interior de la mejilla en un gesto muy suyo—. Debo deciros que vuestra inocencia sigue en entredicho. Seguís siendo la principal sospechosa. ¿No hay nada que podáis decir en vuestra defensa? ¿Algo que nos haga buscar por otro lado?

—No. —Se estremeció—. Lo siento, don Pablo. Os lo he contado todo.

—¿Visteis a alguien que lo visitara o con el que riñera?

—No podía salir de mi cuarto cuando venían visitas. —Había aprendido de una forma muy expeditiva lo que podía ocurrir si desobedecía las órdenes—. Cuando mi padre falleció, la señora Gertrudis me hizo trasladar mis cosas al cuarto interior. La ventana daba al patio. Desde allí no se ve la calle.

—¡Mi pobre niña! —exclamó doña Cecilia, con tristeza—. No puedo creer hasta dónde ha llegado la crueldad de mi prima.

—Querida, eso ya pasó. —Carraspeó antes de volver a hablar—. En unos días fijaré fecha para el juicio.

—¿Ya? ¿No se puede retrasar? —indagó la anciana.

—Han pasado cinco meses desde el crimen. No puedo demorarlo más.

Elisa sintió el peso del miedo en el estómago. A menos que ocurriera un milagro, sería juzgada por asesinato. Se arrebujó en el chal de lana con la esperanza de acabar con el frío que poco a poco se extendía por todo el cuerpo.

\* \* \*

—¡No puede ser ella la única sospechosa! —bramó Joseph, paseándose delante del escritorio del alcalde—. ¡Es imposible!

—Lo siento, señor Joseph. Eso es lo que hay —se disculpó don Pablo—. Hace un rato le he dicho que debo fijar la fecha para el juicio.

—¿Estáis seguro de haber revisado todas las pistas?

—Creedme, yo soy el primero en querer esclarecer esto —respondió con paciencia.

—¿Esclarecer? ¡Yo quiero exonerarla de esta locura!

—Lo comprendo. Con todo, a la luz de las pruebas...

—Ella asegura que solo le dio con la bacinilla.

—Y su madrastra, que lo encontró en medio de un charco de sangre. ¿Qué sucedió entretanto?

Joseph se dejó caer sobre una de las sillas. Agotado y lleno de temor se restregó la cara. El alcalde llevaba razón: lo tenía todo en contra. Se miró las manos, como si en ellas pudiera encontrar la respuesta. No tardó en levantarse, incapaz de quedarse quieto ni un instante más.

Pensar que la iba a perder para siempre. Que en unas semanas la ejecutarían...

—¡No puede ser! —gimió, acercándose al escritorio—. Ella no es capaz de matar a nadie. — Se frotó la nuca. Buscaba las palabras adecuadas—. No digo que no lo hubiera hecho de forma accidental. Podría haberle dado con la bacinilla con la suficiente fuerza para romperle la crisma. Y hasta el Señor sabe que ese depravado lo merecía. Pero habría sido un accidente y en defensa propia.

—Haría falta probar esa supuesta defensa propia —murmuró don Pablo—. Desgraciadamente, el señor Cristóbal no murió por un golpe en la cabeza, fueron seis puñaladas. Casi se podría decir que hubo ensañamiento.

—A eso me refiero. Ella no es capaz de algo tan malo.

—Creedme, muchacho, estoy de acuerdo, pero...

—No podéis condenarla sin unas pruebas más concluyentes. Es la palabra de su madrastra contra la de Elisa y, por lo que sé de ella, su palabra no me parece muy fiable.

—He mandado llamar al galeno. Quiero hacerle unas cuantas preguntas que en su día no se me ocurrieron. Quizá consiga esclarecer algo más.

—Por favor, decidme lo que averigüéis —solicitó Joseph antes de marcharse, con el peso del miedo sobre los hombros.

—No sé en qué podré ayudaros, don Pablo. Creo haber respondido a todas las preguntas que se me hicieron —aseguró el galeno.

Estaban sentados frente a frente, con el enorme escritorio por medio, cubierto por los papeles que conformaban todo el expediente sobre el crimen del señor Cristóbal.

—Por supuesto, don Federico, pero si fuerais tan amable, me gustaría saber alguna cosa más. ¿Qué sensación os dio al entrar en aquel dormitorio y ver el cadáver?

—No sé a qué os referís —declaró, sorprendido. Sus ojos, agrandados tras los lentes.

—¿Os pareció que había mucha sangre? ¿Estaba muy fresca o parecía llevar un buen rato? — indagó don Pablo. Buscaba encontrar algo que aclarase el asunto de una vez por todas.

—El señor Cristóbal había perdido mucha sangre; sin embargo, como ya os dije, considero que lo mató una de las dos primeras puñaladas y no fue tanta como cabría imaginar de seis puñaladas, cinco de ellas en el vientre —especificó, más tranquilo, el galeno.

Don Pablo apuntó esas preguntas y sus respuestas en el cuaderno.

—¿Luchó por su vida? —No levantó la vista de la escritura.

—Tenía cortes en las manos y en los antebrazos. Supongo que intentó protegerse. Olía como una destilería, así que no coordinaría muy bien y por eso pudieron apuñalarlo. Por las manchas de su ropa, creo que estaba tumbado cuando lo agredieron.

—Volviendo a la sangre —continuó el alcalde—. ¿Opináis que estaba fresca? ¿Había empezado a secarse?

—En su momento no lo pensé, don Pablo. Pero ahora que lo preguntáis, debo reconocer que parecía recién derramada. Supongo que la señora Gertrudis en su dolor lo habría zarandeado y por eso estaba así.

—¿Por qué pensáis que pudo zarandearlo?

—Ella estaba cubierta de sangre. Su vestido y sus manos. Si me lo permitís: aquello parecía una matanza. Vos lo visteis igual que yo.

Don Pablo se rascó la frente, sopesando posibilidades.

—¿Visteis si la señora Gertrudis tenía manchas de sangre en algún otro lugar que no fuera la ropa? Cuando yo llegué, ya se había cambiado de vestido y se había aseado.

—Bueno... ella dijo que lo zarandéo...

—Vos sabéis que por agitar a un cadáver ensangrentado se puede manchar la ropa, las manos,

pero quiero algo más concreto. ¿Tenía salpicaduras en la cara cuando la visteis?

Don Federico frunció el ceño, se acarició el mentón, sopesando lo que iba a decir. El alcalde esperó, pluma en ristre, a la respuesta. De pronto, empezaba a pensar que la señorita Elisa ya no era la única posible culpable y eso le aligeraba por dentro.

¿Podría ser la señora Gertrudis la asesina? ¿La había tenido todo el tiempo delante de él y no había sido capaz de darse cuenta? Pensarlo le puso de mal humor. Estaba perdiendo facultades.

Si la señorita Elisa no hubiera huido...

Se había dejado arrastrar por la máxima: nadie huye si no es culpable, y eso le había cegado a la hora de buscar otros indicios.

—No.

La respuesta del viejo galeno lo devolvió a la realidad.

—¿No? —masculló, molesto por la respuesta. Eso echaba por tierra las posibilidades de la señorita Elisa.

—Cuando la vi no tenía salpicaduras, pero se había limpiado la cara. Pude verle alguna gota en el pelo y uno de los pendientes estaba sucio, como si se hubiera pasado un paño con prisas. — Guardó silencio un momento, sopesando sus propias palabras—. ¿Estáis insinuando que la señora Gertrudis mató a su esposo? —profirió, escandalizado, mirando a don Pablo.

El alcalde se permitió inspirar con ligereza antes de revelar.

—A tenor de vuestras respuestas...

Joseph miró a Elisa, deseando poder contarle lo que don Pablo había descubierto el día anterior. Sin embargo, habían decidido no decirle nada para no crearle falsas esperanzas. Según los datos aportados por don Federico, la señora Gertrudis parecía culpable del asesinato de su esposo, aunque sin testigos no se la podía acusar, máxime cuando ella no había huido de Vitoria.

«Alguien tuvo que ver algo», masculló por dentro.

—Deberías regresar al caserío. Tu familia te necesita —murmuró Elisa, sentada frente a él al otro lado de la mesita de café. Se la veía pálida y con ojeras. La tensión le estaba pasando factura. Él tampoco podía dormir. Solo de imaginar lo que le esperaba si era condenada al cadalso...

«No pienses en eso», se recriminó.

—Tú también me necesitas —señaló Joseph—. Don Pablo no tardará en fijar la fecha. Y quiero estar aquí. Contigo. Mi padre y mi hermano se están ocupando de las yeguas.

—¿Y si un animal enferma y te avisan?

—Otro albéitar deberá hacerse cargo. Es aquí donde debo estar. Donde quiero estar. —Expuso en la mirada su amor por ella—. No voy a irme, Elisa.

Ella intentó sonreír a modo de agradecimiento; sin embargo, no fue más que una mueca y eso lo atravesó por dentro. Verla sufrir era terriblemente doloroso.

—No soporto esta incertidumbre —musitó ella, bajando la vista a sus manos, entrelazadas con fuerza en el regazo—. No deseo más demoras. No tiene sentido.

—Ten paciencia, mi niña —transmitió doña Cecilia, sentada entre los dos, para guardar las formas, mientras bordaba o, más bien, destrozaba un bordado—. Mi marido estará buscando al culpable.

—Pero si no lo ha encontrado hasta ahora, ¿qué van a suponer unos días más? —señaló, compungida.

—Nunca se sabe —aseguró la mujer al tiempo que le palmeaba las manos—. Debes tener fe.

A él le hubiera gustado poder acariciárselas. Abrazarla hasta que el miedo, que leía en sus asustados ojos verdes, desapareciera de una vez por todas. Era tremendamente difícil permanecer sentado tan cerca y a la vez tan lejos de ella. Debía conformarse con acariciarla con la mirada. Decirle con los ojos lo que no podía articular en palabras. No delante de doña Cecilia, que controlaba la situación como una gallina con sus polluelos.

Deseaba tener unos minutos a solas para borrar con besos la tristeza de sus labios. Para volver

a sentir su calidez y demostrarle lo mucho que la amaba.

¿Por qué no se había dado cuenta antes? ¿Por qué no se lo dijo la noche que hicieron el amor? Aún podía sentir el tacto de su piel en los dedos. El olor o el sabor de su cuerpo. Nunca podría olvidarlo.

«¿Y por qué, en nombre del Señor, debo verme en la tesitura de hacerlo si ella es inocente?»

Ella no era culpable de nada.

Sin dejar de observarla, recordó lo rápido que había latido su corazón; sus gemidos o el modo de abrazarle cuando alcanzó el máximo placer, llevándolo al suyo a una velocidad de vértigo.

Sintió que volvía a excitarse como aquella maravillosa noche y se rebulló en el asiento, buscando una posición más cómoda.

Elisa se había sonrojado. ¿Recordaría lo mismo que él?

Le hormigueaban los dedos por las ganas de tocarla. De repasar el arco de sus cejas, el contorno de sus labios...

—Señor Joseph, si seguís mirando a la señorita Elisa de ese modo, conseguiréis chamuscarle las pestañas —aseguró doña Cecilia, mirándolo con reproche.

—No sé de qué estáis hablando, señora —musitó, avergonzado.

—Acepto necesitar lentes para coser. —Miró el bastidor con desagrado—. Pero aún no los necesito para ver la pasión, señor Joseph. Debéis conteneros. No es el momento ni el lugar.

Joseph, pese a hacer varias décadas que no usaba calzones cortos, se sintió como un niño reprendido por la maestra. La mujer tenía razón; sin embargo, su cuerpo se negaba a aceptarlo.

«No tengas miedo. Saldrás de aquí», dijo en silencio, mirando a Elisa con ternura. «Te llevaré al caserío. Construiré uno para nosotros.»

Ella sonrió con tristeza.

«No seas derrotista. Aún hay posibilidades de...

»Cuéntale lo de su madrastra.

»No. ¿Y si sale mal?

»¿Quién es ahora el derrotista?»

—Bueno, joven. Será mejor dejar descansar a nuestra Elisa —anunció la anciana, poniéndose en pie—. No debes temer, querida niña. Seguro que todo se soluciona de la mejor manera.

A Joseph no le quedó más remedio que imitarla. El tiempo de visita había concluido.

—Volveré mañana. Piensa que no hay nada definitivo —proclamó, aguantando las ganas de abrazarla y al diablo con las normas, los convencionalismos y la mismísima doña Cecilia.

Miró hacia la mujer del alcalde y descubrió con sorpresa que había salido de la habitación, dejándoles un momento de privacidad. De dos zancadas estuvo al lado de Elisa. La ayudó a levantarse y la abrazó con fuerza. Como si temiera que fuera a escapar flotando por el ventanuco

del ático. Besó su pelo, su frente, su mejilla. Llegó a sus labios y se fundió en ellos. La oyó sollozar y acalló cualquier sonido con su boca.

—Te amo, Elisa —murmuró con los labios casi pegados a los de ella. Necesitaba que lo supiera—. Este no será nuestro último beso, sino el primero de muchos más. No lo olvides.

Volvió a besarla. Le dolía el alma por las ganas de llevársela de allí. Apartarla de todo peligro y protegerla para siempre.

—Te quiero —repitió junto a su sien. Podía sentir su pulso, tan alocado como el suyo.

—¡Ay, Señor! Yo también te amo, pero es demasiado tarde —sollozó, aferrada a sus hombros—. No hay futuro para nosotros.

—¡No se te ocurra pensar eso! —La abrazó con más fuerza—. Esto será algo para contar a nuestros nietos y nos reiremos con ellos.

Oyeron un carraspeo en el pasillo y separaron sus cuerpos con reticencia, no así sus miradas, que siguieron enlazadas, incapaces de apartarse.

—Bien, será mejor que nos vayamos, joven —ordenó doña Cecilia antes de asomar por el hueco de la puerta—. Que duermas bien, querida. Y ten fe.

Joseph sujetó la mano de Elisa, remiso a dejarla. La anciana volvió a carraspear, mientras se alisaba las faldas.

«¡Por todos los demonios del infierno!», pensó, soltándola lentamente.

—Nos veremos mañana.

Doña Cecilia, muy satisfecha, lo precedió mientras bajaban las escaleras. Hubiera jurado que iba tarareando alguna tonadilla, pero luego lo pensó mejor y decidió que era demasiado educada para hacer algo así.

Él también habría tarareado si la situación hubiera sido otra. ¡Ella acababa de confesarle que lo amaba! El Señor no podía ser tan maquiavélico de ponerla frente a él para luego arrebatársela.

«Ya se llevó a Luisa», se recordó.

Doña Cecilia lo condujo hasta el despacho de su marido. El alcalde estaba reunido y no se le podía molestar. Sin embargo, ni la anciana ni Joseph se movieron de la puerta. Él no se iba a ir a la pensión sin saber si habían descubierto algo más y, por lo visto, su esposa también deseaba estar enterada de todo lo que aconteciera.

No tuvieron que esperar mucho. La puerta se abrió de golpe y una mujer alta vestida de negro de los pies a la cabeza salió con la fuerza de un galeón y el rictus de un clérigo avinagrado.

—Podéis pensar lo que os dé la gana, don Pablo, pero nadie huye si no es culpable —dijo antes de encaminarse a la salida. Al ver a doña Cecilia, se volvió y su semblante cambió por completo. En un instante pasó de lo arisco a la tristeza absoluta—. ¡Oh! Cecilia, querida. No puedes imaginar por lo que he tenido que pasar. Tu marido ha insinuado que yo pude matar a mi amado

Cristóbal. ¿Puedes creerlo? Casi he necesitado las sales para recuperarme de semejante barbaridad.

—Pobre Gertrudis —musitó doña Cecilia con empatía, alzando la cabeza para mirarla a los ojos—. Desde luego, no puedo creerlo. ¿Cómo ha podido pensar algo así? ¿Qué pruebas tiene?

—¡Ninguna! —bramó la mujer antes de echarse a llorar con estridencia.

Joseph aguantó las ganas de zarandearla hasta sacarle la verdad. Esa era la madrastra de Elisa, la mujer que le había hecho la vida imposible. Apretó los puños sin darse cuenta.

—Tranquila, querida. Seguro que todo ha sido un error. ¿Cómo van a pensar semejante cosa de ti? —declaró doña Cecilia toda inocencia—. Sin duda se han equivocado.

—No tiene ninguna prueba.

—Claro, claro.

Por un momento, la señora Gertrudis se envaró, pero al ver la mirada candorosa de la anciana, siguió llorando.

—¡Qué desgracia, Virgen de los desamparados! Pensar que yo...

—Es una pena que nadie te acompañara en ese momento —la interrumpió doña Cecilia—. Podría haber testificado en tu favor.

—No lo necesito. Soy una viuda respetable. Nadie creará tamaña mentira. Entré y lo vi allí en el suelo, en medio de un charco de sangre. Lo zarandeeé para despertarlo, pero ya nos había abandonado. —Lloriqueó un poco—. ¡Dios mío! Esa perdida se ensañó con mi pobre esposo.

Joseph dio un paso adelante con intención de hacerle tragar sus palabras. Una mirada de soslayo de la anciana le hizo recular a desgana.

—Aún me despierto por las noches con esa terrorífica imagen —siguió diciendo la mujerona con aspavientos—. Me quedé afónica de tanto gritar. No comprendo cómo no caí sin sentido al suelo.

—Lástima que nadie te viera salir tan rápido. Así no habría duda de que no te dio tiempo a...

—¡Sin duda no tuve tiempo de hacer nada! ¿Me crees capaz?

—Claro que no, querida. Vaya tontería. —Movi6 la mano como si espantase moscas—. ¿Qué motivos tendrías para hacer semejante desatino? Tu esposo era un hombre honorable. Un parangón de caballerosidad. Siempre atento con todo el mundo. No tenías ningún motivo para...

—¡No, no lo tenía! —la interrumpió, como si no soportase seguir escuchando las alabanzas de doña Cecilia. Se pasó la mano por el apretado moño e inspiró con sequedad—. Será mejor que regrese a mi casa. Lo siento, querida prima, pero no deseo volver a ver a tu esposo. Sería muy duro para mis nervios.

Joseph apretó los dientes con impotencia. No podía hacer nada para obligarla a confesar. Vio marchar a aquella malvada señora y su boca se llenó de amargo sabor a hiel.



Don Pablo se tocó la sien derecha e hizo pequeños círculos con el dedo. Empezaba a tener dolor de cabeza y unas ganas locas de estrangular a la prima de su esposa. Lentamente. Muy lentamente.

Era una mujer desagradable, pero lista como el mismísimo diablo. No había conseguido hacerla dudar de su versión. Ni siquiera había pestañeado cuando le insinuó que ella podría haber sido la asesina de su esposo. La maldita mujer había fingido un desmayo; claro que se recuperó enseguida, al ver que él no se movía de su asiento e impedía al pobre escribano atenderla.

¡Estaban como al principio! No podía probar que aquella despreciable señora hubiera cometido el crimen. No cuando Elisa había huido, dando muestras de culpabilidad.

Los datos de don Federico no eran suficientes para condenarla. Necesitaban algo más. Y él debía dejar de demorar la fecha del juicio. Varios ciudadanos le habían pedido explicaciones por no haberlo convocado ya.

—No sé, querido —profirió su esposa por enésima vez desde que había entrado en el despacho, seguida por el señor Joseph—. Entiendo que ella tuvo la oportunidad de matar a su esposo; con todo, no me parece una asesina. La he pinchado un poco al ensalzar las virtudes de su marido y lo único sonsacado es su conocimiento de que no era tan virtuoso como nos quiere hacer creer —terminó, desanimada—. Pero eso no la hace una criminal.

—Aunque sí le da un motivo válido para acabar con él —añadió don Pablo—. No te aflijas, querida. Ella es taimada y maliciosa. Pudo hacerlo. Sabemos cómo trató a su hijastra.

—¡No lo comprendo! —estalló el señor Joseph. Tenía el pelo de la nuca alborotado por las veces que se había pasado los dedos—. ¿Por qué no se la detiene? Quizá una vez presa, se le consiga arrancar la verdad.

—Creedme, nada me gustaría más que utilizar algunos de los métodos de la Santa Inquisición con ella —declaró don Pablo. Le latía la cabeza y empezaba a ver borroso—. No puedo hacer nada. Si Elisa no hubiera huido...

—Ay, querido. Debería haber estado más atenta —se dolió su esposa—. Si hubiera insistido más a mi prima para verla. Si le hubiera dado confianza, quizá habría venido a nuestra casa en lugar de marcharse de ese modo.

—Siento discrepar en ese punto, doña Cecilia. Agradeceré cada día de mi vida que ella llegase

a San Sebastián —aseguró el albéitar muy serio—. Elisa quedará libre. Es inocente. La justicia es ciega, pero no puede serlo tanto.

—En estos momentos no tengo ninguna duda. Pese a todo, no puedo dictaminar su inocencia cuando sus actos apuntan a que lo hizo...

Unas voces, que iban subiendo de tono y se oían a través de la puerta, cortaron lo que iba a decir. Se abrió la puerta y Lezama asomó la cabeza por el hueco. Su cara, roja como una amapola.

—Señoría, hay una señora que desea hablar...

—Aparta, joven. Lo que debo decir es muy importante —lo interrumpió una anciana, mientras entraba golpeando el suelo con su bastón. A Lezama no le quedó más remedio que apartarse y dejarla pasar—. Acabo de regresar de casa de mi hija y me encuentro con esta locura.

Don Pablo pensó que la cabeza le estallaría en mil pedazos si el bastón volvía a golpear el suelo una vez más. Por suerte, la anciana se detuvo junto a una silla y sin pedir permiso se sentó.

—Buen día, señoría... doña Cecilia... joven...

—¿Seríais tan amable de explicarme quién sois y qué hacéis aquí? —indagó el alcalde, aguantando las ganas de masajearse las sienes otra vez.

—Soy la señora Elvira García de Nanclares. Viuda del señor Álvaro Ortiz de Guzmán. — Señaló cada palabra con un golpe de bastón. Sus ojos, pequeños como cuentas de azabache, le miraban sin pestañear.

—Os ruego que dejéis el bastón tranquilo —masculló el alcalde entre dientes—. ¿Qué os ha traído aquí?

—El asesinato del señor Cristóbal, ¿qué si no? —respondió con altivez—. Quiero presentar mi declaración.

Don Pablo se enderezó en el asiento y por un momento su cabeza dejó de martillar. Movié la mano para instar al escribano a tomar nota y a la anciana a seguir hablando.

—Aguardaba junto a la ventana a que llegara el carruaje de mi hija y mi yerno. Iba a pasar unos meses con ellos. Esperaban a su séptimo hijo y necesitaban ayuda. Me horroriza admitirlo, pero mi hija es demasiado permisiva con su prole y casi consiguen acabar con mis huesos en...

—Por favor, señora Elvira. Os agradecería que contaseis lo que visteis aquella mañana — solicitó el alcalde, poco paciente.

—¿Y no es lo que estaba haciendo, don Pablo? —preguntó la mujer, muy digna—. Bien, ¿por dónde iba?

—Esperabais el carruaje de vuestra hija y... —la ayudó doña Cecilia con su persuasiva voz.

—Muy bien, gracias. —Cabeceó con aprobación, antes de seguir hablando—: Las campanas llamaron a misa mayor y la señora Gertrudis salió de su casa con esa cara antipática que la caracteriza, pero que se cuida de esconder en cuanto pisa la calle. Yo la tengo calada. A mí no me engaña. No sé cómo don Juan terminó casado con ella. Bueno, sí lo sé, ella es...

—Señora Elvira, ¿seríais tan amable de ateneros a lo que sucedió aquella mañana? —censuró don Pablo, cerrando con fuerza los párpados un instante—. Visteis a la señora Gertrudis salir de su casa y...

—Parecéis algo agobiado, señor alcalde. Si hubierais estado cinco meses en casa de mi hija con sus seis hijos y un bebé berreón, no sé qué habría sido de vos —criticó la anciana, dando un golpe en el suelo con el bastón—. No habríais aguantado ni un día. Os lo digo yo.

Don Pablo contuvo las ganas de berrear como el nieto pequeño de aquella mujer. Se conformó con mirarla con censura para que volviera al relato principal. Quizá estaba ante la testigo que necesitaban. Debía tener paciencia.

—Se marchó a misa mayor. No habría pasado mucho tiempo cuando vi salir a la señorita Elisa montada en esa yegua tan hermosa que le regaló su padre, que Dios lo tenga en su Gloria. —Se santiguó con mano temblorosa—. Hacía casi un año que no veía a la pobre muchacha. La avinagrada de su madrastra la tendría encerrada, estoy segura. Si es que no sé por qué don Juan se casó con ella. —Sacudió la cabeza, molesta—. Es la antítesis de doña María, que en Paz descansa. —Volvió a santiguarse—. Continúo, señor alcalde, no os impacientéis tanto —aseguró al verle poner los ojos en blanco—. Se le abrió la capa y me sorprendió lo mucho que había engordado. Esta mañana me han dicho que estaba embarazada. ¿Es posible? ¡Pero si no salía de casa!

—¿Visteis llegar a la señora Gertrudis? —preguntó su esposa, tras mirarlo con conmiseración. Adivinaba el dolor de cabeza de don Pablo y de la poca paciencia que le quedaba.

—Sí, doña Cecilia.

—Ella asegura que salió enseguida —terció el señor Joseph, hablando por primera vez desde que la anciana había tomado el despacho casi por asalto.

—¿Quién sois vos, joven? No os conozco.

Don Pablo ahogó un gemido de frustración. Evidentemente, si quería el relato de la señora Elvira, debería esperar con estoicismo a que ella lo contase como quisiera.

—Él es el prometido de la señorita Elisa —informó su esposa con la paciencia que a él le faltaba—. El señor Joseph Arana. Está muy preocupado por ella. ¿Podríais decirnos qué pasó una vez que mi prima hubo entrado en la casa?

—Es un buen mozo. Me gusta, joven. Esa niña se merece lo mejor. —Sonrió, satisfecha. Luego, tras oír a don Pablo carraspear varias veces, continuó—: No pasó nada.

—¿Cómo que no pasó nada? —indagó el alcalde, poniéndose en pie—. ¿Podéis explicaros mejor?

—Debéis tranquilizaros, señor. Mi difunto marido murió de un ataque al corazón. Solía ponerse como vos.

«No me extraña. Moriría por no matarla a ella», pensó don Pablo y se tragó una blasfemia.

—¿A qué os referís con «no pasó nada»? —preguntó, tratando de calmarse.

—Bien, según ella entraba, doblaba la esquina el carruaje de mi hija...

—¡Por los Ángeles Custodios! —bramó el alcalde, que ya imaginaba lo banal de sus esperanzas.

—No deberíais blasfemar de ese modo, don Pablo —lo recriminó la anciana, clavando sus ojillos negros—. Llegó el coche con mi yerno y antes de que se detuvieran los caballos, oímos gritar a la señora Gertrudis como si la estuvieran quemando viva. No hicimos caso, pues su marido y ella se gritaban a menudo.

—¿Lo oísteis a él? —Había esperanza en la voz de su esposa.

—No. Solo a ella. Mi yerno tenía prisa y no nos paramos a saber qué ocurría.

—¡Señor, tened piedad! —volvió a tronar el alcalde. Su dolor de cabeza se había intensificado. Estaban como al principio. La prima de su esposa no había tenido tiempo de asestarle las seis puñaladas—. ¡Por todos los Santos del Cielo!

—De veras, señor. Deberíais moderaros un poco —terció la mujer, muy seria.

Joseph no podía creer que todo se hubiera vuelto a embrollar. Ya habían encontrado a la culpable y resultaba no serlo. El testimonio de aquella anciana, una semana antes, lo había echado por tierra. Sentado en una de las sillas del despacho del alcalde, se lamentaba por la situación tan peliaguda a la que se enfrentaba Elisa. Cada vez lo tenía peor. Solo un milagro podría exonerarla de toda culpa.

Ver que don Pablo tampoco estaba contento no lo consolaba, pero hacía más llevadero el asunto. Él tampoco creía en la culpabilidad de Elisa pese a todas las cosas que estaban en su contra.

—Ya la teníamos. No puedo creer que se haya librado tan fácilmente —masculló, golpeando el puño contra su muslo—. No lo entiendo. Esa mujer es mala. Solo hay que estar un instante con ella para saberlo.

—Lo sé. Creedme, sin duda, no tiene una sola pizca de bondad en su cuerpo. Pero no hay modo de probar que ella matase a su marido. El yerno de doña Elvira corrobora las palabras de su suegra. Además, ha dicho que él vio salir de la casa a la señora Gertrudis, pero como su esposa estaba a punto de dar a luz, no quiso pararse a preguntar qué sucedía. No tenemos nada contra ella. —Don Pablo se pasó la mano por la cara. Se le notaba macilento—. En unas horas se celebrará el juicio. Lo peor de todo es no tener ningún indicio de otro culpable. Pese al tiempo transcurrido y a todas las pesquisas, la señorita Elisa sigue siendo...

—¡No se os ocurra decirlo! —rugió Joseph, poniéndose en pie—. Ella es inocente de ese crimen y nada me hará cambiar de opinión.

Llamaron a la puerta y entraron Lezama y Salazar junto con una prostituta.

—Señor alcalde —empezó muy alterado—. He conseguido que esta mujer me dé una información muy importante. —Se volvió a la susodicha—. Contadle lo que me habéis dicho.

—¿Me daréis los dineros? —Esperó a que Salazar asintiera para continuar—: Al señor Cristóbal no le gustaban las prostitutas.

—¿Qué queréis decir con eso? —indagó don Pablo con cara aburrida.

El hollín con el que la mujer se había pintado los ojos se incrustaba en cada una de sus arrugas, haciendo que pareciera más vieja de lo que era. Se teñía el pelo con alguna sustancia, pero en la raíz se veía tan blanco como la nieve. Le faltaban los dientes delanteros. Seguramente de algún puñetazo, pensó Joseph con cierta tristeza

—A él le gustaban las niñas —declaró muy seria—. No quería mujeres. Pagaba *p'acostarse* con las más jovencitas. Las que acababan de llegar y aún no tenían experiencia.

—¿Es eso cierto? —preguntó el alcalde—. ¿Por qué habéis tardado tanto en contarlo?

—Esta mañana la dueña del burdel *m'a echao* a la calle. Dice que soy *mu* vieja y que nadie quiere ir conmigo. Ya no le doy ganancias. Vuestro hombre *m'a prometío* una buena bolsa por contar lo que sé.

—¿Y cómo sabemos que es cierto?

—¡Eh! No miento —protestó la mujer, enfadada—. Yo lo vi regatear el precio con la dueña.

—¿Nos podéis decir algo más? —preguntó don Pablo.

—*N'a* más.

Lezama se llevó a la prostituta de allí.

—Esto es lo único que he conseguido descubrir del señor Cristóbal —anunció Salazar—. Esto parece corroborar lo dicho por la señorita Elisa sobre los abusos.

—Sí. Pero también le da un motivo válido para asesinarlo de aquel modo —masculló el alcalde antes de frotarse una ceja con saña.

—¡Ella no lo hizo! —bramó Joseph—. Sabemos que le gustaban jovencitas. Bien pudo abusar de otra niña. Y alguien la vengó.

—Podría ser, pero... —calló un momento antes de mirar a Salazar—. Lucas no tiene hijos, por lo que sé. Herminia, en cambio, sí los tiene. Traedme a la criada.

Salazar partió sin pérdida de tiempo.

—¿Qué estáis pensando? —preguntó Joseph, intrigado por la mirada del alcalde.

—El crimen tiene todos los visos de ser pasional. Quien lo hizo conocía la casa, al personal... Si la señorita Elisa no lo hizo...

—¡Por supuesto que no!

—Joven, debéis relajaros. No he dicho que lo hiciera ella. Si ella no lo hizo, el asesino también estaba al corriente de que el señor Cristóbal se hallaría solo, borracho y aturdido.

—¿Creéis que la criada pudo hacerlo?

—No lo sé, pero es una posibilidad y no puedo dejarla de lado.

Joseph se pasó la mano por el pelo. Llevaba demasiado tiempo angustiado por Elisa. Temiendo lo peor. Si esa criada tenía algo que ver con el asesinato, se lo harían confesar. Elisa no iba a pagar por algo que no había hecho.

Un rato más tarde Salazar regresó con una mujer vestida de negro. Sus ojos parecían mirar el infinito. Sin embargo, había en ellos una fría serenidad.

—Marchaos a descansar un poco. Os veo dentro de dos horas —ordenó el alcalde, mirando a Joseph.

—¿Puedo visitar a mi prometida?

Don Pablo asintió con la cabeza y Joseph no esperó ni un instante más para salir de allí camino del ático. Subió las escaleras de dos en dos.

Doña Cecilia acompañaba a Elisa. Le estaba agradecido a la anciana por no dejarla sola. Por mantenerla ocupada con cháchara intrascendente. Parloteo para olvidar la terrible situación a la que se enfrentaba. Si él pudiera, no se habría separado de su lado.

Saludó al entrar. Las dos lo miraron con expectación. No había pastas ni chocolate sobre la mesita entre las dos. Imaginó que ninguna tenía ganas de fingir una reunión social.

—No te aflijas —murmuró Elisa, sonriendo con tristeza. Estaba más delgada y ojerosa que nunca. Se le partió el corazón por su sufrimiento. «¡Como si lo que ya había pasado en su vida hubiera sido un camino de rosas!»—. Me consuela saber que ninguno de vosotros me considera una asesina.

—Ay, Dios —musitó—. No es justo. ¡Maldita sea! Solo quedan poco menos de dos horas para el juicio y no hay manera de probar que no lo hiciste. —Se pasó la mano por el pelo, ya de por sí alborotado—. Para ser un hombre tan ruin, no hay nadie, aparte de ti, que pueda atestiguar sus depravaciones. Bueno, salvo por esa prostituta.

—¿Prostituta? —La anciana se ruborizó hasta la raíz de su pelo cano—. Contadnos, joven.

—Salazar ha traído a una prostituta. Ella dice que al señor Cristóbal le gustaban... jovencitas. Niñas, más bien.

—¡Dios mío! —musitó doña Cecilia, llevándose la mano al pecho—. Desconocía la existencia de hombres que... —calló, incapaz de continuar.

—Era un depravado y merecía cada una de las seis cuchilladas. —Con las manos unidas en la espalda, se paseó por la estancia—. Lástima que la ley, en su afán de hacer «justicia», busque condenar a quien ya la hizo, librando al mundo de un degenerado.

—Si era así, no creo que se conformara solo con... con abusar de Elisa —argumentó doña Cecilia—. Pero mi esposo entrevistó a los amigos con los que solía jugar a las cartas y ellos dicen no saber nada. ¿Lo estarían protegiendo? ¿Ellos sabrían de los gustos de ese hombre?

—¿Quién sabe? —suspiró apesadumbrado.

Pensó en su familia. Aguardaban en el caserío las cartas que les iba enviando para contarles las novedades sobre la situación. Su padre le había escrito lamentándose por no poder estar allí, acompañándole. Pero, tal y como Joseph reconocía, en un caserío había muchos quehaceres imposibles de abandonar. Los animales necesitaban cuidados diarios y dependían de sus dueños para sobrevivir.

Él llevaba más de una semana en Vitoria. Una semana sin ver a sus hijos. Deseaba abrazarlos y ver las evoluciones de Inés. Ya habría crecido un poco más. ¿Le habría salido algún diente? ¿Yñigo se sentiría abandonado?

Cerró los ojos y rezó por que pronto pudiera estar con ellos y, sobre todo, en compañía de

Elisa.

—Joseph, si me condenan a morir...

—¡No se te ocurra pensar en eso! ¡No lo harán! —Se le revolvían las tripas solo de imaginarlo —. ¡No tienen pruebas!

—Escucha, Joseph...

—Debo ir a... a pedir que nos suban un refrigerio —anunció doña Cecilia, al tiempo que se levantaba y se acercaba a la puerta—. Joven, guardad la compostura por el bien de ella —susurró al pasar junto a Joseph—. No permitáis que se desanime.

En cuanto la anciana se marchó, él se acercó a Elisa. La instó a levantarse, tomándola de las manos. Las tenía heladas; toda ella temblaba cuando la abrazó. Tuvo miedo de hacerle daño, de tan frágil como le parecía. En esos días había perdido tanto peso que casi podía notar las costillas a través del corsé. Maldijo por dentro a todos los que la habían hecho daño a lo largo de su vida, mientras le acariciaba la nuca y la besaba en la sien.

—Joseph, debes saberlo, no tengo miedo a morir —la oyó decir; amortiguada la voz por su casaca. Se separó un poco para verle la cara. Tenía sus verdes ojos empañados, pero no lloraba. Se la veía serena, como si hubiera sopesado mucho lo que podría ocurrirle. La amó con todo su ser e hizo lo imposible por no perder la compostura, tal y como le había pedido doña Cecilia, y no echarse a llorar a sus pies—. Estos cinco meses con tu familia han sido los más felices de mi vida —continuó diciendo Elisa—. No me había sentido así desde que murió mi madre. Conocerte y... —Se ruborizó antes de bajar la mirada—. Tú me has enseñado lo bello que puede ser la unión entre un hombre y una mujer. Si muero, moriré feliz por haber tenido la oportunidad de enamorarme, de sentirme amada. De sentir el cariño de unos padres, de los míos, de los tuyos, de tus hermanos. De tus hijos... —Se le quebró la voz—. A los que casi he considerado un poco míos. Cuídalos mucho.

—¡Ay, Señor! —gimió con un nudo en la garganta. La acercó más a su cuerpo, como si pudiera fundirse con el suyo—. No digas esas cosas. No pueden condenarte. No pueden ser tan crueles.

Volvió a separarse un poco para tomarle la cara con las manos. Necesitaba mirarla. Perderse en la profundidad de sus ojos. Grabar en la mente cada uno de sus bellos rasgos. Había tantas cosas que deseaba decirle. Tantos momentos que deseaba compartir con ella...

¡La vida no podía ser tan injusta!

Ella no lloraba; sin embargo, se estremecía como un pajarillo entre las manos.

—Te quiero, Joseph.

Lo podía ver en su mirada, sentirlo crepitar en cada uno de sus huesos y calentar cada rincón de su corazón.

—Yo también te quiero, mi amor —murmuró, acariciándole las mejillas.

Apretó la mandíbula hasta que temió romperse las muelas. Todo por no sucumbir y ponerse en



evidencia. Elisa... su Elisa, no lo merecía. Necesitaba verlo fuerte y por ella haría cualquier cosa.  
Hasta sacar una entereza que estaba muy lejos de sentir.

«Por favor, Señor, no me la arrebates.»

Don Pablo, con los codos apoyados en la mesa, juntó las yemas de los dedos, formando un campanario.

—Herminia, tomad asiento, por favor. La otra vez, me hablasteis de vuestros hijos. ¿Cuántos tenéis? —empezó don Pablo, muy sereno.

—Cinco, señor alcalde —respondió la mujer, repasando el dobladillo de su delantal con un dedo. Al contrario que la vez anterior, no estaba tan nerviosa.

—Cinco. ¿Cuántos chicos y cuántas chicas?

—Cuatro chicos y mi hija mayor —murmuró, sin levantar la vista del borde del mandil.

—¿Cuántos años tiene vuestra hija, Herminia?

—Quince años.

—¿Dónde está empleada?

—Mi hija no trabaja —respondió la mujer en un murmullo.

—¿No trabaja? —Miró las notas del cuaderno—. Si no recuerdo mal, me dijisteis que vos habíais comenzado a trabajar en casa de don Juan a los catorce años. Me extraña que no hayáis llevado a vuestra hija para que os ayude.

—Ella se encarga de atender a sus hermanos.

—¿Cuántos años tienen ellos? —indagó el alcalde.

—Catorce el mayor y ocho el pequeño —murmuró.

Don Pablo se fijó en que ya no repasaba la tela con el dedo. Ahora tenía las nudosas manos entrelazadas en el regazo con fuerza.

—Con esa edad, el mayor puede hacerse cargo de sus hermanos y vuestra hija ayudaros en la casa. Eso suele ser lo habitual, ¿no es cierto? ¿No debería estar aprendiendo el oficio de cocinera?

—Ya sabe cocinar. —Tenía los nudillos blancos. Intentaba fingir una tranquilidad que no era cierta.

—En ese caso, ¿cómo es que no está en otra casa?

—Mi hija no puede trabajar —masculló, clavando los ojos en don Pablo.

—¿Cómo es eso, Herminia? ¿Está enferma? —Había preocupación en su voz.

—Tiene... tiene la cabeza ida —murmuró entre dientes, bajando otra vez la mirada al regazo.

—Vaya, lo siento, señora. ¿Nació así?

—¿Por qué queréis saberlo? ¿Qué importancia tiene? —Estaba a la defensiva.

—Solo quiero conocer un poco más sobre vuestra familia, Herminia.

—No sé qué tiene que importaros...

—Es importante —la atajó—. ¿Alguna vez vuestra hija ha trabajado en casa de doña Gertrudis?

—La mujer palideció un instante antes de dejar su cara inexpresiva—. Os he hecho una pregunta, Herminia —le recordó don Pablo al ver que no respondía.

—Sigo sin ver qué importancia tiene eso.

—Mirad, señora, yo decido qué tiene o no importancia. Puedo preguntar a la señora Gertrudis si vuestra hija ha trabajado en su casa en algún momento, por lo tanto, me voy a enterar del hecho. Os conviene no hacerme perder el tiempo y responder a mis preguntas sin tantas objeciones. Objeciones que me hacen pensar que vuestra hija trabajó en algún momento en esa casa. ¿No es cierto?

La mujer se mantuvo en férreo silencio. Solo la blancura de sus nudillos y los labios apretados en una fina línea dejaban traslucir cuánto le costaba mantener esa posición.

Don Pablo esperó. Percibía que tarde o temprano esa mujer terminaría por quebrarse. Entonces, les contaría lo que deseaban saber. El problema era la falta de tiempo. Ya estaba cansado de dar bandazos de un lado para otro.

—¿Qué edad tenía vuestra hija cuando fue a trabajar a esa casa? —preguntó con suavidad—. Es una tontería seguir ocultándolo. Hemos descubierto los gustos que tenía el señor Cristóbal...

—¡Yo no lo sabía! —estalló la mujer con rabia—. De lo contrario jamás hubiera dejado que mi niña pisara esa casa.

—¿Qué pasó?

Por un momento pareció que la mujer no iba a decir nada; luego, lo debió de pensar mejor.

—Hace un año me caí de una escalera y hube de guardar reposo —empezó con voz derrotada—. Como no quería que la señora me reemplazara por otra, envié a mi hija para que me sustituyera hasta que yo pudiera regresar. —Dos gruesas lágrimas resbalaron por sus arrugadas mejillas—. Debería haber estado con ella. Pero mi hija siempre fue muy hacendosa y podía hacer mi trabajo sin complicaciones.

—Seguro que la habíais enseñado muy bien —susurró don Pablo para animarla a seguir.

—El señor empezó a acosarla casi desde el primer día. Mi niña no me quiso decir nada para no preocuparme y yo aún ignoraba que ese hombre era un depravado.

El alcalde empezaba a imaginarse cómo había acabado todo eso; sin embargo, necesitaba que lo dijera para ponerlo por escrito. De no ser así, hubiera ahorrado a aquella pobre mujer todo ese sufrimiento.

—Pudo esquivarlo durante unos días, pero al final él la pilló desprevenida y sola en la cocina. ¡Abusó de ella! ¡Abusó de mi pequeña! —gritó, rabiosa—. La amenazó con matar a sus hermanos

si gritaba. Ella no pudo hacer nada contra él. Y allí, sobre la misma mesa en la que yo trabajaba desde que tenía catorce años, la violó varias veces, mientras la señora rezaba en misa fingiéndose una buena cristiana. —Guardó silencio, como si todo lo que había contado la hubiera dejado sin fuerzas.

Nadie dijo nada durante un buen rato. Hasta el escribano pareció aguantar la respiración a la espera de que aquella mujer, rota por el dolor, quisiera seguir relatando los hechos.

Don Pablo, con las manos aferradas al canto de la mesa, se mordisqueaba el labio inferior, imaginando el resto de lo ocurrido. Maldiciendo a todos los degenerados que pululaban por el mundo, libres de sospecha y vistos como respetados caballeros.

—¿Qué pasó con vuestra hija? —la animó a seguir.

—Aquella noche regresó a casa. Parecía ida. No se había molestado en lavarse, así que pude ver los restos de aquella... aquella perversión —terminó entre dientes—. Una madre jamás debería ver sufrir a sus hijos de ese modo. Lo que ese... ese malnacido hizo con mi hija no tiene perdón de Dios... ni del diablo.

»Consolé a mi pequeña como pude, pero el mal ya estaba hecho y ella no ha vuelto a ser la misma. Hay días en los cuales parece emerger de ese mundo en el que se ha sumido y casi vuelve a ser mi niña, pero los más de los días, está perdida en su mente.

—¿Qué sucedió aquella mañana de noviembre? Cuando asesinaron al señor Cristóbal —añadió en el último momento.

—Estaba en la cocina... no oí nada.

—Herminia, no es tiempo para estar dando rodeos. Comprendo que os sintierais en la obligación de vengar el crimen cometido contra vuestra hija, pero eso no es manera de arreglarlo.

—Yo no lo maté, si estáis insinuando eso —aseguró muy serena—. Estaba en la cocina y no oí nada hasta que la señora empezó a gritar. No lo maté.

—Nadie pudo hacerlo salvo vos, Herminia. No tiene sentido negarlo.

Pese a sus palabras don Pablo no tenía muy claro que aquella mujer hubiera hecho eso. Había transcurrido un año desde que el señor abusó de la muchacha. ¿Por qué esperar tanto? ¿Por qué matarlo en ese momento y no mucho antes?

Iba a preguntárselo cuando un griterío en el pasillo lo interrumpió. Al momento, se abrió la puerta y una joven desgreñada entró seguida de Lezama, que se deshacía en disculpas.

—Tranquilizaos, Lezama. ¿Qué sucede? —masculló don Pablo, más molesto por ser interrumpido en el momento en el que podría obtener una confesión, que por la interrupción en sí.

—Quiere confesar el...

Antes de que el hombre pudiera terminar, Herminia se levantó de la silla y, con los ojos desorbitados, comenzó a gritar:

—¡Yo lo maté! ¡Lo maté! ¡Fui yo!

Durante un instante todo quedó en silencio. Nadie fue capaz de moverse ni casi de respirar. Solo se oía el rasgueo de la pluma del escribano. A pesar de la tensión del momento, era capaz de seguir escribiendo.

Lezama miraba a la mujer como si fuera un monstruo de dos cabezas. Don Pablo también se levantó, sorprendido por la espontánea confesión.

—Madre, no debéis mentir. Es pecado. —El susurro ronco de la muchacha pareció devolver a la vida a los presentes.

—Calla, hija. ¿Qué haces aquí? Ve a casa con tus hermanos —ordenó la mujer, aferrada a los brazos de la silla—. No debes estar aquí.

La muchacha se mantuvo quieta. Sus ojos parecían dos cuentas de cristal oscuro que miraban más allá de aquella sala. Parecían los de una anciana.

—No me voy, madre. No podéis cargar con mi culpa.

—¡Por el amor de Dios, hija mía! Calla y no digas más —sollozó la mujer—. Ve a casa con tus hermanos, por favor, Emilia.

—Mi madre no lo mató... —aseguró la joven con voz monocorde.

—¡Calla! ¡Calla! ¡Calla! —gritó entre llantos la madre—. Calla, por el amor de Dios.

—Mantengamos la calma —ordenó don Pablo con voz de trueno. Debía poner un poco de orden en medio de aquella marabunta—. Herminia, sentaos, por favor. Lezama, traiga una silla para la muchacha.

Al instante todo estaba otra vez más o menos calmado y él podía volver a pensar.

Barruntaba qué había ocurrido; sin embargo, necesitaba escucharlo por las personas implicadas para dar por zanjado aquel espantoso asunto. Imaginarlo lo corroía por dentro.

—Emilia, ¿hacéis el favor de contadnos lo sucedido aquella mañana?

—El día anterior mi madre fue a casa murmurando que la señorita Elisa estaba embarazada. —No había inflexiones en su voz, como si estuviera a muchas leguas de allí y aquella conversación no fuera con ella—. Habían intentado engañarla con paños manchados de sangre, pero ese día había visto su barriga al cambiar las sábanas. Enseguida supe que aquel diablo había hecho de las suyas.

—Por favor, hija mía...

—Guardad silencio, Herminia —ordenó don Pablo, incapaz de tomar notas o de apartar, siquiera, la vista de aquella joven—. Proseguid, Emilia, por favor.

—La señorita Elisa ya había sufrido bastante y no merecía ser tratada de ese modo. Lo había visto cuando trabajé allí. Son malas personas. —Empezó a mecerse de atrás adelante con ritmo cadencioso—. Aquella mañana tomé el cuchillo que madre utiliza para la matanza y decidí acabar con aquel demonio.

»Al llegar me crucé con la señorita Elisa. Iba a galope con su yegua. Me alegré de que por fin

hubiera escapado. Entré en la casa. Mi madre estaba en la cocina. La oí trajinar por allí. No quise mirar. Si volvía a ver aquella mesa... —El ritmo de sus movimientos aumentó. Sus ojos, oscuros, miraban a un punto fijo en la pared del fondo—. Lo busqué por la casa y lo encontré en el dormitorio de la señorita Elisa. Yacía en el suelo. Al principio lo creí muerto; luego se empezó a despertar y al verme... ¡Sonrió!

—Hija, no sigas, por favor —suplicó Herminia entre un silencioso llanto.

—Se le borró la sonrisa cuando vio el cuchillo —continuó Emilia como si no hubiera oído a su madre, como si estuviera lejos de allí. Solo sus dientes asomando entre los tensos labios evidenciaban un grado de sentimientos—. Quiso levantarse. No le dejé. Le clavé el cuchillo en el cuello, igual que hacemos con los cerdos en la matanza. No chilló, solo quiso pararme, pero no le dejé. Se lo clavé varias veces. No sé cuántas.

»Sentí que había muerto. Y me alegré. Ya no volvería a hacer más daño. —Guardó silencio y sus movimientos se detuvieron.

—¿Qué hicisteis después?

—Volví a salir por el mismo sitio y me marché a casa. Ya no volvería a hacer más daño —repitió.

—No, no, no. Lo hice yo —aseguró Herminia entre lágrimas—. Yo lo hice.

—No, madre. No hay que mentir —susurró la joven—. Siempre nos lo habéis dicho.

Don Pablo comprendió que su trastorno mental le impedía darse cuenta de que si bien no había que mentir, tampoco matar. Sin embargo, eso no parecía preocuparla.

«San Prudencio bendito», murmuró para sí. Debía castigar a la víctima por librar al mundo del monstruo que la había agredido. «¡Una injusticia!»

Elisa, sentada en la diligencia, miraba por la ventanilla a Joseph, que cabalgaba al lado. Él la sonrió con ternura, mientras sus ojos la abrasaban, repletos de promesas. Aquel dos de mayo era un día alegre y soleado. A los lados del camino las flores brotaban, llenando de colorido el verdor de la primavera.

Era libre y aún le costaba creerlo. Todos sus miedos ya no tenían razón de ser.

Se había despedido de don Pablo y de doña Cecilia con abrazos y llantos.

—No olvides escribirme en cuanto sepáis la fecha de la boda. No estoy dispuesta a perdmela por nada del mundo —había dicho la mujer, con lágrimas en los ojos—. Quiero conocer a Yñigo y a Inés. Casi me siento como si fuera su abuela. ¡Ay, mi niña! ¡Cuánto te voy a extrañar!

—Nada de eso, doña Cecilia, estáis invitada para ir a San Sebastián cuando deseéis —aseguró Joseph—. Los niños estarán encantados de conoceros.

—Mi buen amigo, don Marcelo, el magistrado de allí, nos tienta con una visita. Tal vez lo hagamos. —Don Pablo la había tomado de las manos. Sus ojos, sospechosamente húmedos, la miraban con cariño—. Me alegro de que todo haya acabado bien, Elisa.

Ella, emocionada, lo había besado en las mejillas, como a un padre.

—Anda, muchacha, harás que me sonroje —protestó el alcalde, sin mucho afán—. Y mi querida esposa podría ponerse celosa.

—Bobadas. Eso podría ser si no viera cómo mira al señor Joseph, querido —entonó la anciana—. No tengo nada que temer. Eso sí —les advirtió, intentando imprimir seriedad en su dulce mirada—, deberéis preservar las normas que dicta el decoro durante todo el viaje. Estáis prometidos, pero no casados. Os hago responsable, señor.

—Tranquilizaos, doña Cecilia... —empezó Joseph.

—No me engañas, joven —lo interrumpió, agitando un dedo frente a los ojos de él—. He visto cómo la miras y, créeme, ha habido incendios por mucho menos.

—Cecilia, querida...

—Nada de «Cecilia, querida». —Se volvió a su marido—. Desatendí a la niña cuando más me necesitaba y eso se acabó. No tiene madre que vele por ella y yo me presto gustosa a ello.

—¡Ay, doña Cecilia! —musitó Elisa, completamente enternecida, antes de abrazarse a ella.

—Lo digo en serio. Y tú, muchacho —añadió volviéndose a Joseph—, puedes considerarme tu suegra. Así que ya puedes cuidarla bien, si no deberás responder ante mí.

—Prometo cuidarla y amarla como ella se merece —aseguró él, mirando a Elisa con amor.

—Esas miradas, joven. ¿Debo recordaros que aún sois su prometido? —La sonrisa que arrugaba su cara desmentía lo severo de sus palabras.

Ahora al evocarlo, a Elisa se le humedecieron los ojos. Si no hubiera sido por el cariño de aquella mujer y su esposo, aquellos días presa en Vitoria habrían sido una pesadilla. Gracias a la honradez de Emilia habían conseguido aclarar quién había asesinado al señor Cristóbal y ella pudo salir en libertad. La declaración jurada de la muchacha la había exonerado de toda culpa. ¡Pobre niña! Su mente no había sido capaz de soportar el daño recibido.

Aunque Herminia, gracias al cuchillo, siempre supo quién lo había matado, debía callar por el bien de su pequeña. Saberlo y comprenderlo no la hacía sentir mejor. Si Emilia no hubiera ido a confesarlo, ella habría terminado ajusticiada siendo inocente.

En unos días se celebraría el juicio, pero Elisa prefirió marcharse antes. No deseaba saber más del asunto.

Su madrastra debería abandonar la casa en cuanto ellos se casaran, tal y como había estipulado su padre en el testamento. Don Pablo, en vista de su nefasto comportamiento como madrastra, le había aconsejado impugnarlo para que no recibiera el estipendio acordado para ella y se fuera ya de la casa, pero Elisa prefería dejar las cosas como estaban. Pese a todo, el alcalde había insistido en ir con el escribano para hacer inventario de todo lo que hubiera en la casa. Cuando la señora Gertrudis se marchase, no podría llevarse nada, excepto su ropa y algunos enseres de poco valor. Él, personalmente, se encargaría de que fuera así.

Elisa sonrió por el celo de don Pablo y volvió a mirar a Joseph, erguido sobre Mutil. Quiso parar la diligencia y abrazarlo. Fundirse con él, como aquella noche, tantos días atrás. No veía la hora de que fueran marido y mujer.

El viaje le estaba resultando interminable. Deseaba llegar lo antes posible al caserío donde había conocido la felicidad. Donde la aguardaba una familia cariñosa. Unos niños que pronto podría considerar sus hijos y que ya llevaba tiempo queriendo como tal.

Inspiró al darse cuenta: ¡ahora tenía una familia!

La diligencia se detuvo al fin. Por la ventanilla vio a Joseph saludar a Mateo, que había llegado con su yegua para recorrer el resto del camino hacia el caserío. No perdió el tiempo y descendió del vehículo casi a la carrera.

Mateo le dio un abrazo rápido y cálido.

—Me alegra tu regreso, «cuñadita» —soltó, sonriendo de lado a lado—. Nos has tenido muy preocupados.

—Siento todo este alboroto —se disculpó—. ¿Qué tal todos? ¿Yñigo, Inés...?

—Deseando verte —aseguró.

—En ese caso será mejor que nos pongamos en camino. —Joseph la ayudó a montar en Perla



mientras Mateo volvía a hacerlo en su yegua—. Regresemos a casa.

—Ricardo no ve la hora de que lleguéis —anunció Mateo una vez en marcha—. Quiere pedir perdón a Elisa por todo el daño causado. —Ella sintió un escalofrío. No quería ver a ese hombre—. Tranquila. Está muy arrepentido de su comportamiento.

—Ya puede estarlo. Cuando me escribiste lo de su confesión... —Joseph blasfemó por lo bajo—. Tengo ganas de tenerlo de frente.

—Por lo visto, solo quería que te fueras de aquí. No soportaba ver como ibas ocupando el lugar de su hermana y el dolor le hizo comportarse de una manera abominable.

—Sus celos han podido costarnos muy caros —siseó Joseph—. Si hubiera logrado subir al *Santa Engracia*, jamás nos habríamos vuelto a ver. Si no hubiese aparecido la asesina de su padrastro... No me va a ser fácil perdonarlo y olvidar esta ofensa.

—Lo imagino, hermano.

—Yo... escucharé lo que tenga que decir. —Elisa tomó aire, repentinamente serena—. Por suerte no ha ocurrido ninguna de esas cosas, Joseph. —Le tocó el brazo sin detener las monturas—. Gracias a haber vuelto a Vitoria se ha podido esclarecer el asesinato y ya no me pasaré el resto de mi vida esperando ser apresada. Ahora puedo quedarme aquí, contigo, con vosotros —los señaló con la mirada—. Con los niños...

—¿Me estás diciendo que deberíamos darle las gracias? —inquirió, sorprendido—. ¡Por todos los demonios!

—Bueno, no tanto. Pero podemos escuchar sus disculpas —aclaró Elisa—. Todos merecemos una segunda oportunidad, ¿no crees?

—Es una manera de verlo —murmuró Joseph, no muy convencido.

Cabalgaron hasta llegar al bosquecillo donde, cinco meses y medio antes, habían enterrado al pequeño Juan. Los árboles estaban llenos de jóvenes hojas, que se mecían con la brisa de la tarde. Detuvieron a las monturas. Sobre sus cabezas se oían los trinos de los pájaros. Algunos rayos de sol penetraban entre las ramas y calentaban el suelo húmedo, cubierto de hojarasca.

—Os dejo solos. Voy a anunciarles vuestra llegada —dijo Mateo, luego les guiñó un ojo—. No tardéis. Están impacientes.

Lo vieron marchar mientras se introducían entre los árboles y desmontaban. Joseph demoró las manos en su cintura cuando la ayudó a bajar y ella mantuvo las suyas en los hombros de él. Se miraron a los ojos un instante eterno, antes de fundirse en un beso, intenso y mágico.

Se abrazaron, primero con ternura, luego el deseo ganó la partida y el abrazo cambió. Ahora se estrechaban como si fuera la última vez; desesperados. Hambrientos de amor. Con manos temblorosas y ávidas recorrieron sus cuerpos ardientes, al amparo de los troncos. Les estorbaban las ropas; deseaban sentirse la piel. Sus alientos, entrecortados; sus dedos, trémulos. El latido desbocado de sus corazones parecía competir con el rumor de las hojas o el trino de los pájaros.

—Será mejor dejarlo ahora que podemos —barbotó Joseph, con la boca pegada a su cuello—. No es el momento ni el lugar. No quiero... ¡Dios, sí lo quiero! Deseo tanto estar dentro de ti que tengo miedo de estallar como una burbuja. Sueño con hacerte el amor lentamente, sin prisas. Disfrutando de cada instante, de cada punto de tu piel. Mereces que te adore como a una diosa y te proporcione el placer más grande imaginable.

Despacio, con renuencia, fue desasiendo el abrazo. Elisa quiso protestar; sin embargo, él tenía razón: no era el momento.

Juntos, reacios a separarse más de lo necesario, se acercaron hasta la tumba, tomados de la mano. Alguien había colocado un ramillete de flores silvestres sobre ella. ¿Mateo, quizá?

Llena de ternura, se agachó para tocar las letras grabadas en la madera. Las resiguió con un dedo, como una caricia. Allí estaba el niño que de algún modo los había unido. Un ángel llegado a la Tierra para ese cometido.

—Gracias, mi niño querido —susurró, enternecida—. Descansa en paz.

Joseph volvió a darle la mano para ayudarla a levantarse. Sin soltarla, la miró a los ojos.

—Debes saberlo. Ya no tendrás que venir hasta aquí para ponerle flores. —Ella lo observó sin comprender—. Mañana mismo, mi hermano y yo regresaremos para trasladarlo al caserío. Lo enterraremos en una de las esquinas, donde se han enterrado a los bebés sin bautizar de la familia Arana.

—Pero...

—No podemos enterrarlo en sagrado. Pero no vamos a dejarlo aquí solo. Estará junto a su familia —aseguró muy serio.

Elisa no pudo decir nada. La emoción la había dejado sin palabras. Nunca creyó poder encontrar un hombre así. Capaz de adivinar sus temores antes incluso que ella misma. ¿Podría quererlo más?

—Te amo, Elisa —entonó con solemnidad—. Bendigo el día en que el Señor te puso en mi camino. —Puso una rodilla en tierra ante ella—. Hemos hablado de boda, pero nunca te lo he pedido formalmente: ¿Quieres hacerme el honor de ser mi esposa?

Elisa se llevó la mano a la boca. Tenía los ojos anegados de lágrimas. Joseph le había dicho que la amaba. No era la primera vez. Sin embargo, su corazón se saltó un latido antes de palpitar como loco. Y ahora, además, le estaba pidiendo matrimonio. ¿Se podría ser más feliz?

Le vio mirarla con el entrecejo fruncido. Sus azules ojos, un tanto aturdidos.

—¿Debes pensarlo tanto?

—No —respondió al darse cuenta de que llevaba un rato en silencio—. No me hace falta pensarlo —musitó, emocionada—. Sí. Me casaré contigo.

Sonriendo como un niño, Joseph volvió a ponerse en pie y la alzó en volandas para girar como

una peonza sin dejar de abrazarla. Algunos pájaros que descansaban en las ramas salieron volando en una algarabía de trinos mezclados con las risas de ambos.

—Hablaré con el párroco para ver cuándo se puede celebrar la boda —anunció cuando se detuvo. Se le veía dichoso—. ¡Dios quiera que no nos haga esperar demasiado!

—Esperaremos juntos. —Le acarició la barbilla con un dedo. Su rojiza barba empezaba a despuntar—. Si te sirve de consuelo, tu hermano y Claudia estarán en la misma situación —reseñó con picardía.

—Pobres desgraciados. —Rio entre dientes. Movi6 la cabeza para atrapar el dedo y mordisquearlo—. Ay, Dios. Presiento que de aqu6 hasta nuestra boda har6 muchos muchos clavos.

## Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todas las personas que de un modo u otro han ayudado a que esta historia viera la luz.

Para empezar, a Edith Zilli, por enseñarme los entresijos de la escritura. Aún te quedan muchas lecciones que darme, mamita.

A mis amigas escritoras, lectoras y, sobre todo, críticas con mis fallos: Ana Iturgaiz, Ana Jaurrieta, Ángeles Ibirika, Hosanna Parra, Iratxe Zabala, Laura Esparza, Patricia Lauder y Tamara Pelegero. Gracias por vuestros inestimables consejos.

No puedo dejar de mencionar a las webs y blogs de novela romántica. Muchas gracias por todo el trabajo que hacéis.

Doy las gracias a todas las lectoras y los lectores que a lo largo de estos años han seguido mi trayectoria y me han animado a continuar.

A mi editora, Aranzazu Sumalla. Mil gracias por creer en mí y darle una oportunidad a la novela. Espero no decepcionarte. Y gracias también a Anna Puig, del Departamento de Diseño de Penguin Random House.

Vaya mi agradecimiento, también, a Maribel Bou, por sus sabias recomendaciones.

A Montse Meseguer, por esa expresión que utilizas. No he podido resistirme a incluirla en la novela.

No podría haber encontrado tantos datos sobre el oficio de herrero albéitar sin el estudio pormenorizado de Antxon Aguirre Sorondo. Allí donde estés, muchas gracias por todo. Se te echa en falta.

Estoy encantada con la portada que ha hecho Mikel Blazgad. Eres un artista.

A mis amigas y amigos. Gracias por todos esos momentos compartidos y por los que nos quedan por compartir.

Y a mi familia, sobre todo. Sin vosotros faltaría mucha luz en mi vida.

¡Un millón de gracias!

**Un hombre brutalmente asesinado. Una huida desesperada. Una familia que acoge a una desconocida en su hogar. Un amor inesperado.**



Vitoria, 1730. Justo después de la misa mayor, el alcalde de la ciudad, don Pablo López de Ayala, recibe el aviso de que don Cristóbal, con quien la viuda de su mejor amigo había contraído matrimonio en segundas nupcias, yace en un charco de sangre, asesinado a cuchilladas. La sospechosa no es otra que Elisa Martínez de Elaute, hija del primer matrimonio de la doble viuda. Pero no hay rastro de la joven.

El destino o un Dios caprichoso ha conducido a Elisa, que acaba de perder a su bebé recién nacido, cerca del caserío donde Joseph llora la muerte de su esposa mientras busca cómo alimentar a su hija de apenas cuatro días de vida.

Elisa, sin posibilidad de seguir huyendo hasta que llegue la primavera, acepta de buen grado ser la nodriza de la pequeña y, en aquel caserío remoto, junto a una familia que nada sabe de su pasado, decide mantenerse oculta a la espera de que los primeros barcos regresen a San Sebastián y pueda escapar en ellos hacia el Nuevo Mundo.

Sin embargo, Elisa sabe que no puede confiarse. El alcalde de Vitoria, aunque reticente a creer que la joven pueda ser una asesina, ha emitido una orden de busca y captura, por lo que el tiempo, traicionero, corre en contra de Elisa.

**Pilar Cabero** nació en San Sebastián y vive con su marido y sus dos hijos en un pueblecito costero cercano a esa ciudad. Es autora de cinco novelas: *A través del tiempo*, *Tiempo de hechizos*, *Asedio al corazón*, *Entre lo dulce y lo amargo* (ganadora del premio Rosas RomanTica's 2012) y *El destino también juega*, las tres últimas publicadas en los distintos sellos de Ediciones B. También ha contribuido con sus cuentos a las antologías *La mirada del amor*, *Be my Valentine* y *Sueños de verano*.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Pilar Cabero

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: Mikel Blazgad

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1766-467-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

[1] Se refiere a la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas.



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Un refugio perfecto

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Pilar Cabero

Créditos

Nota